

A woman with voluminous, wavy red hair and dark eye makeup is the central figure. She is holding a black handgun directly in front of her face, with the barrel pointing towards the viewer. She is wearing a light-colored, possibly white or cream, top with a dark brown belt. The background is a textured, aged parchment or paper with a large, faint compass rose or map-like design. The overall style is reminiscent of a vintage pulp magazine cover or a classic Western illustration.

HUMDA

DESESPERADA

Sabina Rogado

# **HUIDA DESESPERADA**

*Sabina Rogado*

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier tipo de procedimiento, sea electrónico, mecánico, o fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Sabina Rogado

Primera edición febrero de 2020

Corrección: Kaera Nox

Diseño de cubierta: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*A mi querida Laura. Una mujer luchadora, valiente y con un corazón inmenso.*

*No cambies nunca.*

# **CONTENIDOS**

CONTENIDOS

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

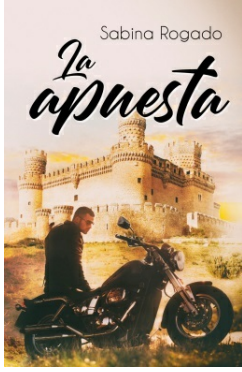
CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

OTROS TÍTULOS



## PRÓLOGO

### *Estado de Wyoming 1878*

Un rayo atravesó el cielo gris encapotado e iluminó la cocina en la que Zoe, ataviada de un delantal azul, trajinaba entre los fogones amasando el pan sin descanso. El susto la paralizó, su espalda se tensó y esperó a que el ensordecedor trueno la envolviese. Este no tardó en escucharse y los cristales de las ventanas vibraron, lo que supuso que un escalofrío la sacudiera. Su hermano todavía no había regresado y por lo tanto, era ella la que tendría que ocuparse de llevar a los animales hasta el establo. Así que, todo lo rápido que pudo, se limpió las manos de harina y se apresuró a abrir la puerta. Al salir cogió su viejo sombrero, dispuesta a que sus cabellos no se mojasen en el caso de que la lluvia hiciese acto de presencia.

Tarde. Una tromba de agua, acompañada de rayos y truenos, la esperaba fuera. Parecía presagiar los acontecimientos que no tardarían en suceder, y que situarían a ambos hermanos en una situación bastante delicada y comprometida.

Echó a correr y se dirigió al cercado, el lugar en el que las asustadas ovejas se movían inquietas. Quitó el cerrojo y un nuevo trueno la pilló desprevenida. Otra vez se quedó paralizada a causa del miedo, a medida que la lluvia la empapaba por completo. Parecía no percatarse de nada y continuó petrificada sobre el suelo, echando la vista atrás con nostalgia. Recordó lo mucho que cambiaron sus vidas desde que su madre enfermó con aquellas fiebres; primero, y su padre fue arrollado, accidentalmente, por unos caballos, después. De un día para otro el mundo cambió, se convirtieron en huérfanos y tuvieron que encargarse de la responsabilidad de sacar adelante el rancho y las tierras completamente solos...

Una lágrima, otra, otra más y ya no pudo parar de llorar. La tristeza y el desánimo desarmaron a una Zoe experta en ocultar sus sentimientos; al entender que debía de ser así para llevar sobre sus hombros la nueva vida que le asignaron. Ella era la mayor y protegería a su hermano costara lo que costase, aunque para ello tuviese que tragarse el dolor que llevaba dentro.

¿Qué importaba?

El cielo volvió a iluminarse gracias a un nuevo rayo; y consiguió sacarla del trance en el que se encontraba. Miró hacia las ovejas, que formaban un grupo asustado, y fue capaz de ponerse en marcha. Un verdadero logro ante lo mucho que temía a las tormentas. Abrió la puerta y se hizo a un lado vigilando cómo, una a una, salían del cercado y se dirigían hacia el interior del seguro establo sin contratiempos. Solo entonces suspiró de verdadero alivio.

¡Lo había conseguido! Demostrándose, a sí misma, que el miedo a las tormentas quedó relegado a un segundo lugar, al igual que las lágrimas que se permitió derramar debido a la ausencia de Zac.

Con una sonrisa de vencedora en los labios, se recogió el sencillo vestido y volvió a echar a correr, esta vez hacia el interior de la casa.

—Qué manera de llover —habló en voz alta colgando el sombrero en su sitio.

Estaba calada hasta los huesos, y si no quería enfermar, algo que no se podía permitir, debería quitarse aquellas ropas empapadas lo antes posible.

Dejó un reguero de agua tras de sí y subió a la planta de arriba para adentrarse en su alcoba. El

objetivo lo tenía claro, no pensaba coger una pulmonía.

Zac Evanson galopaba sobre la montura de su caballo sin apartar la vista del camino. La visibilidad era nula por la fuerte tromba de agua, dificultándole lo que para él se acababa de convertir en una prioridad absoluta.

¡Salvar a su hermana!

Espoleó con más brío al animal y continuó la marcha sin preocuparse de los rayos que caían a su alrededor. Su valentía evidenciaba la clase de muchacho que era y el amor que le profesaba a Zoe. Dispuesto a arriesgar su vida, y hasta su alma, con tal de desbaratar los planes del indeseable Trevor Jones. Un hombre poderoso, cruel, sin escrúpulos y capaz de todo con el único fin de conseguir sus propósitos, pero ¿a su hermana?

La rabia de Zac le infundió nuevas fuerzas, e incluso llegó a imaginarse que él mismo acabaría con aquel indeseable. Qué placer le resultaría, tras averiguar los verdaderos motivos que lo llevaron el día en el que se presentó en sus tierras, después del trágico accidente, interpretando el papel de un hombre dispuesto a ayudarles... Qué burda mentira. Aunque, lo que Trevor parecía haber olvidado, era un detalle primordial. Zoe y él se tenían el uno al otro y mientras aquello sucediese pelearían con uñas y dientes contra todos. Nadie iba a decidir por ellos. Nadie. Se lo debía a sus padres y se lo debía a Zoe.

Tales pensamientos hicieron que unas lágrimas, amargas como la hiel, corrieran por las mejillas de un pobre muchacho que trataba de hacer lo imposible porque todo fuese un poquito como antes. Intentando, sin éxito, que una pequeña parte de la risueña Zoe regresara y, ante todo, suplicando porque ella no se diese cuenta de que, noche tras noche, escuchaba sus sollozos sobre la almohada. Le partía el alma...

¿Y de verdad la gente del pueblo creía que se iba a quedar de brazos cruzados ahora que sabía lo que aquel cacique quería de su hermana?

No y no. Él no era ningún cobarde, y ni siquiera saber que el propio *sheriff* no intercedería por ellos fue suficiente para amilanarle, sino justo lo contrario.

Avanzó decidido y distinguió, a lo lejos, la propiedad que le pertenecía.

Zoe llenó el último frasco de cristal con la compota de manzana, y lo cerró con fuerza antes de proceder a meterlo dentro de la cazuela que tenía sobre el fuego. Se limpió el sudor sobre la manga y se acercó a la ventana desde la que se veía llover a cántaros. Parecía que la tormenta no estaba dispuesta a marcharse así como así, y aprovechó esos minutos de descanso mientras permanecía allí, mirando hipnotizada el agua que no dejaba de caer... Hasta que divisó a un jinete acercándose a toda velocidad.

¿Habría sucedido algo?

En ese instante no pudo evitar retroceder en el tiempo, justo cuando varios vecinos fueron a informarles de la trágica noticia, hacía apenas unas semanas.

Antes incluso de darse cuenta, una plegaria desgarradora salió de su boca y corrió hacia el exterior, esta vez sin sombrero.

—Alabado sea el Señor —murmuró mediante un ruego al reconocer la figura de su hermano.

La tensión acumulada la hizo caer de rodillas, sobre la tierra mojada, y fue consciente de sus ropas húmedas.

No le importó. El alivio de ver, con sus propios ojos, que él se hallaba bien, la hizo quedarse



arrodillada bajo la lluvia, aunque no tardó en darse cuenta de la mala cara que traía. Una vez más el presagio de que algo terrible les esperaba se magnificó y ellos no podían soportar más contratiempos.

Zac bajó de la montura de un salto, y se acercó para ayudarla a que se pusiera en pie.

—Cuando vi un jinete por la ventana yo pensé... —La voz de Zoe era apenas un susurro y no pudo terminar de hablar. El nudo que tenía en la garganta no la dejó, mientras miraba a su querido hermano con una intensidad que dolía.

—Estoy bien, hermanita —confirmó, y se fundieron en un cálido abrazo. Zac se alegró. Por fin dejaba que sus sentimientos afloraran, al romper a llorar delante de él después de la tensión vivida—. Nunca se me ocurriría dejarte sola.

Zac dejó que soltase lo que llevaba dentro. Le iba a hacer falta cuando le contara las noticias que traía.

—¿Qué te parece si entramos? Tengo algo importante que decirte.

En ese momento, Zoe supo que su hermano pequeño no era ya tal. Esa manera de hablar y de sostenerla, la hicieron partícipe de lo mucho que había madurado en esas semanas.

Le rompió el corazón darse cuenta de que lo necesitaba tanto o más que él a ella, y se quedó herida de muerte, puesto que no podría hacer absolutamente nada para que, aquel muchacho de dieciséis años, continuase con los sueños propios que le debían de pertenecer por derecho.

Qué injusta era la vida.

—Sí, Zac. —Recuperó la compostura para volver a tomar las riendas—. Entremos. Después de cambiarnos hablaremos con algo caliente entre las manos.

—No. No tenemos tiempo. —La agarró de la mano y tiró de ella. Una vez en la cocina la soltó.

—Zac, no te entiendo.

—Siéntate, por favor.

—Pero mojaré la silla —protestó.

—Zoe, siéntate. —La manera de dirigirse a ella le recordó tanto a su padre, que sin pensarlo obedeció, comprendiendo que la conversación que allí se iba a producir iba a cambiar sus vidas para siempre.

¡No se equivocó!

## CAPÍTULO I

Dejaron atrás la estación de postas, en la que descansaron durante unas horas, y no tardaron en adaptarse al nuevo y continuo traqueteo de baches. Estaban cansados de tanto viaje y empezaban a flaquear las fuerzas respecto al plan ideado aquel fatídico día en que comenzó todo.

Aquella era la cuarta diligencia en la que viajaban y la compañía, esa vez, se limitaba a un hombre mayor y a una mujer de mediana edad acompañada de su hijo; lo que permitía, debido a los escasos pasajeros, tener un sitio amplio en el que acomodarse. Un detalle convertido en un verdadero alivio después de las condiciones casi inhumanas en las que viajaron los días pasados... Y ya iban dos.

Dos insufribles días, con sus noches incluidas, desde que decidieran, a la fuerza, abandonar sus tierras ataviados con ropa seca y un mínimo de equipaje. Nada más.

Un nuevo bache hizo que Zoe aprovechara para cambiar de postura, entonces, aburrida, echó a un lado la cortinilla y miró a través del sucio cristal. A continuación, cerró los ojos y recordó con todo tipo de detalles lo que ambos hermanos hablaron esa particular tarde...

### ***Dos días antes...***

*Zoe no dudó en sentarse con el vestido mojado. Sabía que era el menor de sus problemas. Alzó la mirada y esperó a que su hermano tomase la palabra.*

*—He venido lo más rápido que he podido —anunció sentándose frente a ella tratando de ser convincente—. Tenemos que darnos prisa y marcharnos de aquí.*

*—¿Cómo que tenemos que marcharnos? ¿Marcharnos adónde? —preguntó con un gesto interrogante en la cara. No entendía nada. ¿Acaso su hermano se había vuelto loco?*

*La expresión de sorpresa de ella hizo que Zac sopesara bien las palabras que iba a decir. Su empeño pasaba por ahorrarle el mal trago que le supondría ser conocedora de la verdad, algo que no ocurriría a menos que no le quedase otra opción que decírselo, y por el momento eligió no hacerlo... No si lo podía omitir.*

*—Siento decirte esto, ninguno de los dos merecemos seguir aquí.*

*Zoe abrió los ojos de manera desorbitada y casi se le desencaja la mandíbula de la impresión. Definitivamente su hermano se había vuelto loco.*

*—Zac Evanson —pronunció seria. De seguido se levantó de la silla y se apoyó sobre la mesa —, ¿quieres hacer el favor de explicarte?*

*Ya sabía él que no le iba a resultar nada fácil.*

*—Pues es tan sencillo como que no quiero que nos pasemos el resto de la vida aquí. Tanto tú como yo nos merecemos algo mejor y...*

*—¡Basta! —gritó dando un golpe sobre la mesa, estupefacta—. ¿Cómo puedes hablar así? El rancho es lo único que tenemos. Nuestro deber es honrar a nuestros padres y luchar por sacarlo adelante.*

*—Te equivocas, Zoe. Lo que ellos no querrían, ten por seguro, es que envejecas aquí sola*

*convirtiéndote en una vieja solterona.*

*—Yo fui quien elegí no aceptar ninguna proposición de matrimonio, ¿acaso no te acuerdas? Zac se mordió la lengua y prefirió no contestar.*

*«¿No ves que precisamente por esa negativa a casarte estoy haciendo esto?», se dijo a sí mismo.*

*—No te engañes, hermana, el hecho de no aceptar ninguna proposición es porque todavía no ha aparecido el hombre adecuado, y desde luego aquí no lo vas a encontrar.*

*—¿El hombre adecuado? —se burló suavizando el gesto—. Dudo mucho que ningún hombre desconocido quisiera contraer matrimonio con una solterona como yo. Además, tanto padre como madre respetaron mi decisión, ¿a qué vienen entonces tantas bobadas? —En ese punto le sostuvo la mirada en busca de una explicación.*

*Zac entonces cambió de táctica para convencerla.*

*—Hazlo por mí. Yo sí quiero conocer lugares nuevos y no puedo dejarte aquí, ¿es que no lo entiendes?*

*—Puedo entender tu postura, aunque me cuesta digerir tu afán de marcharnos así, como si fuera de lo más normal —se pronunció desconcertada—. Zac, te lo vuelvo a repetir, ¿irnos adónde?*

*—A cualquier parte, lejos de aquí, lejos de lo que nos recuerde a una vida que no volverá.*

*Zoe asimiló lo que acababa de escuchar (aunque no era nada fácil) y se puso en el lugar de él. Tenía todo el derecho a vivir la vida a su antojo, y a no verse en la obligación de quedarse junto a una solterona que no esperaba nada de la vida.*

*—Está bien —claudicó—, permaneceremos aquí dos años más, cuando cumplas dieciocho te marcharás en busca de lugares nuevos.*

*—Zoe...*

*—No hay negociación posible. Esperarás dos años y no se hable más.*

*Zac alzó la vista con impotencia. Lo había intentado con perseverancia sin ningún resultado y el tiempo seguía pasando. Se dio por vencido.*

*—¿De verdad crees que sería capaz de dejarte sola? —La pregunta hecha evidenció el tono triste de un muchacho que no podría vivir lejos de la única familia que le quedaba.*

*—¿Y por qué no? Tienes el derecho de...*

*Zac, preso de una gran emoción, la interrumpió con lágrimas en los ojos.*

*—Nunca te dejaré sola, ¿me oyes? Ni ahora, ni dentro de dos años, ni nunca. Mi vida eres tú y siempre lo serás. Eres lo único que tengo.*

*—¡Oh, Zac!*

*Se fundieron en otro abrazo en el que las lágrimas de los dos se dejaron ver, uniéndolos en un vínculo irrompible y especial que perduraría a lo largo del tiempo.*

*Disfrutaron de aquel momento de debilidad, puesto que ni uno ni otro estaban acostumbrados a ese tipo de demostraciones, ante la creencia errónea, de que los haría débiles ahora que se quedaron solos. Por eso, recobrando la cordura, Zoe fue la primera en apartarse. Dejó las emociones a un lado y pensó fríamente en lo sucedido desde el instante en el que reconoció la figura de Zac cabalgando rápidamente hacia el rancho, y ahí se dio cuenta de un detalle. Algo no encajaba en lo que le había dicho.*

*—Un momento, hay algo que no me estás diciendo, ¿verdad? —preguntó escudriñándolo con la mirada—. Has venido cabalgando en mitad de una tormenta, sin que pareciera importarte, y encima lo has hecho con la cara desencajada.*

*La expresión de Zac iba cambiando de un estado a otro. La realidad de que no se equivocaba*

la veía con claridad a través de sus ojos, y evidenciaba que no iba nada desencaminada. Por eso, añadió:

—Vienes diciendo que nos tenemos que marchar de aquí y me mientes con deliberación. — Avanzó un paso, decidida, y se situó frente a él, exigiendo una explicación que sabía no tardaría en llegar. La postura derrotada de su hermano así lo demostraba—. ¿Qué es lo que está pasando, Zac?

Y él habló. Era el momento de hacerlo.

—Tienes razón. Lo de antes ha sido un intento para no herirte demasiado.

Zoe cerró los ojos y suspiró. La convicción de enterarse de lo que ocurría se agrandaba dentro de sí. Dio media vuelta y reflexionó sobre el asunto.

En verdad debía de ser grave si lo que pretendía era mentir para que no se diese cuenta de lo que en realidad sucedía.

Decidió tomar cartas en el asunto y, esta vez, sin que le dijera nada, volvió sobre sus pasos; a continuación, se sentó sobre la silla y mantuvo la calma.

—Habla, por favor.

—Está bien —asintió serio—. El motivo que me ha obligado a presentarme aquí, tan pronto como he podido, es porque he sido informado de los planes que tiene el señor Jones hacia nosotros y en particular hacia ti.

—¿Trevor? —preguntó con inocencia al recordar la ayuda que les ofreció el día que fue a visitarlos tras la muerte de su padre. En aquel momento, a pesar del dolor, consiguió que cambiase de parecer sobre Trevor Jones, desoyendo lo que escuchó a lo largo de los años. Los chismes y los hechos lo habían situado, siempre, en una posición bastante indecorosa... En cambio, a raíz de su actitud, ese día dejó que la acompañara y le agradeció lo comprensivo, caballeroso y humano que fue. Entonces, ¿a qué planes se refería?

—El propósito de ese indeseable no era ayudarnos, Zoe —continuó lleno de rabia contenida—. Nos ha engañado cuando más débiles éramos y nosotros le creímos.

¿Engañarles? No tenía sentido y, en el caso de que así fuera, ¿con qué fin?

Zoe continuó escuchando todo cuanto tuviese que decirle.

—Sigo sin entenderte, ¿de qué planes hablas?

No tardó en saberlo.

—Quiere ser el dueño y señor de lo que nos rodea.

La muchacha frunció el ceño y, sin darse cuenta, comenzó a frotarse las manos nerviosa. El mal augurio que presintió durante la tormenta ahí seguía, y rezó en su interior para que nada de lo que se le pasaba por la cabeza fuese cierto; a medida que se afanaba en mantener la espalda erguida, convencida en mostrarse calmada delante de su hermano.

Finalmente hizo un ejercicio de contención, para no delatarse, y preguntó mediante un susurro:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ha sido Leroy.

Leroy era «en los buenos tiempos» el hombre de confianza de su padre. Un hombre bueno y trabajador que se vio obligado a buscarse la vida y dejarles cuando más lo necesitaban. Ya se encargó Trevor Jones, en la sombra, eliminando uno a uno los obstáculos antes de ver cumplidos sus sueños.

—¿Qué te dijo con exactitud?

—Me dejó claro que lo hacía porque se veía en deuda con nosotros y era justo que lo supiéramos. Después me advirtió, Jones se va jactando por ahí diciendo que muy pronto, el

*rancho Evanson le pertenecerá para siempre.*

*Zoe tragó saliva con dificultad, e intensificó los nervios a través de unas manos que no paraban de frotarse, sin saber si podría mantener la calma durante mucho más tiempo.*

*—¿Y cómo cree que va a conseguirlo? Antes debería deshacerse de nosotros dos, y si va aireando por ahí lo que has dicho, estaría cavando su propia tumba, ¿no?*

*—Lo que tiene ideado es mucho más fácil, Zoe.*

*—¡Por todos los santos! —exclamó perdiendo la paciencia. Se levantó de un salto y lo enfrentó—. ¿Quieres decirme de una vez lo que te está costando tanto?*

*Zac le sostuvo la mirada con tristeza y procedió a pronunciar tres simples palabras que, conociéndola como la conocía, sabía que la iban a destrozar por dentro.*

*Abrió la boca y aseguró:*

*—Va a desposarte.*

*El ruido que se escuchó a continuación, fue el de un interminable trueno acompañado de un terrible silencio después, que se prolongó a través de la espaciosa cocina en la que rieron tantas veces a lo largo de toda una vida. Una vida que les terminó siendo arrebatada y que parecía complicarse hasta la extenuación...*

La diligencia paró en seco, sin avisar, y sacó a Zoe de la tristeza que la embargaba.

¿Por qué insistía en recordar cuando ella muy bien sabía el daño que le causaba?

Lo más rápido que pudo, limpió las lágrimas que no pudo contener y dio gracias a que su hermano no se hubiese dado cuenta. Continuó mirando por la pequeña ventana y controló las emociones que parecían desbordarla.

—¿Por qué paramos? —le preguntó el niño a su madre.

—No lo sé, hijo.

A ninguno de los allí presentes les pasó por alto el nerviosismo de la mujer, que cogió a su pequeño y lo sentó sobre sus rodillas protegiéndolo, todavía no sabía de qué o quiénes.

La primera en averiguarlo fue Zoe y tranquilizó a los demás.

—Son oficiales del ejército.

—¡Alabado sea el Señor! —susurró la pobre mujer abrazando a su hijo por su buena suerte.

El golpe de unos nudillos sobre la portezuela les alertó. Querían hablar con ellos y Zac, el primero en actuar, abrió y se encontró a cuatro uniformados a lomos de sus caballos.

—Buenas tardes —les dijo uno de ellos saludándolos como el oficial que era.

—Buenas tardes, señor. —A su alrededor, empezaron a asomarse, tímidamente, el resto de los viajeros—. ¿Ocurre algo?

—No muy lejos de aquí, han divisado a un grupo de cuatreros y estamos en la obligación de advertirles. Con toda probabilidad, aprovechen la oscuridad de la noche para tender una emboscada a quien tenga la mala suerte de toparse con ellos —les informó alertándolos uno a uno y permaneció con la vista fija, más de lo esperado, en la mujer que acababa de llamar su atención al descubrir su belleza.

—¿Qué nos aconseja? —preguntó el conductor de la diligencia desde el pescante.

A aquel soldado le costó apartar la mirada del bonito rostro y, sobre todo, de aquellos ojos cautivadores.

—Hay una posada cerca, yo de ustedes no tentaré a la suerte.

—¿Cómo de cerca? La siguiente estación de postas está a ocho millas.

—Sí, pero anochecerá antes de que lleguen y les aseguro que esos indeseables les pueden

sorprender. La posada que les digo está a tan solo tres millas.

La respuesta de la madre, agarrada a su hijo, no se hizo esperar después de escuchar el peligro que corrían.

—¿Y si nos asaltan a plena luz del día? Si no están lejos pueden intentarlo, y si es así tanto una dirección como otra nos dará igual, ¿no?

—No. No les dará igual —aclaró—. Les escoltaremos hasta la posada y una vez allí reanudaremos nuestro camino.

Los otros tres oficiales permanecieron sobre sus monturas sin delatar el asombro hacia su superior, ¿desde cuándo abandonaban una misión por escoltar una diligencia cualquiera?

—¿De veras harían eso por nosotros? Vaya si hemos tenido suerte encontrándonos en el camino...

El oficial ni siquiera la escuchó, puesto que permanecía ensimismado en el instante en que vio a la otra dama sonreír.

Definitivamente era la mujer más bonita que había tenido el gusto de admirar.

## CAPÍTULO II

—Permítame, por favor.

Acababan de llegar a la posada, sanos y salvos, y aquel oficial tan bien dispuesto se ofreció a ayudarla. Se agarró a su mano y bajó los tres escalones que la separaban del suelo firme.

—Gracias, señor —le habló con timidez, como una muchacha nada acostumbrada a que ningún extraño le ofreciera tantas atenciones.

—No hay de qué. Ha sido un honor acompañarlos. —Y, ante la sorpresa de Zoe, se llevó la mano hasta sus labios y la besó—. Un verdadero honor.

Los últimos rayos de sol evidenciaban que el atardecer llegaba a su fin. Antes de desaparecer se reflejaron en un mechón de su cabello, el cual se dejó ver al rebelarse y salir de debajo del sombrero, para desesperación de la muchacha, que tuvo que admitir que le gustaba la actitud del hombre de bien hacia ella. Lo que menos le apetecía, era que se burlase del color de sus cabellos como ya le sucediera en multitud de ocasiones con las mujeres del pueblo.

Solo que las burlas no llegaron.

—Qué color tan poco común —no pudo evitar decir en voz alta.

Zoe se ruborizó.

—Nunca había visto cabellos así —la aduló a la vez que la miraba en profundidad ahora que la tenía a merced de la luz. Quedó deslumbrado puesto que en las distancias cortas su belleza era arrebatadora.

Las palabras de uno de sus compañeros lo sacaron del trance en el que parecía haberse quedado absorto.

—Señor, debemos marcharnos.

—Sí, y nosotros tenemos que entrar —interrumpió Zac, al cual no le gustaba la manera en la que miraba a su hermana.

—Sí, sí. Bueno, lo dicho. Ha sido un verdadero placer.

El oficial al mando dio media vuelta, a regañadientes, y se dispuso a marcharse cuando escuchó:

—No. ¡Espere! —La voz de Zoe fue de auténtica súplica. Aprovecharía la buena disposición para hacerle una pregunta que les ayudaría a solucionar el embrollo en el que estaban metidos.

—¿Sí, señorita?

—No quisiera parecer una atrevida, pero me gustaría pedirle permiso para hacerle una pregunta, que podría ayudarnos a mi hermano y a mí.

—Por supuesto, hágamela. La serviré en la medida que me sea posible.

—¿Conoce al coronel Alan Morrison?

***Dos días antes...***

—*¿Qué es lo que has dicho? —preguntó abrumada bajando la guardia. Tanto fue así, que la palidez en su rostro la delató.*

*A Zac no le extrañó su reacción. Volvió hacia atrás y se acordó uno a uno de todos los hombres que acudieron a la granja pretendiendo pedirle la mano para desposarla. Cada uno de ellos salió con una negativa detrás de otra, porque sus padres bien sabían que era una muchacha especial «no solo por fuera» y habían decidido respetar la decisión que tomó en ese aspecto.*

*Solo aceptaría la propuesta de matrimonio si el hombre adecuado conseguía enamorarla de verdad, y claro, las oportunidades, siendo realistas, no eran muchas. Vivir en un pueblo pequeño lo dificultaba considerablemente.*

*—Nunca se me ocurriría bromear con algo así, Zoe.*

*—Lo sé, pero es que resulta demencial.*

*—No lo es. Para él no. Te quiere a ti y también este rancho, y tu decisión de no casarte con nadie del pueblo le trae sin cuidado.*

*Encajar la verdad de aquellas palabras fue duro. Muy duro.*

*—¿Quién se ha creído que es? —Alzó el tono con rabia.*

*—La persona a la que temen, y la persona que siempre se sale con la suya.*

*Zac fue todo lo claro y sincero que pudo mientras barajaba la única oportunidad que tenían. ¡Escapar!*

*—No se saldrá con la suya de ninguna de las maneras. Si por un momento ha pensado que voy a aceptar, se equivoca. Vaya si lo hace.*

*—Lo siento —se disculpó antes de volver a tomar la palabra—. Lo que te he contado hasta ahora no es todo. Todavía hay algo peor.*

*—¿Algo peor? ¿Es que puede haber algo peor?*

*El muchacho se echó hacia adelante y cogió sus manos, que no paraban de moverse, en un desesperado deseo de calmarla, aunque era consciente de que aquello sería prácticamente un milagro.*

*Por ello odió al hombre causante de su sufrimiento.*

*—Sí, sí lo hay.*

*—Está bien —aceptó resignada. Se agarró a las manos de él y las apretó con fuerza, infundiéndose de ánimo para decir—: Cuéntamelo todo, Zac.*

*Su hermano así lo hizo mientras que ella abría los ojos con respecto al hombre que la consiguió engañar vilmente. Se percató de lo maligno que podía llegar a ser y contuvo una arcada cuando supo que la desposaría a la fuerza y, lo que era peor, con el consentimiento del sheriff.*

*¡Por Dios! ¿En qué manos estaban? Solo que, a diferencia de su hermano, la ocurrencia de escapar no se le pasó por la cabeza en ningún momento, mientras ideaba lo que podría ser mejor, no solo para ella, sino también para Zac... Y sin ninguna duda lo mejor sería permanecer en sus tierras. El cómo lograrlo sin tener que sucumbir a los míseros deseos de un depravado, que además le doblaba la edad, era otra cuestión.*

*La pobre muchacha se devanaba los sesos en busca de una posible solución.*

*—Tenemos una opción —se esmeró en parecer convencida.*

*La opción distaba mucho de agradarle, aunque, examinando el transcurso de los acontecimientos, no tuvo ninguna duda de que tendría que pagar un precio. Un precio bastante elevado, al que se hallaba dispuesta, por Zac.*

*¿Qué tipo de vida les esperaría ahí fuera si huían? Ser una mujer soltera, de veinticuatro años, a cargo de un crío de dieciséis, la ciñó a la cruda realidad. No había mucho más que hablar.*



—Claro que la tenemos, cogemos algo de ropa y nos marcharemos.

—No. Nadie nos va a obligar a huir de nuestra propia casa.

Zac la miró desconcertado.

—¿Y qué opción tenemos entonces?

—Si para quedarme aquí tengo que pasar por el altar, que así sea.

—¿Qué?! —gritó levantándose como una furia—. ¡No lo voy a consentir! Puedes estar segura de ello.

—No me has entendido, Zac. No voy a casarme con Trevor.

—¿Y entonces con quién? —Aquello se les empezaba a escapar de las manos y no estaba dispuesto a sacrificar la decisión que ella tomó en su día. No. Antes mataría a ese malnacido con sus propias manos. Preferiría mil veces acabar en una celda a que Zoe tuviese que convertirse en su esposa.

—Mañana iré a hablar con el señor Tylor —anunció resignada sin perder la compostura. Ahora lo que de verdad importaba era que él supiera que hablaba muy en serio y lo más importante, que la decisión que acababa de tomar la satisfacía, aunque fuese mentira—. Me presentaré en su casa y le preguntaré si todavía quiere casarse conmigo. De todos los pretendientes es el que me hará la vida más fácil y...

El grito de Zac la calló de golpe.

—¡Ja! ¿Acaso pretendes llamar vida fácil a acostarte con un hombre de sesenta años? Por el amor de Dios, Zoe, no te creo.

—Es nuestra única alternativa y la voy a aprovechar.

—No. No lo harás —negó enfrentándose a ella endemoniado—. Jamás consentiré que nadie te someta. Jamás.

—Zac.

—No. Déjame terminar. —Cogió aire con autoridad y sin apartar la mirada de la suya continuó—: Sé que para ti sigo siendo un niño, aunque no lo soy, Zoe. Deja de protegerme y de tratarme como tal, y deja de hacer como si todo fuera bien porque no es cierto. Nada es lo que era, no lo volverá a ser y desde luego que tú no vas a exponer tu vida para protegerme. No lo voy a consentir ni ahora ni nunca y hablo completamente en serio, puedes estar segura de ello. Así que, como no hay otra posibilidad, abriremos la caja que nos dejó padre en el caso de sucederle algo, y nos marcharemos de aquí.

—Pero...

—No voy a discutir contigo, Zoe —fue cuanto dijo antes de darse la vuelta convencido de lo que hacía—. ¡Ah! Se me olvidaba —recordó subiendo las escaleras—, también quiero decirte que cuando necesites llorar por la pérdida de nuestros padres, lo hagas en mi presencia y no a escondidas.

A Zoe le dolió el alma al darse cuenta de que sí que lo sabía. No le sirvió de nada las precauciones que tomó cada noche.

—Sé que haces lo imposible para que no te escuche, pero lo sé. Y ahora, si de verdad me quieres, acompáñame a la alcoba de ellos y abramos esa caja que quizás pueda ayudarnos. No puedo hacerlo solo.

Dicho eso continuó su andadura como si nada, demostrando que tenía razón en lo referente a que ya no era un niño. Entonces, una Zoe conmocionada después de la charla, se levantó y lo acompañó.

¡No había nada más que decir!

—De hecho, sí, señorita, el coronel sirvió a nuestra patria con verdadero honor.

Las palabras del oficial a Zoe le hicieron palidecer. ¿Habría muerto?

—Habla de él en pasado, ¿le ha sucedido algo? —preguntó con el corazón encogido.

—Oh, no. Simplemente se ha retirado. Servía en Fort Laramie y decidió trasladarse a Missouri. ¿Missouri? Eso quería decir que su búsqueda tendría que alargarse unos días más.

—¿Y no sabrá con exactitud la ciudad en la que puede estar? Es muy importante para nosotros.

—Habló de Sant-Louis, supongo que es allí donde estará viviendo.

Zoe suspiró aliviada.

—Gracias, ha sido de gran ayuda, de veras.

—Ha sido un placer ayudarla, a sus pies. Espero volver a verla.

Subió a su caballo y la miró una última vez antes de desaparecer, en tanto Zoe quedaba atrás. La amabilidad del oficial la dejó abrumada al no estar acostumbrada a ese tipo de lo que parecía un cortejo, y soñó despierta con historias románticas, añorando las atenciones de un hombre que no existía.

«Cielo santo, un poco de caballerosidad por parte de un hombre desconocido, y mis sentimientos parecen descontrolarse. ¿Cómo demonios es posible?», se preguntó a sí misma confundida.

No tardó en apartar de su mente una fantasía que desde luego le quedaba demasiado grande. Se recogió el sencillo vestido de algodón para entrar en la posada, sin percatarse del gesto de su hermano, el cual evidenciaba el profundo malestar que le profesaba a cada uno de los hombres con los que se habían cruzado.

¿El motivo? La reacción desmesurada de todos ellos, causando un gran revuelo alrededor de Zoe, sin que ella pareciese percatarse de nada. La inocencia y la falta de costumbre eran las causas que propiciaban que Zoe no supiera las verdaderas intenciones que tenían hacia ella. Ese dato revelador causaba que Zac no la perdiera de vista en ningún segundo y tuviese que adaptarse a la nueva situación. Su preocupación, de considerables magnitudes, pasaba por el peligro que se sumaba a su ya de por sí complicada existencia; e incluso se llegó a preguntar si no se habrían precipitado en la decisión que afectaba a ambos y que ahora, sobre todo a ella, la dejaba expuesta a otro tipo de problemas.

¿Y si no tomó la decisión acertada? La misión de dar con el paradero del coronel Morrison se estaba convirtiendo en una prioridad absoluta si quería mantener a su hermana a salvo.

La cuestión de si los ayudaría o no cuando lo encontraran, si es que lo hacían, ya era otro cantar...

### ***Dos días antes...***

*Resultaba difícil y complicado lo que a ambos hermanos se les pasaba por la cabeza. Los sentimientos a flor de piel se palpaban en el ambiente en el instante en que entraron en la alcoba de sus padres. Se cogieron de la mano, en un gesto natural, que evidenciaba lo mucho que se necesitaban.*

*Llegaron a la altura del armario y permanecieron un rato allí, parados, en lo que se convirtió en una preparación mental ya que ninguno lo estaba. No solo tenían que entrar en una habitación que no habían vuelto a pisar, sino que, además, se veían obligados a abrir un*

*armario lleno de recuerdos.*

*—¿Lista?*

*—Sí —susurró con un hilo de voz cerrando los ojos.*

*Zac, a través del contacto de su mano, sintió el temblor que la sacudía y tomó la decisión de no alargar el sufrimiento que no los llevaría a ningún lado. Abrió la puerta sin dudar y volvió a ser el que permaneciera con la sangre fría. Tiró de ella y se preocupó por la reacción que vendría a continuación. Una reacción que no tardaría en llegar...*

*Poco a poco abrió los ojos y vio las familiares ropas y enseres a medida que trataba de ser lo más fuerte que podía. No lo consiguió. El aroma que le recordaba a su madre impregnó sus sentidos y la debilitó en lo más profundo del alma, aflorando la pena que llevaba a cuestas hasta que rompió a llorar sobre uno de los vestidos.*

*No había consuelo para la pobre Zoe. Se acababa de dar por vencida y, por primera vez, se olvidó de la responsabilidad de cuidar de Zac. Todo le daba igual.*

*Y ahí, un Zac inteligente actuó a tiempo.*

*Cogió la vieja caja de madera, situada en un rincón y, después de quitarle el vestido de las manos, la sacó de allí entre palabras tranquilizadoras. Tuvo que tragarse las ganas insufribles de llorar junto a ella, no podía mostrar su debilidad puesto que la obviedad de que uno de los dos debía mantener la calma apremiaba. Había mucho en juego, él mejor que nadie lo sabía; después de omitir que en cualquier momento, Trevor aparecería en compañía del sacerdote dispuesto a convertirla en su esposa a la fuerza. De ahí la prisa por cabalgar como alma que lleva el diablo y huir cuanto antes.*

*¡No podían desperdiciar un tiempo del que no disponían!*

*Bastantes minutos después regresaron a la cocina y se sentaron mientras observaban, con un nudo en la garganta, la caja de madera que continuaba cerrada encima de la mesa.*

*—¿Quieres que te prepare un café? —se ofreció Zac una vez superada la emoción vivida arriba, normalizando en la medida de lo posible la situación.*

*—No, gracias. —Y añadió para sorpresa del muchacho—: lo que quiero es terminar con esta pesadilla lo antes posible. Si de verdad crees que lo mejor es marcharnos, hagámoslo.*

*—Lo creo, Zoe.*

*—Entonces, vamos allá —manifestó decidida, olvidándose del temblor de las manos para seguidamente abrir la caja misteriosa.*

*Jamás ninguno de los dos hubiese imaginado lo que iban a encontrar en el interior.*

### CAPÍTULO III

La tensión se mascaba en el interior de la posada, alrededor de la mesa de juego en la que se desarrollaba la partida de naipes. La idea de desplumar a aquellos forasteros resultaba demasiado tentadora como para dejarla escapar, y él, Liam Mayer, permanecía dispuesto a hacerlo presuponiendo que no tardaría en dejarlos sin blanca. La confianza en sí mismo era tal, que no pudo evitar mostrar una sonrisa debido a la torpeza del que, a simple vista, parecía llevar el mando y el cual acababa de hacer una seña a su compañero, pillándolo de reojo.

¿Qué clase de hombre sería capaz de jugar así de mal? Se frotó las manos y empezó a especular acerca del botín que sin lugar a dudas se iba a llevar.

—Subo la apuesta a cinco dólares —intervino Liam ojeando sus naipes.

Los silbidos de los que presenciaban la partida no se hicieron esperar y rieron entre sí. La evidencia de que el truhan sabía muy bien lo que hacía era palpable en el ambiente. Él siempre se aprovechaba, sin escrúpulos, de todas y cada una de las personas que tenían la desgracia de toparse en su camino. Siempre se salía con la suya...

¡Hasta el día de hoy!

—Y yo la subo cinco dólares más —afirmó el desconocido mediante un gesto tranquilo y seguro.

Mantuvo el tipo sin que parecieran incomodarle las carcajadas de los demás.

—Lo veo —aceptó Liam cogiendo la botella de *whisky*.

—No voy —habló el compañero del forastero tirando las cartas sobre la mesa.

—Yo tampoco.

—Parece que esto se anima. Solo quedamos tú y yo. —Echó un trago y robó una carta. La miró y la colocó junto a su as de tréboles.

La verdad era que la baza pintaba bastante bien y no tendría que echar mano de las tretas «un poco dudosas» a las que estaba acostumbrado. Alzó la vista y examinó con detalle cada rasgo y gesto del desconocido. Pretendía leerle la mente puesto que la calma que transmitía no le terminaba de gustar. No sabía muy bien el porqué, pero un mal presentimiento le preocupaba, y él no solía equivocarse.

¿En realidad era tan malo como aparentaba, o por el contrario le sobraba el dinero? Aunque pensándolo bien debían de ser las dos cosas. Al menos, la ropa elegante que llevaba y sus gestos de caballero, bien podrían ser la prueba de que no iría muy desencaminado.

La posibilidad de sonsacarle información pasó entonces por su cabeza, anticipándose a un posible golpe de buena suerte. Mientras barajaba la idea de seguir aprovechándose hasta dejarlo seco, preguntó como si nada:

—¿Hacia dónde se dirigen? No he estado atento cuando lo ha dicho y conozco los caminos de los alrededores en el caso de necesitar ayuda. Es evidente que no son de por aquí.

—El hecho de no saberlo no se debe a que no haya estado atento. Simplemente no lo he dicho —le dijo el forastero, después robó un naipe y se quedó un tanto distraído mirándolo.

La contestación y el gesto de no saber lo que se traía entre manos con las cartas, no le gustó nada. De los hombres que había timado alrededor de una mesa, desde luego que el que tenía enfrente era el caso más extraño. Normalmente solían ser bastante mayores y el tipo ese no

encajaba en el perfil. Es más, la buena planta que tenía, las vestimentas poco comunes, los finos modales y la mirada azul penetrante, evidenciaban que de torpe debía de tener poco; y Liam, en esos momentos, no se hallaba por la labor de perder ningún dólar. No después de la juerga que se corrió en el burdel tras desplumar al anterior pardillo.

¿La solución? Muy fácil. Tan solo le hizo falta mirar a la persona que seguía todo desde la barra y hacerle la señal de siempre.

«En cuestión de segundos todo volverá a la normalidad», pensó descubriendo a su compañero acercarse, con la intención de situarse detrás y así ver las cartas del desconocido.

Desde luego lo que ninguno de los dos pudo prever fue lo que sucedió a continuación.

—Si no le importa, no me gusta que nadie mire desde atrás —pronunció tan tranquilo, impidiendo que el nuevo acompañante pudiese ver nada.

La reacción de Liam no tardó en manifestarse a través de una mirada furiosa.

—¿Acaso pretende insinuar que hago trampas?

—Oh, no —contestó en el mismo tono—. Eso lo está sugiriendo usted, no yo. Nunca me atrevería a hacer algo así.

La respuesta no le bastó y aprovechó para distraerle ahora que el recelo comenzaba a sembrar la duda acerca de si en realidad era el pésimo jugador que parecía.

¡Definitivamente no se fiaba de aquel fulano!

—Me alegra escucharle, créame que no le interesaría retarse conmigo —le advirtió sopesando si seguir con el juego o no.

La encrucijada de continuar o provocar una pelea, se convirtió en una difícil decisión.

¿Qué hacer?

El silencio que se produjo a continuación engulló a los presentes, los cuales miraban a uno y a otro esperando cualquier tipo de acción. Permanecían en estado de alerta para no verse involucrados en una pelea que, según los antecedentes de Liam, no tardaría mucho en producirse. Antes de que... incomprensiblemente, dicho silencio, se viese interrumpido gracias a una estampa bastante peculiar que llamó la atención de los dos hombres. Tanto fue así que dejaron a un lado sus posibles diferencias, a medida que veían a una mujer que entraba en la posada y terminaba cayendo de bruces sobre el suelo al tropezar con algo.

Lo que pareció una simple anécdota, pasó con una rapidez asombrosa a convertirse en una especie de cataclismo. Los hombres que se hallaban más cerca, avanzaron entre codazos por ser el primero en ayudarla. Un gran revuelo se formó y llamó la atención de los que todavía no eran conscientes de la criatura que permanecía sobre el suelo.

—Vaya, vaya —masculló Liam devorándola con los ojos—, menuda hembra.

El forastero no contestó y se limitó a observar la escena. Eso sí, omitió que no le había gustado, nada, la manera de referirse a la dama.

—Si me disculpa, voy a interesarme por ella —se burló hablando con un formalismo que en esa parte del condado era un absurdo—. Al fin y al cabo, esto no es más que una simple partida y no todos los días se puede apreciar algo así, ¿no le parece?

Liam cogió los cinco dólares de la mesa y sin añadir ninguna otra palabra, se dirigió hasta la encantadora muchacha en busca de una nueva víctima. Se hizo paso entre el resto y se situó en un lugar privilegiado, esperando a que el esposo de la joven apareciera para decidir el siguiente paso a dar.

En cambio, el desconocido prefirió largarse de allí y retirarse a descansar, que era para lo que habían parado en aquella posada en mitad de la nada; con la intención de olvidarse del truhan que quiso aprovecharse de ellos y al que no habría dudado en dar una lección, del tipo que fuera, en el

caso de que no se hubiese distraído por el simple hecho de ver una cara bonita. Aunque claro, la diferencia abismal entre ellos bien podría ser que él estaba demasiado acostumbrado a las muchachas bonitas, «damas o no».

Se levantó de la mesa y alzó la mirada distraído, apiadándose de los pobres hombres que seguían arremolinados en torno a... ¡Zas! Y de pronto la visión que tenía delante obró el poder de dejarlo perplejo, sin poder articular palabra alguna. Incapaz de apartar la vista de lo que parecía una adorable criatura de unos rasgos exquisitamente característicos y, sobre todo, incapaz de apartar la vista de aquellos cabellos rojizos, los cuales, gracias a la caída del sombrero, tenía la oportunidad de admirar ahora que volvía a estar de pie.

No tuvo ningún reparo en examinarla cuidadosamente.

Estatura baja. Compleción delgada. Tez infinitamente clara. Pómulos prominentes y aquellos cabellos nada comunes, eran el conjunto perfecto. Parecía una delicada muñeca de porcelana destinada a llamar la atención de cualquier hombre en al menos diez millas a la redonda.

«Su esposo sin ninguna duda debe de ser un hombre muy afortunado», pensó equivocadamente.

—Aquí ya está todo hecho, Nick. ¿Nos vamos a descansar?

La voz de su amigo y servidor le hicieron volver a la realidad. Cogió los cinco dólares que le pertenecían y respondió:

—Sí, vámonos. Ese fulano no sabe la suerte que ha tenido.

Antes de dirigirse a las escaleras que los llevarían a la parte de las habitaciones, no pudo evitar echar un último vistazo a los moscones que seguían arremolinados en torno a la mujer, preguntándose dónde diablos estaría el esposo.

La idea de que si fuera él, nunca se le ocurriría dejarla sola en un lugar como aquel, le nubló la razón por la disparatada ocurrencia y masculló un improperio ininteligible.

¿Qué diablos le importaba a él nada relacionado con una mujer que ni conocía?

Bastantes problemas llevaba a cuestas como para indagar en algo que ni le iba ni le venía. Optó por ser inteligente y no quiso involucrarse, ni siquiera en el caso de necesitar a un buen samaritano. A continuación se abrió la puerta, de nuevo, y entró un muchacho. Este no tardó en perder el color de la cara al encontrarse con la dantesca escena.

—Por todos los santos, no puede ser cierto lo que veo —se maldijo Nick irritado al darse cuenta del estado de aquel chico.

—¿A qué te refieres?

—A eso. —Señaló apartándose a un lado—. En verdad hay que estar loco para que una mujer así viaje con la única compañía de un niño.

—Puede que estés equivocado, Nick —le contradijo—. Nadie en su sano juicio se expondría a tal peligro.

—¿Qué tratas de decir?

—Pues que, posiblemente, la desesperación sea la causante de lo que ves. La cara del pobre muchacho es el claro reflejo.

Tenía razón. La expresión, mezcla de temor y valentía, evidenciaba la lucha interna en que se debatía y proclamaba a los cuatro vientos, sin desearlo, que sí que viajaban solos. Algo que los convertía en un blanco fácil para los tipos sin escrúpulos que no les quitaban ojo... En particular a ella.

—Deberíamos hacer algo, ¿no estás de acuerdo?

—¿Hacer algo? ¿Acaso te has vuelto loco? —Le contestó en tono agrio enfrentándose a él—. No hay que ser muy listo para darse cuenta de lo mucho que ella llama la atención, así que, ¿me puedes explicar por qué crees que deberíamos hacer algo cuando ni siquiera intenta ocultar lo que

todos miran?

Tyler, el fiel lacayo, no entendió el significado de la reflexión que acababa de hacer, igual que tampoco se le pudo pasar por alto su malhumor. Algo que se escapaba a su entendimiento, ya que no se podía explicar a qué era debido.

¿Qué es lo que le molestaba en realidad para hablar con tanta arrogancia?

No pudo morderse la lengua ante lo que presenciaba con sus propios ojos.

—Está bien, Nick, puede que tu código de honor no esté a la altura de esta posada de mala muerte, pero como hombre que soy, no voy a consentir que nadie en mi presencia moleste a ninguna dama.

—¿Quién está aquí hablando de honor? —casi gritó empujando a su acompañante con la mirada—. Esto no es Londres, por Dios.

—Lo sé, Nicholas —contestó sin amedrentarse utilizando su nombre completo, el cual raras veces utilizaba—. Por supuesto que esto no es Londres, aunque lo cierto es que parece que tú y yo no vemos lo mismo.

Ahí se equivocaba. Su código de honor y caballerosidad iba más allá y se daba cuenta, a la perfección, no solo de lo que pasaba a su alrededor, sino lo que era aún peor, de lo que con bastante probabilidad llegaría a suceder llegado el caso.

Echó una ojeada a Liam Mayer y no pudo evitar que la mandíbula se le tensara con una furia contenida; debido a la manera chulesca y obscena de mirar a una indefensa dama que no sabía el verdadero peligro que corría.

¿Tan desesperados se encontraban?

—Está bien —aseveró de pronto tras escuchar, además, a su conciencia—. Intervendré a su favor sin armar mucho revuelo y después me permitiré decirles un par de cosas a estos insensatos. Sea lo que sea lo que les suceda no debe de ser tan grave como para exponer, su vida uno, y su virtud la otra.

—Sabía que entrarías en razón. Eres un hombre de bien y...

—Déjalo, Tyler, si no quieres que te deje aquí plantado y seas tú el que tenga que arreglar este entuerto —le amenazó advirtiéndole. No estaba para bromas.

Y Tyler, de haberse tratado de cualquier otro lacayo, hubiese permanecido en absoluto silencio sin contradecir a su amo, para obedecer su orden directa si no quería enfrentarse a una dura reprimenda o algo peor. Pero claro, él no era ninguno de los muchos sirvientes que su señor tenía a su cargo y aquello le daba bastante ventaja. El haberse criado a su lado contribuía a tener una relación de unión absoluta tanto en los buenos como en los malos momentos. La complicidad entre ellos era tan grande, que la gente que no los conocía solía confundirse con el estatus de cada uno. Algo que desde luego no molestaba a Nicholas que lo trataba como a un igual, cosa de la que se arrepentía en muy pocas ocasiones...

—Como vos ordenéis, Lord Hawkins. —E hizo una especie de reverencia en contestación a la amenaza de dejarlo solo.

Nick supo, con una certeza abrumadora, que una de las contadas ocasiones en las que se arrepentía de la confianza entre ellos bien podría ser esa.

—¿Sabes que a veces pides a gritos unos latigazos sobre tu espalda? Anda, quédate aquí que ahora vuelvo.

Tyler obedeció sin rechistar.

Nicholas Hawkins cruzó la estancia con paso decidido y se dirigió a la barra.

—Venga, muchacho, tómate un trago. Estás invitado —escuchó cómo le decían varios hombres al joven acompañante de la dama.

Claramente lo que pretendían era distraerle, rodeándolo entre risas para apartarlo poco a poco de su compañía femenina.

—No, no —decía Zac nervioso, alargando el cuello en busca de su hermana puesto que no conseguía verla—. Gracias, no quiero nada.

—Vamos, chico —le dijo otro golpeándole la espalda con una palmada demasiado fuerte—, si solo será un trago.

—Se lo agradezco, señor, de veras que no quiero.

La situación se les empezaba a escapar de las manos y Zac, al darse cuenta, notó un escalofrío. Permanecía aterrado y no por él precisamente.

De seguido escuchó la voz de su hermana, no muy lejos de allí, bastante enfadada.

—Devuélvame mi sombrero —decía enfrentándose al que se lo había arrebatado de las manos.

—¿Y qué si no lo hago? —bromeó Peter, que así se llamaba el hombre, bajo la divertida mirada de Liam.

—Haga el favor de devolvérmelo —le increpó furiosa—, no tiene ninguna gracia.

—Ah, ¿no? Se equivoca, señorita. Yo diría que está resultando de lo más divertido.

Las carcajadas de ellos así lo confirmaron, se reían sin contemplaciones.

—Por favor.

El hombre tiró el sombrero al que tenía más cerca y Zoe se giró para increparle.

—Démelo de una vez.

—Está bien. —Y alargó la mano que lo sujetaba.

Zoe respiró tranquila al creer que entrarían en razón. Se acercó confiada y, cuando iba a cogerlo, el muy canalla lo escondió detrás de la espalda consiguiendo admirar su belleza al tenerla tan cerca.

—Yo te doy el sombrero si tú te quitas esas horquillas y te dejas el pelo suelto.

—¡Es usted un grosero! —exclamó dándole una bofetada por el atrevimiento.

¿Quién se creía que era?

Las ensordecedoras carcajadas que se escucharon, se extendieron a gran velocidad y llegaron a los oídos de un Tyler rabioso que no entendía por qué Nick tardaba tanto en intervenir. ¿Qué más necesitaba ver o escuchar?

Y por primera vez cuestionó sus principios ante la claridad de dar una lección a las personas equivocadas. ¿Qué demonios le pasaba? Las víctimas eran ese par de muchachos.

—Vaya, vaya, mirad lo que tenemos aquí —rio divertido el que seguía con el sombrero, frotándose la mejilla—, nos ha salido una gatita salvaje.

Dio un paso hacia adelante y Zoe no tardó en retroceder, asustada, para evitar que la tocara. En ese instante fue consciente del peligro real que corría y buscó una escapatoria a la desesperada.

No le sirvió de nada. De pronto fue acorralada en el interior de un círculo, hecho improvisadamente, y chocó con el cuerpo de alguien.

¡No tenía escapatoria!

—Bueno... —continuó sonriendo el de la mejilla golpeada—, ya que parece que no quieres colaborar me permitiré ayudarte, ¿qué te parece?

—No se atreva a hacerlo —gritó con los ojos llenos de lágrimas, plantándole cara sin darse por vencida.

Contuvo una arcada, que la sacudió en cuanto se percató de que aquel hombre estiraba las manos en dirección a su moño.



«Oh, Dios, estoy en manos de unos salvajes y Zac no podrá hacer nada para ayudarme», pensó cerrando los ojos sin soportar la situación en la que se hallaba.

Odió la sonrisa en el rostro del malnacido que se creía con el legítimo derecho a hacer cuanto le viniese en gana y, en un acto de valentía, tuvo las fuerzas necesarias y prefirió tragarse las lágrimas a que la viesan llorar, al tiempo que se centraba en apretar los párpados a la espera agónica de ser tocada sin su consentimiento. El dolor le llegaba muy adentro por la impotencia de no poder hacer nada, mientras que un hombre que ya había visto, y oído demasiado, daba un paso hacia adelante, cegado por la ira, en el instante en el que se dio cuenta de que le pondrían las manos encima.

¡Y él no lo iba a consentir!

—Si te atreves a tocarla será lo último que hagas.

El énfasis empleado en la clara amenaza, provocó que aquel hombre bajara las manos para enfocar a quien lo había dicho. Al verlo se acordó de su cara jugando contra Liam hace unos instantes.

—Esto sí que es bueno, ¿quién diantres eres? ¿Una especie de buen samaritano?

La mirada endemoniada de Nicholas consiguió el efecto que esperaba y sembró la duda. A medida que avanzaba con una seguridad arrolladora, apartó con la mano a quien le obstaculizaba el paso, y se adentró en el círculo. Una vez allí se plantó cara a cara contra el fulano aquel, a una escasa distancia, y lo atravesó con su característica mirada. No se inmutó y pareció no importarle el peligro que corría. La seguridad que transmitía asustaba y dejó en evidencia lo loco que estaba, dándole la razón a un Liam, con el ceño fruncido, que se hacía a la idea de que no se equivocó en el momento de juzgarlo. Olía el peligro que desprendía cada poro de su piel.

Mientras eso sucedía, Zac aprovechó la confusión y supo que debía posicionarse, por lo que se adaptó a la situación y eligió la parte que le convenía sin preguntarse los verdaderos propósitos de un desconocido del que no sabía absolutamente nada. ¿Acaso le quedaba otra opción? E igual que él, siguió sus pasos y permaneció junto a Zoe. Cogió su mano y sintió el temblor que la sacudía.

Pensar que era el único responsable de verla en ese estado de indefensión, no le ayudó en absoluto y cuadró filas en torno a ella, decidido a seguir los pasos que le fueran dictando. Fueran los que fuesen.

Y, por último, una Zoe incrédula, además de nerviosa, alzó el mentón en busca del que se acababa de convertir en un posible benefactor. Respiró aliviada y admiró a su héroe particular según iba acercándose, lo que le permitió descubrir lo atractivo que era, llamándole mucho la atención el halo de misterio y de tipo duro que llevaba impreso en sus desafiantes ojos.

En ese momento, por primera vez en su vida, fue incapaz de apartar la vista de él a medida que se ruborizaba. Supuso que se debía a los nervios y sintió la desconocida sensación de encontrarse segura a su lado.

«¡Qué disparate!», se regañó a sí misma sin el éxito que esperaba y se limitó a admirar lo que tenía delante.

Hombre corpulento de casi dos metros. Pelo moreno a la altura de los hombros. Facciones marcadas y unos espectaculares ojos azules que transmitían una rabia que se evidenciaba a través de los puños y la mandíbula apretada, despertando los recelos de los que seguían rodeándolos.

—¿Es que estás sordo? —contraatacó el mismo hombre al que Zoe le dio la bofetada. Y se olvidó de la mujer, al tiempo que se engrandecía gracias al respaldo de los presentes, hasta el punto de obviar la mirada que, en otras circunstancias, le daría algo más que respeto—. Te he preguntado quién te crees que eres interrumpiendo así en lo que no te incumbe.

—¿Cómo que quién me creo, mentecato? Aquí las preguntas las hago yo —soltó Nick dirigiéndose a la hermosa muchacha. Se perdió en sus bonitos ojos verdes y un inexplicable deseo se apoderó de él al percatarse de las deliciosas pecas que cubrían parte de su nariz.

«Realmente es una belleza inusual», no dudó en reconocer para sí mismo, aunque tuvo que regañarse ante su falta de concentración. La gravedad del asunto no pasaba por distracciones de ningún tipo, ¿qué hacía entonces? Menos cuando dependía de la posible reacción que ella pudiese tener ante lo que se proponía hacer sin permiso. ¡No le quedaba ninguna otra opción!

Nick la miró en profundidad e hizo el intento desesperado por trasladarle un mensaje de tranquilidad a través de su mirada. Era de vital importancia que le siguiera el juego sin contradecirle. ¿Podría hacerlo? Esperaba que sí.

Fue entonces cuando, seguro de lo que hacía, le preguntó:

—Querida, ¿te encuentras bien?

Zoe se quedó pasmada y a los demás no se les pasó por alto aquella familiaridad. ¿Acaso se conocían? Y de ser así, ¿por qué tardó tanto en intervenir?

No entendían nada de nada.

—¿Querida? —escupió el que quiso aprovecharse de la indefensa dama adelantando un paso desconfiado—. No trates de engañarnos. Lo que sucede es que la quieres únicamente para ti y no lo vamos a consentir, ¿verdad, muchachos?

Un murmullo general se extendió como la pólvora, y Nicholas Hawkins consideró oportuno zanjar el asunto de una vez. Había llegado el momento decisivo, y para su consternación, dependía de una mujer que era una auténtica desconocida. Se replanteó si en realidad valía la pena poner la vida de Tyler y la de él en peligro... Y evocó la cara petrificada de una mujer valiente que no consintió en derramar ni una sola lágrima. El valor de ella resultó admirable, tanto que fue capaz de responder a sus dudas.

Por supuesto que siempre encontraría un motivo que le hiciera decantarse ante una dama en apuros. Eso seguro.

De nuevo tomó la palabra.

—Por supuesto que la quiero solo para mí —asintió cogiéndolo de la pechera endemoniado, interpretando el personaje a la perfección—. Fue lo que acordamos el día de nuestra boda.

Zoe abrió la boca desconcertada y quiso contradecirle, afortunadamente, Zac estuvo atento y le apretó la mano a modo de aviso.

Nadie pareció darse cuenta de ese detalle.

—¿Es su esposa? —Reculó tratándolo de usted sin querer enfrentarse a un marido furioso.

—Sí. Lo es.

—¿Y qué clase de esposo permite que una dama así viaje sola? —Se escuchó a su espalda.

El encargado de hacer aquella envenenada pregunta fue Liam.

—Jamás consentiría algo así. Solo que mi esposa parece no entender los riesgos que puede correr en estas inhóspitas tierras. Es una dama londinense y se comporta como tal, es por ello que no he querido intervenir antes y así darle un escarmiento.

La historia que contaba no tenía ni pies ni cabeza y, si continuaban inmiscuyéndose, terminarían muy mal parados; así que cargó sobre los hombros la responsabilidad de salvar la situación y supo con exactitud lo que tenía que hacer.

—Además, ¿por qué doy explicaciones cuando soy yo el que las tiene que pedir? Posadero, necesito otra habitación para mis sirvientes. —Buscó en el interior del bolsillo y dejó sobre la barra el precio correspondiente. Después volvió la atención a la que se acababa de convertir en su falsa esposa, la cual lo miraba desconfiada, y manifestó en tono arrogante—: Querida, ya que has

decidido desoír mi consejo y seguirme, aprovecharé tenerte aquí para pasar la noche caliente.

Dicho esto, con un pícaro y sospechoso brillo en los ojos, al fin se dispuso a ejercer el papel de marido que se atribuyó él solito. Se acercó a la joven, la miró advirtiéndola, con una mirada casi divertida que, en esos instantes, evidenciaba lo bien que se lo pasaba tras los momentos tensos que acababan de vivir, y simplemente, se apoderó de sus labios.

Por supuesto que a Zac ni se le ocurrió protestar, en cambio, rezó una plegaria para que su hermana se estuviera quietecita y correspondiera a aquel beso, que se acababa de convertir en la única posibilidad que tenían de escapar.

## CAPÍTULO IV

Zoe entró en la habitación y cerró la puerta de un portazo. La ira que inundaba su cuerpo, en esos instantes, no era comparable a nada de lo vivido hasta aquel día.

¿Quién se creía aquel tipo arrogante y estúpido?

Empezó a recorrer la estancia una y otra vez, como si fuese un animal enjaulado, ante la humillación de ser besada a la fuerza y encima delante de la multitud de hombres que terminaron jaleando a aquel... Aquel...

—¡Buff! —Ni siquiera encontraba apelativos que definieran la actitud de ese hombre aprovechado e indeseable.

Lo odiaba con todas sus fuerzas y no podía apartar de su mente la mirada llena de ironía y burla antes de besarla, haciéndola partícipe de lo mucho que iba a disfrutar de una dama indefensa.

¿Es que carecía de escrúpulos? Era evidente que el beso impuesto, a la fuerza, había sobrado una vez que dijo lo que dijo; y eso la enfurecía infinitamente. Incluso olvidó la parte en la que se convirtió en su salvador, y se limitó a canalizar la rabia en un único culpable.

¡Él!

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos y se dirigió a una de las esquinas, en la que se encontraba una jofaina. Se dispuso a llenar la palangana de agua fresca para poder lavarse la cara y, sobre todo, los labios. Necesitaba hacerlo.

—Pasa —habló en voz alta convencida de que se trataba de su hermano.

El hombre que esperaba fuera entró y, al ver la escena, no pudo evitar mostrar una mueca socarrona.

—Me siento defraudado, ¿acaso no le ha gustado mi beso?

Zoe abrió los ojos alarmada, y se ruborizó considerablemente al percatarse del hombre que acababa de entrar en su habitación. No quería verlo ni en pintura.

¿Qué diantres pretendía ahora?

Con una calma que no tenía, se secó la cara en la toalla y le hizo esperar con deliberación. Después, dio media vuelta y se enfrentó a su mal disimulada irritación.

—Por supuesto que no me ha gustado —replicó malhumorada alejándose de la intimidante presencia—. No es costumbre que ningún desconocido me aborde así.

—Parece olvidar algo —afirmó tranquilo. De seguido cerró la puerta sin esperar a ser invitado a quedarse.

El gesto a Zoe le pareció el colmo, ¿cómo osaba tener el atrevimiento de, además de cuestionarla, permanecer en la misma estancia que ella sin ninguna otra compañía?

—No —negó seria con la cara roja de indignación—. El que parece haber olvidado algo sin duda alguna es usted.

—Ah, ¿sí? —bromeó sentándose sobre una silla. Actuaba como si en realidad tuviesen algún tipo de relación, provocándola con deliberación.

—No haga eso —le regañó mientras se preguntaba cuándo diablos iba a aparecer Zac.

—¿Que no haga el qué?

—Sentarse. Esta es mi habitación y no es bienvenido —sentenció sin dejar que su presencia la

hiciera vulnerable. No entendía a qué parecía estar jugando.

—Pues entonces tenemos un problema —fue cuanto dijo. Se llevó las manos a su delicada chaqueta de algodón y comenzó a desabrochar los botones.

Zoe casi se atraganta al percatarse de sus intenciones.

—¿Qué hace? —gritó histérica.

—Ponerme cómodo —le contestó de manera natural. Terminó de desabrocharse los botones, se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de la silla—. ¿Es que no lo ve?

—No me trate como si fuese idiota, claro que lo veo. Me refiero a por qué se está tomando la libertad de actuar así. Yo no le debo nada.

¿Sería desagradecida? La mujer esa no era verdaderamente consciente de la atrocidad de la que la había librado.

Torció el gesto y no le gustó la reacción hacia él cuando lo menos que le debía eran unas palabras de agradecimiento.

Unas palabras que, por lo que veía, no iban a aparecer así como así. Y aquel detalle le molestaba bastante.

—¿Tan segura está de no deberme nada?

Zoe miró la puerta, que continuaba cerrada, y malinterpretó lo que acababa de escuchar. Avanzó paso a paso y rezó en silencio, afanada en mantener la calma, con la intención de salir de allí antes de que fuese demasiado tarde y se abalanzase sobre su cuerpo en busca de lo que, según él, le debía.

Pasó del enfado y la rabia, a un estado de temor que Nick supo interpretar a través de unos ojos que le resultaron demasiado sinceros. En ellos leyó el ánimo de una muchacha que permanecía al borde del colapso.

—Piense bien lo que va a hacer antes de abrir esa puerta —la avisó.

Zoe se sobresaltó. No entendía la advertencia y dejó que su sentido común le aclarase qué es lo que le trataba de decir con exactitud. Además, la ausencia de Zac la empezaba a impacientar.

—¿Qué trata de decirme? —Se dio por vencida ante el convencimiento de que la voluntad a ayudarles era buena.

Dudaba de sí misma al desear sentirse arropada por la seguridad de ese tal Nick, admitiendo que el viaje emprendido hacía unos días iba empeorando a cada paso, haciéndoles vulnerables, temerosos y con demasiado que perder.

—Es muy sencillo —aclaró subiéndose los puños de la camisa. Su afán pasaba por ponerse todo lo cómodo que admitía el decoro, estando en la compañía de una dama desconocida—. Si pone un pie fuera y la ven, mi plan dejará de tener sentido, así que piense bien lo que quiere. Las opciones son dos.

—¿Me está diciendo que puedo elegir?

Nicholas frunció el ceño.

—Señorita, después de lo que he hecho por vos sobra decir que no la obligaré a nada que no quiera.

—¿Y pretende que le crea? Que yo sepa acaba de obligarme a permanecer quieta mientras me besaba a la fuerza.

«¿Qué tipo de mujer tengo frente a mí?», pensó harto removiéndose inquieto sobre la silla. «Ya está bien, no voy a aceptar ningún insulto más».

Y decidió tomar la decisión de dejar los formalismos a un lado empezando a decir:

—Muy bien... —pronunció manteniendo la calma sin apartar la mirada de la suya a la vez que se levantaba de la silla.

No pudo decir más puesto que la reacción de Zoe no se hizo esperar y volvió a ser desproporcionada. Ella seguía en alerta y en cuanto lo vio moverse, huyó hacia el lado contrario lo más rápido que le dejaron sus pies. Haciendo que el duque Nicholas Hawkins perdiera los estribos por primera vez en sus veintinueve años de vida, frente a una mujer, «o lo que fuera esa arpía». Una sensación desconocida le traspasó todos los sentidos, y la expresión de su cara no tardó en transformarse en una máscara de hielo.

El aspecto que tenía daba realmente miedo.

—¡Se acabó! No estoy dispuesto a consentir que dude de mi honor —rugió dando grandes zancadas hasta llegar a la puerta abriéndola de par en par—. Si vos creéis que estáis más segura ahí fuera marchaos de inmediato. Me trae sin cuidado lo que hagáis.

Las voces provenientes de la parte de abajo consiguieron que el sentido común de Zoe se interpusiera. Tragó con dificultad y se vio obligada a admitir que, lo que menos le convenía, era poner un pie fuera de la habitación.

Actuó en consecuencia y se sentó sobre la misma silla que todavía conservaba su calor, manteniendo el tipo y haciendo el esfuerzo de permanecer callada.

No había que ser muy lista para llegar a la conclusión de lo muy enfadado que estaba. Su arisca y fría mirada hablaba por él y no dejaba la menor duda. Debía de haber traspasado alguna línea imaginaria en cuanto a honor se refería.

Y siguió escuchando:

—Ahora bien —la volvió a increpar apoyado sobre el marco de la puerta—, ¿se va o se queda? No tengo tiempo que perder.

Zoe supo que no le quedaba otra alternativa que claudicar. Miró hacia el suelo y susurró:

—Me quedo.

—¡No la he oído! —rugió de nuevo en el mismo tono que sus ojos mostraban el lado más frío y distante. Se arrepentía, no de las palabras mal sonantes hacia una dama, sino de verse en aquella situación a la que desde luego no estaba acostumbrado, y tenía la necesidad de olvidarse de una compañía que empezaba a detestar.

¿Qué importaba la particularidad de un pelo, de una cara y de un cuerpo bonito si con su lengua viperina obraba el efecto de espantarlo?

La idea de verse obligado, a permanecer en la misma habitación que ella durante toda la noche le nubló la razón.

—He dicho que prefiero quedarme —pronunció en tono sumiso.

Inmediatamente después, Nick cerró la puerta.

—Me alegra que su sentido común la haga recapacitar.

—¿A qué precio? —pronunció en voz alta reprimiendo las terribles ganas de llorar, empeñada en que sería obligada a someterse a la voluntad de él.

A Nicholas no le pasó por alto su comentario y la examinó en profundidad, leyéndole el pensamiento, a medida que se preguntaba por qué le molestaba tanto que siguiera mostrando aquel recelo y desconfianza por un hombre que no dudó en arriesgar la vida, interviniendo en favor de la desagradecida que tenía a su lado. El convencimiento absoluto de que, si se tratase de cualquier otra, ya hubiese caído rendida a sus pies, dañaba su ego masculino sin que supiera qué hacer; y continuó alimentando la ira que le producía la simple cercanía de la que, al parecer, se acababa de convertir en la primera que no se quedaba obnubilada con su presencia.

Aquel hecho concreto le removió la sensación de no tener el control. Un detalle nada común en alguien acostumbrado a hacer siempre lo que le daba la gana, llegando a compararla con dos de las personas más importantes de su vida, las que eran las únicas que se podían permitir

contradecirle: su madre y su hermana. Una profunda inquina, ante tales pensamientos, lo volvió a situar a la altura de un rufián y no del noble caballero que era por derecho.

Cómo no, volvió a explotar.

—¿De qué precio habla? Se equivoca conmigo si ha llegado a pensar que lo que he hecho ha sido pretendiendo obtener algo de su persona. No necesito nada suyo.

—¿Y qué hace entonces aquí? —Volvió a desconfiar dejando atrás la emoción de antes.

—¿Todavía no lo entiende?

—Nadie me ha explicado nada.

—¿Y no ha pensado que quizás se deba a las constantes interrupciones que ha hecho desde que crucé la puerta? Es imposible hablar con una persona que lo único que parece querer es sacarme de quicio.

—¿Sacarle de quicio?, ¿yo? ¿Acaso trata de decir que he sido la culpable de lo que ha sucedido?

—¿Quiere hacer el favor de dejar de hacer preguntas absurdas?

Bufff, lo iba a volver loco. Entonces perdió la poca paciencia que le quedaba y cruzó la estancia de dos zancadas, tomándose la libertad de cogerla del brazo para obligarla a ponerse en pie. Seguidamente miró hacia abajo, ella le llegaba a la altura del pecho, y le dijo con unos ojos que volvían a dar miedo:

—Y ahora no quiero ningún tipo de interrupción, ¿de acuerdo? Va a dejarme hablar y se va a quedar callada, ¿lo ha entendido?

Zoe se limitó a asentir tras la impresión de verse tan pequeña en comparación de aquel gigante. Se quedó con los labios sellados y admitió su turbación debido a sus cautivadores ojos que, incomprensiblemente, no le daban el miedo que deberían.

—En primer lugar —comenzó—, ha de saber que esta es también mi habitación y creo que es suficiente motivo para tomarme la libertad de quitarme la chaqueta —aclaró soltando el brazo sin moverse, aunque eso significara que permanecían demasiado cerca el uno del otro—. En segundo lugar, sí que creo que me debe algo y espero que recapacite dándome al menos las gracias... ¡No he terminado! —exclamó alzando la voz en cuanto vio que abría la boca—. Y, en tercer lugar, seré bondadoso y no le cobraré los centavos que acabo de gastarme ante la obligación de coger otra habitación en la que descansará su compañero de viaje, junto a mi hombre de confianza, como si se tratara de mi servicio. —Solo entonces, una vez que terminó de decir lo que quería, cogió aire y lo soltó, sintiéndose en paz consigo mismo ahora que por fin consiguió que permaneciera calladita. Incluso fue capaz de degustar un poco de paz y admiró lo bella que era, haciéndole gracia las pecas que le daban un aire infantil.

—¿Ha terminado?

—De momento sí.

La respuesta hizo que Zoe pusiera los ojos en blanco, siendo ella la que ahora estuviese destinada a tomar la palabra. Algo que no tardó en hacer.

—Bien, pues me toca a mí. En primer lugar ha de saber —comenzó imitando sus propias palabras—, que debe de estar loco si piensa que va a compartir cama conmigo. En segundo lugar, puede esperar sentado a escuchar mi agradecimiento porque le aseguro que se va a cansar esperando algo que no llegará si no se disculpa usted primero.

—¿Qué?!

—¡No he terminado! —se burló otra vez imitándolo. Un detalle que a él no le hizo ninguna gracia—... Y, en tercer lugar, no acepto la caridad de nadie —terminó diciendo antes de coger el bolso y abrirlo en busca de los centavos que le debía, convencida de sus actos, mientras que un

Nicholas atónito, se hacía a la idea de claudicar y darse por vencido.

La ignoró por completo y le dio la espalda al comprender la testarudez de una mujer de la que ni siquiera se molestó en averiguar el nombre. ¿Qué más daba si no iba a hacerla entrar en razón?

En fin, lo único que le interesaba era hacer algo útil, así que se olvidó de la mujer, se acercó a la cama y se tumbó sobre ella. Después cerró los ojos.

—¿Qué diablos está haciendo? —La sonrisa de ganadora no tardó en borrarle de un plumazo y perdió los nervios.

Le maldijo en voz alta sin que le importara que no fuese apropiado. La realidad que despertaba en ella aquel sinvergüenza era capaz de sacar lo peor de una Zoe desbordada y que, sin saberlo, acababa de encontrar el blanco perfecto para desahogarse, profiriendo varios improperios como una exhalación a la vez que se acercaba a la cama.

—¿No me oye? Ya le he dicho que de ninguna manera voy a compartir la cama.

—Entonces ya sabe lo que tiene que hacer —fue todo lo que dijo Nick antes de darse la vuelta. Zoe se quedó pasmada.

—¿Y es usted el que dice ser un caballero? Su actitud egoísta me está obligando a terminar durmiendo en el suelo —se quejó.

—No tiene por qué hacerlo —susurró muerto de cansancio—, hay sitio de sobra para los dos.

—Ni muerta.

—Si lo que le preocupa son mis intenciones ya debería saber que puede estar tranquila. Lo último que se me ocurriría sería tocarle un solo pelo.

—Es usted odioso, ¿lo sabía? —gruñó pataleando.

—En realidad me han llamado cosas peores. —Y bostezó omitiendo que nunca de parte de ninguna mujer. No quería darle argumentos que le pudieran dar fuerzas para seguir peleando. Se hallaba realmente agotado y él lo que deseaba era simplemente dormir.

¿Era tan difícil de entender?

—Buenas noches.

—No se atreverá a dormirse...

Tarde. Acababa de hacerlo con el pensamiento del beso robado llenando su inconsciencia, mientras saboreaba la boca que en sueños no se resistía, sino todo lo contrario...

Y Zoe, lo último que hizo antes de irse a dormir fue desearle todo tipo de males a la vez que observaba su ridícula sonrisa, que de haber sabido a qué era debida, le hubiese hecho gritar de frustración.

Amanecía cuando Zoe se movió inquieta sobre la cama y abrió los ojos poco a poco, envuelta en una somnolencia que no la dejaba situarse con claridad.

¿Dónde estaba? Al ir a incorporarse no entendió por qué le dolía tanto la espalda y el cuerpo en general.

Apartó la sábana a un lado y vio que llevaba puesto el vestido del día anterior.

—Pero ¿qué...? —La imagen de los hombres que quisieron abusar de ella le vino a la mente y la despertó.

De la misma manera, recordó la providencial intervención de un apuesto hombre de ojos azules y tez morena que...

—¡Un momento! —exclamó levantándose de un salto buscando a su alrededor.

La tranquilidad que le produjo no encontrarlo a la vista le aclaró la mente y entendió que las molestias que tenía eran consecuentes de haberse acostado sobre el duro suelo, sin dar el brazo a



torcer ni siquiera cuando escuchó los primeros ronquidos. Su empeñamiento en no compartir una misma cama la llevó hasta el extremo sin que le importaran sus buenas intenciones. Y todo gracias al beso de anoche, que prolongó demasiado, tratando además de abrirse paso mientras que ella se esforzaba en mantener la boca cerrada.

Tales pensamientos consiguieron que se ruborizara al recordar sus labios contra los suyos y los fuertes brazos sosteniéndola... Y por lo visto no había sido la única vez que lo hizo.

—¡Será cara dura! —gritó agitada, únicamente él podría haber sido el encargado de cogerla en brazos, aprovechando que dormía, para llevarla a la cama.

Y eso quería decir... ¡Oh, no!, ¿en verdad habían compartido el mismo colchón? El rubor se intensificó a gran velocidad y llegó hasta la raíz de sus cabellos.

Apretó los puños furiosa y deseó encontrarse cara a cara con aquel... aquel...

Le seguían faltando apelativos que pudieran calificarle y tuvo la necesidad de decirle un par de cosas bien dichas.

¡Se iba a enterar!

Dejó todo de lado al escuchar a alguien llamar a la puerta.

¿Sería él?

—Pase —habló seria y distante dejando claro que tenía ganas de pelea.

La persona que entró no fue quien esperaba y, por lo tanto, tuvo que aguantar las ganas de ajustar las cuentas que tenían pendientes. Eso sí, canalizó el mal humor contra su hermano.

—Buenos días, Zoe.

—¿Buenos días? —lo encaró malhumorada—. ¿Cómo puedes darme los buenos días después de saber que he pasado la noche con un hombre?

«Pues sí que está enfadada...», y cerró la puerta.

—Verás, Zoe, he tenido una conversación con el señor Hawkins y me ha aclarado de buen agrado que anoche se comportó respetándote cual caballero.

—Ah, ¿sí? —le reprochó con los brazos en jarras—. Entonces también te habrá dicho que consintió en quedarse dormido sobre la cama aun a sabiendas de que yo lo haría en el suelo. Y, corrígeme si me equivoco, ese detalle de lo que se dice un caballero no es, ¿verdad?

—No te hagas la mártir conmigo, hermanita. Yo no tengo la culpa. Tu tozudez no te deja ver más allá.

—¿Acaso pretendes decirme que ves con buenos ojos que tu hermana comparta cama con un hombre?

Zac la miró un segundo y a continuación se pronunció:

—Después de lo que podría haber sucedido anoche, te puedo asegurar que hubiese sido el menor de nuestros problemas.

—¿Y eso significa que te has puesto de su parte?

—Completamente. De no ser por él seguiríamos estando en apuros. En cambio, ha consentido esperar a que nos vayamos y así evitar que tengamos algún tipo de problema.

—No me lo puedo creer —bufó con rabia—, ¿es que todavía no se ha ido?

Zac la miró muy enfadado al escucharla.

—¿Sabes que varios de los tipos de ayer siguen aquí? ¿Qué crees que te harían si el señor Hawkins se hubiese largado ya como tú parece desear? Mira, Zoe, no sé con exactitud por qué parece que la hayas tomado con él, pero te diré una cosa: tanto tú como yo le debemos un gran favor. Y créeme si te digo que no estaría de más que bajaras ahora mismo y le dieras las gracias.

—No pienso hacerlo —le contestó enfurruñada—. Me besó sin que hubiera necesidad de ello y, no contento con eso, tuvo el descaro de presentarse en mi habitación y alojarse sin mi permiso,

dejando, además, que durmiera sobre el suelo.

—No durante mucho tiempo.

—¿Qué?

—Fíjate si es un hombre honrado que estando dormida te cogió en brazos y te llevó a la cama, ¿es o no un caballero?

Zoe fue incapaz de contestar, el rubor acababa de volver debido a que su hermano supiese aquel detalle y fue realista, todo lo que le dijo era verdad.

¡Ni con esas entró en razón! Se quedó callada con la seguridad de que no le daría las gracias. No, de ninguna manera, y menos al ser consciente de la burla en aquellos ojos endiablados antes de apoderarse de su boca.

Zac no insistió, la conocía lo suficientemente bien como para saber que terminaría haciendo lo que le diera la gana. A tozuda no la ganaba nadie. Entonces dio media vuelta y se marchó por donde había entrado.

## CAPÍTULO V

Nicholas compartía desayuno junto a su hombre de confianza y no quiso entrar en detalles acerca de lo acontecido la noche anterior. La discreción era costumbre en sus actos y trató de olvidar las palabras mal sonantes de una muchacha que no se mordió la lengua, ni tuvo reparo en decirle cuanto le pasaba por la cabeza. Aquello tuvo el poder de desestabilizarle y, lo que era peor, le dejó sin recursos y, por lo tanto, se vio obligado a echarse a descansar para olvidarse de ella. No entendía lo enfadada que parecía estar justo con la persona que la acababa de salvar, lo que la convertía en un enigma que no tenía ganas de descifrar. Él no perdía el tiempo y lo único que le debía preocupar era la última transacción económica que se traía entre manos. Por eso se encontraba en ese país inhóspito y, si aquella condenada mujer no bajaba de una vez, llegaría tarde a la reunión acordada hace unos meses desde su despacho en Londres.

¿Por qué se empeñaba entonces en brindarle la tapadera de ser su esposo para que consiguiese salir ilesa de allí? No se lo merecía, y la necesidad de dejarla atrás se convirtió en una prioridad. Depender de los caprichos de una mujer, que ni siquiera tuvo el tacto de acompañarle a desayunar, no era lo suyo; y contuvo las ganas de salir corriendo de allí sin mirar atrás.

Incluso se llegó a plantear si su código de honor valía en todas las ocasiones.

—Estás algo distraído, Nick, ¿te encuentras bien?

Antes de contestarle se llevó el tenedor lleno de huevos revueltos a la boca, los saboreó y después habló:

—Estoy todo lo bien que se puede estar, cuando sabes que una considerable suma de dólares se esfumará de seguir aquí. Ya deberíamos haber emprendido la marcha.

A Tyler no le hizo falta que le dijera más, lo conocía lo suficiente como para saber, a través de una simple mirada, que se encontraba fuera de sí y que, por lo tanto, lo mejor sería dejarle tranquilo mientras daba cuenta de su ración de huevos.

¡No le sirvió de nada!

—De no ser por ti, anoche me hubiese retirado a descansar y hoy estaríamos de camino — insistió.

Conque esas teníamos, ¿no?

—No es cierto y tú lo sabes —afirmó Tyler tranquilo, cogió la taza de café y bebió un trago.

—No te atrevas a contradecirme —le reprochó apartando el plato a medio comer—. Si fuese tu dinero el que estuviese en juego no actuarías igual.

Tyler no entendía su reacción y el presentimiento de que era a causa de lo que habría sucedido en el interior de la habitación, con la mujer de cabellos rojizos, le dio la explicación del porqué de su malhumor. ¿Quizás no disfrutó de su compañía?

No pudo evitar que se le escapara una sonrisa burlona.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó con la ira reflejada en toda su cara.

Tyler supo que era el momento exacto de marcharse, aunque tuviera que olvidarse de su rico desayuno, y observó a la persona que bajaba las escaleras.

—Te esperaré fuera, supongo que tu esposa y tú os querréis decir adiós sin la incómoda presencia de un servidor.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —Y le avisó sin palabras de que ya arreglarían cuentas sin

que tuviera la mínima idea de quién se acercaba por detrás.

—¡Ah! Está aquí. —Escuchó a su espalda en tono despectivo—. Tengo que hablar con usted — se pronunció impresionada por las vestimentas que llevaba encima.

Sin lugar a dudas debía de ser un hombre verdaderamente importante. Solo la chaqueta que llevaba puesta valía más que todo su vestuario.

Nicholas se giró y se levantó con educación, interpretaba a la perfección el papel de esposo atento y le mostró una encantadora sonrisa.

—Buenos días a ti también, querida. Te he estado esperando y he decidido comenzar en tu ausencia al ver que tardabas. ¿Has descansado bien? —la tuteó.

—Déjese de zalamerías conmigo, nadie nos escucha.

—Pero sí nos ven y parece que con bastante interés —aclaró antes de que ella supiera lo que iba a hacer. Apartó la silla para que se sentara y se tomó la libertad de besar su mejilla.

—¿Qué demonios hace? —preguntó en un tono que no le convenía.

Tosió con disimulo y se sentó en la silla que le ofrecía. De seguir con sus impulsos acapararía la atención de los que se encontraban en el salón de la posada.

—Yo de vos cuidaría el vulgar lenguaje que tan a la ligera muestra. Una dama no blasfema en público.

A Zoe le impresionó su manera de hablar, no era costumbre expresarse así en esas tierras casi al margen de la ley. ¿De dónde habría salido? Desde luego no concordaba con el lugar en el que se encontraba.

—Haré como que no he oído la insensatez que acaba de decir. Además, aunque le parezca mentira, no acostumbro a blasfemar con esta facilidad.

—Hmmm.

—¿Qué murmura?

Nicholas no le contestó y se divirtió ante la creencia, nada equivocada, de que si se expresaba así debía de ser porque le afectaba su presencia. Aquello le alegró. Compartían aversión mutua y aprovechó para examinarla a su antojo en busca de venganza.

Llevaba un sencillo vestido de algodón blanco, con ribeteados de flores azules en la cintura, mangas y alrededor del escote, de forma circular, que le llegaba a la altura del cuello. Eso llamó su atención, pues parecía más acorde a una solterona entrada en años que a una joven a la que no le faltaban atributos. Le dio que pensar si en efecto no habría un marido que cuidase de ella y del crío que llevaba a su cargo; y se molestó por pensar en lo que ni le iba ni le venía antes de volver a su escrutinio.

Las mangas del vestido le llegaban a las muñecas y dejaban a la vista unas manos delicadas a simple vista. El vestuario en sí resultaba demasiado sencillo, aunque claro, si era realista, admitiría que hasta esa simple prenda se convertía en hermosa en cuanto alzabas la mirada y te dabas cuenta de la peculiaridad de unas facciones y unos rasgos nada comunes. Y esos cabellos... ¿Qué decir de unos cabellos singulares que llevaba sujetos en un moño alto? Se vio a sí mismo deshaciendo ese recogido para contemplarlos sueltos, aunque solo fuera una vez...

«¿Qué estoy pensando?».

La venganza no tardó en pasar al lado contrario tras verse sometida a aquellos ojos de mirada intensa, que le produjeron un intenso rubor en las mejillas.

—¿Ha terminado ya?

—¿Qué?

—Es usted un grosero y un mal educado —estalló apretando los puños en un deseo de controlar el enfado para enfrentarse a él—. No le basta con aprovecharse de una mujer indefensa, que

encima tiene el descaro de plantarse ante mí y analizarme con frialdad.

—¿Es lo que he hecho? —se burló.

—Sí, es lo que hace; y no soy una cabeza de ganado a la que tenga que examinar antes de comprarla.

—No me subestime, *milady*. Sin duda alguna cualquier cabeza de ganado me daría menos quebradero de cabeza que vos.

Zoe abrió los ojos como platos. ¿Sería...?, ¿sería...?

Definitivamente, el sabelotodo aquel, de caballero no tenía nada y consiguió despertar lo peor de ella. No estaba dispuesta a soportar ningún tipo de humillación más. Antes preferiría caer en manos de los que anoche no parecían tener muy buenas intenciones hacia su persona.

—¿No desayuna? —preguntó Nick al verla levantarse con el semblante rojo por la ira.

Zoe no pudo más y explotó:

—Haga el favor de ni dirigirme la palabra. Es usted la persona más ingrata que he conocido y nada me hará más feliz que perderle de vista de una maldita vez. Adiós. —A continuación, se recogió el vestido y se marchó sin mirar atrás, mientras dejaba a un sorprendido Nick dentro de la posada.

«Ciertamente no ha sido ningún acierto compararla con un animal», sopesó arrepentido.

Y, a medida que la veía salir por la puerta, fue consciente de su malestar por presentarse sin dar los buenos días, algo que no le agradó en absoluto, y razón por la cual se dejó llevar por el impulso de ponerla en su sitio. Las miradas de algunos hombres la siguieron en todo momento y provocó que Nick se pusiera en alerta. Mientras él estuviera allí aquella condenada mujer no sería abordada en su presencia. Daba igual que no lo mereciera.

Se levantó de la silla y siguió los pasos que ella había dado.

La diligencia estaba preparada y los caballos descansados. El cochero ultimaba la hoja de ruta antes de que los pasajeros ocuparan los asientos y partieran tras verse en la obligación de parar. Llevaba un considerable retraso que no le favorecía y por ese motivo se mostraba serio y apático. Trató de calmarse y comprobó que el revólver y la escopeta estuviesen cargados. Nunca se sabía en qué momento o lugar podrían abordarlo.

Una vez comprobado los guardó en el cajón que se hallaba a su lado y subió al pescante. Cogió las riendas y esperó mientras observaba a su grupo acercarse. Los últimos eran la mujer joven y el muchacho, los cuales venían discutiendo.

—¿Quieres esperar? Ni me has dejado decirte que...

—No me interesa si está relacionado con ese atrevido —le decía a Zac avanzando decidida. Deseaba alejarse de allí de inmediato.

—Pues debería, ha sido el único en ayudarnos. Y, como no has querido hablar con él, me ha dado unos consejos que nos mantendrán a salvo —insistió tras sus pasos.

—Mira, Zac, mejor no quieras escuchar dónde se puede meter esos consejos el señor ni-me-acuerdo. Déjalo estar y vayámonos cuanto antes.

—¿Desde cuándo hablas así? —preguntó un sorprendido Zac.

—Desde que ese metomentodo se atrevió a decirme que cualquier res se hubiese comportado mejor que yo, ¿te lo puedes creer? —Paró en seco y giró la cabeza para que se diese cuenta de la humillación que soportó; su propósito pasaba porque se pusiera de su lado antes de quedarse helada ante lo que veía—. ¡Zac Evanson! No te atrevas a hacerlo —le amenazó con voz grave.

Y Zac no pudo evitarlo y dejó que de su boca se escapara una profunda y sonora carcajada.

—¡Pufffff! Esto ya es el colmo —rugió desbordada. Se tragó su orgullo y dio media vuelta, continuando a paso ligero hasta lograr meterse en la diligencia. Eligió el asiento que daba a la ventanilla y se aseguró a sí misma que no le iba a perdonar tan fácilmente. Mantuvo la espalda erguida y el ceño fruncido intentando que la calma consiguiera sosegarla un poco.

¡Tampoco lo consiguió! Inesperadamente enrojeció a causa de la vergüenza. Sus tripas acababan de sonar pidiendo alimento. Y claro, se acordó de que no había desayunado y por lo tanto se veía obligada a permanecer hambrienta durante toda la mañana. Ese hecho terminó de arreglar el día y eso que acababa de amanecer.

Y todo gracias a ese... ese... no pudo terminar la frase al verle a través de la ventanilla, apoyado sobre el marco de la puerta de salida. La miraba con una mueca socarrona que le expuso, con gran claridad, que seguía burlándose de ella.

—Maldito sea —le maldijo.

La intención en ningún momento fue decirlo en voz alta, y se alarmó al hacerlo, al tiempo que la madre tapaba los oídos a su hijo demasiado tarde.

—Lo siento —susurró avergonzada.

La diligencia comenzó a moverse y Zoe no pudo evitar dedicarle un último gesto a la persona que consiguió desestabilizarla por completo. Se asomó a la ventana, una última vez, y le sacó la lengua en un gesto infantil que a ella le sirvió para liberarse.

Cómo no, Nicholas se divirtió de lo lindo y profirió una profunda carcajada sin que apartara la vista de la diligencia hasta que se perdió en el horizonte.

—De verdad que no lo entiendo —escuchó Nick tras de sí, distinguiendo aquella fanfarrona voz—. De ser mi esposa no la dejaría viajar sola, menos después de lo de anoche.

Nick se dio la vuelta, serio, y se enfrentó a Liam.

—Y no lo haré —mintió—. Dejaré que avancen un poco y no tardaré en alcanzarles. Hay un asunto que tengo que arreglar antes.

—¿Puedo ayudarle?

«Menudo hijo de perra. Deberé andarme con pies de plomo en lo referente a este hombre o al final me veré envuelto en algún jaleo».

—No. Antes de partir debo cambiarle una herradura desgastada a mi caballo. ¿Hay algún herrero cercano?

—En el pueblo le podrán ayudar. Está a cuatro millas de aquí.

—Gracias por la información.

—No hay de qué.

Cada uno tomó un camino diferente. Nicholas en busca de su caballo, donde le aguardaba Tyler, y Liam en cambio, volvió a entrar en la posada a esperar a que otra posible víctima apareciera.

Seguía con la sensación de que nada era lo que parecía en lo referente a esa pareja tan extraña.

Lo dejó estar, de momento, y se sentó a dar cuenta de un desayuno que lo esperaba.

Zac se mantuvo en la misma posición tras entender que el enfado de su hermana no se iba a pasar así como así, y se olvidó de ofrecer una tregua que no valdría de nada conociendo la testarudez que la caracterizaba. Así que se centró en el problema principal en el que permanecían inmersos. Sus penurias se agrandaban a pasos agigantados y corrían demasiados peligros.

La pregunta de qué podría haber llegado a pasar en el caso de que Nick no hubiese intercedido le nublabla la razón. La realidad pasaba porque él no podía proteger a su hermana.

¿Y pensó que sería fácil? ¿Y si no encontraban a la persona que buscaban? O peor aún: ¿los

ayudaría una vez lo encontrarán? Preguntas y más preguntas, todas ellas sin respuesta, que dejaban a un pobre muchacho de dieciséis años en medio de un asunto que le quedaba demasiado grande.

No pudo más. Bajó la cabeza, lo que pudo, y rezó para que Zoe no se percatara de las malditas lágrimas que no pudo seguir conteniendo. La situación lo saturaba y saber que los hombres de verdad nunca lloraban no le ayudaba mucho, la verdad. En ese momento, aquel pensamiento fue demasiado cruel y agrandó, todavía más, la culpa que lo carcomía por dentro. Lo que supuso que se marcara un reto.

Llegaría al destino fijado, aunque fuese lo último que hiciera en su corta vida.

### ***Tres días antes...***

*Ambos hermanos miraron el interior de la descascarillada caja de madera y alzaron las cabezas en una perfecta sincronización. El asombro reflejaba sus caras.*

*La cantidad de dólares, a simple vista, parecía muy elevada. Además, se fijaron en una caja cerrada, más pequeña, al lado del fajo de billetes.*

*—¿Qué habrá dentro? —preguntó una Zoe curiosa.*

*—Vamos a averiguarlo. —Y la sacó fuera—. ¿Quieres abrirla tú?*

*Zoe asintió. El corazón lo tenía acelerado y no pudo pronunciar ninguna palabra a causa de los nervios. Cogió con sus manos la vulgar caja y respiró hondo una sola vez antes de quitar la tapa.*

*Una vez más se quedaron atónitos al encontrar un singular collar de perlas que nunca habían visto, mientras que un sinfín de preguntas se formaban una detrás de otra sin respuesta.*

*—Mira —advirtió Zac mirando el fondo de la caja—, parece que es una carta.*

*Con rapidez cogió el sobre, lo abrió y descubrió que, en efecto, se trataba de una carta.*

*Se le hizo un nudo en la garganta a medida que comenzó a leer con los ojos empañados.*

*La letra era de su padre.*

*“Queridos hijos:*

*El contenido de esta caja tiene los ahorros de toda una vida y sé que sabréis utilizarlo llegado el caso. No lo dudéis y haced con él lo que creáis conveniente. Además del dinero encontraréis un collar que heredó vuestra madre y que nunca quiso ponerse. ¿El motivo? Guardarlo bajo llave para regalártelo a ti, Zoe, el día de tu boda. Sé que encontrarás un hombre bueno, y te pido, en nombre de tu madre, que ese día lo lleves puesto.*

*Zac, en ti confío para que cuides de tu hermana como ella te cuidará a ti.*

*Ya por último debo deciros que, en el caso, Dios no lo quiera, de que surjan problemas que no sepáis o podáis afrontar, os dirijáis a un amigo que os ayudará si es preciso. Esa persona es el coronel Alan Morrison y está destinado en Fort Laramie. Buscadlo si lo necesitáis.*

*Hemos estado siempre orgullosos de vosotros y solo queda deciros que siempre estaréis en nuestro corazón.*

*Vuestros padres que os quieren”.*

*La emotividad de la especial carta hizo que se abrazaran y rompieran a llorar sin consuelo, durante un tiempo indeterminado. Necesitaban el contacto el uno del otro más que el simple hecho de respirar. Y así permanecieron ante la adversidad, pero con la seguridad de que aquella caja contenía las herramientas necesarias para lograr escapar de las garras de Trevor Jones.*



## CAPÍTULO VI

### *Condado de Wyoming. Varios días después de la huida de los hermanos Evanson.*

Una polvareda se divisaba desde la distancia, levantada por los cascos de varios caballos, mientras avanzaban con velocidad y se acercaban al rancho Evanson. La comitiva constaba de cuatro jinetes, encabezados por el todopoderoso Trevor Jones. A continuación, le seguían el párroco del pueblo, su hombre de confianza y el *sheriff* en última posición, adaptándose al galope de los caballos que marcaban el ritmo. Cada uno de ellos tenía pensamientos dispares, pasando por el pasotismo del que, simplemente, seguía las órdenes dadas por el patrón, el nerviosismo de un párroco que se hallaba en el lugar que no debía y, para terminar, el único hombre que por su posición tenía en sus manos acabar con aquella locura. Ese hombre no era otro que el *sheriff*, la persona encargada de velar por la seguridad de los vecinos del pueblo, y que se había posicionado desde un principio para interceder a favor del lado contrario y oscuro.

¿Qué lado era ese? Pues, como no podía ser de otra forma, y sin ningún tipo de duda, ese lado era Trevor Jones. El cual saboreaba, antes de tiempo, su última victoria y mostraba un aire triunfal en el instante en que entraron en el rancho, como si ya fuese el amo y señor de cuanto le rodeaba.

—¡Sooo!

El detalle de que ninguno de los hermanos saliera a recibirlos no lo pasaron por alto, pero permanecieron ajenos al verdadero motivo.

¡De momento!

—Steve, date una vuelta por la parte de atrás y si ves a alguno, hazlo venir.

—Sí, señor Jones.

Trevor bajó de la montura, avanzó con aire de seguridad y ató al caballo en el poste de madera destinado a aquel fin.

Los demás lo imitaron.

—Bien, pues si nadie sale seré yo el que entre a ver si hay alguien.

Nada. Ni rastro de ninguno. Ni siquiera de Zoe, y eso que la compota que debía de estar haciendo no estaba terminada. Los tarros abiertos encima de la mesa, esperando a ser rellenados, así lo indicaban.

¿Quizás surgió un contratiempo para dejarlos a medias?

Puede que algún animal necesitara ayuda, pensó, convencido de que no tardarían en llegar acompañados de Steve.

Incomprensiblemente, al mirar por la ventana de la cocina vio cómo volvía sin la compañía que esperaba.

¡Qué raro!

«¿Dónde demonios se habrán metido?», pensó antes de volver al exterior.

La cara de sorpresa de su hombre llamó su atención.

—¿Qué ocurre, Steve?

—No se lo va a creer, señor —aseguró sorprendido y nervioso ante lo que, posiblemente, se avecinaba.

—¿Qué es lo que no voy a creer?

Steve abrió la boca y soltó:

—Pues que el cercado tiene la puerta abierta de par en par y no hay ni una sola cabeza de ganado dentro.

—¿Has mirado dentro del establo?

—Sí, señor, allí tampoco hay nada. Es como si hubieran desaparecido. Ni siquiera están los caballos.

—No es posible... —se pronunció Trevor fulminándolo a través de la mirada.

—Se me ocurre, señor, que han podido dejar la puerta mal cerrada y que se hayan escapado. Estarán buscándolas y por eso no hay nadie.

—Me parece poco probable —murmuró para sí.

—¿Perdón, señor?

Trevor no contestó, en vez de ello volvió a entrar en el interior de la casa, a pasos apresurados, y se permitió el lujo de subir hasta la planta de arriba siguiendo una premonición que no le gustaba.

¿Y si llegó hasta sus oídos lo que tenía planeado hacer?

La confirmación a sus sospechas no tardó en hacerse evidente, al mirar el que se suponía era el armario de Zoe, abierto y con varias prendas de ropa sobre la cama. Una ropa que nadie se molestó en recoger, como si tuviesen prisa.

Los animales que no se encontraban...

La compota a medio hacer...

La ropa sobre la cama de cualquier manera...

El puzle encajó y llegó a una conclusión, eran conocedores de sus intenciones y salieron huyendo.

¡Vaya sorpresa!

¿Y qué se suponía que iba a hacer una simple muchacha a cargo de un hermano que ni siquiera había alcanzado la mayoría de edad?

Trevor los había subestimado, convencido de que ese mismo día terminaría como poseedor de unas tierras que siempre le atrajeron, gracias al pozo que serviría para regar una de sus innumerables parcelas que lindaban con el rancho Evanson, y con una esposa joven y guapa. Iba a ser la envidia del pueblo y todo se chafó en ese instante. El cambio en su semblante no tardó en aparecer convirtiéndose en un rictus serio y vengativo que daba miedo.

¡Nadie se reía de Trevor Jones! Es más, hasta esa mañana nadie se había permitido el atrevimiento de no acatar sus órdenes y directrices, y aquello no quedaría así. Vaya que no.

—Steve —llamó con un tono de voz que el otro muy bien conocía.

—¿Sí, señor?

—Quiero que agrupes a algunos hombres y que salgas en su busca de inmediato.

—Ahora mismo, señor —y preguntó un tanto nervioso—: ¿por dónde quiere que empiece?

Trevor lo pensó durante un rato.

—Si han huido habrán intentado llegar a la estación de ferrocarril. Es lo más rápido y salta a la vista que es lo que pretenden.

—Entonces será el primer sitio en el que busque, señor.

Se dio la vuelta, veloz como un rayo, y corrió hacia su montura.

—Steve.

El hombre se giró en cuanto lo oyó.

—¿Sí, señor?

—Actúa con sigilo, no conviene que lllames la atención fuera del condado. No quiero

problemas.

—Por supuesto, señor Jones.

—Confío en ti, tráemelos —continuó con una voz helada que dejaba presagiar el estado de furia que lo carcomía— sí o sí. Sobre todo, a ella. Ya tendré tiempo de demostrarles quién es el que manda aquí.

Steve se llevó la mano hasta el sombrero, a modo de afirmación, y después salió al galope.

No había tiempo que perder y no tenía ni pajolera idea de hacia dónde habrían huido.

—¡Alabado sea el Señor! —murmuró aliviado el párroco.

Trevor le dirigió una mirada socarrona.

—¿Ha dicho algo?

—No, no —negó el hombre comenzando a sudar y maldiciéndose por hablar.

—Eso me pareció a mí. Bien, marchémonos.

Los dos hombres lo siguieron sin rechistar.

Poco después una agrupación de cuatro jinetes salía del racho en busca de lo que, para su jefe, se acababa de convertir en una cacería sin cuartel.

Y mientras eso sucedía delante de las narices de los vecinos del pueblo entero, Trevor se encargó de dejar la situación bien afianzada comentando en el *saloon* la necesidad de encontrar hombres dispuestos a trabajar para agrandar el pozo de la que, sin lugar a dudas, se acababa de convertir en su nueva adquisición. Se anticipó a los acontecimientos y dio por sentado que sus planes se cumplirían igual que siempre.

¿Qué importaba si tenía que esperar a atar los pocos cabos sueltos que quedaban?

Atardecía cuando los primeros cambios se empezaron a producir en la propiedad sin que los verdaderos dueños tuvieran una mínima idea de lo que sucedía... Aunque claro, bien era verdad que en la situación en la que se hallaban tampoco era que pudiesen hacer mucho al respecto.

Bastante tenían con seguir la pista de quien podría ayudarles, sin que pudieran saber lo que les pasaría en breve.

## CAPÍTULO VII

La diligencia traqueteaba durante la mayor parte del tiempo convirtiendo aquel tramo en una auténtica pesadilla. Los baches y los socavones eran tales que parecía que las ruedas se terminarían saliendo de los engranajes. El viaje era un auténtico calvario y se vieron obligados a agarrarse a los pasamanos, al tiempo que rezaban para que el interminable trayecto llegara a su fin, con satisfacción para los pasajeros que viajaban en el interior. A esas alturas Zoe se arrepentía de la decisión de tomar el camino más duro, solo que el hecho de elegirlo fue porque, en el hipotético caso de que los buscaran, precisamente sería el último lugar por el que empezarían a hacerlo. Pensar que existía esa posibilidad era de locos, aunque nunca estaba de más cubrirse las espaldas dadas las circunstancias.

¿Cómo habían podido cambiar tanto sus vidas en ese espacio de tiempo tan corto?

«Oh, Dios», se lamentó con dolor evocando lo sucedido la noche anterior. De no ser por la providencial actuación de aquel hombre, le hubiese podido suceder cualquier atrocidad. Debía aceptar que no solo estuvo en juego su virtud porque... ¿Qué habrían hecho con ellos una vez que consiguieran lo que buscaban?

Un escalofrío de horror recorrió su cuerpo y la dejó tan pálida, que Zac no tardó en saber lo que con toda probabilidad pensaba.

—Tranquila, estás bien y es lo que importa.

Zoe se agarró a la mano que le ofrecía y se sintió reconfortada por sus palabras.

—No puedo dejar de pensar en lo que podría haber sucedido si...

Zac no la dejó terminar.

—Recuerda que no estamos solos.

La muchacha entendió a lo que su hermano se refería. No debía hablar más de la cuenta. Nunca se sabía, y tanto uno como otro tendrían que guardar las formas. La discreción y el anonimato eran primordiales. Al menos hasta que encontraran a la persona que buscaban.

—Tienes razón —asintió apretándole la mano. A continuación, volvió la mirada hacia el sucio cristal y quiso dejar la mente en blanco.

Al hacerlo, y sin poder evitarlo, la imagen socarrona del hombre que, debía reconocer, la había salvado, la atravesó sin piedad. ¿Qué pasó entonces? Pues que el escalofrío de horror se convirtió en una sensación por completo contraria. E incluso llegó a sentir la rabia y la humillación hacia un hombre sin escrúpulos que se aprovechó de una indefensa mujer. No cambiaría sus pensamientos. Ni siquiera ante lo mucho que le debía.

Para terminar de arreglarlo, sus tripas volvieron a rugir hambrientas.

—Perdón —se disculpó avergonzada.

«Por todos los Santos, ¿cómo he podido dejarme llevar por mi testarudez hacia ese hombre y no limitarme a comer los huevos revueltos que tan apetecibles parecían? No sé cuándo aprenderé a frenar mi estúpida lengua», se recriminó.

Le estaba bien empleado.

Y continuó el viaje entre pensamientos dispares. Lo que fuera con tal de apartar la mente de la agonía del incesante traqueteo que, de no ser así, la iba a volver loca.

Los secuaces de Trevor Jones comenzaron sus pesquisas hablando directamente con el hombre que vendía los billetes en la estación de ferrocarril, convencidos de que una pareja tan atípica no podría pasar desapercibida, así como así. No les aclaró nada, puesto que no recordaba haber vendido ningún billete a alguien de esas características.

—¿Es usted el único encargado de vender los billetes? —preguntó Steve con la duda reflejada en su rostro.

—Así es, señor.

Los cuatro hombres dejaron de mirarle con esperanza y sus rostros se llenaron de preocupación. El asunto, que en un principio parecía demasiado fácil, se complicaba y no era nada bueno para ninguno de ellos. El carácter agresivo y egoísta del amo y señor de los cuatro no dejaba la menor duda, y las noticias para nada agradarían a un tipo insensible.

—¿Qué hacemos, jefe?

—No está de más que hagamos alguna que otra pregunta ya que estamos aquí. No tenemos otra alternativa.

Sin despedirse del vendedor dieron media vuelta y empezaron desde el principio. Bastante después fueron conscientes de que habían desperdiciado un tiempo precioso, ya que los resultados de la investigación fueron los mismos que antes de empezar con las indagaciones.

¿Y ahora qué? ¿Dónde diablos podrían estar metidos? Empezaba a odiarlos y a tomarse como algo personal el dar con ellos, para así darles su merecido antes de entregárselos al que se convertiría en su verdugo.

Una sonrisa maliciosa salió por su boca a modo de venganza, recibirían una lección que nunca olvidarían.

—Aquí ya está todo hecho, vámonos.

—Sí, jefe.

Los cuatro jinetes subieron sobre sus monturas, con la preocupación como denominador común, y emprendieron la vuelta para dar cuenta de las novedades.

Muy bien sabían que no iban a ser del agrado del que las esperaba.

Llegaron sanos y salvos a la siguiente estación de postas, lo que significaba que habían logrado dejar atrás a los bandoleros de los que el oficial del ejército les avisó con tanta amabilidad. Zoe dejó a un lado una de las preocupaciones, para en cambio preocuparse de no meterse en ningún nuevo lío. Estaba decidida a hacer lo que fuese necesario para no llamar la atención.

Bajó de la diligencia sin ayuda y se apartó a un lado a esperar a que Zac la siguiera. En el momento en que lo hizo la agarró del brazo y la obligó a quedarse rezagada ante la urgencia de hablar con ella a solas, ahora que tenía la oportunidad.

—¿Qué pasa, Zac?

—Antes de entrar en esa posada debo darte unas pautas —dicho lo cual, abrió la pequeña maleta que llevaban como único equipaje.

Zoe lo miró un tanto sorprendida. ¿Qué buscaba?

—¿De qué estás hablando?

Al no recibir ninguna respuesta formuló otra pregunta.

—¿Me puedes explicar qué es lo que buscas?

—Esto servirá —dijo Zac hablando consigo mismo.

—¿Servirá? ¿Servir para qué? Mira, Zac, sé que el día de hoy está siendo agotador, pero de ahí

a parecer que no sabes ni lo que dices...

—Pues claro que sé lo que digo, nunca estuve tan seguro —le aclaró con aplomo.

—Entonces soy yo la que no lo entiendo, ¿no es cierto?

Zac alzó la mirada y le sonrió.

—Te lo aclararé con rapidez, ¿te acuerdas de lo que quería decirte antes de coger la diligencia esta mañana?

—No. No me acuerdo.

—Claro que no te acuerdas —parloteó su hermano en tono de reproche—. Estabas tan exaltada que ni siquiera me escuchabas.

—Zac Evanson —pronunció demasiado alto—, ¿quieres hacer el favor de aclararte?

—No, Zoe —contraatacó aprovechando que nadie los podía escuchar—, aquí la única que se tiene que aclarar eres tú. Y por supuesto que vas a oír lo que tengo que decirte.

—¿Yo? —preguntó atónita.

—Sí, tú y esa manía que tienes de no morderte la lengua. Ya no estamos en casa y no puedes actuar como te dé la gana. ¿Acaso no te has dado cuenta?

Al intuir por dónde iban los tiros su postura se tensionó con gran rapidez.

—Si te refieres a mi actitud hacia ese hombre quiero que sepas que no me arrepiento —confirmó terca como una mula.

—Ese hombre, como tú dices, nos ha salvado de algo realmente deleznable.

—Pero...

—Pero nada, Zoe —la calló sin dudar—. Y lo peor es que has sido tan desagradecida que no le diste ni las gracias.

—¿Por besarme a la fuerza?

Zac explotó.

—¡No, Zoe! ¡No! Por salvarte de ser violada delante de mis propias narices. ¿Te sigue pareciendo poco?

Por supuesto que Zoe no tuvo nada que objetar.

—Y para que lo sepas, listilla, incluso se encargó de preocuparse en darme unas pautas para no llamar demasiado la atención.

—¿Unas pautas? —bromeó—. ¿Las mismas pautas que quieres aclararme?

—No estamos para bromas, Zoe. De veras que no.

A la mujer se le borró la sonrisa burlona en el acto. No era para menos.

—Disculpa.

Zac entonces continuó. Por fin contaba con toda su atención, que no era poco.

—Nick me dijo...

Al escuchar el nombre con el que su hermano se refería a él estuvo en un tris de bromear, solo que, en cuanto vio la advertencia en sus ojos, cambió de opinión con una rapidez sorprendente.

La realidad de que no estaban para bromas bien lo merecía.

—Como te decía, Nick me afirmó que nos meteríamos en líos en cuanto las personas, de poca fe, descubrieran que viajamos sin ninguna compañía adulta.

«¿Cómo que ninguna compañía adulta?», se dijo malhumorada. «¿Acaso ella no era lo suficientemente adulta para un hombre que parecía saberlo todo?»

¡Menudo sabihondo!

Y continuó atenta, aunque discrepara.

—Asimismo me dijo que hay algo en ti que te hace diferente a las demás mujeres y que, precisamente eso, no era nada bueno.

«Vaya, vaya, así que el señor sabelotodo piensa que soy diferente a las demás», volvió a decirse.

No tardó en preguntarse a qué se estaría refiriendo, aunque tampoco tuvo que esperar para averiguarlo.

—Se refería a tu pelo —aclaró Zac alzando el pañuelo que llevaba en las manos—, y de nuevo tengo que reconocer que tiene razón. A partir de ahora lo llevarás oculto con esta prenda.

«¿Cómo? ¿Es verdad lo que he escuchado? Esto es el colmo».

—No pienso... —quiso protestar con la evidencia de no estar de acuerdo.

No le sirvió de nada.

—Harás lo que tengas que hacer, nada más.

El simple comentario la hizo saber que no tenía nada que objetar.

—Está bien —susurró de mal humor cogiendo el pañuelo de malas maneras—. ¿Alguna pauta más?

—Una última.

—¿Y es?

—Que como hermano tuyo que soy, intente que moderes esa lengua viperina que tienes. No hará más que darnos problemas añadidos a los que ya tenemos.

—¿Lengua viperina? —preguntó roja de indignación—. Supongo que al menos debatirías ese insulto hacia mí.

—¿Qué insulto, Zoe? Nick, sin conocerte, supo describirte a la perfección. Siempre has hecho lo que has querido y nuestros padres te alentaron a ello, ahora las consecuencias las tendremos que pagar nosotros y no sé a qué precio.

Tales palabras a Zoe le helaron el corazón.

—¿Cómo puedes decirme algo así?

—¿Y qué quieres que te diga después de saber lo que te pudo pasar anoche?! —gritó desesperado, sin casi fuerzas para seguir con aquella locura—. Si padre hubiese actuado como era debido ya estarías casada y nada de esto nos estaría sucediendo.

—¿Pretendes decir que soy la culpable? ¿Es eso lo que me estás diciendo? —preguntó una incrédula Zoe con lágrimas en los ojos.

Las palabras de su hermano dolían como cuchillos afilados.

—No sé lo que estoy diciendo —se arrepintió, también con lágrimas en los ojos.

Los hermanos se quedaron mirándose durante un rato largo. Finalmente, Zac fue el que rompió el silencio.

—Lo siento, hermanita —anunció a la vez que se limpiaba la cara con la ayuda de la mano—. No hagas caso de lo que acabo de decir.

Zoe hizo un amago de sonreír, quería que él creyese que se encontraba bien.

¡Aunque fuese mentira!

—No te preocupes, no lo haré.

—Es debido a la tensión, perdóname. He perdido la cabeza. Yo me he alegrado siempre de la libertad que has tenido decidiendo tu futuro. Además, precisamente por ello fui el primero en decidir escapar de ese indeseable.

—Lo sé —le dijo para disculparle por las palabras tan poco oportunas—. Anda, entremos ahí antes de que desfallezca de hambre —siguió bromeando para quitar hierro al asunto mientras era ella, ahora, la que volvía a hacerse con el control de la situación. Se puso el pañuelo sobre los cabellos haciéndole ver que no iba a tener en cuenta lo que acababa de decir instantes antes.

¡Algo que resultaba por completo imposible!

—Tienes razón, entremos.

Así lo hicieron. Entraron en la posada, casi llena, y se situaron en la mesa más apartada que encontraron con la intención de pasar desapercibidos. Una vez allí se sentaron y no tardaron en dar buena cuenta de un plato lleno de un exquisito guiso, que a ella le supo a gloria con el hambre que tenía.

Cuando acabaron decidieron no moverse del sitio, a pesar de las ganas de dar un paseo para estirar las piernas, y en cambio esperar a que los caballos de refresco estuviesen listos para emprender el viaje.

Mucho después volvían a estar en la diligencia, solo que, esta vez, más apretados. Una pareja se les unió en el trayecto.

¡Qué se le iba a hacer!



## CAPÍTULO VIII

—¡Maldita sea! —exclamó Trevor Jones golpeando la mesa de su despacho, furioso y con la cara roja llena de ira.

Steve, su capataz, aguantó como pudo la reprimenda, desviando la vista hacia el suelo mientras continuaba de pie, dando vueltas a su sombrero sin que supiera qué hacía.

La tensión dentro de aquel cuarto, destinado a ser su lugar de trabajo, se podía cortar con un cuchillo.

—¿Me estás diciendo que dos mocosos han sido capaces de burlarse de mí? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Steve tragó saliva con dificultad antes de poder articular palabra alguna.

—Señor, lo que le estoy diciendo es que por allí no han pasado. Eso es seguro.

Trevor cogió aire resignado y comenzó a pensar en la que sería su siguiente estrategia, no sin antes hacerse unas cuantas preguntas.

¿Qué dirección habrían tomado? ¿Con qué propósito?

De pronto le surgió una pregunta especialmente comprometida.

¿Acaso su huida era debida a que sabían de alguien que pudiese ayudarles?

El hecho de hacer llegar su situación fuera del condado le resultaba un auténtico disparate. ¡Nadie les creería!

El poder que ejercía sobre los temerosos vecinos y el párroco asustado sería suficiente para tacharlos de mentirosos. Sin contar, claro, de la estimada ayuda del *sheriff*.

Pero, si estaba todo tan bien atado... ¿Por qué tenía la desagradable premonición de que algo se le escapaba?

De repente lo supo. Había dejado pasar por alto un detalle de gran importancia.

—¿Cómo he sido tan idiota? —rugió de pronto.

Steve se llevó un buen susto y se limitó a mirarle, mientras que Trevor se levantaba del sillón como un resorte.

La expresión en su cara le hizo saber que alguien se encontraba en un verdadero apuro.

¿Quizás él?

—Busca a Leroy y llévalo a la parte de atrás de inmediato.

—Sí, señor —contestó aliviado limitándose a respirar con tranquilidad.

Salió apresurado, siguiendo la orden que le acababan de dar, y desapareció tras la puerta. La persona que se quedó en el interior fue hasta el lugar en el que guardaba las botellas de alcohol, cogió la de *brandy* y se echó una porción un tanto generosa en un vaso. A continuación, lo bebió de un trago.

—Bien, ha llegado la hora de hacer unas cuantas averiguaciones.

Salió tras los pasos de su capataz con un único propósito.

Si estaba bien o mal le daba exactamente igual.

La tensión en las caballerizas era evidente. Tanto que hasta los asustados caballos mostraban su nerviosismo, moviéndose inquietos dentro de las cuadras destinadas a cada uno de ellos.

Fuera se veían a los hombres del rancho (por expreso deseo de Trevor), formando un gran círculo alrededor de dos hombres.

Uno era Steve.

El otro Leroy.

Este último con un aspecto abatido y desconfiado porque, fuera lo que fuese lo que sucedía, él era la parte implicada.

Al llegar el señor Jones, todas las cabezas se giraron hacia él.

El silencio dentro de las caballerizas era de tal envergadura que asustaba. No auguraba nada bueno.

—Quiero que veáis lo que va a suceder aquí y ahora —comenzó diciendo Trevor en cuanto supo que era el centro de atención. Mientras hablaba se fue quitando la chaqueta con tranquilidad, sin inmutarse; para, a continuación, comenzar a remangarse los puños de la camisa immaculada.

Decenas de ojos lo miraban reflejando un horror que ya era conocido. La evidencia de lo que iba a pasar saltaba a la vista, y lo peor era que tendrían que presenciarlo.

Se podía interpretar como un aviso para cada uno de ellos. Bien lo sabían.

—Y también quiero —continuó dando la chaqueta a uno de sus hombres—... que prestéis mucha atención. Cualquiera de vosotros podríais encontraros en la situación de este desagradecido.

Señaló con el dedo a un Leroy que sabía que su sentencia de muerte acababa de firmarse.

—¡Steve! —exclamó alzando la voz—, tráeme el látigo.

—Sí, señor.

Leroy no hizo ni el menor movimiento puesto que no tenía ni una sola oportunidad que le ayudase a escapar, por lo tanto, mantuvo el tipo como pudo, ante la cara de sorpresa del dictador, que siempre disfrutaba de la debilidad del que se sabía en sus manos.

—¿Hay algo que quieras decirme acerca del paradero de los hermanos Evanson? —le preguntó en tono casi cordial.

—No sé de lo que habla.

—Está bien —se pronunció como si nada—. Ahora verás de lo que soy capaz —siseó ordenando que lo ataran.

El primer latigazo provocó que los caballos se agitaran como locos, al tiempo que las piernas de Leroy lo sujetaron con fuerza.

Dos...

Tres...

Cuatro...

Cinco...

Antes del sexto, al ver la sangre correr, Trevor volvió a tomar la palabra.

—Si quieres que tu agonía no se alargue en el tiempo, simplemente me dirás lo que sabes acerca de los hermanos Evanson.

Leroy respiró con dificultad y trató de olvidarse del lacerante dolor que le atravesaba la espalda. Por lo demás se mantuvo en la posición de no querer ayudar a aquel hijo de Satanás.

—Muy bien, como quieras.

Seis...

Siete...

Ocho...

Nueve...

Diez...

A esas alturas las piernas del trabajador empezaron a flojear. La camisa, hecha jirones, mostraba una enorme mancha de sangre, y a los allí congregados les costaba seguir contemplando la tortura de la que eran testigos a la fuerza.

Desafortunadamente no tenía pinta de que fuese a acabar pronto.

—¿Sigues sin querer hablar? No tengo ninguna prisa. —Y, debido al esfuerzo, se limpió unas gotas de sudor que le caían de la frente. Después se desabotonó los dos primeros botones de la camisa.

Leroy trató de mantenerse en pie, pero no pudo hacerlo y cayó, experimentando un terrible dolor sobre los brazos, atados a una rama del único árbol que había en las caballerizas.

Aun así, no habló.

—Tus deseos son órdenes —bromeó asestando otro latigazo sobre la espalda en carne viva.

Once...

Doce...

Trece...

Catorce...

Quince...

Dieciséis...

Diecisiete...

Las extremidades superiores sostenían el peso inerte de un cuerpo desplomado al que le faltaba muy poco para perder la consciencia. El dolor que tenía se intensificaba por cada poro de su piel y, era tan atroz, que no pudo contenerse por más tiempo.

Ni siquiera era capaz de gritar.

Dieciocho...

Diecinueve...

Veinte...

Veintiuno...

Veintidós...

—Basta —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas.

Uno de los hombres intervino con rapidez:

—Señor, quiere hablar.

«Por fin, que testarudo se ha puesto», se lamentó Trevor al divisar su camisa manchada de sangre gracias al retorno del látigo.

Se acercó a paso tranquilo y se agachó a su altura para escuchar aquello que tuviese que decirle.

—Ahórrate lo de que has sido tú quién les avisó. No puede haber nadie más.

Leroy respiró como pudo. El dolor lo volvía loco y el simple hecho de coger aire se convertía en una auténtica pesadilla.

—Dime cualquier cosa que sepas del lugar hacia donde se dirigen y acabaré con esto.

Leroy abrió la boca desconfiado y preguntó mediante un susurro:

—¿Lo promete?

Trevor le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Por supuesto que te lo prometo, hijo —aseguró a la vez que le hacía una seña a Steve para que lo soltara.

Este así lo hizo, ayudado por otros para no dejar que se cayera. Lo tendieron sobre el suelo, con la espalda al aire, y le dieron un poco de agua.

Trevor esperó estoicamente, mostrando una paciencia que desde luego no tenía.

—Está bien, apartaos.

Apoyó una rodilla sobre el suelo y rezó para que no se desmayara.

—¿Y bien? ¿Sabes algo que pueda ayudarme?

Leroy abrió la boca y con el pesar sobre su corazón habló.

Era eso o perder su vida.

—No sé nada —susurró con la voz entrecortada—. Solo recuerdo que hace muchísimos años la familia tenía un gran amigo que pretendía hacerse oficial del ejército.

Trevor contuvo la respiración con esperanza, puesto que sí que existía la posibilidad de saber el paradero de aquellos dos.

Se armó de una paciencia infinita.

—Piensa, Leroy —le alentó—. Es muy importante que me digas el nombre o el apellido de ese hombre.

—No me acuerdo, hace mucho tiempo.

—¡Piensa! ¡Piensa! —exclamó mirándolo serio.

Leroy hizo un esfuerzo sobrehumano a la vez que el cansancio, sumado al terrible dolor, le empezaba a pasar factura.

No podía más.

Trevor supo que únicamente tendría una oportunidad para hacerle hablar, y la necesidad de que lo hiciera, podía contra cualquier detalle insignificante.

—Está bien, tú lo has querido —manifestó antes de levantarse y ordenar—: ¡Átalo otra vez!

La voz clara de un hombre al límite de su cordura se escuchó entonces.

—Me acuerdo, me acuerdo.

Trevor volvió a la posición anterior.

—Así me gusta, hijo, así me gusta. Y dime, ¿qué es lo que recuerdas?

—Recuerdo que se llamaba Alan Morrison y quería ser oficial del ejército.

¡Por fin!

—No me acuerdo de nada más, señor.

—Bueno, ya tengo la información que necesitaba, muchacho. —Y a medida que hablaba le daba golpecitos en la cara—. Has tardado en hacerlo, pero ha merecido la pena. Cuando los encuentre les diré lo mucho que intentaste protegerles. Les gustará escucharlo.

A Leroy, en el lamentable estado en el que se encontraba, le costó asimilar palabras tan malignas.

—Y ahora, si me disculpas, tengo prisa en atender un asunto urgente. No sabes lo que voy a disfrutar enseñándole a esos jovencitos, cuando los encuentre, quién es el que manda aquí.

Antes de marcharse, como si aquello fuera poco, quiso hacerle sufrir más todavía susurrándole cerca del oído:

—Cuando termine con Zac querrá estar muerto. En cambio, para tu protegida, tengo en mente varios castigos que le harán darse cuenta de que no le conviene huir del que será su esposo por derecho. ¡Mmm! Lo que voy a disfrutar sometiéndola —terminó diciendo para, seguidamente, echarle un puñado de arena sobre la espalda.

Leroy se estremeció y lo miró con odio en los ojos, implorando un poco de ayuda para arrancarle esa sonrisa a aquel malnacido.

Por supuesto no la consiguió y el pobre hombre se arrepintió de haber hablado creyendo que se salvaría.

Y ahí, Trevor simplemente se levantó por última vez y dijo como si nada:

—Acaba con él.

Después se marchó.

A la mañana siguiente cuatro jinetes, los mismos que la vez anterior, permanecían preparados para partir desde el rancho Jones.

Un rancho que exhibía desde cualquier punto de las caballerizas, el cuerpo de Leroy atado boca abajo de uno de los árboles más altos.

¿El motivo? Simplemente que así fue ordenado por el señor de la casa para dejar claro su mandato, dejando a la vista lo que les podía suceder a cualquiera de ellos, en el caso de traicionarle.

¿Qué mejor manera que viendo tan dantesca escena?

—Vamos, muchachos —alentó Steve al resto, que miraban el cadáver pensativos—. Tenemos bastante trabajo por delante y ya sabemos a lo que nos exponemos. Será mejor que empecemos cuanto antes. El señor Jones sabe ser generoso cuando se cumplen sus órdenes.

—Tienes razón. De no ser por esos malnacidos, Leroy seguiría entre nosotros. Ellos son los únicos culpables.

—¡Váyanos en su busca! —jaleó otro.

—Sí. Cualquier castigo será poco en comparación con lo que vemos. Vámonos.

Partieron al galope y dejaron atrás la visión espeluznante. Debían centrarse en la misión que les había sido adjudicada y la que conllevaba órdenes muy, muy precisas.

Preguntar en cada posada y estación de postas hasta que los encontraran. No habría descanso hasta que sucediera.

## CAPÍTULO IX

Durante el siguiente día las cosas parecieron mejorar. Consiguieron avanzar varias millas sin contratiempos de ningún tipo, logrando, gracias a las pautas de aquel hombre dichoso, que nadie reparara en ellos. Se acomodó el pañuelo una vez más y se dirigieron a la diligencia, que ya esperaba lista para continuar el viaje. Mientras caminaba pensaba que, con toda probabilidad, ese sería el último trayecto, por lo tanto, daba un poco igual que fuese agotador.

Lo que les depararía una vez que estuviesen en Saint Louis de momento no les preocupaba, habían aprendido que bastante tenían con afrontar los problemas que les vinieran en el día a día como para, además, preocuparse por algo que quedaba lejano.

¡Ya habría tiempo para ello!

Una positiva Zoe se acomodó en el asiento y le hizo un sitio a su hermano. Después miró por la ventanilla y esperó a que se pusieran en marcha.

Y así, de una forma apacible y tranquila, comenzó el que se suponía era el último día destinado a padecer bajo el traqueteo de las ruedas por los enormes baches y socavones.

Actuaban con total normalidad y se limitaron a entablar conversación solo en el caso de ser necesario. Empecinados en no hablar más de la cuenta, afanados en llamar la atención lo menos posible.

### *Al noroeste, a varias millas de distancia...*

Liam echó el ojo a los forasteros en el mismo instante en el que entraron dentro de la posada. Los observó dirigirse a la barra mientras el *barman* les servía cuatro vasos de *whisky*. Al rato entablaban una conversación y fue entonces cuando se decidió a investigar un poco. Dejó el pensamiento de irse al burdel para, en cambio, tratar de averiguar si podían convertirse en sus siguientes víctimas.

¿Quién sabía?

Dejó el vaso vacío sobre la mesa y, después de coger el sombrero, se puso en pie. Seguidamente avanzó y miró a unos y a otros. Una vez en el lugar que le interesaba se limitó a escuchar qué es lo que decían. En ningún momento pudo imaginarse la sorpresa que se iba a llevar.

—No recuerdo haber visto a la pareja que están describiendo —escuchó decir a Harry.

—¿Está seguro?

El *barman*, tras sus muchos años descubriendo de todo, supo lo que tenía que decir con exactitud si lo que quería era sacar un beneficio de la situación que se le brindaba, así que anunció:

—Puede que necesite algo de ayuda y así, con un poco de suerte, recordaré algún detalle que parece venirme a la cabeza.

Steve atravesó al *barman* con una mirada de hielo. Aun así, no se amilanó.

¡Al contrario!

—Aquí nada es gratis, amigo, ya debería saberlo.

—Está bien —aflojó la tensión con un amago de sonrisa. Y es que por fin parecía que alguien los había visto.

Se llevó la mano al bolsillo y dejó un par de monedas sobre la barra.

—Quizás esto le ayude a recordar, ¿no le parece?

Harry, el *barman*, cogió las monedas sin dudarle mientras que Liam permanecía atento.

¿De qué pareja hablaban?

La posibilidad de que fuesen importantes quedó en evidencia en el instante en que vio las monedas.

—Pasaron por aquí —les informó con amabilidad. Después volvió a llenar los vasos en lo que se convirtió en una invitación de agradecimiento ante la generosa propina.

Steve, ahora sí, mostró una sonrisa de satisfacción.

—¿Dijeron hacia dónde se dirigían?

—No, no lo hicieron.

«Vaya, hubiese sido demasiada suerte, aunque por lo menos sabemos que vamos por el buen camino, y ya es algo», pensó.

—Pero, a decir verdad... —añadió el *barman* acaparando la atención de los cuatro, más la de Liam—. Hay algo sumamente extraño que sucedió con ellos.

—¿Algo extraño? —preguntó Steve con curiosidad.

¿Acaso sabría más aquel fulano?

Antes de darle la posibilidad a que pidiera alguna moneda más, volvió a meterse la mano en el pantalón y dejó sobre la barra un billete.

Tanto Harry como Liam se quedaron boquiabiertos. Definitivamente se veían con la necesidad de encontrarles.

«¿Por qué?», se preguntó un Liam que empezaba a pensar en su forma de sacar partido.

—Señor, no hace falta que me dé más propina. —Y cogió el billete veloz—. Pero se lo agradezco.

—Sí, sí. Vamos, continúe con eso que tenga que decirnos.

—Está bien —afirmó—. Llegaron en la diligencia y se marcharon de la misma forma.

—¿Y qué hay de extraño en eso? —le cortó Steve malhumorado.

—Lo extraño fue lo que sucedió aquí dentro.

—¡Por todos los diablos! —rugió uno de los acompañantes—. ¿Quiere decirnos de una maldita vez qué es lo que pasó?

A esas alturas Liam permanecía más que expectante.

—¿Y dicen que los buscan por una buena causa?

Los cuatro se miraron pensativos.

—Eso es —habló Steve convencido. Las órdenes del jefe fueron claras y concisas en cuanto a lo de no llamar la atención—. Esos pobres muchachos se acaban de quedar huérfanos y sacar adelante el rancho es demasiado trabajo para ellos. Es por eso que se han arriesgado emprendiendo un viaje que es muy peligroso, y nuestra intención es encontrarlos antes de que se puedan meter en líos y acompañarlos al lugar del que nunca debieron salir.

Al darse cuenta de la desconfianza del hombre que tenía enfrente añadió:

—Somos vecinos y queremos decirles que cuentan con la ayuda del pueblo entero para que puedan seguir adelante.

Liam no les quitaba el ojo de encima a medida que su sentido común empezaba a mostrarle que había algo inquietante en todo aquello. Recordaba a la perfección a la pareja que parecía reunir los requisitos de los que hablaban, solo podía tratarse de aquel muchacho y aquella mujer de cabellos extraños...

El interés creció y no pudo permanecer más tiempo callado.

—¿Y dicen que son huérfanos?

Los vaqueros miraron al extraño con cara de pocos amigos.

—¿Y usted quién es para meterse en esta conversación?

Liam les mostró una sonrisa encantadora y seguidamente afirmó:

—El hombre que hará posible que encuentren a esa pareja que buscan con tanto ímpetu.

La respuesta sincera gustó a los allí presentes, dejándolo intervenir sin interrupciones.

—Harry —continuó Liam—, si no he escuchado mal, estos amables caballeros parecen buscar al muchacho y a la mujer de pelo rojo, ¿me equivoco?

—No. No te equivocas.

«¡Lo sabía!», exclamó en su interior con la sorpresa dibujada en la cara.

Raramente su intuición se equivocaba y ahí se hallaba la prueba.

—Pues o hay algo que no saben ustedes o realmente hemos sido engañados.

—¿A qué se refiere? —preguntó Steve sorprendido.

Cuando entraron en la posada, minutos antes, nunca hubiesen llegado a pensar en la buena suerte que iban a correr. Menos aún, después de llevar dos interminables días en los que se dedicaron a preguntar en decenas de sitios diferentes, y siempre con el mismo resultado...

¡Hasta ahora!

Pero parecía que lo que tuviesen que decir no lo iban a soltar así como así.

—Entonces, si no hemos entendido mal, quieren llevarlos de vuelta a casa y ayudarlos, ¿no es así? —inquirió Liam.

—Así es.

—Porque se han quedado huérfanos.

—Así es.

—Y por lo tanto están solos.

¿A qué venían tantas preguntas? No entendían nada de nada y se empezaban a hartar.

—Sí. Están solos —respondió de malos modos.

—Pues déjenme corregirles porque solos, lo que se dice solos, ya no están.

Cuatro pares de ojos lo miraron con las pupilas dilatadas de la impresión.

—¿Qué insinúa?

Liam omitió cualquier detalle que los pudiera poner en un aprieto y dijo:

—Pues que, en efecto, llegaron solos... o eso creían ellos.

—Sí. Lo que dice Liam es cierto.

—¡Nos están volviendo locos! —terminó gritando Steve dejando a un lado los buenos modos—. ¿Quieren hacer el puto favor de aclararnos eso que parece tan extraño?

El *barman*, entonces, dejó escapar lo que parecía una bomba.

—Claro, hombre, claro. Lo que estamos diciendo es que aquí, en el instante en que llegaron, el esposo de ella jugaba una partida de cartas con Liam.

—¡¿Qué?!

Se escuchó a los cuatro compañeros a la vez.

No.

No podía ser cierto.



—¿Cómo que su marido? ¡Es imposible!

—De imposible nada. Así es como se presentó y como tal actuó.

—Explíquese con más detalles.

Fue Liam el que pasó a relatarles lo sucedido y, a medida que continuó hablando, la cara de incredulidad de los que escuchaban no tenía precio.

No daban crédito.

—Sigo diciendo que es imposible. Salieron del pueblo sin la protección de nadie y continúan así. Ni siquiera les ha dado tiempo a intimar con nadie. ¿O acaso creen que unos días son suficientes para concretar un matrimonio entre dos desconocidos? No y no. No me lo creo.

La cara de póker de Liam ahora era la que mostraba una confusión arrolladora.

—Pero, ¿entonces...?

—Se rieron en vuestras propias narices.

El cambio en el tono empleado puso en alerta a Liam de inmediato.

—Para ser sus benefactores no parecen alegrarse de la suerte que tuvo la dama en concreto. ¿Saben que, si no llega a ser por ese hombre que intercedió en su favor, hubiese sido asaltada por varios hombres?

La mirada que se cruzaron les hizo saber, sin necesidad de continuar hablando, que ambos estaban hechos de la misma calaña. Y supo que se acababa de posicionar en el mismo bando.

—No voy a decir lo que no debo, saca tú —dijo tuteándole por vez primera— las conclusiones que hagan falta.

A lo que Liam contestó:

—Las conclusiones no me importan, lo que sí lo hace es buscarme la vida y ganarme algún jornal extra. Te propongo un trato —le tuteó esta vez él.

Steve avanzó un paso.

—¿Qué tipo de trato?

—Conozco cada camino de por aquí, y estoy dispuesto a ayudaros en lo que haga falta.

Steve pareció pensarlo.

—¿Aunque lo que hagamos esté al margen de la ley?

Y claro, Liam no tardó en contestar.

—Ese es el menor de mis problemas. Yo mismo estoy al margen de la ley.

—Trato hecho entonces.

Lo sellaron con un apretón de manos.

—Bueno, pues ahora que las posturas están claras, dejémonos de perder el tiempo y vayámonos.

—Sí, jefe.

Seguidamente, Liam añadió:

—Es el momento de decirnos algo de suma importancia, sé con exactitud hacia dónde se dirigen.

—Ah, ¿sí?

—Una persona que viajaba con ellos escuchó una conversación entre la muchacha y un oficial del ejército que los escoltó. Por lo que he podido saber, ese hombre les dijo que, la persona a la que buscan, está retirada en Sant-Louis.

—¿Sant-Louis? Perfecto. El señor Jones te recompensará por facilitarnos el trabajo, tenlo por seguro. Vámonos.

La comitiva, compuesta por los cinco hombres, salió por la puerta de la posada bajo la atenta mirada del *barman*, y emprendió la marcha hacia el camino más corto que los llevaría a su nuevo destino.

Les llevaban ventaja y tenían que acortar como fuese aquella distancia. Y es que, ahora que sabían que iban en busca de un amigo de la familia, que además podría ser oficial del ejército, tenían que acelerar cualquier cuestión relacionada con la captura de los dos jovencitos, ante la menor posibilidad de que consiguieran ayuda. De no hacerlo sus vidas pendían de un hilo demasiado fino.

## CAPÍTULO X

***¡Los contratiempos comenzaron cuando el sol lucía en lo más alto!  
Todo empezó así:***

El calor que hacía dentro de la diligencia era horroroso. Tanto que hasta a los ocupantes les costaba respirar; y la cosa empeoraba a cada minuto que pasaba por la sencilla razón de que iban pegados los unos a los otros.

Y así permanecían, cada uno llevándolo como mejor podía, cuando de pronto se escuchó el grito del conductor dirigido a los caballos, sumado al sonido del látigo. La diligencia cobró velocidad entre la multitud de baches, y provocó que se tuvieran que agarrar al primer lugar que encontraron.

—¡Demonios! —blasfemó uno de los ocupantes dando un salto—. ¿Qué es lo que está sucediendo?

Zoe se cogió a la mano de su hermano con fuerza y, con la otra, echó a un lado el trozo de tela que cubría la ventana, para mirar y así tratar de averiguar a qué era debida esa carrera desenfundada.

El color de su cara cambió al divisar, a lo lejos, lo que parecía una polvareda acercándose.

Y eso solo podía significar que varios jinetes los seguían.

¿Con qué propósito?

¡Seguro que nada bueno!

—Parece que se acercan caballos.

—¿Cuántos son? —preguntó otro.

—No lo sé. Por el polvo que levantan los cascos parecen varios.

La mujer que seguía viajando con su hijo pequeño desde prácticamente el inicio del trayecto añadió esperanzada:

—Puede que sean oficiales del ejército como la otra vez, ¿no? —Y miró en un intento desesperado de necesitar que la tranquilizaran.

Algo que no sucedió porque se le adelantó la voz del conductor, delatando su nerviosismo.

—¡Bandidos asaltándonos! —gritó como un loco azuzando a los caballos sin descanso—. Que alguien saque el brazo por la ventana y coja el trabaquito que yo le doy.

Zac apartó a su hermana con cuidado, evitando que se cayera, y obedeció.

A Zoe no le hizo ninguna gracia ver a su hermano tomar la iniciativa de coger el arma, y menos cuando allí había algún hombre mayor, aunque no pudo hacer nada. Se vio relegada a un segundo plano desde el cual no tenía acceso, a la vez que hacía verdaderos esfuerzos por mantener el equilibrio ante el infierno que los acechaba.

Un nuevo socavón hizo tambalear el carruaje. Tanto fue así que, durante un tiempo interminable, se sostuvo solo de las ruedas del lado derecho. El caos y la preocupación fueron evidentes ante la perspectiva de que finalmente volcarían, mientras los que se hallaban sentados de ese lado caían sobre el sucio suelo entre una maraña de ropas mezcladas.

La plegaria de la pobre mujer agarrada a su hijo no tardó en escucharse, trasladando el terror

que llevaba reflejado en el rostro a los demás ocupantes. A continuación, como si alguien quisiera tranquilizarla, las ruedas volvieron a posarse sobre el suelo, lo que aprovecharon para sentarse sobre sus asientos.

—¡Alabado sea el Señor!

La tregua duró poco tiempo ya que después de andar unos metros, la diligencia entera voló, literalmente, por los aires. El golpe al bajar fue tan descomunal, que terminaron sobre el suelo más de la mitad de los ocupantes, mirándose entre sí con el alma en vilo esperando lo que se suponía un desastre incontrolable...

Y si lo que sufrían les parecía poco, no sabían cuánto se equivocaban. Su miedo se intensificó en cuanto escucharon tiros en torno a ellos y los cascos de caballos dándoles alcance.

Consiguieron darles el alto.

Lo que pareció un tiempo eterno se alargó, a continuación, de una manera insufrible, pendiendo de la suerte de unos desconocidos que los terminaron abordando, seguro que no con buenas intenciones.

—Salgan del carruaje, señores —se mofó uno de los forajidos—. Han tenido suerte. Esta parada les permitirá estirar las piernas.

Las risas de los que le acompañaban los hicieron temblar.

Uno a uno salieron y se situaron en fila, tal y como el que parecía estar al mando ordenó. Los últimos en salir fueron los hermanos.

Zac se giró y le ordenó:

—Acomódate el pañuelo y quédate detrás de mí —sentenció sin opción a réplica de ningún tipo.

Zoe se quedó callada y obedeció.

Bajaron despacio y se quedaron helados, viéndose rodeados por diez jinetes fuertemente armados y con un pañuelo tapándoles el rostro al completo menos los ojos y la frente.

¡El signo inequívoco de los forajidos!

—Muy bien, señores —comenzó uno a hablar—. Esto durará el tiempo que ustedes quieran. Si colaboran no les sucederá nada.

Los presentes muy bien sabían que ese tipo de personas no se andaban con bromas. Entendiendo a la perfección que si querían seguir con vida tendrían que obedecer las órdenes que les dieran.

—Bien —siguió hablando acercándose con una bolsa de tela abierta—. Empecemos por los enseres que lleven puestos.

Y se acercó con un aire socarrón a la primera persona situada en la fila.

—¿Algo para meter en la bolsa?

Poco tiempo después esta contenía una gran variedad de objetos. Desde algún reloj de bolsillo, hasta varios pares de pendientes, pasando por algún dólar y varios centavos.

Al parecer no era suficiente para aquellos desalmados.

—Ahora empezaremos por los equipajes —se limitó a decir con tranquilidad.

Tras esas palabras, tanto Zac como Zoe se miraron intranquilos y bastante nerviosos.

¿El motivo?

El motivo era que, en el interior de la maleta que tenían como único equipaje, llevaban todo el dinero de su padre, y lo que era de suma importancia:

¡El collar de perlas de su madre!

¿Qué iban a hacer? Se preguntaron viéndolos actuar con total impunidad.

La manera de llevar a cabo el asalto fue bien sencilla. Dejaban claro que eran unos expertos en

lo que hacían cuando otro de los hombres bajó de su montura para acompañar al que, instantes antes, había llenado la bolsa con las pocas joyas y dinero que llevaban. De seguido se dirigió a la parte de atrás de la diligencia y empezó a tirar las maletas y bolsos al suelo con una frialdad absoluta.

Los ocho jinetes restantes continuaron en posición de defensa apuntándoles con los fusiles cargados. No dudarían en disparar a quien hiciese falta. No tenían nada que perder.

Una a una las maletas iban abriéndose para, después, ser volcadas sobre el suelo entre una maraña de ropas. Una vez allí, y bajo la mirada de verdadero espanto de los dueños, se rebuscaba entre las telas en busca de cualquier objeto de valor.

Lo que fuera con tal de resultar beneficioso para ellos.

En una de las maletas encontraron, entre la ropa, varios dólares y en la última, la de los hermanos, hallaron la caja que les dejó su padre con varios billetes.

La cara de sorpresa del malhechor no tardó en manifestarse a través de un silbido.

—¡Vaya, vaya! Sin lugar a dudas hoy es nuestro día de suerte.

El sentido común de Zoe prevaleció por encima de la rabia y el enfado al ver a aquel indeseable tocando sus pertenencias y la caja de su padre.

Zac, en contra de lo que pensaba su hermana, solo rezaba para que terminaran cuanto antes y les dejaran tranquilos.

Él lo único que quería era poder reanudar el viaje a la mayor celeridad posible y así garantizar la seguridad de Zoe.

¡Su única prioridad!

Se alegró de que se quedara callada. La situación así lo requería y era lo que hacía. Ya se buscarían la vida una vez que llegaran a su destino.

Otro de los hombres se acercó y observó lo que tanto le llamó la atención a su compañero y, al igual que le sucediera, se le escapó otro silbido.

—Sí que es nuestro día de suerte, sí.

Cogió el fajo de billetes del interior de la caja y se puso a contarlos.

—No había visto tanto dinero en mucho, mucho tiempo.

—¿Cuánto hay?

—Cien dólares, ¿te lo puedes creer?

La cara de los acompañantes cambió y se asombraron. ¿Cómo podía alguien cometer la insensatez de viajar con esa cantidad de dinero?

¿De quién sería?

Incomprensiblemente, a continuación, sucedió algo que alarmó a dos personas en concreto.

—¿Qué haces? —preguntó el que tenía los billetes en la mano al ver a su compinche volver a agacharse.

—Alguien que lleva encima esto bien podría llevar algo más oculto, ¿no te parece?

Sin más sacó la navaja que llevaba, la abrió, y rajó el fondo de la maleta.

En ese instante Zoe avanzó un paso de manera inconsciente.

—¡No!

Zac se quedó pálido al escucharla.

«Oh, Dios mío. ¡Estamos perdidos!».

Zoe se percató de lo que acababa de hacer y entonces dio un paso hacia atrás.

Pero ya era tarde. Muy, muy tarde.

## CAPÍTULO XI

Los disparos se escucharon a lo largo del solitario camino y consiguieron poner en estado de alerta a los hombres que cabalgaban de regreso al poblado donde estaban asentados. Unos hombres en son de paz cuyas vestimentas y rasgos los hacía inconfundibles.

Cabellos negros y largos coronados por una pluma...

Pintura en la cara...

Chalecos de flecos...

Y sobre sus espaldas, colocados con habilidad, el arco y las flechas siempre dispuestos a ser utilizados.

Aunque, a decir verdad, en esa ocasión lo llamativo de la escena no eran los indios en sí, sino las dos personas que los acompañaban.

¿Por qué?

Por el simple hecho de que eran de raza blanca e iban junto a ellos con una normalidad absoluta. Es más, lo asombroso de la escena era, precisamente, que el jefe de la tribu y uno de los blancos se encargaban de avanzar en primera posición, situándose como líderes sin que pareciera que a ninguno le importara. Mostrando el respeto debido hacia una raza, la blanca, que tanto dolor y sufrimiento les había causado a lo largo de los años.

—¿Has oído eso, Trueno Blanco?

—Sí —afirmó Nick.

Nick entró en sus vidas hacía ya un tiempo, cuando en una de las temporadas que pasaba en Estados Unidos le hablaron del negocio en auge de las minas. Fue entonces cuando decidió invertir en una de ellas y optó por el carbón. Los compromisos tanto en Londres, su ciudad natal, como en Sant-Louis, le resultaban cada vez más asfixiantes y tomó la decisión de aventurarse para dar un cambio en su monótona vida; y vaya si lo dio. La casualidad, el destino, o como quiera llamarse, lo situó en el lugar exacto para interceder, a riesgo de exponer su propia vida, y salvar al jefe de una tribu india.

Toda su vida cambió a raíz de aquello.

Pluma Dorada levantó la mano y de inmediato los jinetes pararon a sus caballos.

—¿Qué crees que será? —preguntó Trueno Blanco a su amigo y compañero de raza india.

—Forajidos asaltando la diligencia. Estoy casi seguro.

—¡Demonios!

La imagen de una mujer de rasgos especiales y de lengua viperina, le vino a la mente como un fogonazo.

—¿Qué ocurre, Trueno Blanco? —quiso saber el jefe de la tribu ante el cambio en su actitud.

—Tengo una premonición, acerquémonos a ver si estoy en lo cierto... —Y dejó escapar el aire ruidosamente añadiendo—: Aunque estoy casi convencido de lo que me voy a encontrar.

—No entiendo lo que dices, hermano, pero si así lo quieres echemos un vistazo. Nos acercaremos sin que nos descubran.

Se desviaron del camino y empezaron a subir la colina situada al noroeste. El punto perfecto para planear una emboscada.

Una vez que estuvieron casi arriba, bajaron de sus monturas y se tiraron sobre el suelo,

reptando los últimos metros que les quedaban, hasta situarse en el borde. En aquel punto fue cuando Nick se asomó con prudencia y echó un vistazo a lo que tenía colina abajo.

Su semblante lo dijo todo.

¡Lo sabía! Aquella condenada mujer se había vuelto a meter en problemas. El detalle de descubrir que por lo menos escuchó a su hermano, en cuanto a lo de taparse sus cabellos, lo agradó un ápice. Un agrado que pronto fue olvidado en el momento en el que le llegaron los recuerdos de su comportamiento hacia él en particular. Tensó la mandíbula con furia ante la negativa de ella a darle las gracias por salvarla de una situación muy comprometida y delicada.

Sus pensamientos fueron interrumpidos.

—¿Qué quieres que hagamos?

Nick no lo pensó.

—Dile a tus hombres que se preparen, habrá problemas.

«Con ella siempre los hay». Y eso que no la conocía.

—¿Problemas? ¿Acaso conoces a alguien de los de ahí abajo para que quieras intervenir en algo que ni nos va ni nos viene?

Pluma Dorada no entendía la situación.

—Ahora no es el momento de charla, créeme —contestó con un brillo demoníaco en los ojos en cuanto descubrió la que se avecinaba.

Aquella condenada, inconsciente, acababa de sentenciar su destino, viéndola echar un paso al frente a la vez que decía algo.

¿Acaso no tuvo suficiente con lo que le pudo suceder en la posada de mala muerte?

Definitivamente no tenía remedio.

No, no lo tenía.

Supo que, una vez más, debería salir en su ayuda, dando paso a las reglas de caballerosidad en las que claramente decían que siempre había que ayudar a una dama en apuros; y se olvidó del mal creciente que empezó a invadirlo al verla actuar sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué haces? —soltó Pluma Dorada abriendo mucho los ojos.

Nick no hizo caso y empezó a bajar la pendiente con precaución para que no le descubrieran. En la mano derecha llevaba enfundada su pistola.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —se dirigió incrédulo hacia Tyler.

Este se encogió de hombros y contestó:

—Salvar a una dama.

—¿Salvar a una dama?

—Bueno —dudó—, eso parece.

Pluma Dorada volvió la mirada hacia Nick y preguntó:

—¿De qué la conoce para poner en riesgo su vida? ¿Acaso es su prometida?

—¡Ja! Ni loco veo a esos dos prometidos.

—¿Entonces?

—Hasta donde yo sé tienen un asunto pendiente. La salvó hace dos noches presentándose como su esposo cuando varios hombres la tenían acorralada no con muy buenas intenciones.

—¿Como su esposo?

«Vaya, vaya, parece que la historia que me cuenta se pone interesante», pensó con una media sonrisa.

—Sí. Como su esposo. —Y añadió divertido antes de seguirle los pasos para cubrirle—: Esa noche durmieron en el mismo cuarto, y te puedo decir que para Nick no fue una experiencia a la que está acostumbrado. Lleva desde entonces con un humor de perros. Por lo visto es una mujer de

las de armas tomar.

—Bueno... habrá que conocerla —rio levantando la mano para que sus hombres cargaran sus arcos.

Unos minutos después seguían los pasos de Nick.

El silbido del forajido que rajó el fondo de la maleta llamó la atención de los demás. Gracias a ese detalle providencial, ninguno de los presentes se percató de lo que sucedía a su alrededor.

El collar de perlas vio la luz ante el asombro de todos.

—¿Cuánto debe de valer eso, Jimmy? Sabía que había algo escondido.

Y ahora, tras lo que la joven acababa de hacer, sabían de quién era la maleta.

El que tenía el collar en la mano alzó la mirada en dirección a la que se acababa de convertir en la sorpresa del día, de la semana, e incluso del mes, abriéndose un abanico inmenso de posibilidades.

¿Sería una cazafortunas, o quizás una ladrona?

La evidencia de que no pertenecía a la clase alta saltaba a la vista, primero por sus ropas y segundo por viajar en una diligencia cualquiera sin una mínima escolta. Entonces, ¿cómo era posible que viajara con ese enorme botín?

Mientras se hacía todas esas preguntas comenzó a avanzar hacia ella, la miró con curiosidad y fue consciente de la belleza que tenía frente a sí.

—Muchachos —gritó con entusiasmo al ojear un mechón que se acababa de hacer visible a través del pañuelo—. Tenéis que ver esto. ¡Vaya si es nuestro día de suerte!

Zac actuó con rapidez.

—Ya tenéis lo que queráis —pronunció con el alma en vilo situándose delante de su hermana—. Dejadnos en paz.

Las carcajadas de los maleantes se escucharon a continuación.

—¿Y tú quién eres, muchacho?

—Eso no importa. Coged vuestro botín y marchaos.

Una nueva oleada de carcajadas lo dejó blanco.

—Nos iremos cuando nos hayamos divertido un rato —sentenció propinándole un puñetazo en el estómago que lo dejó retorcido de dolor—. Y ahora, tú —se dirigió a Zoe—, quítate ese pañuelo de la cabeza para que te podamos ver.

Zoe lo ignoró y se agachó para interesarse por Zac, lo que el maleante aprovechó para tirar de la prenda.

La visión de la hermosa mujer quedó al descubierto y levantó un sinfín de silbidos y palabras soeces. Algo que propició, por muy incomprensible que resultara, que Zoe se acordase de otro hombre indeseable... mal educado... arrogante... insensible... Pero al que desearía ver en esos precisos momentos. Comenzó a rezar, puesto que la evidencia le advertía de que se encontraban en manos de unos desalmados que bajaban de las monturas para acercarse.

—Tendremos que hacer turnos —rio uno de ellos dejando a la vista los huecos de su dentadura.

—Yo la vi primero y seré yo quien disfrute de este regalo caído del cielo.

Zac se levantó como pudo y se puso, una vez más, delante de ella.

—Muchacho, ¿es que te has vuelto loco? No puedes hacer nada por ayudarla, ¿no lo ves?

—No la tocaréis —bramó enfurecido—. Antes pasaréis por encima de mi cadáver.

—Pues que así sea. No estoy dispuesto a perder un tiempo valioso cuando me espera un manjar tan exquisito... y gratis.



Dicho lo cual, sin ningún tipo de miramiento, clavó la navaja que sostenía en el costado de Zac. Este volvió a caer sobre el suelo entre los gritos desgarrados de Zoe.

—Y ahora, el que no quiera mirar que suba a la diligencia —concedió otro ante la perspectiva de que alguien más se le ocurriera interrumpir lo que vendría a continuación.

La primera en hacerlo fue la madre con su hijo, el resto de los pasajeros la imitaron sin rechistar.

La pesadilla se volvía a hacer realidad y se agrandó al verse rodeada, mientras seguía en el suelo llorando desconsoladamente.

—¡Ven aquí, preciosa! —escuchó a su espalda.

Zoe se giró asustada y acabó dándole una fuerte bofetada al que pretendía agarrarla.

No le sirvió de nada, la ira inundó al hombre en cuestión y la agarró por el cuello para después bajar, con ambas manos hasta el vestido.

—Ahora verás lo que es bueno —y tiró con fuerza desgarrando la parte de arriba.

Las risas de los que esperaban su turno, ansiosos, no se hicieron esperar.

—Vamos, Jimmy, muéstrale a esa señorita quién es el que manda.

Jimmy babeó impaciente en tanto comenzó a bajarse los pantalones, y justo cuando iba a dejar caer su peso contra el de ella, escuchó un grito a lo lejos:

—Si la vuelves a tocar eres hombre muerto.

Aquella voz...

No.

¡No podía ser!

¿Quizás sus plegarias habían sido escuchadas?

El pánico se apoderó de Zoe y comenzó a chillar como una loca, al sentir cómo el cuerpo de aquel miserable se desplomaba y la atrapaba sin dejarla respirar.

El cruce de disparos y flechas no tardó en sumarse a la dantesca escena, a la vez que la diligencia, aprovechando la confusión, partía veloz como el rayo.

—Tyler, cúbreme —ordenó Nick con la vista clavada en el hombre que yacía muerto, con una bala en la espalda, sobre la mujer de lengua viperina.

El temor a que ella, asimismo, hubiese sido alcanzada, se manifestó con claridad puesto que tampoco se movía.

—Nicholas Hawkins —bramó Tyler—. ¿Te has vuelto loco? No puedes poner en riesgo tu vida. La situación está casi controlada.

Añadió al ver a dos de los forajidos huyendo.

—Tú cúbreme. —Sin dar opción a nada más echó a correr en dirección al fuego cruzado y avanzó con decisión mientras analizaba la situación que tenía delante.

A un lado permanecía la mujer con los ojos abiertos y pestañeando con cansancio, parecía no creerse lo que sucedía. Encima continuaba el peso muerto que la asfixiaba, y que a la vez la protegía de las flechas y los disparos. Lo que no sucedía con el muchacho que yacía a escasos pasos de su hermana y que se desangraba a gran velocidad.

¿Qué hacer?

El sentido común hizo que Nick se pusiera manos a la obra con gran celeridad, no había tiempo que perder y tomó la decisión correcta. Agarró a Zac por los brazos y lo arrastró hasta situarlo detrás de unas rocas.

—Nick —balbuceó el chico tratando de mostrar una sonrisa que no llegó—, me alegro de verte.

—Y yo a ti.

La herida no parecía mortal, pero si no detenían pronto la hemorragia terminaría desangrándose.

Algo que tenía que evitar. Aquel valiente era apenas un niño y no podía acabar así.

No. De ninguna de las maneras.

Raudo y veloz se quitó el chaleco y se lo puso sobre la herida.

—Zac, escucha atentamente lo que voy a decirte. Tienes que apretar esto sobre la herida, ¿lo harás?

El gesto de dolor en cuanto apretó le hizo saber que le faltaba poco para desmayarse.

—Te sacaré de aquí, ¿me oyes?

Zac abrió los ojos con dificultad y asintió.

—Nick.

—¿Sí? —preguntó con el dolor reflejado en su rostro.

Aquel muchacho con su valentía y su inocencia consiguió calarle muy adentro.

—Zoe —susurró haciendo el intento de levantarse.

Nick se lo impidió.

—Tranquilo, ella está bien.

—No me estarás engañando, ¿verdad?

Nick, por primera vez en su vida, hizo una promesa a un extraño. Y él no era un hombre de promesas.

—Te prometo que no estoy engañándote, Zac. Ahora aguanta un poco y aprieta fuerte, ¿podrás hacerlo?

Él se limitó a asentir.

—Mis amigos se ocuparán de ti. Ahora vuelvo.

Nick levantó la mirada impaciente y la depositó sobre el cuerpo que seguía tendido en el suelo completamente inmóvil con el cadáver encima.

«¿Qué le sucede para ni siquiera tratar de apartarlo?», se preguntó el hombre desconcertado, a medida que se acercaba para averiguarlo.

La situación a su alrededor cambió drásticamente a favor de sus amigos y de él mismo. Los pocos forajidos que quedaban empezaban a retirarse hacia sus caballos y dejaban el camino libre.

—¡Muchachos! —gritó Nick a escasos metros de Zoe—, hay un herido detrás de las rocas y hay que llevarlo cuanto antes hasta el poblado. Está perdiendo mucha sangre.

—¿De quién se trata? —preguntó Pluma Dorada serio.

Su amigo bien sabía que los blancos no eran bien recibidos entre sus gentes.

—No te preocupes, yo respondo por él.

No hubo más preguntas ni más alusiones. Si Nick decía que respondía por él estaban seguros.

—Bien, lo cargaré sobre mi caballo con cuidado.

—Gracias, amigo.

Se olvidó del asunto y se centró en apartar a aquel fulano de Zoe, ahí descubrió por qué no se molestó en quitárselo de encima.

¡Seguía estando en estado de *shock*!

Verla así a Nick le profirió un instinto casi primitivo de protegerla. Que fue lo que hizo.

Con lentitud se acercó, clavó la rodilla sobre el suelo y con sumo cuidado, unió el vestido roto con las manos para tajarla.

Ella ni se inmutó. Ni siquiera lo veía.

—¿Está bien, *milady*? —La pregunta fue hecha con la preocupación dibujada en su rostro. Tensó cada músculo de la cara ante la furia que bullía en su interior aprisionándolo por completo.

Pensar en lo que los hijos de Satanás iban a llevar a cabo con la pobre mujer lo desquiciaba en extremo.

—Zoe —pronunció con suavidad para no asustarla, después de que no le contestara—. Estoy aquí, ¿no me ve?

Nada.

—Zoe, ¿se acuerda de mí? Soy Nick y he venido a salvarla.

La frase en sí era un disparate, pero a Nick no parecía importarle, empeñado en rescatarla del infierno en el que se encontraba.

—Zoe —insistió de nuevo.

Ver el cuerpo de casi dos metros, sumado a la furia y la rabia de Nick, hubiese bastado para que cualquiera saliera corriendo. En verdad daba miedo.

—Zoe, ¡míreme! —exclamó levantando la voz preocupado.

Pareció funcionar.

La joven muchacha parpadeó un par de veces seguidas y después comenzó a ver. Mientras lo hacía, dejaba a un lado la pesadilla que se le quedó grabada en su retina y se dejó llevar por la voz que le era conocida.

¡Se sintió segura!

Un nuevo pestañeo e, incomprensiblemente, volvió a sumergirse en la pesadilla de antes, divisando a escasos milímetros de ella lo que parecía un enorme cuerpo que le provocó un terror absoluto.

La cara de Nick no daba crédito a lo que presenciaba.

—¡No me toque! —La escuchó dirigirse a él con una repulsión sorprendente.

«¿Seré imbécil? Me está bien empleado por meter las narices donde no me llaman... y ya van dos», malinterpretó Nick.

—Mire, señora... —bramó ofuscado a punto de estrangularla con sus propias manos. ¿Quién se creía que era? Convencido de que se merecía lo que hubiesen hecho con ella—. Sois una desagradecida, una vez más la salvo y me encuentro con lo mismo. De veras que...

Varios hombres, entre ellos Tyler, no quitaban ojo a la escena.

¡Era inevitable!

Y todos, incluido Nick, se quedaron helados al presenciar que se incorporaba sobre los codos buscando a su hermano entre gritos desgarradores.

—¿Qué han hecho con Zac? ¿Dónde está mi hermano?

Ahí fue cuando Nick se dio cuenta de que no lo reconocía.

—Zoe, Zoe... —El vestido se volvió a abrir y dejaba a la vista lo que ninguno era capaz de dejar de admirar.

Al darse cuenta trató de tapparla con un resultado que, de nuevo, lo dejó helado.

—¡Por el amor de Dios! No me toque. ¡Me da asco!

El silencio se palpaba en el ambiente, únicamente cortado por los gritos que ella seguía profiriendo a la vez que golpeaba a Nick con todas sus fuerzas. Quería liberarse del que para ella continuaba siendo uno de los bandidos.

—¡Aparte sus sucias manos de mi cuerpo!

Nick dudó en actuar. El solo pensamiento de cómo sufría lo volvía vulnerable y él podía ser un hombre de cuantiosos calificativos, pero el significado de esa palabra en concreto, no iba ni con su persona ni con su personalidad.

—El muchacho está listo y sigue perdiendo mucha sangre.

Oyó a Pluma Dorada desde atrás entre los gritos histéricos de Zoe.

—Está bien —asintió apartándose a un lado.

Aprovechó para quitarse la camisa puesto que su afán era tapar la desnudez de sus pechos y lo lograría, aunque tuviese que hacerlo a la fuerza.

Un caballero inglés como él se encontraba en la obligación de hacerlo.

—¿Qué hace? —volvió a la carga Zoe en el instante en el que lo vio acercarse otra vez.

Nick actuó con rapidez, cogió sus manos y no dejó que le volviese a golpear.

—¡Shhh! Tranquila, no voy a hacerte nada. Estoy aquí para ayudarte —la tuteó empleando un tono suave ante la necesidad de que confiase en él—. Ahora, si me dejas, te pondré mi camisa y cubriré tu cuerpo.

Sus palabras obraron el poder de calmarla. Algo que parecía imposible, pero que sucedió al sentirse protegida y cuidada. La atención de ese hombre consiguió que traspasara las terribles imágenes que quedaron atrás y dieron paso a la realidad que se manifestaba frente a ella.

La vergüenza la engulló y el rubor tiñó sus mejillas. Le costaba pronunciar alguna palabra, viéndose en una actitud más que comprometida delante del hombre que la había vuelto a salvar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó avergonzada tratando de taparse con ambas manos.

Un Nick servicial estuvo atento a la reacción de ella y supo estar a la altura, actuando con una normalidad sorprendente.

La cuestión, en esos delicados momentos, era que se sintiera segura y él pondría todo el empeño para que así fuera.

—Déjame ayudarte —susurró Nick mediante una petición—, por favor.

Las suaves palabras obraron el poder que buscaban y Zoe alzó el rostro. Lo miró con el corazón encogido... y no pudo reprimir el dolor que llevaba dentro.

Rompió a llorar desconsoladamente.

—Yo... yo... —gimoteó hecha un mar de lágrimas.

—Shhh, tranquila. Estás bajo mi protección y no dejaré que te suceda nada malo, ¿me crees?

Zoe se perdió en aquellos ojos que la miraban con intensidad y asintió con timidez. Se sentía reconfortada y creyó, con firmeza, en cada una de sus palabras.

¡Justo lo que necesitaba escuchar!

—Bien —añadió Nick para no asustarla—. Ahora voy a taparte.

De seguido, la ayudó a ponerse su camisa y cubrió su desnudez. Zoe, mientras, permaneció con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, dejándose hacer, y resultándole imposible que sus emociones tuviesen el poder de cortar el llanto que atenazaba su garganta. Tanto era así que el menudo cuerpo fue sacudido por unos temblores violentos limitando su capacidad de reacción.

Algo que no importaba puesto que a su lado se encontraba un hombre acostumbrado a hacerse con el control de cualquier tipo de situación... o al menos eso es lo que creía hasta ahora. Y es que ver a aquella muchacha en ese estado le hacía dudar en cuanto a la actitud adecuada a seguir.

¿Qué se suponía que debía hacer a continuación?

Inmediatamente después se dejó llevar por los sentimientos y las sensaciones que se mezclaban entre sí y dio paso a la necesidad imperiosa de calmarla... de consolarla... De hacer lo que estuviera en sus manos con tal de que supiera que con él estaba a salvo... dejando a un lado cualquier malentendido entre ellos.

No importaban.

Se acercó. Pasó los brazos por debajo de su cuerpo y la alzó sin ningún esfuerzo.

—¿Dónde me lleva? —preguntó asustada.

—A un lugar seguro —informó avanzando hacia el caballo que uno de los hombres le acercó—. Allí te reunirás con tu hermano.

En cuanto escuchó nombrar a Zac se puso en estado de alerta y quiso bajarse.

Él no la dejó.

—Zac se pondrá bien, no debes temer por él.

Ella alzó el mentón, sin que le importase que la sostuviera en brazos, y supo que no mentía.

—Tendré que llevarte en mi caballo. El lugar al que vamos es de difícil acceso y no podemos hacerlo a pie. ¿Lista?

Zoe asintió y fue depositada sobre la grupa del animal. Al instante Nick la acompañó, tomó las riendas y, ante la evidencia de que ella se mostraba reacia a ponerse cómoda por la intimidante cercanía, le dijo en tono amable.

—Apóyate sobre mi pecho. Estarás más cómoda.

A pesar de lo que acababa de vivir tuvo la templanza de pensar en que no podría hacerlo. Sería un acto indecoroso, nada propio en una mujer como ella.

Y claro, Nick supo, por la posición de su espalda erguida, el debate interior que se debía de estar produciendo. Hizo una mueca burlona y fue consciente de que por lo menos ya no lloraba.

Un detalle que le tranquilizó enormemente.

—Anda, no seas testaruda y acepta mi ofrecimiento de acomodarte —insistió antes de partir—. El menor de tus problemas es apoyarte sobre el pecho de un casi extraño, ¿no te parece?

Tenía razón, aun así, pareció sopesarlo.

—Además —añadió—, ya sabes que no te obligaré a hacer nada que tú no quieras. Ya deberías saberlo.

Volvía a tener razón y ella necesitaba la cercanía de alguien. El estado de vulnerabilidad en el que se encontraba era de tal magnitud que, sin previo aviso, se dejó guiar por lo que en realidad quería.

No expuso nada. Se acercó. Se apoyó sobre el pecho desnudo e inhaló el olor varonil que desprendía... no tardó en volverse a emocionar. Primero el temblor en el labio, después el nudo en la garganta seguido de nuevas lágrimas dispuestas a salir y, como colofón final, otro temblor que se extendía por el cuerpo entero.

Y mientras las emociones de la muchacha se iban manifestando una a una, la actitud de Nick así mismo lo hizo. Primero con un suspiro de alivio, apenas escuchado, al sentir su rendición mientras era capaz de acomodarse sobre él. Después, mediante una alarma dentro de su cabeza, que le alertaba de lo mucho que le gustaba aquel acercamiento, seguida de una mirada dirigida a aquel cuerpo menudo que le hacía partícipe de lo tremendamente a gusto que estaba con aquel papel de protección que se asignó. Finalmente, se puso en estado de tensión en cuanto se percató de que volvía a llorar.

—¡Ey, pequeña!

Aquel calificativo obró el efecto contrario, pues en cuestión de segundos, gimoteaba sin control.

Nick apretó la mandíbula al comprobar que no podía verla así. ¡No lo soportaba!

—Ya pasó, Zoe, estás conmigo y no dejaré que ningún salvaje se acerque ni a ti ni a tu hermano, ¿me oyes?

Ella se limitó a asentir. Lo único que podía hacer puesto que lloraba y lloraba. Su llanto era desgarrador.

—Cálmate, niña.

Estrechó el cerco entre ellos y rodeó su cintura con ambas manos para darle un abrazo protector.

—¿Mejor?

Zoe no contestó. Se agarró a aquellos brazos que la sostenían y cerró los ojos.

La sensación de estar realmente a salvo traspasó sus sentidos, y calmó la agonía de su interior.

No tardaron en emprender el camino en completo silencio, con el convencimiento de que había hecho lo correcto tras conseguir su propósito.

¡Que dejara de llorar!

La llegada al poblado indio a Zoe la desconcertó de tal manera, que cuanto más se adentraban, más miedo tenía.

¿Por qué decidió llevarlos a un lugar lleno de peligro?

La alerta de lo que veía hizo que despertara del letargo en el que se encontraba. Tosió incómoda y se deshizo del abrazo de Nick. Después irguió la espalda y terminó con ese acercamiento indebido, para continuar mirando las tiendas de las que no paraban de salir indios curiosos.

Nick bajó el mentón e hizo una mueca al dejar de sentir su cálido cuerpo.

—No debes asustarte.

—¿Ah, no? —logró decir—. Pues lo estoy.

Nick rio ante su respuesta.

—Perdone, no le veo la gracia, ¿acaso me ha salvado de unos forajidos para entregarme a estos salvajes?

Nick tensionó su cuerpo al escuchar semejante disparate.

«Parece que la dama peleona ha vuelto».

—Pues debería pensarlo. Desde luego que obtendría un buen trato.

Zoe se volvió y le echó una mirada nada amigable.

—¿Habla en serio?

—¿Y por qué no? —respondió con otra pregunta—. O mejor, quizás lo que debería hacer es bajarte de mi montura y darme la vuelta. Eso estaría bien, ¿verdad?

Zoe se quedó pasmada en el instante en que él paró a su caballo.

—No se atreverá a dejarme aquí, ¿no es cierto?

—Depende —contestó burlón.

—¿Cómo que depende? ¿Qué significa eso?

Entonces Nick quiso vengarse por atreverse a creer que sería capaz de dejarla a su suerte.

¡Le molestó enormemente lo que pensaba acerca de él!

—Esta gente no te hará ningún daño mientras yo lo quiera así.

«¿Me está amenazando?»

—¿A dónde quiere ir a parar? Explíquese —se pronunció molesta.

—Es muy sencillo —mencionó tranquilo sin perderla de vista en un intento de ver su reacción—. Siempre que te dediques a hacer cuanto te diga estarás a salvo, ¿qué te parece?

La ira subió por el cuerpo de Zoe hasta ponerse roja.

¿Quién se creía aquel mentecato?

—Maldito...

—¿Otra vez maldiciendo? —se burló sin contemplaciones—. Ya te dije que una dama no maldecía, ¿no te acuerdas? Anda, vuelve a apoyarte sobre mí si no quieres que te baje ahora mismo.

—Es usted un... un... —siseó mordiéndose la lengua para no dedicarle las palabras que no debía.

—¿Sí?

—Bufff —resopló indignada.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Si prefieres obedecerme o por el contrario prefieres mezclarte con esta gente. Tú decides.

«Odio a este hombre, ¡cómo lo odio!».

—Me las pagará.

Nick soltó una carcajada.

«¡Qué mujer! Otra seguiría asustada tras la experiencia vivida, en cambio ella... aquí está, mostrando un carácter y una fuerza difícil de llevar».

—Conmigo o con ellos, elije.

Zoe se volvió a acomodar sobre su pecho y cerró la boca con la condición de no volver a hablarle.

No pudo.

—Usted gana, eso sí, no le he dado mi consentimiento a tutearme, así que no lo haga.

¡Vaya!

—Como quiera, *milady*.

Zoe seguía con la mirada a la gente que se acercaba, entre muestras de sorpresa y caras amables, para saludar al hombre que mantenía los brazos alrededor de su cintura, fijándose en el entusiasmo de los niños que únicamente tenían ojos para ellos.

La curiosidad del por qué actuaban así se acrecentó.

¿Por qué unos indios salvajes parecían respetarlo?

De pronto pararon frente a la tienda de mayor tamaño y de ella salió una joven muy hermosa acompañada de una mujer mayor.

Por la expresión de la muchacha, Zoe supo que se sentía atraída hacia Nick.

¿Sería un simple pasatiempo o por el contrario serían algo más?

—Bien, hemos llegado.

—¿Eso quiere decir que estoy libre de su chantaje? —La pregunta la hizo con un nudo en la garganta pues no era verdad que quisiera apartarse de él.

¿El motivo?

Permanecía muerta de miedo. Aun así, consideró oportuno dejar que su lengua hiciese de las suyas y no se contuviera.

—Si así lo quiere... *milady* —pronunció otra vez con burla.

¡Definitivamente lo odiaba! Y sin pensarlo dos veces saltó para que no tuviese que ayudarla a bajar.

Ni medio segundo después permanecía rodeada de niños curiosos y mujeres que se atrevían a tocarla.

—Nicholas —le llamó, dirigiéndose a él utilizando su nombre por vez primera.

Nick se hizo el sordo y se tomó su tiempo en bajar, ató el caballo a uno de los postes y se acercó a las mujeres que salieron a recibirle.

Zoe mientras era acorralada entre más curiosos que la miraban con ojos nada hospitalarios, intimidándola.

—Nicholas. —Alzó la voz tras ojear que el cretino aquel besaba en la mejilla a ambas mujeres frente a la tienda.

¿Cómo le podía hacer eso? ¿Acaso no se daba cuenta del mal trago que pasaba?

—¡Ay! —chilló de golpe al sentir que alguien tiraba de sus cabellos.

¿Qué hacían? Parecía que nunca habían visto ese color de pelo y tiraban creyendo que no era natural.

De pronto se quedó pálida al ver a varios hombres semidesnudos acercándose mientras que Nick era consciente, aunque no lo quisiera hacer ver, de cuanto sucedía a su alrededor.

—¡Nicholas! —gritó aterrada—, por favor.

El aludido, ante la súplica, se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Por lo que más quiera, detenga esto.

—¿Y qué le hace suponer que puedo hacerlo?

Zoe sintió otro tirón de pelo que la pilló desprevenida.

—¡Ay! —Se dio la vuelta para increpar al que había sido y se dio de bruces con un hombre de casi dos metros atravesándola con unos ojos que parecían escupir fuego.

Zoe dio un paso atrás, asustada, y pegó un brinco. Otro hombre semidesnudo le obstaculizaba el paso.

«Estoy perdida». No tenía escapatoria y ella se encontraba cansada.

Cansada de verse obligada a dejar su hogar...

Cansada de huir...

Cansada de que cualquier hombre se viese con el derecho a intimidarla...

Cansada de un destino que se antojaba lleno de sufrimiento...

Y en un momento de debilidad se rindió.

Nick, que seguía atento a sus movimientos, enmudeció.

¿Qué hacía? ¿Se habría desmayado? Y es que acababa de desaparecer de su campo de visión, lo que provocó que actuara con rapidez.

Una simple frase, dicha en una lengua desconocida, le bastó. Abriendo paso al mismo tiempo que se apartaban de ella.

—¡Por todos los santos! —exclamó con el corazón encogido.

Había llegado demasiado lejos en cuanto a dejarla que creyese que podría estar en peligro.

¿En qué demonios pensaba?

Sin tiempo que perder avanzó hasta situarse a su lado. Verla sentada sobre el suelo, con las piernas flexionadas, apoyando la cabeza sobre las rodillas y con las manos protegiéndose, provocó que se sintiera como un diablo.

—Zoe, Zoe —susurró arrodillándose junto a ella.

La muchacha alzó la cabeza y mostró su bonita cara surcada de lágrimas.

Él se odió por cada una de ellas.

—¿Me crees si te digo que no te harán daño? —Volvió a tutearla mientras se contenía para no acunarla entre sus brazos.

¡Oh, cómo lo deseaba!

—¿Debo hacerlo?

—Sí. Confía en mí. Si estás conmigo esta gente dará su vida por protegerte si fuese necesario.

Zoe se quedó pensativa.

—No entiendo, ¿y por qué me miran así?

—Porque muchos de ellos es la primera vez que ven a una mujer de raza blanca tan de cerca.

Se aproximó un poco más y le tendió la mano a modo de disculpa.

—Te ayudaré a levantarte —se ofreció con educación, creyendo conveniente seguir tuteándola para acercar posturas después del comportamiento que tuvo.

Zoe, perpleja tras escucharle, rehusó de la ayuda que le ofrecía y se levantó sola al hacerse eco



de la realidad.

Nick frunció el ceño pensativo.

—¿Zoe? —la llamó al ver que le daba la espalda—, ¿qué sucede?

Antes de contestar se limpió la cara en la camisa, analizó la situación y entonces explotó:

—¿Y todavía tiene el valor de preguntármelo? —Se dio la vuelta hecha una furia y lo miró con un enfado de mil demonios—. ¿Cómo ha sido capaz de dejar que creyera que me iban a hacer daño?

—Yo...

—¿Acaso le gusta ver mi sufrimiento?

—Zoe, yo...

—No me llame por mi nombre. ¿Quién se cree que es? Y ahora, si tiene algo de decencia, lléveme con mi hermano, ¿o tendré que aceptar otra de sus tretas? —le preguntó con un rictus serio que no permitía ningún tipo de acercamiento.

¡Él bien se lo buscó!

—Permítame decir que...

—Únicamente quiero reunirme con Zac. Lo demás no me importa en absoluto y menos si tiene que ver con vos —sentenció firme.

Vaya rapapolvo que le acababa de dar.

—Está en el interior de esa tienda —se limitó a decir refiriéndose a la más grande—, la acompañaré.

—No. Ahora que sé que estoy a salvo no necesito su compañía.

Nick se quedó de piedra mientras veía como lo ignoraba y desaparecía tras la lona de la tienda.

—Vaya, vaya —dijo el indio de casi dos metros que fue el que tiró de sus cabellos—. Una hembra interesante, ¿verdad?

—Déjalo. No estoy para bromas.

—De no ser porque estás comprometido pensaría que es una buena candidata para ser tu esposa. Desde luego te mantendría bien sujeto... ¡Qué carácter!

Nick miró a Trueno Veloz, el hijo del jefe de la tribu, y frunció el ceño a modo de aviso.

—Déjalo estar, ¿eh? En ocasiones como esta me arrepiento de haberos enseñado mi lengua.

Un coro de hombres y mujeres rompieron a reír, y un Nick ofuscado se marchó en busca de paz. Necesitaba estar solo. No sabía el porqué, pero lo cierto era que estar al lado de aquella mujer no le traía más que problemas. Uno detrás de otro.

¿Por qué se aliaban los dioses para ponerla en su camino?

«Bufff».

## CAPÍTULO XII

Zoe dejó caer la piel que hacía de entrada a su espalda, y esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad que la engulló. Una vez hecho dio unos pasos hacia el fuego, que calentaba desde el centro, y divisó un cuerpo tendido sobre un lecho de pieles acompañado de un hombre mayor.

Se acercó despacio y se arrodilló junto a él.

—¿Cómo está? —preguntó al desconocido, puesto que Zac permanecía con los ojos cerrados.

No recibió respuesta alguna.

—No entiende lo que le digo, ¿verdad?

El anciano se limitó a mirarla y Zoe pudo ver en sus ojos una infinita sabiduría.

Supo que Zac estaba en buenas manos.

—Gracias por cuidar de mi hermano —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

El anciano sonrió y se permitió tocar una de aquellas lágrimas ensimismado... Algo que le extrañó, aunque por supuesto no se le ocurrió apartarse y le respondió con una sonrisa.

Instantes después el cansancio la atrapó y se quedó dormida sobre el suelo, sintiendo el reconfortante calorcito que desprendía el fuego, y lo hizo agarrada a la mano de Zac.

### *Un tiempo después, así la encontró.*

Después de alejarse hasta su tienda, con el fin de echar un trago para hacer llevadero el dolor que infligió por su orgullo, decidió ir en su busca. Le debía una disculpa. Además, verse rodeada de indios afectaría a cualquiera y veía justo acompañarla hasta que se acostumbrara a ellos. La herida del muchacho tardaría unos días en curar y debía de ser realista.

Dependían de él hasta que pudieran volver a valerse por sí mismos.

El simple razonamiento lo inquietó.

Entró en el interior, con un rictus serio, y se acercó. La visión con la que se encontró logró, en parte, apaciguar su malestar; y así se quedó, examinando cómo dormía al ser incapaz de dejar de hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —le increpó el anciano al verle.

—Quería asegurarme de que estaban bien.

—Ya lo has hecho. Sabes que no me gustan las visitas cuando cuido a algún enfermo —le recriminó en la lengua que usaban en el poblado.

Nick tensionó su cuerpo.

—Lo sé —se disculpó—. Lo que me parece extraño es que a ella la haya dejado quedarse en su santuario.

El anciano se acercó al joven tendido y le tocó la frente. Después le contestó:

—Trueno Blanco, la muchacha que ves ahí, necesita tantos cuidados o más que el herido; me lo han dicho sus ojos. Y ahora sal de aquí y déjame ocuparme de ellos. Me necesitan.

—Pero...

—¡Fuera!

Nick miró enfurecido al hombre, aunque no rechistó. De sobra sabía que era el más respetado después de Pluma Dorada, al igual que sabía que él no era de su agrado.

Tuvo que aceptar que Zoe se había convertido en su protegida.

Salió como una tromba de la choza y se preguntó qué podría haber visto cuando ni siquiera, nadie de la tribu, podía entrar en su tienda cuando daba paso a sus artes curativas.

«Demonios, ¿cómo voy a pedirle disculpas si no me dejará acercarme?»

Con un estado demoníaco decidió salir a cabalgar para poner en orden sus pensamientos.

No se vieron en lo que restaba de día.

Zac abrió los ojos y se extrañó al ojear lo que le rodeaba.

«¿Dónde estoy?»

Un dolor estremecedor lo sacudió en cuanto intentó incorporarse, y se quedó quieto.

«Ahora lo recuerdo, estoy herido».

Por su cabeza pasaron las imágenes del asalto.

—¿Zoe?

Ella despertó inquieta.

—¡Oh, Zac! Te has despertado.

—¿Dónde estamos?

—No te lo vas a creer. En un poblado indio. —Al ver la cara de desconcierto aclaró—: Tranquilo, son buena gente y aquí estamos a salvo.

—Aquellos indeseables... ¿te tocaron? —preguntó lleno de preocupación.

—No, Zac, no lo hicieron —le tranquilizó—. La llegada de esta gente nos salvó a ambos.

—¿De esta gente? —intervino olvidándose del dolor del costado.

—Así es —asintió apartando la mirada.

—¿Y por qué no mencionas a Nick? Sabes perfectamente que él volvió a aparecer en el momento crucial.

—¿Y por qué he de mencionarlo? —contraatacó.

Qué bien la conocía su hermano.

—No me lo puedo creer.

—Ni se te ocurra regañarme —le advirtió—. Esta vez tengo razones de sobra para ni nombrarlo.

Zac puso los ojos en blanco.

—Vale. Dime cuáles son esas razones.

Con mucho gusto lo hizo.

«Ya está bien de que hasta mi hermano interceda a su favor...», pensó. Y le contó el comportamiento, nada adecuado, cuando le hizo suponer que estaba en peligro si no obedecía sus órdenes.

Y claro, un Zac conocedor del carácter de su hermana, supo leer entre líneas.

¡No se lo contaba todo!

—Y eso es lo que pasó, ¿te basta para saber lo mezquino que ha sido?

—No. No me basta.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida y molesta.

—No me basta por la sencilla razón de que sé que no me lo estás contando todo. Te conozco, y

seguro que no me equivoco si pienso que, una vez más, no has sido capaz de morderte la lengua y has dicho algo para que Nick reaccionara así.

—¡Nick! ¡Nick! —se burló—. Se llama Nicholas, no Nick.

Ambos callaron al escuchar pasos.

—¿Qué suceder aquí?

Zoe lo miró sorprendida.

—¡Sabe hablar nuestra lengua! —afirmó incrédula, y no tenía que ser muy lista para saber quién era el causante de ello.

¿Qué tipo de relación unía a esa tribu con el que podría ser su enemigo?

«Vaya».

—Su hermano perder mucha sangre —recriminó a la joven—. No hablar.

—Disculpe.

—Yo ahora curar herida. Puedes marchar fuera.

—Vale. Esperaré a que esté curado.

—¡No! Necesitar descansar mucho y tú no dejar. Pregunta por Luna Nueva y quedar allí.

—Pero...

—¡Ahora!

Zoe aceptó la reprimenda y se marchó.

Una hilera de tipis, muy parecidos, apareció delante de sus ojos.

¿Cómo iba a saber cuál era el de Luna Nueva? Inmediatamente después, fue rodeada por varios chiquillos que la miraban expectantes.

«Bueno, les preguntaré, a ver si tengo suerte».

Empezó así:

—Yo buscar tienda de Luna Nueva —aseguró empleando las formas del anciano que la echó por el bien de Zac.

Los chiquillos se desternillaron de la risa.

—¿Qué hacer tanta gracia?

Uno de los pequeños se acercó, con ojos expresivos, y le tiró del vestido para llamar su atención.

Zoe bajó la mirada y escuchó anonadada:

—¿Por qué hablas así?

«Por el amor hermoso, ellos también me entienden».

Las ganas de saber el porqué, crecieron en su interior.

—Creí que no sabíais..., no importa. ¿Quién os ha enseñado?

Con una devoción absoluta dijeron a la vez:

—Nick.

¡Vaya!

—En ese caso, ¿quién me ayuda a encontrar lo que busco?

Evidentemente ninguno se lo quiso perder y llegó a su destino con un pequeño de cada mano y otros tres agarrados a su falda.

—Te estás haciendo popular. —La recibió la muchacha con una sonrisa de bienvenida.

—Eso parece. Hola, me llamo Zoe —se presentó ya inmune a que también la entendiera.

—Te esperaba mucho antes. Pasa, por favor.

La hospitalidad con la que fue recibida la dejó sorprendida. ¿Cómo llegó a temer que esa gente

le hiciera daño?

Pasó dentro, echó un vistazo y fue cuando comprobó que el interior se parecía mucho al de la tienda del *chamán*. Un lecho de pieles con un respaldo de varas hacía de cama y sobre un trípode de cocina, hervía un guiso que olía delicioso, al lado el suministro de leña lleno.

Le llamó la atención varios libros en un rincón.

—¿Te apetece un café? Lo preparo enseguida.

Zoe aceptó encantada.

La noche llegó y un cielo despejado animó a que la gente saliera de sus tiendas. Era el día perfecto para reunirse bajo la luz de la luna y la razón bien podría ser que Nick había vuelto.

Encendieron una enorme hoguera y los mayores se posicionaron alrededor, brindando entre ellos con el ron que el visitante les llevó la vez anterior, a la vez que observaban a la muchacha blanca de cabellos rojizos.

Gracias a Luna Nueva la integración entre ellos estaba resultando bastante natural. Un solo día bastó para presentarle a su gente y, lo que era mejor, para hacerse con el cariño de los niños.

¡Si hasta el chamán le permitió estar en su santuario!

Los tambores comenzaron a sonar y Zoe sonrió al ver que la llevaban de la mano hasta la hoguera. El mismo lugar en el que varios jóvenes bailaban con movimientos hipnotizadores que a Zoe le encantaron.

—Vamos a bailar, Zoe —animó una de las niñas.

Esta aceptó encantada.

Mientras algunos se lo pasaban bien, un Nick solitario permanecía tirado en su tienda sin ganas de salir al exterior. Apenas si probó el guiso que amablemente le llevaron y se limitaba a mirar el fuego a medida que sus pensamientos terminaban siempre en la misma dirección. O más bien en el mismo rostro.

—¿No vienes?

La pregunta de Tyler le hizo volver a la realidad.

—Esta noche no.

Tyler, que parecía otro con las vestimentas indias, lo miró pensativo y prefirió dejarlo estar.

—Como quieras.

Le salió mal, y es que en cuanto los niños se dieron cuenta de su ausencia, fueron a por él.

—¿Qué ocurre, muchachos?

—Queremos que vengas a bailar con nosotros.

—Hoy preferiría no hacerlo.

—Me prometiste que la próxima vez que vinieras me sacarías a bailar como hacen en las fiestas a las que vas.

Nick sonrió y apartó su melancolía.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo prometí?

—Sí —contestó una preciosa niña.

—Entonces no se hable más. Las promesas siempre se cumplen.

El grito eufórico de las niñas se escuchó a bastante distancia.

Así fue cómo, con aquella ayuda indirecta, se volvieron a encontrar.

Nick caminaba entre risas mientras sujetaba, con una mano al niño que llevaba sobre los hombros, y con la otra a la niña de las trenzas subida a su cintura. Llegó al claro en el que se bebía, se charlaba, y se bailaba... y la visión que se le ofreció lo dejó inmóvil.

¿Era cierto lo que veía?

Y es que allí, a escasos metros de él, la mujer que rescató (dos veces) bailaba entre la tribu como si fuese una más.

«Y yo preocupado por si les tenía miedo».

¿Qué había sucedido para que la aceptasen tan rápido? Ni siquiera con Tyler resultó fácil y ahora...

Y ahora todos y cada uno de ellos parecían dispuestos a bailar con ella.

—¿A qué es guapa? —le preguntó la niña que tenía cogida.

Nick respondió sin pensar.

—Lo es.

—Vamos, vamos a bailar.

Zoe reía a carcajadas a medida que un joven valiente trataba de seguir sus pasos de baile. Estar entre esa gente era lo que necesitaba para olvidar.

Dio media vuelta sobre sí misma y agradeció que la música dejara de sonar.

Estaba rendida y necesitaba beber algo.

—Si me disculpas, creo que de momento ya he bailado suficiente.

El joven se apartó y fue en busca de otra que lo quisiera seguir, lo que ella aprovechó para buscar a Luna Nueva.

¡Menuda sorpresa que se llevó!

—Por lo que veo no habéis tardado en adaptaros a mi gente.

—¿Su gente? —Qué pretensioso era.

—Sí. Hace mucho que soy parte de ellos.

—Pues quizá yo ya lo sea igualmente —le picó—. ¿Os habéis fijado en lo bien que me tratan?

Nick se puso en alerta.

¿Trataba de decir lo que él creía?

—A una dama siempre hay que tratarla así.

—¡Ja! Pues entonces aplíquese el cuento —lo enfrentó echando chispas—. No os creáis que se me ha olvidado lo que me ha hecho esta mañana, y la lista va subiendo.

Él apretó la mandíbula y frunció el ceño.

«Qué mujer, de verdad que no tiene remedio», y cargó contra ella.

—Mire... *milady*. —Otra vez con la burla—. Cuando consiga controlar esa lengua suya diríjase a mí. Hasta entonces no tengo nada que hablar con vos. Desagradecida.

¿Cómo se atrevía?

Zoe abrió la boca para increparle solo que no le sirvió de nada. Aquel engreído, maleducado, tuvo el atrevimiento de dejarla con la palabra en la boca y, aunque estuvo en un tris de seguir sus pasos, para decirle un par de cosas bien dichas, no lo hizo. ¿Por qué? Pues porque los tambores comenzaron a sonar y él se puso a bailar con una de las pequeñas.

—¡Ufff! Lo odio —siseó apretando los puños.

Si creyó que ahí acababa el encontronazo entre ellos se equivocó ya que, como seguía observándole, indignada, pudo ver el gesto que le dedicó.

«Demonios, ¿acaba de sacarme la lengua? Es el colmo».

Con la paciencia desbordada decidió recogerse el vestido e ir a por Luna Nueva. Lo que fuera

con tal de perder de vista a ese... a ese... a ese hombre odioso, insoportable y engreído.

—¿Estás bien? Pareces enfadada.

—Lo estoy, Luna Nueva, cada vez que cruzo una palabra con él me desespero —afirmó sentándose sobre el suelo.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Con el engreído ese.

Luna Nueva siguió lo que señalaba y le dio un vuelco al corazón.

—¿Por qué hablas así de Nick? —la acusó en un tono cortante.

Zoe se sorprendió ante el cambio de actitud hacia ella, aun así, no se calló.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Me ha demostrado ser una persona sin escrúpulos.

Lo que sucedió a continuación la dejó sin palabras.

—Si piensas así vete olvidando de ser una más aquí, Zoe. Nick pertenece a nuestra tribu y aceptaremos a cualquiera que le acompañe, pero si vuelves a dirigirte a él sin respeto no tardarás en meterte en problemas. Y te puedo asegurar que eso no te conviene. ¡Ah! Vete pensando en el lugar en el que dormirás, no eres bien recibida en mi casa.

Sin más se levantó de su lado y la dejó sola.

«¿Qué es lo que acaba de pasar?», se preguntó una Zoe solitaria.

Pues sí que era respetado allí, sí.

«¿Seré estúpida? En menudo lío me acabo de meter».

Echó un vistazo a los que seguían bailando y no pudo evitar sonreír. Realmente se lo pasaban bien, en cambio para ella la fiesta ya había terminado.

«Tendré que dormir con Zac».

Dio media vuelta y se marchó. Eso sí, no sin antes ojear al hombre que era el centro de atención y que, en efecto, actuaba como uno más entre la tribu.

—¿Qué hacer aquí?

Fue interceptada incluso antes de entrar. ¡Qué suerte la suya!

—Vengo a verle.

—Ya venir esta tarde.

—Pero...

—Y volver a ponerlo nervioso. No entrar hasta mañana. Él descansar.

—Es que...

—Fuera de aquí. Tú ir con Luna Nueva y dejar en paz. Adiós.

La piel de la entrada, seguidamente, le dio en todas las narices.

¿Y ahora qué?

## CAPÍTULO XIII

Nick supo que algo extraño sucedía en cuanto la vio regresar y se sentó apartada a un lado. ¡Qué raro! Inmediatamente después fijó la mirada en Luna Nueva y corroboró lo que sospechaba.

«Han discutido, la cuestión es, ¿por qué? ¿Quizás por mí?»

Algo le decía que no iba mal encaminado...

—Trueno Veloz, ¿sabes si tu hermana y Zoe se han peleado? —empezó a indagar curioso.

El aludido miró a una y después a la otra.

—Por su cara no es difícil de adivinar. Esa amiguita tuya debe de ser una experta en sacar de quicio a la gente.

—¿Por qué dices eso?

—Lleva aquí un día y, que sepa, se ha peleado contigo, también con mi hermana y lo que en verdad es inquietante, se ha peleado con el chamán.

Nick abrió los ojos, incrédulo.

¡No! ¡No podía ser!

—¿Qué?

—Como lo oyes —afirmó—. Yo mismo no me lo creía hasta que él me lo contó.

—Pero si nunca, jamás, se ha dignado a hablar mi idioma. De veras que esto es imposible.

—Hasta que ha llegado ella. Lo que no puedo ni imaginarme es de lo que será capaz si se queda varios días. ¡Vaya mujer!

La mirada que le dedicó, a Nick no le agradó en absoluto.

—Quizás antes de que se vaya acepte mis atenciones. Estaría bien, ¿verdad?

—No. No estaría bien —protestó molesto.

Trueno Veloz lo miró pensativo.

—¿Y a ti qué más te da? No tengo que pedirte permiso para tratar de llevarla hasta mi lecho.

A Nick no le gustó su contestación.

—Por supuesto que no, pero no es como las mujeres a las que estás acostumbrado. Es diferente.

—¿Porque no es india?

Nick resopló.

—No. Yo no estoy diciendo eso —levantó la voz—. Simplemente quiero decir que, por lo poco que sé, ya ha sufrido bastante, y lo que menos necesita es que se aprovechen de ella.

—No pretendo violarla, Nick. Solo quiero abordarla y después que ella decida.

—No me estás entendiendo. Creo que es virgen.

Trueno Veloz le dio una palmada en la espalda y soltó una carcajada.

—¿Y desde cuándo eso es un problema? Tendré que conformarme con ser el primero. ¿O es que la quieres para ti?

—Yo ya estoy comprometido y...

—Ya, ya me lo sé —le cortó aburrido—. Desde que lo hiciste te has convertido en un hombre que no reconozco.

—Son mis costumbres. Has visto mi mundo con tus propios ojos.



—Y me gusta, aunque no la parte esa. Es una pérdida de tiempo cuando tienes a un buen número de mujeres bellas a tus pies.

Nick rio ante aquel comentario.

—Y que lo digas. Caen rendidas en cuanto te ven. Aprovecha antes de que encuentres a la mujer que querrás a tu lado para siempre.

—Es lo que haré, y Zoe caerá como las otras. No puede ser tan diferente —recalcó convencido.

Al ver que de nuevo iba a protestar no le dejó.

—Como ya te he dicho no voy a pedirte permiso. Haré lo que me dé la gana.

Dio media vuelta y se marchó.

«Qué bien. Lo que faltaba. Otro problema añadido».

Aunque, ¿qué le importaba lo que Trueno Veloz quisiera hacer con ella? No era de su incumbencia.

¿O sí?

—¡Demonios! Esto parece complicarse cada vez más.

Esperó, esperó y esperó allí sentada. La sola idea de pasar la noche a la intemperie le encogía el corazón. Y por lo que veía a nadie le importaba. La gente tan hospitalaria dejó de serlo desde que Luna Nueva se dedicó a ignorarla. Y mucho se temía que podía ir a peor.

Los primeros en marcharse fueron los niños, después los mayores, y poco a poco los jóvenes también se fueron retirando, en tanto allí seguía ella; esperando no sabía muy bien qué, cuando su alerta femenina saltó dentro de su cabeza.

¡El mismo indio intimidante que le tiró del pelo se acercaba con pasos seguros!

Zoe se encogió temerosa e incomprensiblemente buscó a Nick con la mirada. Al no encontrarlo le recorrió un escalofrío. Se encontraba sola a merced de aquel hombre tan grande.

—¿Qué has hecho para que Luna Nueva te deje abandonada a tu suerte?

Zoe tragó saliva, con dificultad, y por un instante le pareció que se encogía.

—Nada. Solo he decidido quedarme un rato —susurró con un nudo en la garganta.

—¿Sabes que mientes muy mal?

Zoe alzó la mirada avergonzada y vio ante sí a un ejemplar de hombre nada común.

Botas hasta las rodillas. Pantalones ajustados en torno a unas piernas musculosas. Torso por completo desnudo... y volvió a tragar.

Labios sensuales. Ojos negros. Cabellos largos y una mirada penetrante.

—¿Y qué te hace saber que miento? —preguntó ruborizada.

Aquel hombre la intimidaba.

—Conozco a mi hermana y por lo que sé de ella, has debido de meterte con su Nick.

—¿Su Nick? —preguntó curiosa.

—Está enamorada de él.

—¿Y él de ella?

«Maldición, ¿por qué no me puedo quedar callada por una vez?».

—¿Te importa? —La miró expectante.

—No. No. Claro que no.

Trueno Veloz la observó con atención.

—¿Y qué hacemos tú y yo hablando de lo que no nos incumbe cuando podemos pasarlo bien?

—¿A qué se refiere? —preguntó marcando las distancias.

No le gustaba la manera de mirarla.

—¿Ahora vas a tratarme de usted?

Antes de que Zoe se lo esperara lo vio sentarse a su lado. Cerca. Demasiado cerca.

—Lo siento, debo irme. Luna Nueva me está esperando.

—No es cierto.

—Yo...

—Tranquila. No voy a hacerte daño.

—Ah, ¿no? —titubeó insegura.

—No, bella. No lo haré. —Miró sus cabellos fascinado y acercó los dedos hasta tocarlos.

—¿Qué hace?

—Quiero besarte.

Zoe pegó un respingo y quiso alejarse. Si dejaba que la besara intuía que no le bastaría.

—Por favor, no lo haga.

—Eres tan apetecible...

Acercó la boca a la suya y esperó su rendición. Una rendición que no llegó porque antes de darse cuenta ella se puso en pie.

—Si no estuvieras a cargo de Nick tu suerte habría sido otra, Cabellos Rojizos. Tenlo en cuenta la próxima vez.

Ella no contestó. No pudo hacerlo.

—Si cambias de parecer y necesitas calor, búscame —bromeó levantándose.

Zoe volvió a asustarse y salió corriendo tras ser obligada a escuchar tal grosería.

Tyler regresaba de pasar un rato agradable con una sonrisa bobalicona en la boca. Cada vez que regresaban al poblado eran recibidos como dioses y él estaba feliz de que fuera así.

Giró a la derecha, distraído, y le pareció ver algo extraño a lo lejos.

—¿Qué...?

No terminó la pregunta y se quedó horrorizado al percatarse de lo que en realidad veía.

«Esta mujer no da otra cosa que problemas, ¿qué se supone que está haciendo?»

Se acercó y contempló la escena. Tiritaba de frío sobre el suelo.

¿Pretendía pasar allí la noche? No entendía absolutamente nada.

—¿Se puede saber qué está haciendo? ¿No iba a dormir con Luna Nueva? —la increpó con dureza.

Tyler suavizó el gesto y se arrodilló.

«¿Qué me he perdido?»

—Eso fue antes de hablar mal de Nicholas.

«Mujeres, ahora lo entiendo».

—Va a enfermar si sigue ahí, ¿es que no lo ve? Se le podría haber ocurrido pedir ayuda.

La mirada de la muchacha le llegó al corazón.

—¿A quién?

¡Diablos! La respuesta lo avergonzó. Ciertamente que era una mujer especializada en sacar de sus casillas a su jefe... solo que debía de reconocer que, igualmente, era cierto que él se había limitado a olvidarse de ella debido a la guerra declarada entre ellos. Una guerra que parecía no tener fin.

—Levántese y venga conmigo, *milady*.

Tyler le tendió la mano y ella la aceptó. Estaba muerta de frío.

—En cuanto se entere de lo que ha pasado va a entrar en cólera.

—¿Quién? —preguntó siguiéndole los pasos a duras penas.

—Ya debería saberlo —gruñó serio.

Miró hacia atrás y volvió a gruñir.

—¿No puede ir un poco más aprisa?

Zoe agachó la cabeza.

—¿No me ha oído?

Algo andaba mal, ¿qué le pasaba?

—Me duelen tanto los pies que no puedo andar.

Así que era eso, resopló impaciente.

—No se preocupe, la ayudaré —dicho esto se acercó y, antes de cogerla, le previno—: Con permiso.

La cargó en brazos y apresuró el paso. Sus temblores eran escalofriantes.

—¿Dónde me lleva?

—Al único lugar en el que estará bien hasta que se aclare lo que sea que le dijo a Luna Nueva.

El cuerpo menudo se tensionó.

—¿No me lleva con ella?

—No. No sería buena idea.

—¿Entonces...?

No contestó. Paró frente a un lugar en concreto y la bajó.

—Espere un momento.

Tyler abrió la piel, miró en el interior y rezó una plegaria antes de coger a la muchacha de la mano y tirar de ella para que entrara.

—¿Te has divertido?

Escuchó la voz conocida.

—¡Ejem! Nick, he traído compañía.

El aludido frunció el ceño.

—¿Cómo que has traído compañía? Sabes que está prohibido...

Las palabras se las llevó el viento en el instante en que Tyler se apartó a un lado para que viese a quién se refería.

—¿Qué hace aquí? —preguntó dirigiéndole una mirada fría.

Tyler no se inmutó.

—Acércate y lo sabrás.

No. No quería acercarse a esa mujer. Lo que quería era que desapareciera de su vista.

—No has contestado a mi pregunta —anunció en un tono que le hizo enmudecer—. No quiero hablar con ella, ni siquiera voy a dirigirme a ella.

Sentenció molesto.

—Pues entonces tú me dirás qué hacemos. Mírala bien. No ha venido por voluntad propia —se atrevió a decirle—. Y eso es asunto tuyo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —alzó la voz, iracundo.

Entonces avanzó hacia su lacayo y se quedó petrificado.

El estado de la pobre muchacha era lamentable.

—Yo ya he hecho lo que correspondía —añadió Tyler incómodo.

Deseaba marcharse y que se mataran si era preciso. No le importaba y, simplemente, dio media vuelta. Ya encontraría a alguien que le hiciera un hueco, porque ni muerto iba a quedarse entre los dos.

Salió y los dejó solos entre el único ruido del crepitar de las llamas, a la vez que la cólera de él se esfumaba como la espuma. En su lugar mostró una cara de confusión y avanzó un paso, observando los detalles que tenía a su alcance.

Labios cenicientos.

Vestido manchado de barro.

Cabellos despeinados.

Temblor que la sacudía.

Y lo que le dejó por entero preocupado, el afán de la muchacha en mantener la vista clavada en el suelo... Entonces, una idea terrible se hizo paso por la atormentada mente del caballero.

¿Habría sido Trueno Veloz capaz de forzarla?

Dio otro paso y se situó frente a ella olvidándose del malestar que quedó atrás.

—¿Está bien? —pronunció con unos ojos que ocultaban sus verdaderos sentimientos.

Zoe asintió.

—¿Me queréis decir qué ha sucedido para tener este aspecto? —le preguntó tratando de conservar la calma, resultándole casi imposible, y afanado en no mostrar la ira que corría por sus venas, nublandole la razón, hasta el extremo de estar dispuesto a cualquier locura si se había atrevido a tocarla.

—Tyler me encontró durmiendo sobre el suelo —murmuró incómoda.

—¿Cómo?

Ahora sí que se perdió. ¿Qué hacía durmiendo en el suelo?

—¿Alguien le ha hecho daño?

Zoe no entendió la pregunta.

—¿A qué se refiere?

«Por fin me mira».

—Quiero decir si algún hombre del poblado se ha sobrepasado con vos.

Zoe volvió a bajar la mirada. Algo que no le sirvió porque él vio cómo se ruborizaba.

—Necesito saberlo —se atrevió a decir—. En el caso de que haya sido así debo actuar.

A ella le sorprendió tal revelación. ¿Acaso le importaba como para interceder a su favor?

«Bufff, pues cuando se entere que, si estoy así, es por hablar mal de él...»

—Nadie me ha hecho daño, de esa manera.

Nick respiró aliviado. Menudo peso que se había quitado de encima.

—¿Y por qué sigue temblando?

Era obvio, ¿es que no lo veía?

—Tengo mucho frío.

¿Solo se trataba de eso? Y en un arrebato se dejó llevar atreviéndose a tocar su mejilla.

—¡Diablos! —exclamó alarmado—. ¿Por qué no lo ha dicho en cuanto ha llegado? Acérquese al fuego.

No fue una petición.

De pronto se vio arrastrada y siendo obligada a sentarse, mientras Nick cogía varias pieles y la tapaba preocupado.

Zoe no pudo evitar sentirse una traidora después de ser acogida y cuidada por la persona que no debía. No cuando, con toda probabilidad, se merecía lo que ella solita se buscó.

—Nicholas, yo...

Ni siquiera la escuchó.

—Prepararé algo fuerte que la ayude a entrar en calor.

Verle trajinar así de rápido a ella le sirvió para que su malestar se agrandara.

¿Cómo era posible que hacía un rato diera a entender que no quería saber nada de ella y ahora en cambio se preocupara de su estado hasta la extenuación? Un detalle que le servía como arma arrojadiza en su contra.

—Nicholas —volvió a llamarlo. Tenía la obligación de ser honesta y decirle la verdad—. Hay algo que debo contarle.

Miedo le daba.

Echó en una taza café caliente y le añadió un buen chorro de ron. Solo entonces se acercó.

—Tome.

—Pero yo...

—Beba. Después hable —ordenó sin opción a réplica.

A esas alturas de sobra sabía que no le iba a gustar lo que tuviera que decirle, así que podría esperar.

—¿Qué le ha echado al café? Sabe horrible.

—Siga bebiendo y deje de hablar, ¿podrá hacerlo? —la regañó—. Y ahora quítese los botines.

—¿Para qué?

—Quiero comprobar algo.

Zoe dejó la taza y obedeció. La verdad era que se moría por acercar los pies al fuego, aunque no se atrevía a decirlo.

—Bien, ni se le ocurra protestar.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Rápidamente lo supo.

—¿Qué hace?

Y es que fue tocarla y apartarse.

—Tiene los pies helados y hasta que no entren en calor seguirá con ese frío insoportable —informó enfrentándose a sus ojos peleones—. Haga el favor de relajarse y déjeme hacer a mí.

—Pero...

—Zoe, ¿quieres cerrar la boca por una vez? —la tuteó enfadado—. Mi propósito es ayudarte, ¿no lo ves?

La testaruda mujer se dio cuenta de que no se refería, únicamente, a ese momento, sino a los encuentros anteriores. Y se relajó rompiendo una lanza a su favor.

—Ha vuelto a hacerlo —fue su respuesta.

—¿Hacer el qué?

—Tutearme y llamarme por mi nombre.

Nick sonrió.

—Me gusta hacerlo —confesó. A continuación, se arrodilló sobre el suelo y cogió sus pies envolviéndolos con sus manos calientes—. Anda, bebe y cierra los ojos. No tardarás en entrar en calor.

El reconfortante calor de sus manos pudo con las ganas de seguir protestando.

¡No en ese momento!

Se olvidó de la indecorosa escena y se dejó llevar por el líquido que bebía y que le calentaba la garganta... y el alma.

Se encontraba en la gloria.

Nick relajó el semblante al darse cuenta de su rendición y continuó masajeando sus pies. Disfrutaba haciéndolo y se mentía en lo referente a que solo se preocupaba porque entrase en calor. Se negaba el placer que le producía acariciarla y sobre todo se negaba a que su mente hiciera de las suyas.

Es por ello que, cuando pensó en lo dispuesto que se hallaba a subir por sus tobillos, dejó de tocarla.

—¿Mejor?

Zoe abrió los ojos insatisfecha. Quería que siguiera.

«Por el amor de Dios, ¿qué estoy pensando?», y se volvió a ruborizar. Definitivamente lo que fuera que echó en el café conseguía nublarle la razón.

—Sí, gracias.

Nick la miró detenidamente, y al percatarse de su turbación sintió una debilidad que nunca antes tuvo.

¡Quería besarla!

Se apartó con excesiva rapidez. Él estaba comprometido y, en el caso de no estarlo, aquella mujer de lengua viperina y carácter terrible sería la última en la que se fijaría.

¿Qué hacía entonces fantaseando con masajearle los tobillos y con besar unos labios en los que no podía dejar de pensar?

Si hasta quería que continuara temblando y así tener la excusa de seguir tocándola...

«Contrólate, Nicholas Hawkins, recuerda cada frase malsonante que te ha dedicado. Nada más».

—Bueno —dijo recobrando la objetividad—, ¿qué ha sucedido para que Tyler la encontrara así?

A Zoe le molestó que volviera a dirigirse a ella con el formalismo acostumbrado.

—Si quiere puede seguir haciéndolo —soltó de improviso.

Temía que el acercamiento se esfumara en el instante en el que le contara la verdad.

—¿Hacer el qué? —preguntó sin entenderla. Se sirvió otro café para acompañarla y se sentó.

—Tutearme.

Un escalofrío de alarma invadió el cuerpo de Nick.

—Lo haré siempre que tú hagas lo mismo conmigo.

Zoe bajó el mentón.

—No sé si podré hacerlo.

—Claro que puedes. Lo primero que te ha dicho Luna Nueva es que si tratas con formalismos a la tribu se ofenden. Si te resulta más fácil, considérame uno de ellos y ya está.

—Puedo intentarlo —susurró con dificultad. La verdad era que mantenerle la mirada resultaba bastante más difícil de lo que recordaba, aunque claro, nunca antes se mostraron en un tono conciliador. Un tono al que ninguno de los dos parecía acostumbrado.

—Me parece bien. Y después de esto, dime lo que quiero saber.

—¿Aunque te enfades?

Nick se movió inquieto y se planteó, demasiado tarde, que quizás no era buena la idea de que le hablase con esa cercanía.

¡Le gustaba en extremo!

—Aunque me enfade —aseveró convencido.

Zoe apuró el café, en busca de un poco de ayuda, y parloteó:

—Luna Nueva me dijo que no sería bien recibida en su tienda. No después de lo que dije.

Él torció el gesto. Aun así, decidió permanecer callado.

—Después de nuestro encontronazo no pude evitar decir lo que parece un grave pecado.

El rictus serio del hombre a Zoe le traspasó los sentidos.

¿Sería capaz de echarla incluso él?

—Verás, yo...

Nick se volvió y la miró con atención.

—¿Sí?

Respiró angustiada y aseguró:

—Le dije que eras un hombre engreído y sin escrúpulos —añadió atropelladamente.

«Hala, ya lo he dicho».

Lo que no sabía era lo mucho que le iba a afectar su reacción, contemplando cómo saltaba para acercarse hasta la botella de ron.

—Esto es intolerable —gruñó para sí mismo.

Zoe se levantó y siguió sus pasos. Le debía una disculpa. Era lo menos que podía hacer.

—Nicholas.

Él se giró para mirarla.

—Lo siento. No debí decir eso de ti, es que...

«No me lo puedo creer, ¿se está disculpando?»

¡Eso sí que era una novedad!

—Continúa.

Zoe no pudo hacerlo y se limitó a mirar aquellos ojos y aquel rostro que parecían diferentes.

Nada de burlas...

Nada de bromas...

Nada de distancia entre ellos...

La muchacha entonces se mordió el labio, nerviosa. La intensidad de aquellos ojos la abrumaba.

—No hagas eso —dijo él de pronto en un tono ronco.

Ella no le entendió.

—¿Qué no haga qué?

Sin saber cómo ni de qué manera, de repente se vio entre sus brazos.

—No vuelvas a morderte el labio. Me pones nervioso —le aseguró a modo de aviso perdiendo cualquier tipo de razonamiento.

—¿Nervioso? —preguntó sin asustarse mientras tragaba con dificultad.

Estar sujeta por sus brazos no la incomodaba en absoluto. Es más, le gustaba a pesar de no controlar el temblor en sus rodillas. Y esta vez no era de frío.

—Muy nervioso, Zoe. Y eso no te conviene —añadió tras notar la reacción de su cuerpo.

«Maldición».

—¿Por qué no me conviene? —logró preguntar completamente turbada.

—Oh, Dios, no me lo pongas más difícil.

La soltó con gran rapidez. Un hecho que a ella no le gustó.

—¿He hecho algo malo? Pareces enfadado y no precisamente por lo que dije de ti.

—No. Tú no has hecho nada malo. Anda, acuéstate en el lecho de Tyler. Es tarde —declaró serio, interponiendo una distancia necesaria.

Zoe supo que no iba a hablar de lo que allí acababa de suceder y no insistió.

—No podemos dormir bajo el mismo techo —protestó insegura.

—Ah, ¿no? Después de cómo has venido no creo que quieras salir ahí fuera. Además, no sería la primera vez que dormimos juntos, ¿verdad? Buenas noches.

De seguido Nick fue hasta sus pieles y se acostó vestido. Le urgía dormir y olvidarse de lo que esa mujer logró despertar en él.

La noche resultó en exceso larga para cada uno de ellos, y, cuando ya amanecía, Nick tomó una decisión.

## CAPÍTULO XIV

Despertó sobresaltada y recordó lo sucedido la noche anterior. ¿De verdad estuvo entre sus brazos? La sensación de calor al pensarlo provocó que se ruborizara. Se incorporó y lo buscó con la mirada. Al no encontrarle suspiró aliviada. No estaba preparada para entablar conversación alguna con él, menos tras la sutileza y el empeño en que cogiera temperatura para que estuviese cómoda.

¿Quizás por ello actuó así?

Se levantó somnolienta y se acercó al fuego. Necesitaba un café para despejarse.

Un café...

Ropa de cambio...

Algo para asearse...

Y un lugar en el que acomodarse...

No podía continuar bajo el mismo techo que él. Primero por indecoroso, y segundo porque a Nick parecía no agraderle tenerla allí.

¿Por qué si no después de tenerla entre sus brazos la apartó sin contemplaciones?

No entendió su reacción y tampoco le gustó la manera violenta de alejarse. Aunque supusiera aceptar que su cercanía fue bastante agradable.

«¿Qué estoy diciendo? El brebaje que me dio tiene la culpa».

El ruido de la piel al abrirse la sacó de su ensoñación, y se volvió inquieta al intuir que era él.

No fue así.

—Buenos días, Zoe.

La saludó la persona que menos esperaba.

—Buenos días, Luna Nueva. Me alegra que hayas venido —contestó en un tono conciliador.

—No me malinterpretes. Si estoy aquí es porque Nick me lo ha pedido —la cortó seria.

La sonrisa de Zoe desapareció.

—¿Y qué te ha pedido con exactitud? —Vista su actitud lo mejor era enterarse de su futuro inmediato, y pasaba por lo que él dijera. Así que añadió otra pregunta a las que ya tenía.

¿Cómo es posible que la hija del jefe de la tribu le obedezca, cuando no está conforme y no quiere ni verme?

La oportunidad de saberlo la tenía ahí, justo enfrente, y si era lista debería jugar sus cartas.

—Luna Nueva.

—¿Sí?

—Estoy preparando café, ¿serías tan amable de acompañarme? Así podrás aclararme lo que sea que te haya pedido.

La indecisión en su cara a Zoe le sirvió. Dudaba, lo que significaba que no lo tenía todo perdido.

Volvió a insistir:

—Por favor, tomemos un café juntas —la invitó acercándose—. Te ruego que me expliques lo que yo no soy capaz de ver. ¿Quieres ayudarme?

La contestación no fue la esperada.

—Ni siquiera sabes la suerte que tienes, y eso me molesta muchísimo.



—No entiendo lo que me dices.

—Claro que no lo entiendes —la enfrentó—. Eres tan cabezota que no sabes mirar más allá de tus narices, y te aseguro que esa rabia que tienes va dirigida a la persona equivocada.

Zoe pensó en su respuesta.

—Está bien. Te estoy pidiendo ayuda. No, te la estoy suplicando. Así que, Luna Nueva, ¿serías tan amable de olvidar lo que dije anoche y empezar desde el principio? La impresión que me diste es que era bien recibida, ¿me equivoco?

—No. No te equivocas. Para mí era un pasatiempo divertido.

Zoe se molestó.

—¿Un pasatiempo? ¿Eso es lo que soy para ti? Perdóname, llegué a notar lo contenta que estabas por mi compañía.

Luna Nueva dudó un momento.

—Bueno, puede que no sea verdad lo que digo. He de reconocer que cuando alguien dice algo malo de Nick monto en cólera.

—Créeme, me he dado cuenta.

Luna Nueva respondió con una pequeña sonrisa. Sin duda un avance a que hicieran las paces.

—Acepto ese café.

Zoe dio palmas de alegría y se abalanzó sobre ella. Le dio un fuerte abrazo y, aunque a la otra parte le sorprendió, correspondió a esa inusual muestra de afecto lo mejor que pudo.

—¿Siempre eres así de cariñosa con las personas desconocidas?

—No —negó con un nudo en la garganta—, pero después del infierno por el que estamos pasando necesito estar arropada. Y, ¿sabes qué? Que, aunque me consideres la peor persona, sé que tienes un corazón enorme y que me ayudarás a pesar de todo.

—¿Tratas de ablandarme?

—No.

—Pues lo has conseguido, Cabellos Rojizos.

Ambas se fundieron en otro abrazo que dio por finalizado cualquier malentendido.

—Tomemos ese café y hablemos. Te contaré lo que quieres saber, siempre que tú me cuentes ese infierno al que te has referido.

—Lo haré. Confío en ti y necesito desahogarme con una mujer.

La charla que se mantuvo en la tienda de Nick se alargó durante la mañana entera. La primera en tomar la palabra fue Zoe y así fue cómo la otra parte se enteró de la desgracia familiar y del desamparo de los dos al quedarse solos. Además de los macabros deseos de un hombre sin escrúpulos y, por supuesto, de aquel viaje en busca de una esperanza. No se calló nada. Tampoco cómo conoció a Nicholas y las vivencias con él. Nada de nada.

Luna Nueva se limpió las lágrimas en la manga de su casaca y se levantó después de escuchar su historia.

—Prepararé otro café y añadiré algo fuerte. Las dos lo necesitamos.

E igual que Nick la noche anterior, echó café caliente en dos tazas y añadió un buen chorro de ron.

—Toma. Me toca a mí, ¿por dónde quieres que empiece?

Habló y contestó a las preguntas que Zoe le fue haciendo.

Por lo visto aquella gente tenía enemigos. Tribus que, de vez en cuando, trataban de asaltarles en busca de hacerse con el territorio en el que se asentaban (en otoño e invierno) y que, dada la cercanía del río y la llanura escasa, facilitaba el riego de la tierra que empleaban para alimentarse. Lo sabían y por ese motivo la prioridad de Trueno Veloz era mantener la vigilancia

sobre el poblado. Nada era tan importante como asegurar la tranquilidad de su tribu. ¡Nada!

Un día la guerra entre ellos propició que todo cambiara, y ahí es donde entró la parte del por qué trataban a Nick como uno más... Escuchó el relato estremecida:

—Era un día como otro cualquiera. La carne escaseaba y los hombres decidieron salir a cazar. Ellos se iban turnando y les tocaba marchar a los que la anterior vez se quedaron vigilando. Entre ellos Sol Radiante.

—¿Sol Radiante? ¿Quién es Sol Radiante? —dudó Zoe, pues no se acordaba que se hubiese presentado.

—Era mi hermano.

Los ojos se le empañaron al recordarle. Le echaba terriblemente de menos.

—¿Era? —se atrevió a preguntar, sintiéndose una intrusa y percatándose del terrible dolor que la assolaba.

—Cuando sucedió —continuó a medida que recordaba el terrible día—, el chamán tuvo un fuerte dolor en el pecho y nos hizo partícipe de su visión, en la que supo que no todos lo que se habían marchado volverían. Y él nunca se equivoca. Cuando volvieron faltaban mi padre y mi hermano.

—Pero tu padre sobrevivió —la interrumpió mientras la cogía de las manos.

—Sí. —Alzó la mirada y el dolor traspasó sus sentidos—. ¿Y sabes quién fue el que le hizo sobrevivir?

—No.

—Nick. Él le salvó.

—¿Nick?

¡Vaya!

—Lo que mi padre nos contó fue que les tendieron una emboscada. Les superaban en número y lucharon cuerpo a cuerpo, solo que los otros tenían ventaja. El primero en caer fue mi hermano y los muy canallas querían llevárselo como trofeo. Buscaban la excusa para intercambiarlo por los terrenos en los que estábamos asentados, y ahí, Pluma Dorada, sacó la furia de padre y dio la orden al resto de los hombres para que regresaran cuanto antes y así pudieran proteger el poblado. A la vista estaba que iban a por más guerreros con la intención de jugar la baza de mi hermano. Lo que no sabían era que mi padre tenía la intención de seguirles. Haría cuanto estuviese en sus manos para proteger a su primogénito. Lo que fuese.

—¿Y qué pasó? —preguntó sofocada.

—Nada resultó como debería haber sido. Nada.

La muchacha se quedó callada y con la mirada perdida.

¡Qué daño le causaba hablar de aquello!

—Mi padre los encontró varias millas al oeste. Los hijos de Satanás ni siquiera llegaron a su poblado. Decidieron acabar con mi hermano antes y le arrancaron la cabellera. Cuando mi padre llegó ya era tarde.

Un escalofrío de terror recorrió la espalda de Zoe. Y no supo cómo sacó fuerzas para seguir escuchando la historia trágica y triste que a Luna Nueva le costaba tanto contar.

—¿Y qué pasó con tu padre? ¿Por qué a él no le mataron?

—Lo intentaron y no pudieron. —Volvió a sumergirse en la historia—. Mi padre galopaba todo lo rápido que podía cuando se dio de bruces con la espantosa escena. Casi enloqueció y trató de acercarse al cuerpo inmóvil. No le dejaron.

—¿Cómo logró escapar?

—La casualidad y el destino quisieron que Nick los viera desde unas rocas en lo alto, y al ver

que lo único que aquel indio quería era acercarse hasta el cuerpo inerte, intuyó que no tardaría en correr su misma suerte. ¿Sabes qué hizo?

—Dímelo.

—Decidió intervenir en su favor, según él, porque no soporta las desigualdades. Sacó su rifle y comenzó a disparar. Uno a uno fueron cayendo y vio huir a uno de ellos cargando el cadáver de mi hermano. ¿Sabes que lo más duro que nos puede pasar es que no seamos enterrados bajo nuestro rito entre nuestra gente?

—Lo siento. Lo siento tanto...

—La historia no termina ahí, Cabellos Rojizos —añadió apretando sus manos—. Cuando el peligro pasó, Nick arriesgó su vida y bajó, porque mi padre yacía sobre el suelo. Tenía una flecha clavada en la espalda y sus movimientos eran muy lentos. Ninguno de los dos se entendía, claro está, y todavía hoy me pregunto qué pudo ver en sus ojos para actuar como lo hizo.

—¿Qué es lo que hizo?

—Montó en su caballo y fue en busca del maleante que se llevó a mi hermano.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose la mano a la boca.

—Y cuando ya no teníamos esperanzas de que regresaran llegó él, con un pañuelo blanco señalando que venía en son de paz, y con los cuerpos de ambos en el caballo. Él hizo el trayecto a pie, guiado por las indicaciones de mi padre a base de señas. Hasta que perdió el conocimiento y tuvo que guiarse por su intuición y por las pistas que dejaron los cascos de los caballos. Después de cumplir con la tarea que él mismo se impuso le llevamos a una de las tiendas. Durmió dos días seguidos del agotamiento que tenía encima. ¿Ahora entiendes que le tratemos en igualdad de condiciones? Nadie de nosotros entendía lo que había hecho y mi padre, al despertar, por quien primero preguntó fue por él. De esto ya ha pasado mucho tiempo y en el proceso todo ha cambiado. Nos ha enseñado su lengua, él ha aprendido la nuestra, pasa aquí largas temporadas cuando necesita huir de la vida que tiene en Londres...

—¿En Londres? —se precipitó Zoe.

—Sí, es de muy lejos, ¿verdad? Te diré que ese hombre al que maldices con tanta facilidad estará dispuesto a ayudarte en cuanto se lo digas. —Respiró hondo y continuó—: La vida desde que llegó ha cambiado. Nos ha surtido de armas para defendernos. Él lo ha cambiado todo y el único que sigue reacio a él es nuestro chamán. Aunque sé que es de apariencia, porque en cuanto se ausenta durante muchos meses es el primero que pregunta. Creo que ahora entenderás un poco mejor la historia que nos rodea. Mi padre siempre le agradecerá, no lo que hizo por él, sino por traernos el cuerpo de mi hermano. Por ello aquí se le respeta y por eso he vuelto esta mañana. Antes de marcharse me exigió que volviera a acogerte.

—¿Antes de marcharse? —preguntó Zoe dando un salto—. ¿Marcharse a dónde?

—Tranquila, no se ha ido y te ha dejado a nuestro cargo para siempre.

—¿Entonces?

—Se ha ido con los cazadores. Es tiempo de caza y ha decidido acompañarlos.

«¿Quizás para no estar conmigo?», pensó angustiada. Tuvo que reconocer que no estaba nada contenta con su marcha. Delatándose ella sola.

—¿Y cuándo regresará?

Luna Nueva la analizó y respondió:

—Por lo que conozco tardará lo suficiente hasta que Zac se recupere. Después os dejará donde él crea que sea seguro y volverá a su vida. Eso es lo que creo, porque no ha dicho nada a nadie y la verdad es que él no suele ir de caza. Prefiere aprovechar el tiempo y dedicarlo a ayudar a las madres y a los niños que todavía no saben leer y escribir.

Esa imagen hizo que Zoe sonriera. Aprovecharía los días que estuviera entre esa gente y de la misma manera, aportaría su granito de arena. Se lo debía a ellos, a Nicholas y a sí misma.

Comenzó a verle con ojos diferentes.

—Yo sé leer y escribir, puedo ayudar.

—¿Lo harías?

—Por supuesto. Asimismo, me gustaría conocer vuestras costumbres, ¿me ayudarás?

—Por supuesto, empezaremos por vestirme como nosotras y por trenzarte el pelo, ¿te parece?

—Me parece.

—Pues vámonos.

Ambas se cogieron de la mano y salieron al exterior.

## CAPÍTULO XV

Zoe terminó de trenzarse el pelo. Luego anudó la túnica y se dirigió a desayunar la leche recién ordeñada que hervía sobre el fuego. Añadió un poco de azúcar y lo llevó a la mesa. El lugar en el que Zac esperaba hambriento.

—Pareces una apache de verdad vestida así —bromeó.

Zoe sonrió.

—Igual que tú, hermanito.

Ambos vestían como tales y, además, comían, bebían y actuaban guiados por las costumbres de aquella gente que los acogió plenamente. Sin ningún tipo de reparo. Y, aunque la vida en el poblado no era fácil, no tardaron en adaptarse y era muy gratificante. La unión entre la tribu les convertía en una gran familia y como tal también se sentían parte de ella. Algo que necesitaban especialmente.

Desayunaron juntos, como cada día desde que Zac se empezara a encontrar mejor, terminaron y cada uno se fue a lo suyo. Zoe a desempeñar la tarea que le asignaron, y Zac a reunirse con los hombres por si servía de ayuda. La herida sanaba sin complicaciones y, aunque el chamán le dijo que no hiciera demasiada fuerza, él no podía quedarse cruzado de brazos. No cuando había tanto que hacer.

Arreglar alguna gotera...

Atender a los animales...

Regar las hortalizas y las frutas...

Contribuía en lo que podía, mientras que Zoe se ocupaba de ayudar a las mujeres del poblado a seguir con las clases de lectura y escritura, además de echar una mano a cualquiera que la necesitase.

Siempre permanecían dispuestos a colaborar y lo hacían con ilusión y ganas.

¿La recompensa?

Las miradas entusiasmadas de los pequeños...

La hospitalidad de las mujeres...

El respeto de los hombres, que incluso enseñaron a Zoe a disparar...

Eran conscientes de que su estancia allí sería limitada, solo que el hecho de ser respetados les servía para que, por un tiempo, dejaran atrás los terribles problemas que los acechaban y en cambio se dedicaban a dar y recibir lo que tanto añoraban.

¡Un poco de cariño!

Temían el día en el que partieran en busca de quien realmente les pudiera ayudar a regresar a la que siempre sería su casa, pero mientras ocurriera, seguirían disfrutando ávidos de aquella experiencia.

¿Quién lo iba a decir?

Los días pasaron y, a medida que lo hacían, Zoe vivió en primera persona lo que querían a Nicholas. Escuchó historias que compartían con él desde que entrara en sus vidas. Las palabras que le dirigían tanto mayores como pequeños le transmitían el verdadero sentimiento de la lealtad, la unión y el compromiso.

¿Quizás ella no encontró la manera de mirarlo con otros ojos? Las dudas comenzaban a

atravesar esa coraza que sola se empeñó en agrandar contra él, y ahora que no lo tenía cerca, lo único que sabía con certeza era que lo echaba de menos. Aunque, por supuesto, se empeñaba en mentirse a sí misma, buscando una explicación y haciéndose a la idea de que le juzgó mal desde el principio.

Por eso, y solo por eso, ansiaba volver a encontrarse con él, entendiendo que, aunque su comportamiento tampoco fue el adecuado, le debía una disculpa.

El remordimiento por cómo le habló en las escasas ocasiones en las que se cruzaron, la enfadaba. Al fin había descubierto que ese hombre tenía corazón y que, si no hubiese sido por su intervención, ni ella ni Zac habrían acabado nada bien.

Podía ser, si se lo proponía, un hombre arrogante y terco, pero cada vez que recordaba lo que en realidad hizo por ella la asolaba.

Sin él habría sido violada...

Sin él hubiesen matado a Zac...

Sin él simplemente no existirían...

Si aquella verdad era poca, debía de admitir que, encima, la respetó en todo momento, comportándose como un verdadero caballero, protegiéndola aun a riesgo de perder su vida.

¿Cómo fue tan desagradecida a cambio? Si hasta le calentó los pies con sus propias manos después de saber lo que sostuvo acerca de él...

Un calor repentino atravesó su cuerpo al recordar lo sucedido el último día que lo vio.

«Por Dios, ¿por qué tarda tanto en volver? Hasta que no me disculpe no me quedaré tranquila».

Después de una mañana bastante ajetreada, tanto los hermanos como Luna Nueva degustaron un succulento guiso de carne. En ello estaban cuando el sonido de los tambores se empezó a escuchar, entrelazándose con gritos de alegría y el corretear de los niños que pasaban por allí.

Zac y Zoe se miraron curiosos y se dieron cuenta de que Luna Nueva dejaba de comer y sonreía.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó, adivinando que era algo bueno.

Los gritos alegres de los niños así lo indicaban.

—Han vuelto.

A Zoe le dio un vuelco el corazón.

—¿Quiénes? —preguntó un Zac algo despistado.

—¿Quiénes van a ser? —Luna Nueva se levantó del suelo—. Nuestros hombres han vuelto.

Una simple frase y a Zoe le invadió un nerviosismo y una sensación bastante difícil de canalizar.

«Nuestros hombres», qué bien sonaba.

—Vamos, Zoe —apremió su amiga ilusionada—, vamos a su encuentro.

Zoe se levantó ansiosa y la siguió.

Ardía en deseo de verle y así tener la ocasión de disculparse, claro.

Las dos muchachas se cogieron de la mano y salieron, uniéndose a la multitud que bajaba en busca de los hombres que volvían tras varios días de ausencia. El entusiasmo y la alegría se sumaban a la escena, dando a la ocasión un aire festivo al tiempo que Zoe experimentaba las ganas de encontrarse con él.

«¿Cómo sería tras el cautivador abrazo?», se preguntó una mujer exaltada a la que le era imposible controlar los nervios.

Un enorme círculo, alrededor de los que dejaron sus monturas, dificultaba la visión, por lo que,

ni corta ni perezosa empezó a adentrarse, emocionada, para recibirle.

No le salió bien, de pronto chocó contra el torso desnudo de uno de ellos. Alzó la cabeza, desconcertada, y se quedó de piedra.

—Cabellos Rojizos —escuchó con sorna—. ¿Tanto me has echado en falta que te abalanzas sobre mí? —A continuación la miró con detenimiento y silbó—. Las trenzas y la túnica te hacen diferente. Me atraes más todavía.

A Zoe ni siquiera le dio tiempo a dar un paso atrás, antes de notar sus fuertes manos cogiéndola de la cintura, para aprisionarla descaradamente contra la dureza que se acababa de despertar; mostrando el deseo primitivo que despertaba en un bárbaro como él aquella peculiar muchacha de cabellos raros.

—Preciosa, te haré pasar un rato que tardarás en olvidar, ¿qué dices?

Zoe trató de interponer el brazo sobre su pecho y así apartarle, aunque era demasiado débil comparada con su fuerza. Por más que lo intentaba no le servía de nada.

—Por favor.

Trueno Veloz estalló en una carcajada al escucharla.

—No hace falta que supliques, bella mía.

—No... No... —quiso protestar.

—¡Anda, vámonos de aquí! Llevo varios días con ganas de hembra —se jactó—. Lo que no sabía era con la suerte que me iba a encontrar. ¡Vaya sorpresa!

La cogió de la mano y tiró impaciente. A lo que Zoe se resistió.

Otra vez no le sirvió de nada, en cuestión de segundos, terminó cargada como si fuese un saco de patatas, sobre el hombro fuerte y ancho del indio.

Las carcajadas de los presentes consiguieron alertar a Nick, el cual permanecía en un segundo lugar con el propósito de escabullirse antes de encontrarse con ella.

La brillante idea de alejarse con la excusa de cazar no le sirvió, sino todo lo contrario y debía admitirlo.

—¿Por qué se ríen? —se dirigió a uno de los hombres que tenía cerca.

—Es Trueno Veloz, ha cargado sobre los hombros a Cabellos Rojizos y se la lleva a su tienda.

—¿¿Qué?! —gritó confuso.

Rápido como un rayo se hizo paso hasta interponerse en su camino.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó exigiendo una explicación. Ella era responsabilidad suya.

El indio lo miró con reservas.

—Apártate de mi camino. Bien sabes lo que necesito ahora y ha sido ella la que me ha buscado. ¡Pero si hasta se ha abalanzado sobre mí!

¿Cómo? No podía ser.

—Déjame comprobarlo.

—No seas aguafiestas y apártate. No querrás que retocemos aquí, ¿no?

El plan no funcionó y se oyó de pronto la voz alarmada de Zoe.

—Bájame, bruto inmundo.

Trueno Veloz hizo una mueca frente a Nick.

—Ya la has oído, bájala.

Lo hizo.

—Zoe, ¿qué es...? —Y de repente la pregunta se quedó suspendida en el aire.

¡Acababa de verla!

Nick abrió los ojos sorprendido y recorrió el cuerpo de ella tomándose un tiempo que resultó un tanto comprometido.

Su pelo trenzado...

La prenda ajustándose a sus caderas...

«¿Es cierto lo que veo?», se preguntó un hombre al borde de su límite.

Y comprendió, demasiado tarde, que nunca debería haber regresado.

¿Qué iba a hacer con su vida? Porque fue verla y venirse abajo cada uno de los objetivos marcados con aquella salida.

¿Qué diablos le pasaba? Se recriminó ante la evidencia de que parecía alejarse sin remedio de la vida que le esperaba en Londres...

¡No! Debería centrarse en lo que de verdad importaba y él ¡¡¡estaba comprometido!!!

—¿De verdad quieres irte con él? —terminó preguntando en un deseo de acabar con aquello.

Zoe replicó.

—¡Por supuesto que no! —exclamó indignada—. He venido con Luna Nueva y de repente me he chocado contra él. Lo demás lo ha intuido él —aseguró con determinación.

—Ya decía yo —susurró Trueno Veloz enfadado—. Me voy, aquí pierdo el tiempo y no merece la pena.

Dio media vuelta y se marchó, mientras que Zoe reunía el coraje para decir:

—Me alegro de que hayas vuelto —confesó con timidez.

Nick se limitó a quedarse con un rictus serio que daba miedo.

Aun así, Zoe se aproximó un par de pasos y volvió a hablar.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas a cazar?

Él suspiró ruidosamente y calló. Tomó la única determinación válida en esos momentos.

¿Acaso no se daba cuenta de lo irresistible y hermosa que era?

¡Maldición!

—¿Y por qué iba a decírtelo? —la cortó con intención cambiando de táctica.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—¿Y por qué me lo parece? —le preguntó en tono decepcionado y triste.

—Mira, Zoe, no estoy enfadado contigo, simplemente no te debo ninguna explicación, ¿no crees?

La muchacha se quedó ojiplática.

—Lo sé, pero...

—Pero nada —la cortó crispado con el mundo entero—. Iré a preguntar por Zac y si está bien, muy pronto te librarás de mí. ¿No es eso lo que querías?

Ni siquiera pudo contestarle, pues acto seguido dio media vuelta y, al igual que Trueno Veloz, desapareció.

¿Por qué actuaba así? No entendía nada, y tampoco entendía el porqué de unas lágrimas amargas que inundaron su rostro.

Desde luego que se habría esperado cualquier reacción cuando se volvieran a encontrar, pero ¿esa?

Sin querer indagar en lo que en realidad sufría a causa de su comportamiento distante, se refugió en la que era su casa para así poder dejarse llevar por la amargura que la consumía.

No se vieron en toda la tarde.

Horas más tarde se volvía a respirar un aire especial pues la llegada de los cazadores siempre era recibida entre gritos de júbilo. Las piezas cazadas equivalían a carne para comer y pieles para



curtir, por ello, y dado que la noche además acompañaba, las mujeres decidieron agasajar a sus hombres con el ritual acostumbrado. Una bienvenida por todo lo alto igual que se hacía generación tras generación, empezando porque las hembras se vistieran con las prendas hechas a conciencia para la ocasión. De sobra era conocido que las posibilidades de engendrar un hijo se convertían en infinitas. El encuentro entre las parejas significaba prosperidad y la seguridad de que nueve meses después, un sinfín de chiquillos verían la luz tras la noche apasionada que les esperaba a los futuros padres.

El embrujo de la pasión llenaba cada rincón y se palpaba en el ambiente donde las mujeres de la tribu contribuían a que así fuera.

Comida...

Bebida...

Música...

Todo estaba orquestado bajo la batuta del deseo. Absolutamente todo...

—¿Y no puedo quedarme? —protestó Zoe incansable—. Estoy cansada y me gustaría dormir.

—¿Dormir, dices? —se burló su acompañante—. Esta noche es sagrada y nadie puede faltar.

Ven, te dejaré una de mis túnicas especiales.

—Luna Nueva... —volvió a protestar.

—No y no. La noche en la que vuelven los cazadores es mágica y no puedes perdértela.

—¿Qué? —preguntó alarmada.

Luna Nueva se rio.

—Ya te he dicho la finalidad de esta noche. Hay que recibir a nuestros hombres como se merecen. Vamos, levántate y ponte esto.

Una Zoe vencida no insistió más. Sabía que no le serviría de nada.

En el mismo claro que la vez anterior se distinguía una gran fogata. Sobre esta, los hombres de mediana edad daban vueltas a algunas de las piezas cazadas, asándose con lentitud mientras desprendían un olor celestial que abría el apetito y, alrededor:

Los niños corrían en torno al fuego...

Las mujeres dejaban sobre una piel las frutas en almíbar...

Los hombres preparaban una bebida que ardía...

Los tambores seguían con el retumbar hipnótico...

Zoe parpadeo dos veces seguidas y miró con atención cuanto la rodeaba. La sensación de encontrarse en un mundo mágico traspasó sus sentidos, y quiso retener la imagen para siempre. La felicidad y el entusiasmo de la tribu se magnificaba dando por asegurado que estaban donde querían estar.

¡Les envidió!

—¿Ves lo mismo que yo, Zac? —preguntó emocionada.

—Lo veo. Es digno de admirar.

—Me siento una privilegiada por estar aquí, ahora.

—No sabes cuánto te entiendo, Zoe —contestó distraído, percatándose de la linda muchacha que se había preocupado por él cuando yacía bajo los cuidados del chamán.

Sonrió y acudió a su encuentro después de darse cuenta de que le sonreía. Era el momento de conocerse sin nadie de por medio.

A Zoe no le importó quedarse sola. Lo que deseaba era permanecer allí mirando... observando... llenándose de la gente que tan bien le hacía tanto a ella como a su hermano.

Y en esas estaba cuando se quedó impactada.

¡Un grupo de guerreros avanzaba hasta el fuego!

El vello se le erizó de admiración. Aquellos guerreros iban vestidos como tal.

Taparrabos, torsos desnudos, pies descalzos, lanzas en las manos, coronas de plumas y las caras pintadas en tonos diferentes.

—¿Qué te parecen? —escuchó a su espalda.

Zoe se sobresaltó.

—¿Quiénes son?

Tener la cara completamente pintada de blanco o negro, sumado a la corona de plumas, y a estar semidesnudos, no ayudaba mucho a identificarlos, la verdad.

—¿No los reconoces?

—¿Debería hacerlo?

—Sí, sí que deberías. Fíjate bien en el que está en la esquina.

Zoe desvió la mirada. Se fijó en el ejemplar de hombre que Luna Nueva le había dicho, y se atragantó al darse cuenta de quién era el que se encontraba detrás de aquella rudimentaria vestimenta y, además, mirándola con ojos demoníacos.

—¡Por todos los Santos! —balbuceó acalorada.

—Es impresionante, ¿verdad?

¡Sí! ¡Sí que lo era!

—Te aseguro que no será la última sorpresa que te llesves hoy. Todavía queda lo mejor.

Lo dudaba. El poder hipnótico mezclado entre la música, el ambiente... y aquel cuerpo, a Zoe, la debilitó.

Supo, con certeza, que necesitaba acercarse. La magia de la noche se instaló en su interior y por primera vez reconoció que aquel hombre peligroso y misterioso le atraía.

¡Mucho, además!

—¿Estás bien?

La pregunta la devolvió a la realidad.

—¿Cómo?

—Chica, se ve a la legua que te gusta —casi la acusó.

—¿De qué estás hablando? —Trató de disimular desviando la atención.

—A mí no me engañas. Es normal que te guste. Es un hombre completo en todos los sentidos.

Por sus palabras, Zoe intuyó que a ella le dolía confesarse y quiso preguntar, recordando que la primera impresión que tuvo aquel primer día fue que Nick le gustaba.

—¿Estás enamorada de él?

Luna Nueva la miró a los ojos y le dijo:

—Lo estoy, aunque él nunca me desposará. Él siente que es uno más en la tribu cuando nos visita, pero tiene otro tipo de vida y compromisos, y eso, nadie puede cambiarlo.

El embrujo se esfumó después de escucharla.

—¿Qué tipo de compromisos? —no pudo evitar preguntar, expectante.

A lo que Luna Nueva simplemente aclaró:

—Cabellos Rojizos, eso es algo que tendrá que contarte él. Es su vida y yo no soy nadie para hacerlo.

—Está bien, capto tu negativa.

Luna Nueva rio.

—Pues entonces deja a un lado tu inquietud y vive el hoy —le aconsejó segura—. ¿No te has dado cuenta de lo mucho que atraes a los hombres jóvenes que no tienen pareja aparte de a mi

hermano? Disfruta, y cuando vuelvas a tu mundo los dioses dirán. No pierdas esta oportunidad, Zoe. Yo no lo haría de ser tú.

—¿Hablas en serio? —preguntó escandalizada.

—¿Acaso lo dudas? —volvió a reír—. Bueno, como hija del jefe me debo al ritual de bienvenida. Lo dicho, pásatelo bien.

Zoe se quedó con la boca abierta ante la sinceridad de su nueva amiga. Eso sí, un segundo después, y como si su cuerpo estuviese necesitado de él, volvió la atención hacia la única persona que en esos instantes le atraía.

¿Qué quién era? Pues aquel al que en más de una ocasión tildó de insoportable, terco, testarudo y un sinfín de calificativos nada agradables.

¿Cómo era posible que hubiese terminado así?

## CAPÍTULO XVI

El chamán cogió el bastón de mando y lo presionó con fuerza sobre el suelo. A continuación, un silencio digno de admirar se produjo a lo largo y ancho de la fogata que ardía, llena de júbilo, debido en parte a la grasa que iba cayendo de las piezas de carne.

Zoe se aproximó a los demás y escuchó sus palabras. Unas palabras que no entendió y que le impresionaron de igual forma que los gestos que hacía, expresando lo que a su parecer era una bienvenida especial.

Un nuevo golpe contra el suelo dio por finalizado el ritual y observó que la multitud se acercaba hambrienta para empezar a servirse.

La carne y la bebida abundaban por doquier para que unos y otros dieran buena cuenta del festín. Hacía varias semanas que no comían carne tan jugosa y los ánimos iban subiendo de igual forma que el brebaje de alcohol bajaba con rapidez.

Los primeros acercamientos no tararon en producirse y Zoe presenció el interés de alguna joven por Nicholas. Algo que le molestó y acrecentó su mal humor.

No entendía su proceder, menos cuando parecía querer impresionar, con aquellos músculos difíciles de no admirar, a toda la que se acercaba. Tuvo que contemplar cómo les sonreía, admitiendo que tenía ojos para cualquiera menos para ella. La ignoraba con deliberación y las veces que parecía buscarla era para fulminarla con unos ojos que le decían, claramente, que no la quería cerca.

¿Por qué entonces la estrechó entre sus brazos antes de marcharse?

La tristeza se instaló en su interior y se quedó un tanto apartada mientras que algunas de las jóvenes, que no querían perder el tiempo, bailaban alrededor del fuego seguidas de sus parejas.

—Cabellos Rojizos, ¿qué haces aquí sola?

Zoe se puso en estado de alerta en cuanto le escuchó. Con él siempre era así.

—Hola, Trueno Veloz, no te he sentido acercarte.

—Cuando quiero suelo ser muy silencioso —le respondió al mismo tiempo que observaba su cara triste—. ¿Por qué no te unes a la fiesta? No pareces la misma que cuando llegaste. Esa noche no paraste de bailar.

—No me apetece —se excusó—. Prefiero verlos disfrutar.

Y según lo dijo, torció el gesto al percatarse de las risas de Nick.

Trueno Veloz echó un vistazo general y se fijó en lo que a ella parecía disgustarle. Se extrañó del comportamiento de su amigo blanco.

«Qué raro, ¿qué hace tratando de seducir a las que no tienen pareja cuando, según él, no está interesado por ninguna que no sea su prometida?».

A escasos metros se cocía algo realmente extraño y él creyó saber a qué era debido.

¡O más bien a quién!

—Toma —le ofreció tendiendo la mano en la que llevaba un vaso humeante lleno del licor dulzón—. Esto te animará.

Zoe alzó el mentón desconfiada.

—¿Tratas de emborracharme para abusar de mí?

—No estaría mal, Cabellos Rojizos. No estaría nada mal. —Después alargó la mano que tenía

libre y acarició su larga trenza antes de sincerarse—: Esta noche estás especialmente bella. La túnica de mi hermana resalta tus atributos.

La muchacha dio un paso atrás ruborizada.

—No insistas en tu cortejo, Trueno Veloz.

Él se rio.

—Querida mía, no pretendo cortejarte, eso no va conmigo. Lo que trato es simplemente de llevarte a mi lecho para que ambos disfrutemos de un rato apasionado. —Dio un paso al frente y susurró—: ¿Qué dices? ¿O es que buscas a otro que te complazca?

Ella sola se delató y miró por encima de su hombro en la dirección en la que Nick se arrimaba demasiado a la que, según parecía, era la elegida para pasar la noche con él.

Trueno Veloz hizo una mueca.

—No sé lo que te traes entre manos, Cabellos Rojizos —la acusó con el semblante serio—, mi amigo no es el mismo.

—¿Cómo dices? —preguntó abriendo mucho los ojos y prestando toda su atención al ejemplar de hombre que tenía delante.

No tenía ni idea de a qué se refería.

—No me gusta lo que veo. Nick no es el mismo cuando te tiene cerca, ¿qué le has hecho?

Zoe se indignó.

—¿Que qué le he hecho? ¿Acaso no te has dado cuenta de que no quiere saber nada de mí? No se me ha acercado desde que volvisteis.

El indio no estuvo de acuerdo con su parecer y así lo manifestó:

—Si fuese verdad lo que dices, él habría retomado su viaje y te habría dejado abandonada a tu suerte. Si fuese eso verdad, no habría intervenido a tu favor cuando te llevaba a la fuerza. Y si eso fuera verdad, no estaría pendiente de mis movimientos, y te puedo asegurar que lo hace. No ha dejado de observarme desde que te he abordado y por lo que le conozco, no cejará en su empeño de protegerte de mis estratagemas para hacerte mía.

No pudo replicarle. Volvió a alzar el mentón y comprobó que decía la verdad.

Tuvo una idea.

—Acepto tu bebida. Me hará bien.

Cogió el vaso y se lo llevó a la boca.

—Esto está delicioso.

—Ten cuidado —le advirtió con una sonrisa burlona—. Debes beberlo despacio. El dulzor engaña y pega demasiado.

Ella se lamió los labios saboreando el caliente licor.

—Aunque quizás si repites tengas el valor de buscarme, ¿quién sabe?

—No voy a rendirme a tus encantos, ¿por qué insistes?

—Porque eres especial, y mi curiosidad crece si te imagino dentro de mi mente calenturienta.

Zoe bebió otro trago y se relajó. Sabía que mientras Nick los observara ella permanecería segura. Y la idea que tuvo se agrandó.

Probaría a ver si estaba en lo cierto, e incomprensiblemente, el rol entre ellos cambió.

—Debes de entrenar mucho para tener esos músculos, ¿no?

Trueno Veloz desconfió al escucharla.

—¿Ahora te importan mis músculos?

—No te hagas ilusiones, simplemente pretendo ser amable y entablar contigo una conversación. Se puede decir que ni tú ni yo hemos empezado con buen pie y esta noche podríamos acercar posturas, ¿qué te parece?

—¡Ja! No me fío de ti, mujer blanca, ¿qué pretendes?

—¿Mujer blanca? Me gustaba más Cabellos Rojizos —se burló tras ingerir otro trago del embriagador líquido, que le desataba la lengua más de lo acostumbrado.

—Bebe despacio —volvió a advertirle.

—¿Ahora te preocupas por mí? —habló con suavidad.

A continuación se acercó, y en un impulso, se atrevió a tocar el ancho de su brazo. Algo inaudito.

¿Qué es lo que hacía?

—No juegues conmigo, mujer. Como hombre que soy tengo mi contención y si sigues insinuándote ni Nick podrá detenerme.

—No me estoy insinuando. No sería capaz de hacerlo.

—Pues lo parece —desvió la atención y resopló—. Lo que faltaba.

—¿Qué pasa?

—Es tu protector. No se fía de mí.

—No te entiendo.

—Pues ahora lo harás.

Un segundo después lo hizo.

—Trueno Veloz, ¿otra vez haciendo de las tuyas?

—Esta vez te equivocas, hermano —aclaró envenenado—. No me gusta que me utilicen y es lo que tu querida amiga acaba de hacer.

«Me ha descubierto».

—¿Qué dices? —le increpó serio, sin prestar atención a quien no debía. Él simplemente velaba por la seguridad de una dama a su cargo, y de sobra conocía la perseverancia del joven indio. No cejaría en su empeño hasta que lograra su objetivo y no lo iba a consentir—. No hay que ser muy listo para saber qué es lo que pretendes, lo que no me esperaba son tus artimañas tratando de emborracharla.

Trueno Veloz dio un respingo. Luego resopló y se dio por vencido.

—Tú ganas, Cabellos Rojizos —habló en un tono seco y cortante—. Querías que viniera y aquí lo tienes. Espero que ahora que has conseguido llamar su atención te haga el caso que esperas. Me voy, no voy a seguir perdiendo el tiempo contigo. Si alguna vez cambias de opinión búscame —seguidamente dio media vuelta y los dejó a solas.

Zoe se quedó bloqueada tras el alegato. Había dado en el clavo y no podía sostenerle la mirada, sintiéndose avergonzada consigo misma.

Nick, en cambio, permaneció tieso como una vara esperando una explicación.

¡No llegó!

—¿Es cierto lo que he escuchado? —terminó preguntando en una acusación directa.

—Yo... —titubeó.

—Tú, ¿qué? —volvió a increparla furioso.

Zoe se quedó con la cabeza agachada y contempló el suelo.

—Al menos ten la valentía de fijarte en mis ojos, ¿es mucho pedir?

«Claro que lo es», pensó.

—Es que yo... —volvió a callar incapaz de actuar.

«Todo el rato esperando a hablarle y me quedo callada, ¿seré estúpida?»

Volvió a llevarse el vaso a los labios y echó otro sorbo, nerviosa.

—¿Necesitas beber para mirarme?

—No. No lo necesito.

Hablarle en aquel tono malhumorado a Zoe no le agradaba en absoluto.

—Entonces mírame y dime que Trueno Veloz está equivocado.

«Muy bien, quiere que le mire, ¿no? Pues eso haré».

Poco a poco fue alzando la vista y a medida que lo hacía su garganta iba secándose.

¡Por todos los Santos!

Lo primero que vio fueron sus pantorrillas desnudas y oscurecidas por el sol...

Los muslos bien torneados...

El taparrabos tapando lo justo...

Un vientre plano...

El pecho y los hombros de un auténtico guerrero...

Y un rostro pintado de negro que hacía que sus ojos cobraran especial relevancia.

Se le erizó el vello del cuerpo al completar la visión casi divina que se le ofrecía, y le costó mantenerse en pie ante el inesperado temblor en las rodillas.

—¿Contento? —Su voz sonó como un susurro casi inaudible cuando la intención no fue esa precisamente.

—Todavía no. No me has aclarado lo que quiero —exigió.

La voz de él tampoco tuvo la fuerza que quería transmitir porque, igual que ella, se quedó ensimismado con la cercana e increíble belleza de la menuda muchacha.

Piernas desnudas hasta la rodilla...

La prenda ajustándose a la curva de sus caderas...

Los turgentes pechos ocultos en la prenda estrecha...

La piel desnuda de uno de sus hombros...

Los cabellos trenzados...

El rubor en sus mejillas...

Y el lazo que sujetaba la túnica por la parte delantera y el cual se moría de ganas de desatar...

«Por mis muertos, ¿qué estoy pensando?»

—¿Y bien..., Zoe?

El nombre, en boca suya, sonó a una caricia.

—Trueno Veloz no te ha mentado —se atrevió finalmente a confesar.

—Ah, ¿no?

—No —negó compungida.

—¿Por qué?

Zoe no le entendió.

—¿Por qué, qué?

Cuanto más lo miraba más se ruborizaba. Gracias a que el licor que bebió le daba fuerzas y pudo seguir manteniéndose en pie. Toda una proeza, la verdad.

—Te pregunto qué te ha hecho pensar algo tan ridículo, ¿te sientes abandonada? —No fue ni de lejos lo que quiso decir, pero lo dijo.

Zoe entonces sopesó sus sentimientos encontrados, abrió la boca y soltó sin contención de ningún tipo.

—Sí, así lo siento. Desde que te fuiste los días se me han hecho demasiado largos. La sensación que me diste fue la de que estabas enfadado y hoy vuelves y veo una mayor distancia. No sé a qué será debida, en cambio me doy cuenta de lo mucho que pretendes agradar a las demás.

—Cogió aire, e incluso valor, y prosiguió—: Entiendo que tengas una mala opinión sobre mí. Lo merezco por mi comportamiento infantil, y por fin me he dado cuenta de lo mucho que has hecho por nosotros.

Paró, volvió a coger aire y continuó:

—Antes de tu partida no entendí cómo me pudiste estrechar entre tus brazos y en cambio, a continuación, apartarme como si tuviera el tifus. Y ahora vuelves y te empeñas en demostrarme que para ti no existo. De verdad que me gustaría entenderlo. —Bajó la mirada ante la posibilidad de que se echase a llorar y remató—: Y nada me gustaría más que saber quién eres con exactitud. Estoy confundida.

—¿Confundida dices? —logró decir después de escucharla, asimilando cada palabra dicha.

—Sí. —Volvió a sus ojos y se perdió en ellos—. ¿Eres el caballero que parece ser? ¿Eres un guerrero indio? ¿O eres un hombre con la necesidad de deshacerse de la carga que tú mismo te has impuesto con nosotros?

—Soy un poco de los tres.

Zoe retrocedió un paso lastimada tras la respuesta. Aunque claro, ¿qué se esperaba? No se conocían apenas y estaba en el perfecto derecho de librarse de ellos.

¿Por qué entonces le afectaba tanto su sinceridad?

—Entiendo —contestó la mujer dando otro paso hacia atrás.

Su cara no podía ocultar la tristeza que la embargaba, aun así, actuó con normalidad. O eso creyó.

—No te haré perder el tiempo, ve a reunirse con ellas. Te están esperando.

Un silencio tenso surgió de la nada mientras que Nick procuraba no actuar bajo las órdenes de lo que su cuerpo pedía, o más bien exigía, pero al verla darse la vuelta no la dejó. Alargó el brazo y la sujetó del hombro que tenía desnudo, descubriendo la calidez de la piel contra la yema de sus dedos a medida que tensionaba un cuerpo que perdía el control de manera alarmante.

—No me importan —sostuvo de pronto ante la necesidad de decírselo.

Zoe se vio envuelta, otra vez, en sentimientos encontrados.

—¿Cómo dices? —preguntó ocultando el malestar en cuanto dejó de tocarla.

—Ellas no me importan. Nunca lo han hecho. No sería capaz de que ningún hombre de la tribu se molestase conmigo a causa de una mujer. Es un tema sagrado.

Dentro de su corazón, Zoe experimentó un cierto alivio.

—No hace falta que me des una explicación. Tú mismo lo dijiste.

Nick le colocó la trenza por delante del pecho.

—Quiero hacerlo si te quedas tranquila. No me gusta verte triste.

¿Eso significaba que le importaba? Se encontraba hecha un mar de dudas sin motivo aparente, y le encantó aquel gesto desenfadado. Ahora bien, Zac ya se había curado y en cuestión de horas él les dejaría en un lugar seguro. Punto. No volverían a verse. Y aquella era la verdadera realidad, ¿qué hacía entonces fantaseando con quien no debía? Incomprensiblemente, fue cuando la disparatada idea de llevarse el mejor recuerdo de él se le pasó por la cabeza.

¡¡¡Definitivamente lo que fuera que llevaba la bebida ingerida debía de haberle nublado la razón!!!

—Gracias por tu preocupación, Nicholas.

Él cerró los ojos tras escuchar su nombre en boca de ella. Una auténtica delicia.

Y supo que, si permanecía allí solo un segundo más, cometería una locura que no se podía permitir.

—Necesito un trago —soltó de repente mediante un gruñido—. Vuelve a la fiesta y diviértete. Aprovecha lo que esta gente te ofrece, porque posiblemente será la única oportunidad que tengas de hacerlo.

Ella no se movió. ¡No pudo hacerlo! Y él la malinterpretó.



—Aunque si quieres quedarte aquí...

Ardía en deseos de hacerlo solo que con él. Su rostro así lo transmitía y Nick no era tonto.

—Tengo que irme —se apresuró a decir otra vez malhumorado—. Si me necesitas, búscame.

A Zoe no le quedó otra opción que observar la marcada espalda y los espléndidos glúteos al marcharse. Luego se volvió y lloró sin saber a ciencia cierta el motivo...

¿O sí lo sabía?

Los timbales comenzaron a sonar diferente y llamaron la atención de los presentes, Zac y Zoe incluidos.

—¿Qué pasa ahora?

—No lo sé. Acerquémonos.

Zoe supo desde el primer instante que la sorpresa a la que se refería Luna Nueva era esa. Admiró a los guerreros en torno a la hoguera bailando una danza que parecía sagrada. Los cuerpos sudorosos se movían al compás de la música y las féminas de alrededor admiraban cada músculo y cada paso sensual. Acercándose con sigilo como si esperasen algo.

¡En verdad aquello que hacían era digno de ver! Y claro, una Zoe melancólica no pudo fijarse en ningún otro que en él. Todavía tenía anclado el pesar de su nueva retirada. ¿De qué le sirvió que no le importasen las jóvenes que tenía a su alrededor? De nada. De absolutamente nada puesto que ella se hallaba en el mismo saco.

«Bufff, preferiría seguir odiándolo», se dijo contradiciéndose a sí misma.

Apartó los pensamientos negativos y se alegró la vista con el que últimamente se metía hasta en sus sueños... mientras que Nick hacía lo imposible para centrarse, únicamente, en seguir la danza que se sabía de memoria.

No lo conseguía. La confesión de Zoe debilitaba cada uno de sus sentidos y cada una de sus decisiones.

Si ella supiera lo inmersa que la tenía en su mente no se lo creería. Él que se conocía como un hombre serio. Él que se conocía por su pulcritud. Él que se conocía como un hombre de compromiso... y en ese instante el rostro de Clarice se hizo paso dentro de su mente atormentada. Entonces, el hombre serio, pulcro y comprometido, dudó, luego buscó a quien quería que le acompañara en el especial encuentro que sucedería a continuación y tomó una decisión.

¡Seguiría su instinto! ¿Qué podía pasar? Al fin y al cabo, allí era Trueno Blanco y estaba en el derecho de actuar como tal. Así que dejaría atrás su título nobiliario, y lo que se esperaba de un hombre como él, para en su lugar tratar de borrar una expresión triste en el rostro que a él también le perseguía. Un rostro que se le antojaba con demasiadas penurias, y ahora que sabía lo que en realidad pensaba, estaba en sus manos procurarle un poco de diversión y lo que parecía hacerle más falta: un poco de olvido.

Sabía cómo hacerlo y esa noche, precisamente esa noche, quería marcar el territorio.

Y fue lo que hizo.

## CAPÍTULO XVII

Uno a uno los guerreros alzaron la mirada y buscaron lo que querían. O, mejor dicho, a quién querían.

—¿Qué hacen? —le preguntó su hermano que por casualidad pasaba a su lado.

—Creo que Luna Nueva me habló sobre esto.

Zoe observó con atención y vio cómo, cada uno de ellos, se dirigía a una joven determinada, la cogía de la mano y la llevaba hasta el círculo en el que se produjo el baile para, a continuación, seguir la danza en pareja. Y claro, intuyó lo que significaba viniéndole a la cabeza las palabras de Luna Nueva acerca de los encuentros de esa noche... antes de que su corazón comenzase a latir con desenfreno.

«Oh, Dios»

¿La causa? Muy sencillo. Los ojos escrutadores de Nick daban a entender que, incluso él, acababa de elegir, fijándose en su figura imponente acercarse hasta... hasta...

«¿Es cierto lo que veo?», se preguntó una Zoe perpleja a la que de pronto le costaba el simple hecho de respirar.

—Hermanita, creo que nuestro guerrero salvador viene a por ti —habló Zac encantado.

—No digas bobadas —balbuceó nerviosa.

Incluso miró hacia atrás creyendo que se trataba de un error, pero no. Detrás de ella no se encontraba nadie y él seguía avanzando con el propósito firme reflejado en su cara.

—¿Bobadas, dices? No hay que ser muy listo para saber que tú eres la elegida —añadió como si nada—. Ahora solo falta que no lo echas a perder diciendo lo que no debes.

A continuación no se escuchó nada. Ninguna réplica, algo que a Zac le asombró.

—No me lo puedo creer. Ni siquiera me estás escuchando, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —preguntó distraída, sin ser capaz de apartar la mirada de unos ojos cautivadores que hablaban por sí solos.

—Nada. Solo decía que te diviertas.

Se alejó en busca de un poco de carne y volvió con su acompañante, mientras que ninguno de los dos, ni Zoe, ni Nick, eran conscientes de la expectación que acababan de generar.

El poblado entero los miraba por una única razón. Trueno Blanco nunca se había pronunciado acerca de la elección de ninguna de las hembras. Por ello, Tyler, Pluma Dorada y Trueno Veloz no creían lo que Nick parecía dispuesto a hacer. Lo observaron sin casi pestañear, bromeando entre ellos; al mismo tiempo que Nick llegaba a la altura de la muchacha, alargaba la mano y la dejaba suspendida en el aire a modo de invitación.

¿Aceptaría? No lo sabía, pero tenía claro que se quedaría en esa posición el tiempo que fuese necesario hasta conseguir su mano. Después ya vería.

—¿Zoe?

El rubor en las mejillas de la joven delataba su ánimo y lo que era evidente. Los nervios atenazaban su garganta hasta el extremo de dejarla sin palabras. Algo que, a Nick, le gustó demasiado. Darse cuenta del estado de vulnerabilidad, precisamente de ella, era como un regalo caído del cielo después de sufrir, en sus propias carnes, el carácter tozudo y parlanchín de una joven que parecía por completo distinta.

¿Tanto le afectó su marcha? Y decidió calmarla.

—Zoe, este ritual termina cuando el guerrero elige a la mujer con la que desea bailar.

El rubor se intensificó a través de la cara de Zoe en el instante en que escuchó la palabra deseo. Otra muestra que a él le sirvió para saber que estaba en lo cierto y que posiblemente no se equivocaba en lo referente a su virtud.

—Luna Nueva me habló de la finalidad de esta fiesta —se atrevió a confesar con pudor, observando su mano tendida.

Dudaba entre agarrarse a ella o salir corriendo. Los sentimientos que la acechaban eran contrarios a lo que en verdad su sentido común le aconsejaba. De ahí el nerviosismo que tenía, y de ahí, además, su indecisión.

Él entonces supo lo que realmente le hacía dudar y decidió intervenir con una pregunta bastante comprometida.

Ansiaba la respuesta que podría darle para saber qué paso dar a continuación. Tomó aire y la soltó de golpe.

—¿Confías en mí?

Zoe levantó el mentón, un tanto aturdida, y se perdió en la profundidad de sus ojos. Un hecho que no le costaba últimamente nada, debía de reconocer.

—Sí —afirmó convencida—. Confío en ti, Nick.

Un inmenso placer asoló al guerrero, al ser la primera vez que se dirigía a él usando el diminutivo con el que las personas más allegadas le llamaban.

¡Y eran muy pocas!

—Entonces coge mi mano. Si estás conmigo nadie te va a obligar a hacer nada que tú no quieras.

Zoe tembló emocionada tras escucharle.

A pesar de parecer un guerrero, en el fondo seguía siendo el caballero que la rescató en más de una ocasión. El arraigo a sus reglas de caballeridad acababa de quedar patentes y a ella le encantaba. Tenía la seguridad de que seguiría protegiéndola mientras estuviese a su lado.

¿Y en qué mejor compañía podría estar? No lo dudó. No tenía argumentos para hacerlo.

Alargó la mano hasta la suya y experimentó la cálida ilusión de tocarle, sintiendo que un simple contacto se convertía en un mundo de sensaciones que, inevitablemente, la llevaron hasta la noche en la que acabó entre sus brazos.

Un calor repentino la dejó sofocada.

—Bien, dime si prefieres unirse a la fiesta o por el contrario deseas una mayor intimidad.

Zoe no le entendió.

¿Qué quería decir con exactitud? Se preguntó, algo recelosa y desconfiada.

Tragó saliva y volvió a inclinar ligeramente el mentón hacia el suelo, procurando que no se diese cuenta de su trastorno.

«¿Por qué, de repente, se atreve a decir algo tan poco acertado? ¿Deseo?, ¿intimidad?», continuó pensando una apurada muchacha que no sabía dónde meterse, a la vez que el simple contacto de sus manos la emocionaba hasta límites insospechados.

—Tranquila —susurró Nick leyéndole el pensamiento—. No estoy insinuado lo que crees.

—Ah, ¿no? —balbuceó casi histérica.

—No. No me atrevería. Si te lo he dicho es por esto...

De pronto la sorprendió tirando de su mano, para que se girara, y pudiera ver lo que él quería mostrarle.

Zoe abrió los ojos como platos.

—¡Oh, Señor! —logró exclamar tras la conmoción.

Involuntariamente dio un paso hacia atrás y se apoyó sobre el pecho desnudo de él, puesto que toda su atención permanecía puesta en la danza de las parejas que se adivinaba como una escena llena de amor. Las miradas de cada uno de ellos hablaban por sí solas.

Nick cerró los ojos extasiado en cuanto sintió la cercanía, y hubiese vendido su alma al diablo, si hubiese sido preciso, a cambio de poder pasarle la mano libre alrededor de su cintura y estrecharla contra su cuerpo. Un cuerpo lleno de exigencias y que, a esas alturas, era incapaz de negar lo evidente.

¡La deseaba terriblemente!

Aun así, tuvo la contención y la sangre fría de no hacerlo, corría el riesgo de que se terminara asustando, y la confianza que tanto tardó en depositar sobre él podría hacerse añicos.

Mantuvo el tipo como pudo y trató de olvidarse de aquel contacto torturador y demoledor, aunque le resultase imposible.

—¿Entiendes el por qué te doy a elegir? —le expresó muy bajito al oído.

A Zoe se le erizó el vello de la nuca ante aquel susurro embriagador. Fue a raíz de él que se dio cuenta de que estaba apoyada sobre su pecho desnudo.

—¿Por qué estamos tan cerca? —logró decir con una voz inusualmente débil.

Él no dudó en aclarárselo.

—La impresión que te has llevado ha provocado que terminaras dando un paso hacia atrás.

—¿Eso he hecho? ¡Vaya! —exclamó apartándose de mala gana facilitando el que se dejaran de tocar.

Nick no estuvo de acuerdo y actuó con rapidez.

—Zoe —pronunció en tono serio y exigente.

—¿Sí?

—¡No vuelvas a alejarte! —sentenció con una voz ronca que ella ya conocía. Y volvió, una vez más, a la última noche que pasaron juntos cuando él le aconsejó que no se mordiera el labio.

Un cosquilleo en el estómago consiguió debilitarla.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes —aseguró buscándola—. Mira, voy a ser todo lo sincero que un hombre como yo puede serlo. ¿Te parece bien?

Ella se limitó a asentir. Lo único que podía hacer en esos instantes.

—Verás, esta noche es especial. Nunca antes he elegido a una mujer y, aunque sé que tú eres muy diferente, me gustaría vivirla a mi manera.

—¿A tu manera? —De forma involuntaria volvió a fijarse en las escenas de su alrededor.

¿Acaso le pedía que se dejara llevar como hacían las demás?

No tuvo que esperar para saberlo.

—Tan solo quiero estar a tu lado. Contigo.

La respuesta no pareció convencerla. Es por ello que preguntó:

—¿Y por qué te conformas cuando puedes tener a la que quieras?

Aquella fue una pregunta que tenía difícil respuesta. El propio Nick no quería ahondar en el verdadero motivo por el que se dejaba llevar.

—Porque a la que necesito es a ti.

Tales palabras a Zoe le acariciaron el alma y, cuando creyó que no la podría sorprender más, escuchó:

—¿Crees que mi respuesta compensa la poca atención que te he prestado desde que he vuelto?

Silencio. Zoe asimilaba cuanto ocurría. La dicha de sus actos hacia ella la encandilaban de tal

manera, que con una enorme facilidad se olvidó de la angustia que la asoló desde que regresó. Por ello le costaba una barbaridad controlar unas emociones que atenazaban su estado de ánimo, cuando lo que le apetecía era perderse con él.

—Entonces, ¿qué dices? —le susurró a escasos centímetros, presionándola, ejerciendo un trabajo de contención al que nunca, en su existencia, se había enfrentado hasta ahora—. ¿Aceptas mi compañía, Cabellos Rojizos?

Zoe sonrió con timidez, mientras que su corazón latía fuera de control, debido a cómo la acababa de llamar.

Le gustó que lo hiciera.

—Si no estás segura puedo convencerte... —terminó diciendo pasándole la yema de los dedos por su mejilla. La acarició con devoción y estrechó el cerco entre ellos—. Aunque te daré la oportunidad de rechazarme si tienes dudas. Estoy en tus manos.

«¿Dudas?, ¿qué dudas voy a tener si lo que anhelo es estar con él?».

—No quiero que me convenzas y no voy a rechazarte —se apresuró a decir nerviosa—. Quiero estar contigo, Trueno Blanco.

—Mmmm —murmuró con especial deleite—. Me gusta que me llames así. —Bajó la mano y buscó la suya, acariciándola con suavidad—. Así me hago a la idea de dónde estoy y de cómo puedo comportarme.

Zoe, esta vez, tampoco le entendió.

—¿A qué te refieres?

El guerrero pareció meditarlo un poco antes de añadir:

—Fuera del poblado me espera una vida por completo diferente, llena de responsabilidades y compromisos. Por ese motivo, cada vez que regreso de Londres, suelo refugiarme aquí. Necesito apartarme de tantas formalidades —se sinceró, no del todo.

Si había un momento para hablarle de Clarice era ese. En cambio, decidió no hacerlo.

¿Para qué estropear el tardío acercamiento cuando a la mañana siguiente la escoltaría hasta su destino y después no la volvería a ver?

No. No hablaría de lo que no le convenía, así que cambió al único tema que en verdad le interesaba.

—Zoe, ¿estás segura de lo que quieres?

No tuvo que pensar la respuesta.

—Lo estoy. Me has dado motivos suficientes para confiar en ti. Además, sé que esta será mi última noche aquí. El chamán me lo dijo y me gustaría compartirla contigo.

Nick tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no abrazarla. Se moría de ganas de hacerlo. En cambio, actuó como lo que en realidad era, y se limitó a darle un suave beso sobre la mano pequeña y temblorosa. Lo que fuera con tal de no asustarla.

—Entonces acompáñame a un lugar más discreto, ¿te parece?

—Por favor —suplicó—. Si continúo viendo este espectáculo de complicidad, al final me refugiaré en la tienda y no volveré a salir.

Las comisuras de la boca masculina se alargaron hacia arriba y mostraron una sonrisa atrevida.

—No puedo permitirlo, Cabellos Rojizos. Ya no.

Tiró de ella, sin soltarla, y se perdieron en el camino que los llevaría al río.

Era curioso. El entorno apacible que tenían a su alrededor les hacía partícipes de un mundo irreal. Tanto que a Zoe no le importaba estar a solas con un hombre semidesnudo, en mitad de la

noche, y a él no le importaba la vida planeada que le esperaba en Londres cuando, tras la temporada, tuviese que regresar.

En ese lugar, y en ese instante, solo existían ellos dos y la luz de la luna.

¡Lo demás sobraba!

—Me gusta venir aquí cuando anochece —afirmó Nick a medida que se sentaba sobre el suelo, después apoyó la espalda contra una roca—. La paz que siento es inmensa.

Zoe se percató de que cerraba los ojos. Su cara reflejaba lo a gusto que en verdad estaba.

—Tuviste mucha suerte de encontrarte con ellos, ¿verdad?

—Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —le tendió la mano y susurró—: Ven a mi lado, Cabellos Rojizos. Comparte conmigo este lugar fabuloso.

No lo dudó. Se sentó a su lado y se apoyó en la misma roca.

—¿Quién te ha contado mi historia?

—Fue Luna Nueva. El día que te marchaste a cazar tuvimos una charla.

—¿Una charla?

—Bueno, digamos que fue el día de las confesiones. Gracias a ellas empecé a verte de manera diferente.

—Ah, ¿sí? —Intencionadamente aprovechó para acercarse y sintió la maravillosa dicha de rozar sus piernas desnudas.

Un calambre cautivador atravesó a Zoe. Nunca, ningún hombre de bien, estuvo tan cerca.

—Sí —consiguió decir algo recuperada—. Al principio me dio mucha rabia que hablaran de ti como si fueras una especie de dios —admitió sincera—, y poco a poco fui dándome cuenta de que había sido bastante injusta contigo. Que te juzgué mal.

—¡Vaya! —exclamó Nick con una mueca divertida—. ¿Me quieres decir qué ha pasado con la muchacha testaruda, incorregible y malhablada que conocía?

—No te equivoques, sigo siendo la misma —rio—. Aunque he de reconocer que me equivoqué contigo. De no ser por ti ni siquiera sé dónde estaríamos...

El semblante de Nick se tensionó a consecuencia de sus palabras.

—Disculpas aceptadas —añadió bromeando.

Haría lo que fuera con tal de apartar la melancolía que quedó patente en sus palabras.

¡Lo que fuera!

—Anda, ven aquí y no te asustes.

—¿Por qué dices...?

No terminó la pregunta. La acababa de levantar, en volandas, para sentarla entre sus piernas.

—Relájate y apóyate sobre mí. Estarás más cómoda.

Un rubor intenso la sacudió, por fortuna no pudo verla. El detalle de dejarla de espaldas a él fue un auténtico alivio, y se acopló entre su pecho, lo que Nick aprovechó para poner la mano sobre su cintura.

—Mucho mejor, ¿no crees?

Zoe asintió. Lo único que pudo hacer, puesto que las sensaciones estaban a flor de piel.

—Ahora que estamos sincerándonos hay algo que quiero decirte. Mi manera de actuar el primer día que entré aquí, contigo, no estuvo nada bien, reconozco mi culpa. Por ello es justo que te pida disculpas, ¿las aceptas?

Zoe seguía sin poder hablar, menos desde que él se decidiera, con la otra mano, a jugar con el lazo encargado de dejar sus atributos a buen recaudo.

¿Cómo era posible que tuviera el poder de enloquecerla y cegarla por aquello que sentía y no entendía?

—Aunque claro —añadió jugando con deliberación, cual experto en los temas amorosos—, si te digo que tu comportamiento desde la primera vez que te vi, me tenía encolerizado, no te miento. Nunca ninguna dama consiguió lo que tú de forma fulminante. Te lo aseguro.

—¿De qué hablas? —logró preguntar con una voz que la delataba.

—Hablo de tus arrebatos. —Llevó la mano hasta su mentón. Lo cogió y empezó a tirar con suavidad—. Hablo de tus palabras malsonantes, hablo de tu actitud desafiante... —Y cuando el cuello de Zoe giró lo suficiente, se acercó a sus labios y susurró sobre ellos—. Y hablo de lo que ya no soy capaz de parar. Qué Dios se apiade de mí.

Un instante después la besó y degustó unos labios inexpertos que se adaptaban a los suyos sin objeciones.

Consiguieron ponerle al límite de la coherencia.

«¿Qué me está pasando? No puedo aprovecharme de una muchacha totalmente indefensa contra mis armas de seducción».

Se apartó con un terrible esfuerzo.

—Perdona, Zoe, deseaba besarte —se excusó avergonzado.

La apartó para poder levantarse y se quedó de pie, con la mirada fija en el agua. Le urgía poner distancia entre los dos o perdería la cabeza. Las ganas de hacerle el amor lo superaban, y debía continuar velando por ella.

¡Daba igual lo que le costara!

Lo que Nick no sabía, era la respuesta que Zoe iba a tener inmediatamente después de lo que acababa de suceder entre ellos. Una respuesta que no tardó en llegar y que comenzó en el instante en el que ella se levantó del suelo y se acercó por detrás con pasos dubitativos.

Él notó su presencia, en cambio no se movió. Si lo hacía perdería el control. Se mantuvo afanado en apartar, de su calenturienta mente, lo que bajo ningún concepto convenía.

Fue imposible. Menos cuando intuía que la tenía a escasos centímetros, lo que resultaba una auténtica tortura.

«Por Dios bendito, ¿qué está haciendo?», se preguntó alarmado y apretó la mandíbula en un estado de tensión absoluto.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro lastimero, mientras Zoe, desde atrás, se atrevía a pasarle la mano por el ancho de su espalda.

—Zoe, no debes hacer eso —le habló con voz ronca.

La chica volvió a ruborizarse.

—¿Por qué no debo hacerlo, Trueno Blanco?

La pregunta a Nick le pareció una provocación, y él se encontraba al límite de su contención.

—¿Te burlas de mí? —preguntó enojado mientras se daba la vuelta para enfrentarla.

—No se me ocurriría hacerlo —titubeó bajando la mano.

—¡Demonios! No me lo pongas aún más difícil de lo que me está resultando.

Ella no le entendió y se lo hizo saber.

—¿Difícil? ¿Por qué lo dices cuando acabas de besarme?

La inocencia que reflejaba su rostro la hacía tan adorable...

—Mi amor, no puedo aprovecharme de ti, no lo mereces y para respetarte debo mantener las distancias. Me gustas demasiado —le aclaró revelando una gran verdad.

A Zoe se le debilitaron las rodillas.

—Nick, yo...

—¡Shhh! —la calló acariciando una de sus sonrojadas mejillas—. Piensa bien lo que vas a decir y no sueltes lo primero que te viene a la cabeza.

—No tengo que pensar nada —alzó la mirada y le mostró sus ojos emocionados.

A él lo desarmó.

—Preciosa, ¿por qué lloras?

—Porque parece que sigues rehuyéndome —declaró entre sollozos.

—Debo hacerlo si no quiero hacerte un daño mayor.

—Te aseguro que el único daño que me haces es este precisamente. Quiero estar aquí, contigo, y quiero...

—Zoe, por favor —casi suplicó.

Ella lo ignoró.

—Acabas de besarme porque querías hacerlo, ¿verdad?

Trueno Blanco volvió a suspirar, con pesar, y contestó:

—Sí, pero ha sido antes de...

No le dejó terminar, y menos después de lo que estaba convencida de querer hacer.

—Entonces, ¿por qué no sigues haciéndolo?

Nick se quedó paralizado.

—No sabes lo que dices. Una mujer como tú...

De nuevo Zoe lo interrumpió.

—Una mujer como yo se siente viva cada vez que te tiene cerca, ¿te parece poco? Y quiero aprovechar la oportunidad que me ofrece este lugar.

—No sigas —imploró un hombre atormentado al borde de su límite.

—Voy a hacerlo, Trueno Blanco. —Alzó la mano, que le temblaba, y esta vez se atrevió a acariciar su pecho—. Mi decisión está tomada.

Una corriente eléctrica traspasó el muro de contención del hombre antes de escuchar:

—Quiero que termines el ritual... —Tragó saliva y añadió—: Conmigo.

El guerrero se quedó sin argumentos para debatir. De pronto dejaron de existir y simplemente actuó.

Bajó hasta sus labios, que lo esperaban ansiosos, y la besó con cuidado. En su cabeza continuaba presente el tipo de mujer que creía tener entre los brazos y sabía cómo actuar. Poco a poco profundizó el beso y se hizo paso con la lengua degustando su boca. A medida que lo hacía la sujetaba fuerte, de la cintura, y la estrechaba contra un cuerpo que ardía por ella. Llegó incluso a asustarse de lo mucho que la deseaba.

El cautivador beso se alargó en el tiempo mientras que Zoe aprendía deprisa, devolviéndoselo estremecida, a la vez que se desinhibía para entregarse a un hombre del que se terminó enamorando sin remedio.

—Debo hacerte una pregunta —le anunció Nick al fijarse en la delicadeza de sus labios hinchados que lo volvían loco.

—¿Sí?

—No has intimado con ningún hombre, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —susurró avergonzada.

—Sabía que no me confundía —contestó a sabiendas del arduo trabajo que tenía por delante—. ¿Estás asustada?

—Contigo, no.

—Me basta, pequeña. No debes estarlo, seré paciente y sabré estar a la altura. Es lo menos que puedo hacer por ti, Cabellos Rojizos.

No tardó en apoderarse, otra vez, de sus preciosos labios, solo que ahora lo hizo de manera ardiente. Dando un paso hacia adelante para que se fuera acostumbrando a lo que el deseo



consiguió despertar en su cuerpo.

Ella no se asustó. Todo lo contrario. Su mente divagaba al encuentro que se produciría, por tanto, a lo único que Zoe estaba, verdaderamente dispuesta, era a disfrutar de cada beso y de cada caricia del que había conseguido llegar a su corazón... Incluso se olvidó de que el tiempo los separaría para siempre en cuanto estuviesen en Sant-Louis.

Trueno Blanco llevó las manos a sus trenzas y quitó las tiras de cuero, ensimismado. Acto seguido se dispuso a deshacerlas, y dejó sus cabellos sueltos tal y como los imaginó en multitud de ocasiones. Bajó poco a poco e inhaló el perfume que desprendían.

¡Ese aroma lo llevó a algo parecido a la felicidad! Nunca, en su existencia, experimentó unos sentimientos tan profundos. Parecía que el deseo y la atracción hacia aquella chiquilla lo elevaban por encima de cualquier atisbo de coherencia.

Tanto que la locura se apoderó de él ya que no sucumbiría hasta hacerla suya. Saber que, además, le brindaba la posibilidad de ser el primero era, simplemente, un placer y una delicia.

—Me vuelven loco tus cabellos —le decía introduciendo los dedos por los mechones extasiado—, si fueras mía los llevarías así siempre.

—Ahora soy tuya.

—Mmmm, pequeña, toda tú me vuelves loco. No sé lo que me has hecho, he caído rendido a todos y cada uno de tus encantos y no sé si es bueno —se lamentó.

—No importa —le contestó convencida—, piensa en nosotros ahora, lo demás sobra.

—Eres adorable, bella mía.

Volvió a besarla y ya no pudo parar. Lo quería absolutamente todo de ella.

Bastante ansioso bajó las manos que se dirigieron al lugar en el que había estado pensando infinidad de veces durante el día. Los expertos dedos no tuvieron compasión y tiraron, facilitando que la prenda no tardara en abrirse, dejando a la vista un escote pronunciado.

Imaginar lo que ocultaba le hizo soltar un suspiro de lamentación.

«Demonios, parezco un crío asustado», se recriminó ante la evidencia de que parecía otro.

No llegaba a entender por qué se encontraba sumido en una maraña de nervios. Precisamente él estaba acostumbrado, antes de su compromiso, a conquistar a cualquier dama que se le antojara. Ni siquiera sería capaz de acordarse de muchas de ellas.

En cambio, ahí se encontraba, dejando que los sentimientos se apoderaran de su hombría e incluso de su coherencia. Se veía arrastrado a querer complacerla y mimarla como nunca antes lo hizo con ninguna. Zoe se había convertido en alguien especial y tampoco eso podía debatirlo.

—Estás preciosa. Tu cara dice tanto... Aunque pasen mil lunas nunca podré olvidar este momento, Cabellos Rojizos. Tu cara de niña buena me acompañará siempre.

—¿Ahora soy una niña buena?

—No por mucho tiempo —la avisó con una sonrisa juguetona.

Poco a poco deslizó la túnica y la prenda pareció cobrar vida, resbalando primero por su hombro, después se deslizó por sus pechos y finalmente por sus caderas. Terminó de caerse mientras mostraba el esplendor de su desnudez.

A Nick le pareció una visión divina.

—Eres perfecta, mi dulce Zoe —le decía ensimismado.

La luz que reflejaba la luna a Nick le permitió deleitarse con las vistas y aumentó el erotismo que flotaba en el ambiente.

Bajó con lentitud a su oído y le susurró:

—¿Sabes que aquí nunca he hecho el amor a ninguna mujer de la tribu? —A Zoe se le erizó hasta el último pelo y un calor sofocante la sacudió—. También es mi primera vez.

El comentario la derritió.

—Y ahora, pequeña, voy a mostrarte algo que no sabes.

Lo que se deslizó por su cuerpo fueron los dedos expertos de él, consiguiendo que se le acelerara el pulso y los latidos de su corazón. Sentirle sobre la piel desnuda se convertía en un pecado glorioso, aunque si creía que lo que le hacía no podría igualarse se equivocó.

—¡Nick! —se le escapó en el instante que llegó a sus pechos.

—Sé lo que te gusta, tus ojos me lo dicen —pronunció mediante una intensa mirada.

Los cubrió con ambas manos y de forma involuntaria se le escapó otro jadeo.

¿Cómo había vivido sin aquello? Era tan sumamente placentero, que llegaba a doler. Se sintió capaz de atreverse a acariciarle igual que hacía él, le pasó la suavidad de las yemas, de cada uno de sus dedos, por su torso fuerte y después por sus brazos anchos; para terminar bajando, con peligro, hacia la parte de la anatomía desconocida para la condición de una muchacha virgen, como era el caso.

Ante su indecisión, Nick la ayudó.

—No dudes, pequeña. Haz lo que deseas.

Zoe tragó y se dejó llevar, haciéndole caso.

La sorpresa que se llevó, a Nick le divirtió.

—Es demasiado grande.

—No. No lo es —la tranquilizó—. Estarás preparada para recibirme. Ven, te lo mostraré.

Cogió su mano y tiró de ella, de seguido se tumbó sobre el suelo y la sentó a horcajadas sobre él.

—No, quédate así —le pidió para que pudiera verla.

Zoe obedeció. No había hueco para la vergüenza y le resultaba increíble verle desde arriba.

Un gemido se hizo paso a través de la boca de Zoe en el instante en el que él se movió y acarició su parte más íntima, desatando el fuego que llevaba dentro.

—¡Oh, Nick!

Cada vez que se movía Zoe tocaba el cielo. El deseo se acrecentaba y la consumía. Comenzó a moverse, buscándole, lo que provocó en la otra parte un delirio agonizante.

—Mmmm, pequeña. No sabes lo que te deseo. Ven, ven a mí.

Con suavidad cambió la posición y se colocó encima con cuidado de no aplastarla.

—El ritual termina con la unión de los cuerpos —le explicó echando mano del taparrabos para quitárselo de un tirón—, que es lo que vamos a hacer.

Introdujo la rodilla entre sus piernas y las separó. El primer envite fue deliciosamente lento.

—Tu recibimiento me abrume —susurró extasiado, deslizándose un poco más—, eres perfecta.

El propósito del hombre pasaba por distraerla, a sabiendas de lo que venía, aunque le resultase una demoledora tortura. Afanado en demostrarse que él era especial y que, mientras la desvirgaba, su único propósito pasaba por darle un placer infinito para que recordara su primera vez como debía.

Como algo especial...

Como algo tierno...

Como algo imborrable...

Nick se quedó quieto un segundo, y atravesó la pequeña membrana con la que se topó a la vez que poseía su boca para seguir distrayéndola.

Lo consiguió y entonces, el guerrero con corazón de caballero le hizo el amor, dejándose el alma, hasta que la inexperta muchacha de cabellos raros dejó de serlo.

Se convirtió en magia y en una auténtica revelación, convirtiéndose en un encuentro que

estrechó los lazos íntimos entre un hombre y una mujer que estaban destinados a desviar sus caminos en apenas unas horas...

Las emociones vividas pudieron con Zoe, no conseguía mantener los ojos abiertos y se quedó dormida entre los brazos de su amante, un amante que la acunaba como si fuera una niña pequeña.

—Mi dulce Zoe, te llevaré a mi lecho para que descanses. Mañana nos espera un día duro y complicado.

Besó su angelical rostro, la cogió en brazos, y la llevó de regreso con su gente.

## CAPÍTULO XVIII

Comenzaba a amanecer y el poblado entero se puso en marcha con sus quehaceres diarios, igual que cada día, aunque en el ambiente se respiraba un deje de nostalgia. La partida inminente de Trueno Blanco siempre obraba ese poder debido a que no sabían cuándo volvería. Los innumerables compromisos de un hombre como él, cada vez le acortaban las visitas. Algo que la tribu respetaba solo que no compartía. Sobre todo, los pequeños.

Nick llevaba levantado desde el alba, no consiguió pegar ojo. En cambio, a lo que se dedicó única y exclusivamente, fue a mirar a la mujer que compartió su lecho en aquel lugar. Algo que le preocupaba bastante, provocando que tuviese ese humor apático e irascible. La determinación de que se había equivocado le rondaba por su cabeza y ocasionaba la necesidad de distraer su mente atormentada de la manera que fuese.

Ensiló su caballo. Ató las cinchas. Llenó las alforjas. Habló con el chamán... Se veía a la legua que le pasaba algo y Tyler, que no tenía un pelo de estúpido, guardaba las distancias. Lo conocía demasiado bien e intuía que la mujer que seguía dormida bien podría ser la causa.

¡Y a esas alturas sabía que sus pensamientos eran acertados!

Luna Nueva entró con la cara contrariada y se acercó.

Por nada del mundo le gustaría estar en el lugar de la mujer que dormía plácidamente. Ella que suplicó en multitud de ocasiones ser la elegida en el ritual... ella que se encandiló del majestuoso hombre blanco desde la primera vez que le vio... Y resulta que ahora era la encargada de despertarla, tal y como Trueno Blanco le encargó, porque al parecer él no tenía las agallas suficientes para hacerlo.

¡Luna Nueva sabía el porqué! Y es que, igual que Trueno Veloz, había estado en su mundo infinidad de veces. Lo que significaba que sabía, con exactitud, lo que la pobre muchacha iba a sufrir cuando realmente supiese la realidad a la que tendría que enfrentarse.

—Zoe, despierta.

La aludida se desperezó y abrió los ojos reflejando en su cara una sonrisa de felicidad. Una sonrisa que se desvaneció porque no era a ella a quien esperaba ver en primer lugar.

—Buenos días, dormilona, hace rato que deberías haber despertado. Aunque después de verte anoche, alejándote con Trueno Blanco, entiendo que no lo hayas hecho.

Zoe mostró una sonrisa tímida.

—Luna Nueva, tengo que confesarte algo.

—No hace falta. Puedo imaginármelo. Solo espero que el recuerdo te resulte imborrable.

—¿Por qué dices eso? —preguntó un poco molesta, aunque claro, ella misma le declaró lo que sentía por él lo que, con toda probabilidad, le hubiera dado motivos para estar celosa, añadiendo —: No. No me lo digas. Espero que lo que ha sucedido entre Nick y yo no te moleste. No era mi intención.

Luna Nueva la miró apenada.

—Créeme si te digo que no me gustaría estar en tu lugar, Zoe.

La aludida no la comprendió.

—No —la interrumpió tras verla abrir la boca—. No preguntes. Tú misma entenderás a qué me refiero. Venga, levántate, te están esperando.

—¿Quiénes me esperan?

—Las personas que se encargarán de dejaros a buen recaudo. Zac ha hablado con Nick para decirle hacia dónde os dirigís y, suerte para vosotros, os escoltarán hasta Sant-Louis.

Aquella respuesta no gustó a Zoe. Ella no quería irse a ningún sitio.

—Te esperaré fuera. Por favor, no tardes, a Trueno Veloz no le gusta esperar y menos si se trata de alguien como tú.

—¿Trueno Veloz? —preguntó sorprendida—. ¿Acaso él hará el camino con nosotros?

—Así es, no dejará que Nick pueda correr algún tipo de peligro escoltándote. Además, debes saber que mi hermano sabe integrarse con total normalidad entre la gente blanca. El vínculo entre ellos es tan grande, que se han adaptado a las costumbres del otro. Más que amigos son hermanos, aunque ya te habrás dado cuenta.

«Vaya, ni de lejos puedo hacerme a la idea de que un indio de sus características sepa desenvolverse entre una ciudad tan adelantada a sus costumbres».

Qué pena que ella no pudiera estar presente mucho tiempo para verlo. ¿O puede que después de lo sucedido la noche anterior la situación fuera diferente?

«Deja de hacerte ilusiones, él te dejará en tu destino y seguirás con tu vida. Esa es, y será, la verdadera situación, Zoe, así que deja de soñar despierta».

Desafortunadamente para ella no pudo hacerlo. Todo lo contrario. Anhelaba encontrarse con su amado, eso es lo que ansiaba con verdadera devoción.

¿Cómo sería el encuentro tras la noche apasionada que tuvieron? ¿Cuál sería su reacción tras entregarle lo más valioso que tenía una mujer? ¿Sería suficiente como para alargar la estancia de ambos en aquel maravilloso lugar?

«Definitivamente te has vuelto loca», volvió a decirse a sí misma.

¿Acaso el que la estuvieran esperando para partir no era síntoma evidente de que iba a terminar con la obligación que él mismo se impuso?

Zoe comenzó a vestirse a medida que un nudo en el estómago se acrecentaba.

La sensación amarga de no despertar junto a él parecía hablar por sí sola, y si además le añadía que hubiese enviado a Luna Nueva a despertarla...

«Será mejor que lo deje y espere a nuestro encuentro».

Sí, sería lo mejor.

La despedida de la gente que les recibió con los brazos abiertos fue dura, dolorosa y emotiva.

¡Muy emotiva! Y lo peor fue cuando tuvo que despedirse de Luna Nueva. Ambas amigas se abrazaron con fuerza y, con lágrimas en los ojos, se tuvieron que decir adiós.

Una Zoe triste y melancólica partió a lomos de una dócil yegua envuelta entre unas lágrimas que no dejaban de caer. La dura realidad parecía ir en su contra, sumiéndola en la amargura, puesto que partieron sin la compañía de Nick. Cuando preguntó a Trueno Veloz la escueta respuesta fue:

—Nos alcanzará en el camino.

«¿Qué diablos significa que nos alcanzará en el camino?»

Continuaron la marcha mermando los ánimos de una muchacha solitaria que no aceptaba la compañía ni de su hermano.

Bufff iba a explotar de un momento a otro. Llevaban cabalgando unas dos horas y:

Tenía ganas de gritar...

Tenía ganas de llorar...

Tenía ganas de patear...

Y, por supuesto, tenía ganas de estampar en la cabeza de Nick lo que fuera que tuviera a mano. El enfado monumental que llevaba encima era demoledor.

¿El motivo? Pues el motivo vino de la mano de ese... ese... ese hombre, volviendo hacia atrás, debido a su comportamiento hacia ella. Un comportamiento nada adecuado tras la noche acontecida.

¿Cómo había tenido el poco tacto de adelantarla con un escueto «buenos días, *milady*»?

Porque fue cuanto dijo a modo de saludo, tocándose el ala del sombrero para continuar la marcha, posicionándose a la cabecera de la comitiva junto a Tyler y Trueno Veloz.

La trató como a una auténtica desconocida. Y se quedó atónita, al borde del colapso, convirtiendo el delicado rubor de sus mejillas, una vez que supo que les daría alcance, en un atronador estado de ira.

Cierto que ella se entregó de forma voluntaria, a sabiendas de que el ritual era sagrado para la tribu. Incluso a sabiendas de que lo ocurrido entre ellos se quedaría en aquel paraje único... pero de ahí a no tener ni una mínima consideración hacia ella...

¡¡Bufff, definitivamente iba a explotar!!!

«Pues si ha llegado a creer que me voy a quedar aquí rezagada, no sabe con quién se ha topado», resopló indignada.

Ni corta ni perezosa azuzó a su yegua y adelantó a su hermano, el cual, al advertir su estado de ánimo, supo que se avecinaban problemas.

No sabía con exactitud lo sucedido entre ellos. Ni se atrevió a preguntar, ni Zoe le confió una sola palabra. No había que ser muy listo para saber que habrían intimado.

—Zoe —la llamó.

Nada.

—Zoe, por el amor de Dios, ni se te ocurra dejarte llevar por tus instintos. No sé qué te sucede, pero muérdete la lengua.

La aludida se giró, lo miró y le dijo antes de volver a lo suyo:

—Lo haré únicamente cuando le haya dicho un par de cosas a ese... a ese desalmado.

Zac puso los ojos en blanco y desistió. De sobra era conocedor de que él no tenía nada que hacer. La terquedad de su hermana no tenía fin. Tampoco límites, así que volvió a su paso y se olvidó de eso tan importante que la había enfadado tanto.

—Nick —alzó la voz casi dándole alcance.

Él se limitó a continuar conversando con sus amigos.

Por supuesto que Zoe no se dio por vencida.

¡Pues menuda era ella!

—Trueno Blanco —le volvió a llamar por si así la dejaba de ignorar.

Porque era lo que hacía.

Nada. Más de lo mismo.

—¡Nicholas! —exclamó levantando la voz, dejando en evidencia su malestar.

Ahí sí giró la cabeza.

—¿Sí, *milady*? —contestó con formalidad adaptando su rol de caballero.

Zoe no se lo podía creer y soltó por su linda boquita:

—¿Volvemos a los formalismos, zoquete? Pues no es el momento adecuado para hacerlo.

La carcajada de Trueno Veloz se escuchó por encima de sus cabezas. Jamás escuchó a ninguna mujer dirigirse así al todopoderoso Nicholas. Algo que le divirtió mucho mientras que Tyler se afanaba en no hacerlo. Sorprendiéndose del carácter de la pequeña mujer.

La reacción de Nick fue la de parar a su pura sangre de inmediato. Dio media vuelta y se enfrentó a una mirada que lo esperaba.

—*Milady*, ¿he escuchado mal o ha tenido la osadía de llamarme zoquete?

Zoe abrió la boca y escupió:

—¿Quieres dejar de llamarme *milady*, zoquete?

Ambos quedaron rezagados a la vez que los demás jinetes continuaron la marcha.

A ninguno de los tres se le ocurriría intervenir.

—¿A vos no os han enseñado a dirigirse educadamente a las personas?

—Pues de hecho sí, y suelo hacerlo con todas menos con zoquetes como tú.

«Se acabó».

Nick bajó del caballo, furioso, y se acercó a la mujer que tenía el poder de desconcertarlo hasta el límite.

—Está bien, tú ganas. Baja de la yegua.

—Pues ahora no quiero —se enfurruñó cruzada de brazos.

—Muy bien, tú lo has querido —la amenazó.

Sin pensarlo, fuera de control, la agarró de la cintura y la obligó a bajarse. Aquel acto, a Zoe, la terminó de enfurecer y actuó descontroladamente.

—¡Quítame tus manos de encima! —Empezó a exclamar golpeándole en el pecho—. ¡No me toques!

Nick se apartó confundido. Era curioso, en un abrir y cerrar de ojos acababa de conseguir que su estado de cólera cambiase a un estado de compasión.

«¿Cómo demonios he permitido que ocurriera esto?». Las consecuencias de aprovecharse de ella allí estaban.

¿Qué le iba a decir? Sería incapaz de romperle el corazón, en cambio se veía en la obligación de hacerlo.

—Tranquila, ya me aparto —colaboró encogido.

No soportaba el dolor que reflejaban sus ojos.

—Zoe, tengo que hablar contigo.

—No hace falta —negó tragándose las lágrimas que amenazaban por desbordarse—. Tu actitud hacia mí deja clara tu posición. Simplemente he sido parte de un ritual que no entiende de reglas y compromisos. Y simplemente he sido una más. No hay mucho que añadir.

Nick dio un paso adelante atormentado.

—Te equivocas —debatía serio—. No has sido una más. Has sido la única.

—No te creo.

—Zoe, no te estoy mintiendo. Como ya te dije nunca he hecho el amor en el poblado aparte de contigo. Nunca, ¿me estás oyendo? Te lo prometo.

«¿Qué diantres hago haciendo promesas?»

Definitivamente la cercanía de aquella mujer provocaba que no estuviera en sus cabales, y el porte de un hombre de sus características no lo hacía viable.

—Está bien, Nick, te creo, por favor contéstame a una pregunta.

Él suspiró. Sabía lo que vendría a continuación.

—¿Por qué te empeñas en parecer el caballero que conocí después de intimar con Trueno

Blanco? ¿Por qué insistes en mantenerte frío y distante conmigo? Te juro que no lo entiendo.

Nick se lo aclaró.

—Soy un caballero con multitud de responsabilidades y fuera del poblado me comporto como tal. En cuanto a mantenerme frío y distante debo hacerlo, Zoe. Por nuestro bien.

—¿Por nuestro bien?

—Sí, Zoe —susurró acariciándole una de sus mejillas—. Sobre todo, por el tuyo.

La mujer se quedó encandilada con su cercanía, y un calor sofocante la atravesó al recordar los apasionados momentos que compartieron hacía muy poco, olvidándose del enfado y del vacío que se instaló en su interior.

—Verás —prosiguió el hombre afectado por su turbación—, si actúo como un hombre sin escrúpulos, es porque no quiero hacerte un daño mayor del que ya te he infligido. Una mujer como tú debe tener la posibilidad de encontrar un buen esposo, y yo te he arrebatado esa posibilidad. Estoy en deuda contigo y no puedo enmendar el daño hecho. Es por ello que mi actitud vuelve a ser la de antes. No te conviene enamorarte de mí, Zoe. Soy un hombre inalcanzable para ti.

Zoe enmudeció, cosa rara en ella, e interpretó, a su manera, las palabras dichas.

«¿Enamorarse? ¡Ja! Ni muerta podría enamorarme de un ser tan insensible, desalmado, cruel...»

Los calificativos negativos no acababan, pero la realidad era tan distinta.

Una lágrima, otra, otra, la evidencia de estar profundamente enamorada por primera vez en su vida, la destrozó. Aun así, hizo de tripas corazón. Sería su secreto. Además, lo de que era un hombre inalcanzable para ella decía mucho de la persona que lo acababa de reflejar. Ni sabía ni quería saber la posición acomodada de él, lo único que valía, en este caso, era la osadía de echarle en cara que tenían estatus diferentes.

Bastó para que el dolor fuese un poquito más llevadero. Se limpió las lágrimas en la manga del vestido, y lo miró mientras protegía su alma herida.

—No temáis, nunca podría enamorarme de un hombre como vos. Y ahora, si no es mucho pedir, volvamos a emprender el camino. La necesidad de perderle de vista es lo único que me preocupa.

Dicho lo cual, con la decisión reflejada en su cara, volvió a su yegua, se subió como pudo, pues no aceptaría su ayuda, y se sentó de lado sobre la grupa, a la vez que Nicholas Hawkins experimentaba una pena infinita.

Daría lo que tenía con tal de consolar a aquella muchachita que trataba de hacerse la valiente costara lo que costase.

Justo en ese instante la imagen de la recatada y perfecta, Clarice, se hizo paso entre sus pensamientos. ¿El resultado? Pues el resultado fue evidente, reconociendo la vida aburrida y monótona que le esperaba casado con la mujer que le asignaron. Una mujer perfecta y debidamente instruida para el papel que se le requería, en el que el protocolo, las reglas y el aburrimiento iban de la mano.

Nick suspiró e igualmente se subió al caballo.

Él era lo que era y como tal se veía obligado a cumplir con las normas.

¿Por qué entonces las dudas acerca de su futuro inmediato lo asolaban?

Emprendió la marcha y tuvo en cuenta algo primordial.

«Es de vital importancia que lleguemos a nuestro destino, una vez allí, mi vida volverá a la normalidad».

El viaje se alargó. La obligación de parar cada pocas millas, para que los caballos



descansaran, convirtieron el viaje en insufrible para una pareja que se dedicó a emplear toda su energía en evitarse. No se dirigieron la palabra en ningún momento, en tanto la relación de Zoe con Trueno Veloz y Tyler mejoró considerablemente. Un detalle que a Nick no le agradó nada, la verdad, aunque prefirió dejar las cosas como estaban para facilitarle que lo odiara cada vez un poco más, y así lograra olvidarle a la mayor brevedad posible. Estaba preparado para ejercer el papel de malo, se lo debía después de seducirla y hacerle un daño irreparable.

La llegada a la ciudad de Sant-Louis la sobrecogió. Pensar que volverían a quedarse solos, sin tener una mínima idea de hacia qué lugar dirigirse, le supuso un verdadero mazazo y, comprendió, demasiado tarde, que debería haber sacrificado su felicidad a cambio de quedarse en el lugar del que jamás tuvo que huir.

¿Y ahora qué? Ni siquiera contaban con alguna moneda. Se quedaron sin nada después del atraco que sufrieron cuando viajaban en la diligencia, y ni muerta le pediría ayuda a ese... a ese desalmado que le había roto el corazón. Al fin y al cabo Zac y ella sabían lo que era trabajar duro, y como tal estarían dispuestos a hacerlo, en caso de precisarlo, hasta que encontraran a la persona que buscaban.

Lo que ellos no sabían era que esa ciudad tenía fama de desalmada. De ser una de esas en la que la balanza, dependiendo del rango al que pertenecieras, se decantaba hacia un lado o el otro. Y eso quería decir que, o bien pertenecías a la zona acomodada, o por el contrario tendrías que buscarte la vida para subsistir a un precio demasiado elevado. La obvedad en su caso reflejaba una simpleza absoluta. Si el coronel no se hacía cargo de ellos su fin estaba cantado. Zac terminaría trabajando como una mula a cambio de un catre y comida, y Zoe terminaría ofreciéndose a cualquier maleante. Ninguna casa de bien estaría dispuesta a darles una oportunidad sin referencias, y ellos no tenían nada.

—Bueno, pues aquí se separan nuestros caminos —habló el noble antes de que alguien le reconociera y tuviese la oportunidad de crear un escándalo.

Allí le conocían demasiado bien por dos motivos:

En primer lugar, multitud de familias londinenses abarrotaban la ciudad en una nueva temporada. Estaba de moda viajar a esa zona de América, y estarían encantados de acrecentar un chisme que no le vendría nada bien. Menos aún, cuando su propia familia le acompañó en su último viaje de soltero. En esa ciudad tenían una residencia familiar, aunque, para su suerte, él vivía en una casa de campo en el centro. Su madre nunca consentiría compartir techo con el indígena que su hijo insistía en llevar cada vez que le venía en gana. Era curioso, pero la gente con la que se rodeaba todavía ponía el grito en el cielo cada vez que veían a Trueno Veloz o a Luna Nueva. No importaba el tiempo que había pasado. Los toleraban simplemente por no enemistarse con el duque, de otra manera nunca serían acogidos con naturalidad. Es más, muchos de la nobleza seguían temiéndoles ante la certeza de que serían capaces de cortarles la cabellera, y él no quería avivar ningún otro escándalo, menos cuando quedaban pocos meses para la fecha de su compromiso. Clarice se indispondría ante el solo hecho de descubrirle de aquella guisa, por lo tanto, se veía en la obligación de apartarse de lo que, bajo ningún concepto, le convenía.

Presentarse en su casa de campo acompañado de una desconocida era una de esas cosas que podría afectar, además, a su negocio.

En segundo lugar, la familia de su prometida era una de las más importantes de Sant-Louis, lo que significaba que, asimismo, los de la zona lo conocían de sobra. No daba ningún paso sin que se supiera al instante.

En cuanto a lo de que su negocio se podría ver afectado, si lo descubrían, era debido a que su socio no era otro que el padre de Clarice. Hacía un tiempo se embarcaron en la construcción de una fábrica de cerveza y los resultados estaban siendo una mina de oro. Todo en conjunto resultaba una bomba explosiva si se dejaba ver en cualquier escena de tipo indecoroso. De ningún modo se lo podía permitir y por lo tanto obró como el caballero y hombre de negocios que era.

—Tyler les acompañará hasta el umbral de la puerta que están buscando.

Aquella noticia le agradó, aunque Zoe no dio muestras de agradecersele, ni siquiera con la mirada.

—¿Entonces conoces al coronel? —el que habló fue Zac.

—Sí, muchacho, lo conozco.

—Muchas gracias, Nick, has sido nuestra salvación en todo momento.

—No me las des, Zac —le tuteó, incapaz de no hacerlo.

Realmente le había cogido cariño a ese muchacho.

—Ha sido un placer conocerte —le aseguró a modo de respuesta.

Nick tendió su mano y se despidieron con un amistoso saludo. Entre tanto, Zoe siguió a lo suyo. Ni le habló, ni le miró, y por supuesto tampoco se le acercó.

—Trueno Veloz, aunque haya habido malos entendidos entre nosotros me gustaría agradecerte que nos hayas permitido quedarnos con tu gente.

—De nada, Cabellos Rojizos. ¡Ah! Si te metes en problemas y necesitas un indio protector, avísame. No será difícil dar conmigo, aquí todos me conocen y lo que es mejor, me temen.

—Gracias.

A Nick le escoció que del único que no se despidiera fuese de él.

—¡Vámonos! —fue cuanto dijo espoleando a su caballo.

La necesidad de alejarse de ella resultó acuciante.

Y así fue cómo separaron sus caminos. Nick en dirección a su casa de campo con la idea de darse un baño, para después perderse en su *club* ante la urgencia de despejar la mente, mientras que Zoe seguía a Tyler con el corazón encogido.

¿Qué les depararía el futuro?

## CAPÍTULO XIX

Nicholas tragó el exquisito *brandy* y dejó el vaso sobre el escritorio. Finalmente no se encontró con ganas de salir y no acompañó al *club*, del que era propietario, a Trueno Veloz. Decidió darse un merecido baño y después se dedicó a encerrarse en la biblioteca para despachar el correo acumulado en su ausencia.

Cartas y más cartas, e invitaciones y más invitaciones. Los bailes habían empezado, y los que pasaban allí algunos meses, seguían con las tradiciones arraigadas de su país de origen. Cada anfitrión quería asegurarse el éxito, algo que siempre sucedía si el duque aceptaba la misiva.

Las puso desinteresadamente a un lado y alargó la mano en busca de un habano. Ya le preguntaría a Clarice si se decantaba por alguna invitación en especial. A él, con sinceridad, le aburrían aquellos bailes ostentosos. Ni siquiera al otro lado del mundo se libraba de ellos.

Y ahí estaba, envuelto en su batín, con el pelo todavía húmedo, inmerso en una melancolía que no llegaba a entender. La sensación era la de encontrarse en el lugar que no deseaba mientras echaba en falta la libertad de la tribu. Con anterioridad, nunca le había sucedido. Acababa de llegar y él incluso disfrutaba de sus responsabilidades.

¿Por qué parecía todo tan diferente?

La imagen de Zoe entre sus brazos le dio la respuesta, amargándole en la solitaria biblioteca, que hacía de despacho, al tiempo que encendía el habano. Dio una profunda calada y expulsó el humo por la boca. A continuación se echó otra generosa ración de *brandy* y cerró los ojos.

De seguir así pronto estaría ebrio.

—Excelencia, tiene una visita.

Nicholas miró a su mayordomo, el cual siempre lo acompañaba en sus viajes, y se extrañó.

¿Quién lo visitaría a esas horas intempestivas?

Se incorporó sobre el sillón de cuero y preguntó:

—¿De quién se trata?

El visitante se presentó él mismo.

—No hace falta que lo hagas, Harry, ya lo hago yo —intervino Tyler adentrándose en la estancia.

—Está bien, Harry, puedes retirarte.

El mayordomo londinense inclinó la cabeza y se marchó, lo que Tyler aprovechó para soltar:

—Nick, tenemos un problema.

—¿Un problema, dices?

—Así es.

—¿Y por qué supongo de quién se trata? Aunque puede que me equivoque...

—No. No te equivocas.

—Pareces bastante alterado, ¿tan grave es?

—Lo es —asintió acercándose a la botella que esperaba sobre la mesa.

—Sí que debe de ser grave para que necesites un trago. Cuéntame —se mostró impaciente.

—Tal y como me pediste he llevado a la señorita y a Zac a casa del coronel.

Desafortunadamente no se encuentra aquí en estos momentos —empezó a decir echándose una generosa copa.

—Continúa.

—He tratado de convencer a la persona que me ha abierto la puerta para que les acoja y no ha habido manera. Se ha negado en rotundo. Solo obedecerá órdenes del coronel y a lo único que se ha comprometido es a enviar un telegrama. Por lo visto ha salido a algún lugar cercano que no ha querido desvelarme.

Nicholas sopesó la información. Las posibilidades de hacer frente a ese inconveniente eran múltiples. Aquel problema ya no era asunto suyo. No debía ni podía involucrarse. No en aquel lugar.

¿Y qué es lo que hizo entonces? Pues justo lo que ni debía ni podía hacer, preguntando:

—¿Dónde están?

A lo que Tyler respondió:

—Ahí fuera.

—¿¿Cómo?! —bramó levantándose de un salto.

Tyler pareció encoger.

—He sido muy cuidadoso, he alquilado un coche de caballos y nadie puede verlos.

—¿Te has vuelto loco? —Volvió a bramar enfadado—. ¿Cómo se te ha ocurrido traerlos aquí?

—O hacía eso o los dejaba a su suerte.

Nicholas enarcó una ceja y Tyler interpretó que no le entendía.

—La dama ha rehusado de mi ayuda —le explicó entonces.

—Sigue —y se volvió a sentar. La cabeza le empezaba a doler.

—Pues eso, en cuanto ha sabido que debería esperar no ha querido ninguna ayuda de mi parte, y eso que lo he intentado. Le he ofrecido varios dólares para que se pudieran hospedar en un hotel de reputación y, ¿sabes cuál ha sido su primera respuesta?

El aludido supo que no le iba a gustar.

—Sorpréndeme.

—Se ha burlado en mi cara, después se ha enfadado y ha soltado todo tipo de improperios.

—Puedo imaginármelo.

—Y por último ha pegado un grito refiriéndose a ti.

—Podré soportarlo, continúa.

—Me ha dicho que ni muerta aceptará tu limosna.

—¿Eso ha dicho? —La cara de incredulidad habló por él.

—Exactamente, tal cual.

—¿Esto es intolerable! —exclamó levantándose otra vez de un salto—. ¿Acaso la terquedad de esa insensata no le permite ser consciente del destino que les espera en las calles de esta desalmada ciudad? ¡Esto es el colmo!

—Todavía hay más.

A esas alturas, la furia de un Nicholas fuera de control le bastó para querer darle su merecido a aquella muchachita de aspecto... ¿frágil?

¡Menuda fragilidad! Cualquier otra besaría sus pies para que la ayudara, en cambio ella se limitaba a decir que no aceptaría su limosna.

¡Su limosna! Como si ella fuera una obra de caridad.

«Bufff, esta cabezota no sabe con quién está tratando».

Al ver que a Tyler le costaba seguir le animó:

—Suéltalo.

—La he engañado con la ayuda de Zac y la he traído hasta aquí. Lo más impactante es que cuando se ha enterado de a quién pertenece esta casa, se ha negado en rotundo a bajar.

—Y qué prefiere, ¿pasar la noche en la calle?

—Exactamente es lo que ha dicho.

Nicholas apretó los puños y quiso contenerse.

No pudo.

—Sé que he actuado mal trayéndola —continuó Tyler—. No sabía cómo deshacerme del problema.

—Está bien, no te preocupes, me haré cargo de la situación.

—¿Dónde los llevaremos?

Nick ni pensó en el disparate que se le acababa de ocurrir, abrió la boca, y soltó tan tranquilo:

—A ninguna parte. Se quedan.

De inmediato se puso se marcha y Tyler le siguió consternado.

—No puedes hacerlo, Nick, será un auténtico escándalo para los nobles que residen aquí, si amparas bajo tu techo a una mujer soltera.

—Me preocuparé de ello cuando llegue el momento —fue cuanto dijo. Se dirigió a la puerta del exterior y salió escopetado en busca del coche. Le daba igual que estuviera con el pantalón de algodón y con el batín como única vestimenta.

Abrió la puerta del coche de caballos y las reacciones de los ocupantes fueron bien distintas. Zac, nada más verlo le mostró una enorme sonrisa reflejando lo que se alegraba de volver a verle. Y Zoe... Zoe le dedicó una mirada llena de odio antes de cruzarse de brazos.

Por supuesto que no se amedrentó, sería capaz de enfrentarse a mil miradas iguales si conseguía que restableciera su sentido común. La insensatez de la muchacha no tenía razón de ser.

—Baja —ordenó sin preámbulos.

—Vaya —contestó mordaz—, ¿vuelve a tutearme? Pues yo no se lo he permitido.

Zac puso los ojos en blanco y decidió intervenir.

—Tyler nos ha dicho que esa es tu casa.

—Lo es.

—Entonces yo sí acepto tu invitación. Por una vez no voy a hacer caso a mi hermana.

Zoe abrió los ojos como platos.

—Ni se te ocurra bajarte —masculló alterada.

—Mira, Zoe, tú puedes dormir donde te plazca, pero desde luego yo aceptaré la ayuda que Nick nos vuelve a ofrecer.

Tan campante se bajó y, después de mirar embobado la magnífica casa que le esperaba, caminó hasta la entrada. El lugar en el que el mayordomo inclinó la cabeza a su paso.

En cuestión de segundos dejó de verse, adentrándose en lo que parecía un sueño maravilloso.

—Vamos, baja del coche —volvió a repetir Nick con una paciencia infinita. Una paciencia que ni sabía que existía.

—No. No voy a bajarme —replicó enfrentándose a él—, y menos para entrar en su casa.

—Zoe, por favor, ¿quieres dejar de comportarte como una cría?

—¿Y usted quiere dejarme tranquila? No entiendo por qué sigue preocupándose por nosotros. Su misión ha terminado y no somos asunto suyo.

—No vas a bajar, ¿verdad? —La manera de hablarle y mirarla habían cambiado.

Zoe entonces no supo qué intenciones tenía y retrocedió alarmada.

—¿Qué haces? —gritó viéndole acercarse.

—¿Por fin me tuteas? —le contestó con una mueca divertida.

—¡No te acerques!

—¿O qué?

—O lo lamentarás —contestó acorralada entre el fondo del carruaje y su cuerpo.

—Última oportunidad, ¿te bajas o te bajo?

—¿Qué?! Ni se te ocurra hacerlo, bruto inmundo.

Tarde. Con cuidado para que no le propinara ninguna patada, la terminó de acorralar y la cargó sobre su hombro. Después bajó y continuó con el propósito de mantenerla a salvo.

Las miradas indiscretas del cochero, del mayordomo, la de un sujeto que les siguió desde la casa del coronel, y varias personas que paseaban por allí, contemplaron la escena en todo momento. ¡El escándalo estaba servido!

Nick cruzó el umbral y se dirigió a Harry.

—Por favor, prepara dos habitaciones para mis invitados.

—Sí, excelencia —dijo sin dar crédito a lo que presenciaba en primera persona.

Jamás, en los años que llevaba a su servicio, vio nada parecido. Su señor siempre obró de un modo correcto y no entendía que tuviese que armarse de artimañas como esa para... ¿para qué?

De inmediato, y sin por supuesto pronunciarse, se puso manos a la obra a la vez que Nick siguió andando hasta el lugar en el que se encontraba antes de que Tyler llegara como un tropel.

Cerró la puerta, ayudándose con el pie, y la dejó en el suelo.

Zoe se sintió intimidada a causa de lo que veía desde que entró, lo que obró el poder de dejarla muda, algo que él no dudó en aprovechar.

Volvió a su escritorio, se sirvió una generosa ración de licor y lo bebió de un trago. Después se sirvió otra y se sentó.

—Puedes empezar, estoy esperando.

Zoe terminó la inspección maravillándose de cada uno de los libros que rebosaban las estanterías. Aquel lugar era mágico.

—¿Cómo dices?

—Digo que puedes empezar con tus improperios de siempre. Te dejaré hablar y después te explicaré mi comportamiento.

La pregunta que le hizo a continuación, consiguió sorprenderle.

—¿De verdad esta casa es tuya?

—Sí. Una de ellas.

—¿Tienes más? —preguntó sentándose en una de las sillas.

Su actitud le divirtió.

—Sí. Esta es mi casa de campo.

—Vaya —chasqueó la lengua todavía asombrada.

—¿Entiendes que con una casa tan grande no podía permitir que durmierais en la calle? Esta ciudad está llena de peligros y tú no durarías ni un asalto ahí fuera.

Zoe dejó de mirar los libros.

—Y como el caballero que eres decidiste intervenir, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—¡Pues deja de hacerlo! —exclamó golpeando la mesa—. Me advertiste diciendo que veníamos de mundos diferentes y a la vista está, me advertiste que no me enamorara de ti, y también que eres un hombre inalcanzable, ¿qué hago entonces aquí? —Cogió aire y continuó echando chispas por los ojos—. No sé el tipo de hombre que eres, tampoco me importa —mintió —, pero sé hasta dónde puedes llegar. Porque, ¿qué tipo de hombre es capaz de hacer el amor con una mujer, a sabiendas de que es su primera vez, y después actuar como un desconocido?

—Zoe.

—¡No pronuncies mi nombre! —exclamó rota de dolor—. No eres quién para hacerlo.

La puerta de la biblioteca se abrió en ese instante interrumpiendo la discusión.

—Excelencia, las habitaciones están listas y el invitado se ha retirado a descansar.

—Gracias, Harry, puedes retirarte.

Zoe aprovechó la ocasión para perderlo de vista. No soportaba estar en su presencia. Dolía demasiado.

—Por favor, Harry, ¿sería tan amable de mostrarme la que se supone es mi habitación?

—Por supuesto, *milady*, acompáñeme.

Nick fulminó a su mayordomo con la mirada, aunque no le sirvió de nada. Y si creía que lo había escuchado todo se equivocaba, antes de marcharse se giró y soltó por su linda boquita:

—¡Ah! No esperes que te dé las gracias por lo que has vuelto a hacer. Puede que mi hermano y yo estemos en deuda contigo, solo que jamás lo admitiré. El odio que siento hacia ti es demasiado grande y no me deja.

Sin más se marchó tras los pasos de un hombre al que le costaba creer lo que acababa de oír. Mientras, un noble lleno de remordimientos apuró el contenido del vaso y volvió a coger la botella.

Saber que se alojaba en su casa y no poder tocarla no le agradaba en absoluto.

Y se le antojó que iba a ser una noche muy larga...

Zoe analizó la habitación una y otra vez, parecía estar sumergida en un sueño. Nunca había estado rodeada de tanta riqueza ni de tantas comodidades y se le hacía difícil no meterse en la enorme cama con dosel. El cansancio le cerraba los ojos, pero su obstinación a no disfrutar de nada que estuviese relacionado con él, resultaba ineludible; por lo que se sentó en una silla, como si castigándose solucionara algo.

Zac yacía justo en la alcoba contigua, allí lo dejó, durmiendo a pierna suelta, encantado de la hospitalidad de su adorado Nick. A Zoe, esa verdad, hizo que se la llevaran los demonios. Volvió sobre sus pasos y continuó con su cabezonería.

Cuando quiso darse cuenta dormitaba en una posición un tanto incómoda.

Nicholas creyó escuchar la puerta abriéndose. Ni siquiera llevaba la cuenta de lo que había bebido, y permanecía de espaldas, sentado frente al crepitar de las llamas. La noche desapacible terminó en una encarnizada tormenta y la biblioteca entera resplandecía con cada rayo.

Le resultó completamente imposible subir a sus aposentos y decidió quedarse allí. Su lugar favorito. El eco de las palabras que Zoe le dedicó, todavía retumbaba dentro de su cabeza debilitándole el alma.

¡Saber que le odiaba lo consumía!

Asimismo, creyó escuchar la puerta cerrándose con suavidad. Como si alguien pusiese todo el empeño en hacer el menor ruido posible.

¿Serían imaginaciones suyas?

De seguido, unos pasos lo sacaron del tormento que llevaba dentro. No. No eran imaginaciones suyas. Desde la posición en la que se encontraba no tardaría en averiguar quién había entrado en su santuario a esas horas intempestivas.

Un signo de alarma se activó en cuanto la vio.

¿Qué hacía allí?

No tardó en averiguarlo, fijándose en que se dirigía a la estantería central de donde, una vez que echó un vistazo minucioso, cogió uno de los libros y lo abrió. Parecía ensimismada.

Nick aprovechó la oportunidad que se le ofrecía, analizándola a su antojo.

Llevaba el mismo vestido soso y aburrido de esa mañana, y cayó en la cuenta de que debía de ser el único que tenía. La idea de comprarle un guardarropa entero le agradó con enormidad, aunque claro, de sobra sabía que no lo aceptaría.

Bien clara dejó su postura.

«Bueno, encontraré la manera de convencerla», pensó optimista.

Los cabellos los llevaba sujetos en un moño alto, un moño que le disgustaba y que se moría de ganas por deshacer.

El recuerdo de la melena suelta sobre sus pechos desnudos consiguió despertar su hombría. La oportunidad entonces de abordarla le pareció demasiado gratificante, además, gracias al *brandy* la situación le parecía hasta favorable. Tomó la decisión de que Trueno Blanco tomase las riendas.

Un nuevo trueno provocó que se diese cuenta de que las tormentas la asustaban. Eso lo confirmó el brinco que dio a consecuencia del ensordecedor ruido. Casualmente él estaba allí y haría lo necesario para calmarla.

¿Solo para calmarla?

Su miembro palpitó descontrolado y el depredador que llevaba dentro comenzó a acercarse. Ella seguía de espaldas.

Un paso, otro, uno más y la tuvo a escasos centímetros. Bajó la cabeza y olió el aroma de sus cabellos.

Estuvo a punto de perder la cordura y, con una debilidad inusual, abrió la boca y susurró sobre su oído:

—No debes asustarte.

A Zoe se le cayó el libro al suelo. Se agachó para cogerlo y se giró violentamente, evitando aquella cercanía que acababa de estremecerla de arriba a abajo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó nerviosa, forzándose a no mostrar su turbación.

—Yo te puedo preguntar lo mismo.

—Bueno... yo... —titubeó nerviosa. Al fin y al cabo era su casa y podría molestarle que deambulara a su antojo por allí, ¿no?—. La tormenta me ha despertado.

—Y te asusta, ¿verdad?

—Sí —reconoció—. Siempre me han asustado y creí que bajar aquí me ayudaría. Me apasionan los libros.

«¿Por qué acabo de decir eso?», se regañó enfadada.

La intensidad en aquellos ojos la debilitaban, porque lo que parecía a simple vista era que se preocupaba por su estado. De ahí que, en vez de morderse la lengua, hubiese terminado haciendo una confesión que no deseaba.

Bajo ningún concepto podía bajar la guardia.

—Puedes disponer de cada uno de ellos, Cabellos Rojizos —susurró con la voz ronca.

A Zoe le temblaron las piernas. La firmeza en cómo debería actuar perdió fuerza. Su cercanía y la forma de dirigirse a ella le nublaban la razón, rememorando cada beso... cada caricia... cada palabra de la noche anterior.

—Será mejor que me vaya —sostuvo tratando de que sus palabras fueran convincentes.

El peligro que corría allí, con toda probabilidad, era peor que el que le podría esperar en la



calle. Tener semejante espécimen frente a sí consiguió dejarle la boca seca e hizo algo que no debería. No pudo resistirse.

Bajó la mirada y se topó con su torso desnudo; el batín no estaba atado del todo y dejaba al descubierto un cuerpo que incitaba a pecar. Tuvo que armarse de valor para no acariciarle.

Cómo deseaba hacerlo.

La verdad asoladora la confundió.

—Quédate.

Le escuchó decir volviendo a sus ojos. Unos ojos que parecían implorar que lo hiciera.

—No puedo —se obligó a decir, dando media vuelta antes de que fuera demasiado tarde.

La respiración la tenía agitada y el corazón entero le temblaba, ¿por qué le pasaba? La humillación a la que la sometió hablaba por sí sola y el odio debería ser suficiente para apartarlo de su vida.

¿Por qué le resultaba tan difícil?

No pudo dar un paso. Cuando quiso hacerlo él la agarró del brazo y tiró. El resultado fue que se encontraran cara a cara, siendo capaces de sentir el aliento del otro.

—Quédate —repitió mostrando un deje atormentado—... por favor.

Casi rozaba sus labios dificultándole el poder reaccionar. Su cálido aliento avanzaba contra su lucha interna... él lo sabía y atacó.

—Por favor —volvió a susurrar cerca, muy cerca, mientras llevaba las manos a sus cabellos.

Empezó deshaciendo el moño que detestaba. Una a una quitó las horquillas hasta dejar su melena suelta.

¡Le gustaba tanto! Comprobar que no se oponía le llegó muy adentro.

—Mi Cabellos Rojizos, eres tan apetecible.

Deslizó las manos y se paró en su nuca, aprovechando para enredar los dedos con aquellos mechones que le fascinaban. Mientras lo hacía no pudo apartar la atención de sus delicados labios.

Recordar que solo él los probó aceleró sus deseos, y anunció en modo de aviso:

—Voy a besarte, mi amor. Moriré de locura si no vuelvo a hacerlo.

Sin más tiró de sus cabellos y se apoderó de su boca, besándola apasionadamente. Sin tregua, sin piedad, no había cabida para nada que no fuera la pasión que lo consumía.

Zoe perdió sus argumentos, y la razón, en el instante en que sintió los labios y la lengua de él devorándola por entero; el sabor de su boca la atrapó, dando cuenta de lo que había bebido.

No le importó y, cegada por lo que aquel hombre conseguía despertar en ella, metió las manos a través del batín y se extasió por el contacto de la piel desnuda. Después no esperó y fue ella la que se pegó a su cuerpo.

Un escalofriante espasmo la sacudió. El deseo de él se manifestaba en todo su esplendor contra su cintura, cortándole el aliento. Ya no era una inexperta y sabía a la perfección lo que venía después, salivando impaciente porque le necesitaba con la misma urgencia que él. Los gemidos que se le escapaban, corroboraban esa gran verdad y Nick supo lo dichoso que era.

Ni siquiera el *brandy* ingerido podía borrarle esa dicha y profundizó el beso. La adicción que le provocaba le resultaba terriblemente placentera. Si le fuera posible, no se cansaría de ella nunca.

—Esto parece un sueño. —Se deleitó con voz ronca, tomó aire y volvió a sus labios—. Un sueño maravilloso. Ven, ven, amada mía —le urgió de pronto tirando de su mano.

La llevó frente a la chimenea, tiró varios cojines sobre la alfombra y la ayudó a tumbarse. Él la acompañó.

—Me sigues pareciendo una aparición divina teniéndote aquí. En mi casa. —Cerró los ojos extasiado y los volvió a abrir. Llegó a creer que tan solo se trataba de un espejismo—. Eres tan especial, Cabellos Rojizos.

A Zoe le encandilaba cada palabra que le dedicaba, la hacían sentir tan mujer... Atrás quedaron los recelos y la tristeza que el mismo hombre le causó, y ni siquiera tuvo fuerzas para preguntarse si sabía lo que hacía.

Su adorado Trueno Blanco quería complacerla y llevarla a un mundo conocido y placentero. Algo a lo que estaba dispuesta. ¿Quién era para impedirlo?

Estaban en esa maravillosa habitación, y ahora, lo único que importaba era que siguiera desplegando sus armas de seducción, y por supuesto que no la dejara de besar y de tocar. Moriría si lo hacía.

Uno a uno desabrochó los botones de la parte de atrás del vestido y empezó a tirar de las mangas, dedicándose a dejar la marca de sus besos sobre la inmaculada piel que iba quedando desnuda.

El cuello...

Los hombros...

La clavícula...

El pecho...

Los pezones...

Según iba bajando, su tierna Zoe se dejaba llevar y los gemidos salían de su preciosa boca de manera incontrolable. La naturalidad de cómo lo hacía, a Nick le nubló el corazón.

Era simplemente perfecta.

—Una mujer como tú merece que la cubran de sedas, de joyas... y yo estoy dispuesto a hacerlo.

A Zoe se le humedecieron los ojos.

«¿Realmente está sucediendo? ¿Me va a pedir matrimonio?», malinterpretó.

Todavía no era consciente del hombre que tenía delante, tampoco de que nunca sería la esposa apropiada para él en caso de tener una oportunidad y, evidentemente, tampoco era consciente de que las palabras, que se le escaparon, tenían muchísimo que ver con las copas ingeridas. Soltando la lengua de un Nick poco comedido, por muy extraño que pareciera.

¿Qué iba a saber una simple muchacha de granja?

Se entregó en cuerpo y alma, devolviendo cada beso y cada caricia, con un amor infinito.

Nick terminó de desnudarla y se aseguró de colocarla cómodamente sobre los cojines, después se quitó el batín y el pantalón. Las ganas de poseerla eran infinitas.

Zoe no pudo evitar que un gemido descontrolado saliera de su garganta al sentirlo, y un Nick ávido de cada reacción, se deslizó en su interior sin dejar de mirarla.

Los labios hinchados...

El rubor de sus mejillas...

Y la entrega de su alma...

No pudo evitar una quemazón, dándose cuenta de que volvía a aprovecharse de una pobre muchacha que no tenía nada que hacer contra su voluntad.

—Zoe, ¡diablos! —masculló mediante un gruñido lastimero—. Consigues lo que ninguna otra. No puedo contenerme.

Zoe tocó el cielo, junto a las estrellas, con la última embestida, a la vez que Nick se dejaba ir, llenándola con su simiente sin que pareciera importarle.

El poder que ejercía sobre él lo convertía en un temerario inconsciente y quiso echarle la culpa

al *brandy*.

—¿Estás bien? —se preocupó.

Ella asintió.

—Me haces olvidar lo inexperta que eres y me atormenta que pueda hacerte daño.

—¿Daño? —preguntó acurrucándose entre sus brazos—. Tus atenciones hacia mí me abruman.

Sé que nunca me harías daño... de esa manera.

—No me lo perdonaría, querida.

Bajó hasta sus labios y depositó un suave beso sobre ellos.

¿Quizás ahora le pediría que se casase con él? Volvió a preguntarse.

—Vayamos a dormir. Necesitas descansar.

E igual que la noche anterior la cogió en brazos y subió las escaleras que lo llevarían a su alcoba.

Zoe volvía a estar tan cansada que se durmió en sus brazos, eso sí, lo hizo con una sonrisa de felicidad dibujada en la cara, convencida de que a la mañana siguiente se lo pediría.

## CAPÍTULO XX

Echó la espesa cortina a un lado y dejó que los rayos del sol atravesaran el ventanal con impunidad. Tras la tormenta llegó la calma y el día era bastante soleado. Hacía bastantes horas que amaneció y su señor no daba señales de vida. Cosa rara, ya que después de venir del poblado ese, siempre madrugaba. Sus innumerables negocios y compromisos lo absorbían por completo hasta ponerse al día y, aunque no debía importarle bajo ningún concepto, la visita que aguardaba abajo acababa de cambiar los planes. Tanto que allí estaba él, corriendo la cortina para despertarle obedeciendo a una de las pocas personas que se encontraban por encima de su propio amo.

—Buenos días, excelencia, tiene una visita.

Nicholas dormía a pierna suelta y no se inmutó.

Harry decidió acercarse a la cama, entendiendo que él solo se bebió lo que faltaba de la botella de *brandy* y por eso le costaba despertarse.

—Lo siento, excelencia, ha de darse prisa o... —El mayordomo, de pronto, se quedó sin palabras. Acababa de descubrir la melena pelirroja sobre la almohada.

«Oh, mi señor, ¿qué es esto?», se preguntó perplejo. No lograba entender el comportamiento del duque. Su discreción acerca de posibles amantes fue siempre impecable.

¿Cómo se le ocurría aquel disparate? Primero lo de anoche y ahora esto, ¿habría perdido la razón?

Sabía, por boca del ama de llaves, que el rumor de que había metido en su casa a una mujer a la fuerza, corría de boca en boca. Las miradas indiscretas no tardaron en difundirlo de manera malintencionada, y por lo tanto las consecuencias no tardaron en aparecer, empezando por la inesperada visita.

Tardó en reaccionar, y eso que él desempeñaba con eficacia su trabajo. Abrió la boca y carraspeó ruidosamente.

Nada. Ningún resultado.

Se aproximó otro poco y tuvo la osadía de golpearle sobre el hombro. La premura de que despertara era evidente.

—Mi señor, despierte, hay un asunto que lo requiere.

Zoe abrió los ojos y se asustó. Cogió la sábana y se cubrió hasta la barbilla. El movimiento que hizo, sumado a la voz de Harry, finalmente consiguió el propósito de despertarlo.

Su cara fue un poema en cuanto supo que estaba acompañado.

«Por todos los santos, ¿qué he hecho?»

La cara de Zoe, por el contrario, permanecía roja como un tomate asemejándose a la de Harry.

—¿Qué ocurre? —preguntó disgustado con un terrible dolor de cabeza.

Sabía que el asunto que traía, fuera el que fuera, sería demasiado importante. De otro modo no se le ocurriría entrar así.

—La duquesa está abajo, mi señor.

La cara de Nicholas se transformó con una rapidez sorprendente.

—¿Mi madre? —gritó apartando las sábanas.

«¡Diablos! ¿Qué hace aquí?»

Se puso el pantalón y el batín y, sin mirar atrás, salió escopetado de la alcoba, dejando a Zoe con una expresión en su cara de conmoción.

En primer lugar no le gustó nada que se marchara sin tener el tacto de dirigirle ni una sola palabra...

Y en segundo lugar se hizo una pregunta, ¿había escuchado bien? Porque en el caso de haberlo hecho el caballero que la salvó en aquella posada, y el casi indio que la desvirgó, era un duque.

Y ella jamás en su vida había tratado con alguien tan poderoso.

Todavía incrédula se bajó de la cama y recogió sus ropas. Se vistió aprisa y pensó qué hacer. Barajando la posibilidad de escabullirse para averiguar algo de la conversación entre una madre y un hijo que, mucho se temía, estaría relacionada con su persona.

Abrió la puerta y se decidió.

—¡Madre! ¡Qué sorpresa!

El rictus serio de ella le indicó que tendría que sacar sus armas para contrarrestar el sermón que le iba a caer.

Se acercó y la besó con cariño en la mejilla.

—¡Nicholas! Déjate de pamplinas —lo regañó—. He venido en busca de una explicación.

—¿Qué explicación, madre? No sé de lo que hablas.

—Ah, ¿no? Pues tú me dirás. Las malas lenguas me han hecho llegar que anoche metiste en esta casa a una joven a la fuerza.

Nicholas no la debatió y se limitó a dar media vuelta para acercarse al servicio de desayuno, que Harry no tardó en dejar sobre la mesa de la biblioteca.

—¿Un té, madre?

—No quiero nada, Nicholas. Simplemente quiero que me desmientas esa barbaridad.

Echó té en una taza y después añadió azúcar. Cogió una cucharilla y lo empezó a mover sopesando las palabras que quería decir.

—Madre, no puedo desmentir ese rumor.

Un grito lastimero salió de la garganta de la mujer y se sentó sobre el sillón tapizado. De repente se encontraba indispuesta.

—Nicholas, ¿qué tratas de decir?

Este se sentó frente a su escritorio y se llevó las manos a la cabeza.

—Es cierto lo que te han dicho, madre, en mi defensa diré que me vi en la obligación de hacerlo.

—Pero... pero... —llegó a titubear un momento antes de reponerse.

La gravedad del asunto le hizo incluso dudar de su amado hijo.

—Explícate, por favor.

Nicholas lo hizo refiriéndose al altercado de la posada y al asalto de la diligencia, pasando por los días que pasaron en el poblado para que Zac se recuperase. Omitiendo lo que no le convenía.

El enfado de su madre se acrecentó.

—Lo sabía. Sabía que esa gente tendría algo que ver.

—Madre —la advirtió.

Ella bien era conocedora de que, en lo referente a ese tema, nunca cedería.

—¿Y por qué no los dejaste allí? Si tan bien te quieren hubiesen cuidado de ellos y nosotros no tendríamos un escándalo de esta magnitud. Clarice va a enloquecer.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Abandonarlos a su suerte?

Su madre se acercó con paso amenazante.

—Me dan exactamente igual, Nicholas, y a ti, de ser el que deberías, también. ¿Me puedes explicar cómo vamos a salir airosos de este rumor? Menos mal que no estamos en Londres. —De pronto palideció y añadió—: Porque te has desecho de ellos, ¿verdad?

Silencio.

—Nicholas Hawkins, dime que esa mujer no está ya en esta casa.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué!?

—Madre...

—¡No! —casi gritó perdiendo la compostura—. La quiero fuera de aquí de inmediato, ¿me has oído?

Trueno Veloz eligió ese momento para entrar en la habitación. De haber sabido que la duquesa estaba allí no lo hubiese hecho.

De sobra conocía la animadversión que le tenía.

—Buenos días, señora.

La mujer lo miró y perdió los nervios.

—Lo que faltaba, ¿además te lo has traído a él? ¿Acaso esta casa está destinada a hospedar a gente inmunda?

Dicho lo cual se recogió el vestido y se dispuso a salir de allí. Antes de hacerlo se pronunció:

—Te prometí que en relación a ellos —añadió señalando a Trueno Veloz— no me metería y no lo haré. A los otros los quiero fuera de aquí y de tu vida. ¿He hablado lo suficientemente claro?

—Sí, madre —contestó bajando la mirada.

Hasta el indio se sintió intimidado ante la madre de su amigo.

¡Como para no hacerlo!

—¿Llegas ahora?

Trueno Veloz asintió, se sirvió un café y se sentó frente a su amigo.

—Estuve en tu club jugando a las cartas hasta altas horas de la madrugada.

—¿También allí?

El indio supo lo que preguntaba.

—Tardó en llegar, pero sí. ¿Qué pasa Nick?, ¿esa mujer blanca sigue dándote problemas? —se carcajeó divertido.

—No tiene ninguna gracia.

El ruido de otro carruaje sacó a Nick de su ensoñación. Por lo visto iba a ser un día bastante complicado y él, ni estaba de humor, ni tenía ánimos para sobrellevarlo. Apartó la cortina y se asomó. Cuanto antes se enterase de quién sería el siguiente visitante tanto mejor.

Dejó escapar el aire pesadamente, y salió a su encuentro.

¡Más problemas!

Zoe acertó en su decisión. ¿Cuál fue? Pues la de no meterse en apuros y, que la pudiesen descubrir escuchando a hurtadillas, bien podría ser uno de ellos, así que se quedó quieta mirando a través de la ventana.

Únicamente cuando el majestuoso carruaje, que esperaba a la puerta, fue ocupado y emprendió la marcha, se decidió a bajar en busca de una explicación.

La sorpresa de saber quién era en realidad, echó por tierra cada pensamiento relacionado hacia su persona. ¿Dónde encajaba ella? Tenía que averiguarlo.

Terminó de bajar el tramo de las escaleras y justo en ese instante se abrió la puerta de la biblioteca, de ella salió Nick, el cual se dirigía a la entrada. El lugar en el que, un Harry servicial, saludaba a una joven bellísima haciéndola pasar.

Zoe se quedó quieta, sin saber cómo actuar porque la escena que transcurrió delante de sus ojos la dejó completamente helada.

—Querida, ¿qué haces aquí?

—Venir a verte, te he echado de menos.

La joven no ocultaba su alegría y manifestaba, a través de su cara, la felicidad que la embargaba. Avanzó decidida y se dejó abrazar por unos brazos que la esperaban.

A Zoe se le rompió el corazón. La complicidad entre ellos saltaba a la vista y un dolor atravesó su alma, sin que pudiese apartar los ojos de aquella imagen llena de amor. Porque era lo que presenciaba. Amor incondicional.

Aquella muchachita se apartó a un lado y sonrió. Acababa de ver a la persona de la que todos hablaban apoyada sobre la barandilla, y por la expresión de su cara parecía dolida.

«¿Quizás por el gesto cariñoso? No tardaré en averiguarlo», pensó mostrando una sonrisa encantadora a medida que la escrutaba con la mirada. Su alerta infalible le daba avisos de que bajo el rumor que la catapultó hasta allí había algo más. A ella no la engañaba.

—¿No vas a presentarnos, Nick? ¿Dónde están tus modales?

Nick se apartó y se giró. El estado de culpabilidad se acrecentó. No había que ser muy listo para saber lo que pensaba.

¡Se odió por el dolor que le causaba! ¿Cómo lo permitió? Él muy bien sabía, desde el principio, el tipo de mujer que era. ¿Por qué entonces terminó haciendo lo contrario a lo que debía? Se maldijo por dejarse llevar por la debilidad de su cuerpo otra vez, aprovechándose de su inocencia para conseguir un poco de placer.

¿Cómo cayó tan bajo?

La joven no le esperó y simplemente se acercó, examinándola con una sonrisa apacible.

—¿Nick? —volvió a insistir—. ¿Haces las presentaciones o me presento yo?

Nick se interpuso entre las dos y lo hizo.

—April, esta es Zoe.

—¿Zoe? —preguntó entusiasmada dirigiéndose a ella—. Pues debes saber que estás de boca en boca. A estas horas eres el cotilleo de la nobleza aquí, en Sant-Louis.

Una Zoe desconcertada la miró. No entendía nada y lo único que sabía, a esas alturas, era que la relación entre ellos no la dejaba en buena posición. O, mejor dicho, en ninguna posición; y le dolía extremadamente.

¿De dónde sacó la absurda idea de que le pediría matrimonio?

La cara de desolación, a Nick, no le pasó por alto y, bajo su cuenta y riesgo, decidió intervenir para que no se equivocara.

—April, déjalo. Siento si mi hermana te está importunando.

¿Su hermana? La nostalgia alojada en su cara desapareció con una rapidez sorprendente.

—Vaya, vaya —habló April mirando divertida a su querido hermano—. Pues sí que debe ser importante para que la tutees. ¿Qué es lo que me he perdido?

A Zoe le empezó a gustar el carácter impulsivo y cercano de April, desviando la vista hacia Nick porque la respuesta le interesaba en demasía.

—No es de tu incumbencia —la cortó sin miramientos, cortándole las alas para que no hiciera ninguna otra pregunta incómoda.

Algo que no hizo, no porque no quisiera, sino porque acababa de ver a la persona que salía de

la biblioteca en ese instante, olvidándose de cualquier nimiedad para centrarse en lo único que le importaba.

¡Trueno Veloz!

«Lo que faltaba», pensó Nick al percatarse de la reacción de su alocada hermana. Últimamente no le decía cuándo su amigo venía a visitarlo, y no lo hacía desde que descubrió que, con toda posibilidad, estaba enamorada de él. Su comportamiento las últimas veces en las que se encontraron de casualidad así se lo indicó, y él se veía en la obligación de alejarla. En ningún caso permitiría un posible acercamiento, aunque de sobra sabía que Trueno Veloz nunca se fijaría en una jovencita como ella. Al igual que, en el caso de hacerlo, nunca se atrevería, empeñados como estaban en no entrometerse en la vida de ninguna mujer que les importara, porque la relación que tenían pasaba por encima de cualquier malentendido.

—¿April? —preguntó el indio dudando.

—¿Tanto he cambiado desde la última vez que nos vimos? —se sonrojó.

—¡Vaya! —exclamó chasqueando la lengua.

Se acercó y le cogió la mano para besarla, haciendo una reverencia.

Zoe no se podía creer lo que veía delante de sus narices. Y no podía hacerlo porque en el caso de haberse cruzado con él no lo hubiese reconocido. Se quedó ensimismada a raíz de su indumentaria moderna, de su pelo recogido en una coleta, y de sus modales de caballero.

¿De verdad ese hombre era Trueno Veloz? ¡¡¡Vaya!!!

Y escuchó atenta el flirteo entre ambos.

—No te reconozco —seguía diciendo—, la última vez que nos vimos creo que hace más de dos años. Recuerdo que por aquel entonces todavía llevabas coletas.

April bajó la cabeza ruborizada.

—Ya veo que te has convertido en una mujercita.

—¿En una mujercita? —replicó disgustada—. Tengo diecisiete años recién cumplidos.

Nick miró a su amigo y no le gustó lo que vio. Parecía encandilado por la belleza de su hermana y por supuesto no lo iba a consentir.

—April es todavía una niña —aseveró malhumorado—, algo que en la tribu se cuida y se respeta.

La intención fue demasiado clara y Trueno Veloz fue consciente de ello. Apartó la mirada y le tranquilizó.

—Tu hermano tiene razón, eso sí, en la temporada que viene causarás furor entre las debutantes.

April volvió a ruborizarse. Zoe, en cambio, sonrió y Nick... Nick dejó escapar un suspiro atormentado nada acorde a sus modales refinados.

—Bueno, si me disculpáis me retiro a descansar.

—¿A descansar? —replicó April consternada—. Si son las once de la mañana.

—¡April! —la regañó su hermano—. Una señorita de tu condición no habla así, ¿dónde están tus modales? Él es mi invitado y no tiene que explicarse.

—No me importa, Nick. —Quiso suavizar su amigo—. A alguien como yo no le cuesta admitir que he estado toda la noche en el club. ¿Contesta eso a tu pregunta, señorita?

Nick le agradeció la respuesta, así se daría cuenta del tipo de hombre que era. Un salvaje dentro de la tribu, y un vividor allí. Asunto terminado.

O eso creía él.

—Pues no deberías desperdiciar el tiempo cuando podrías invitar a una dama a dar un paseo en calesa. ¿Has visto la soleada mañana que hace?



Nick enrojeció de furia. Su hermana pequeña, esa que para él seguía siendo una niña, acababa de insinuar, como si tal cosa, que podía invitarla a dar un paseo.

Aquello se le escapaba de las manos.

—¡April! ¿Se te ha olvidado cómo debes comportarte? Porque si es así, tendré que hablar con nuestra madre para que vuelvas a las clases de la señora Thomas.

La joven muchacha fue escuchar ese nombre y actuar como la dama que era.

—Tan solo animaba a tu visita a buscarse un pasatiempo. Nada más. Si me disculpáis, tengo que marcharme.

Hizo una reverencia al actual duque, actuando según las normas del protocolo, y se escabulló deprisa, no queriendo que volviera a dejarse en evidencia.

—Zoe, ha sido un placer conocerla —continuó en su papel refinado.

—Lo mismo digo, April.

Y se marchó con el gesto contrariado, aunque ya indagaría para salirse con la suya, a sabiendas de que tenía dos asuntos pendientes.

El primero averiguar quién era y qué trato tenía Zoe con su hermano, y el segundo, no menos importante, conseguir ese paseo con el hombre que tenía idealizado dentro de su cabeza y que, verlo después de tanto tiempo, consiguió que su interés hacia él se multiplicara.

Se sonrojó de camino a la calesa, ante el pensamiento de compartir ese paseo, aunque fuese con carabina.

Entre tanto, en el interior, Trueno Veloz quiso apartarse a un lado. No quería ningún tipo de confrontación con su amigo. La evidencia de su malestar era palpable y él no estaba en condiciones de debatirle, de modo que se marchó y los dejó a solas. Necesitaba dormir y es lo que iba a hacer.

—Bueno, parece que podemos estar un rato tranquilos —expresó Nick para destensar la situación—. ¿Me acompañas a desayunar?

—¿A desayunar, dices? —preguntó con el gesto preocupado—. Aunque lo quisiera no podría pegar bocado. No hasta que me aclares ciertos puntos en relación a nosotros.

«Lo que faltaba, primero mi madre, después mi hermana y ahora ella». Y muy bien sabía lo que significaba.

¡Más problemas!

—Acompáñame a la biblioteca, por favor.

—Está bien.

Nick se hizo a un lado para dejarla pasar, y no le pasó desapercibido que lo hizo bien lejos de su persona, dejando bien claro que no quería ni que la rozara y eso, a decir verdad, lo enfadó en lo más hondo de su ser.

Se limitó a seguirla y ocupó su asiento. De pronto, e igual que le sucediera a ella, se le quitó el apetito.

—¿Por dónde quieres empezar?

Zoe acomodó su arrugado vestido y no se lo pensó.

—¿Qué soy para ti?

Así, sin paños calientes.

Nick dejó escapar el aire y no supo muy bien qué decir. ¿Cómo lo iba a saber si no tenía la menor idea?

—Una dama en apuros —se escabulló.

No le sirvió de nada.

—¿Y por eso has decidido aprovecharte de mí?

—Zoe, en el poblado yo...

—No hablo del poblado —le interrumpió rápida, dispuesta a aclarar lo que fuera—, allí fui yo la que me entregué a ti.

—¿Entonces?

—Hablo de lo que pasó anoche en esta habitación —susurró apretándose las manos nerviosa—. ¿Por qué me convenciste para que me quedara? A la vista está que no me necesitas. Y quiero saberlo, ¿qué soy para ti?

—No lo sé —se sinceró—, lo que tengo claro es que quiero protegerte. El destino te ha puesto en mi camino y no dejaré de hacerlo hasta que realmente estés a salvo.

—¿A cambio de qué?

Nick alzó la mirada y se encontró con sus ojos.

—¿Cómo que a cambio de qué? No te entiendo.

Zoe se levantó de la silla y permaneció de pie, apoyándose sobre el escritorio con la sangre fría de enfrentarlo.

—¿Nos has dejado alojarnos aquí a cambio de tenerme cerca? O, mejor dicho, ¿a cambio de tener mi cuerpo cerca?

Zoe pegó un brinco sobresaltada al escuchar el puño de él contra la mesa y, al igual que ella, se levantó de un salto.

—¿Qué insinúas? Jamás te he obligado a hacer nada que no quisieras. Además, mejor que nadie sabes que aquella noche traté de hacerte entrar en razón para que no te acercaras.

—Te lo vuelvo a repetir, esa noche fui yo la que quise entregarme y lo hice de corazón. Sabía lo que deseaba y creí que no te volvería a ver. Pero anoche me hubiese ido si me hubieses dejado.

—Te quedaste porque quisiste, no te obligué a nada —le dijo bajando la voz. Seguidamente alargó el brazo y acarició su suave mejilla. Ella no se apartó—. Jamás podría obligarte a nada, Zoe, bien lo sabes.

Tenía razón.

—Lo siento, Nick, yo... —Cerró los ojos y se dejó llevar por el contacto de las yemas de sus dedos, era delicioso—. Estoy confundida.

—Lo sé. —Bordeó el escritorio y se situó a su lado, aprovechando la cercanía para cogerla de las manos.

—¿Eres en realidad un duque?

—Lo soy. Vivo en Londres y vengo a pasar temporadas aquí cuando mis negocios lo requieren.

—¿Y qué hago aquí? Mírame —replicó con un mohín.

—Ya lo hago —sonrió.

—¿Y qué ves?

—Veo a una dama valiente y luchadora. Veo a una persona que protegería con su vida la de su hermano y, ante todo, veo a una mujer tan hermosa que consigue que pierda el sentido —dicho esto bajó a sus labios y la besó con ternura—. Eso es lo que veo.

—Entonces no vemos lo mismo.

Nick contrajo el rostro confundido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo que tienes delante y no ves, es a una mujer desesperada y confusa. Una mujer que aquí no pinta nada. Y una mujer que ni siquiera viste acorde a su anfitrión. Tengo el vestido arrugado y sucio, y lo que es peor, no tengo otro que ponerme.

Nick la cayó con otro beso.

—Ya te dije anoche que estoy dispuesto a cubrirte de sedas y de joyas.

La ilusión del momento, a Zoe la llevó a un mundo irreal.

Sus palabras...

Sus caricias...

Sus besos...

Se sentía como una verdadera mujer y sus sentimientos florecían hacia una única dirección... y de repente:

—Tendremos que ser discretos, amor mío —susurraba mientras dejaba un reguero de besos húmedos por su cuello—. Te buscaré un alojamiento cómodo y dispondrás de lo que quieras. Seré generoso contigo y a cambio te visitaré cada vez que pueda.

Zoe palideció ante sus palabras. ¿Qué le estaba proponiendo? La humillación al comprenderlo la bajó de las nubes y se apartó asqueada.

—¿Zoe? —preguntó ante su mirada—. ¿Qué ocurre?

Ella continuó avanzando hacia atrás, herida de muerte.

—No me puedo creer lo que acabas de proponerme. ¿Dónde está ese caballero que dices ser? ¿Dónde? —alzó la voz.

—Zoe... —susurró dando un paso hacia ella.

—No, ¡déjalo! —exclamó levantando la mano en cuanto se percató de sus intenciones.

No lo quería cerca nunca más.

—Zoe, por favor, sé razonable.

—¿Razonable dices? Aplícate el cuento porque ni muerta consentiría ser tu amante, ¿lo oyes? ¡¡Jamás!!

Fue a abrir la puerta cuando de improvisto esta se abrió, dando paso a Harry y a una noticia que les iba a dejar perplejos.

—Excelencia, hay otra visita.

—Ahora no, por Dios —se expresó con impotencia. Debía hablar con ella y tranquilizarla. No atender visita alguna.

¿Cómo fue tan estúpido?

—Lo siento, mi señor, la visita no es para vos, sino para la señorita.

—¿Cómo? —preguntaron a la vez.

—Sí —afirmó como si nada—. El coronel Morrison está esperando en la entrada.

La primera en reaccionar fue ella.

—Alabado sea el Señor.

La tensión creada en el ambiente la hizo hablar en voz alta.

A continuación, suspiró aliviada y se apresuró a ir en su busca. Desde luego que había llegado en el momento preciso.

Nick, por el contrario, se maldijo por su mala suerte. Aun así, siguió sus pasos, convencido de que no la dejaría marchar así como así. Pondría los impedimentos necesarios porque solo bajo su amparo estaría segura. Convencido de seguir con el rol de protector que él mismo se asignó, dejó atrás incluso la orden expresa de su todopoderosa madre.

Se ató fuerte el batín y salió de la biblioteca con la determinación de lo que se hacía dibujada en su cara.

—¿Coronel Morrison?

Zoe lo examinó temerosa. Ahora que por fin lo habían encontrado, ¿qué pasaría? ¿Les ayudaría como insinuó su querido padre en la carta que les dejó?

Los nervios y la desesperación se alojaron en ella.

—¿Usted es el coronel Morrison? —volvió a preguntar extrañada.

Aquel hombre parecía estar en trance y se limitaba a mirarla embobado. Algo que a Zoe la inquietó.

«¿Por qué me mira con esa intensidad?». No entendía su reacción. Parecía como si hubiese visto un fantasma.

—Eres igual que tu madre —se atrevió a decir ensimismado.

Nick presenció la escena con estupor. Le conocía. Habían coincidido en alguna recepción y su porte fue siempre excelente. ¿Qué ocurría?

Interiormente se alegró. La evidencia le anunció que ella nunca recibiría la protección de un hombre que parecía no estar en sus cabales.

Un punto a su favor. La necesidad de retenerla le nublabla la razón.

—He cabalgado hacia aquí desde Fort Laramie, en cuanto me ha llegado el mensaje. Todavía no me lo creo.

El apuro de Zoe iba en aumento.

—¿Cómo están tus padres?

La cara de ella se inundó de pena.

—Han fallecido.

—¿Por qué hablas con este señor de nuestros padres? —se escuchó a Zac que bajaba las escaleras.

El coronel desvió la mirada hacia él.

—¡Vaya! Y tú eres igual que tu padre.

—¿Conocía a nuestros padres? —preguntó incrédulo el muchacho.

La respuesta se la dio su hermana.

—Zac, esta es la persona que buscábamos.

—¿De verdad es el coronel Morrison?

—Para vosotros Alan, por favor.

Nick carraspeó incómodo.

—Coronel, estos son mis invitados y...

De pronto el aludido se percató de la indumentaria que llevaba el duque, e incluso del lugar en el que habían estado a solas. Torció el gesto y regresó al mundo real.

—¿Y qué clase de anfitrión es para permitirse comprometer a esta dama?

—¿Cómo dice?

—Acabo de llegar y le veo vestido así. Además, ¿cómo ha consentido permanecer dentro de una habitación los dos solos sin carabina? Buen Dios, usted es un hombre soltero. ¡Exijo una explicación!

Nick tragó apurado y se vio en una difícil situación. Si por un momento llegó a pensar que no se iba a preocupar mucho, ahí tenía la respuesta, confundiendo considerablemente.

—Esta es mi casa y no pienso dárla.

—No me esperaba este comportamiento de usted. De veras que no.

—Mi comportamiento los ha salvado en más de una ocasión, coronel, para que lo sepa.

—Muy bien, pues le diré que no hace falta que lo siga haciendo. A partir de ahora ellos son responsabilidad mía —sentenció.

—Será si quieren irse —se mofó—. No le conocen de nada y...

—Claro que vendrán. —Miró a ambos y añadió—: Si han venido a buscarme es porque necesitan protección, así lo acordamos su padre y yo, y soy un hombre de palabra. No temas, Zoe

—la tuteó con cercanía—. La primera impresión puede que te haya llevado a equívocos, pero velaré por vosotros como si mi vida dependiera de ello. Hubo un tiempo en el que vuestros padres y yo tuvimos una relación muy especial. Ya os lo contaré cuando estemos en mi casa. Solo deciros que estáis en las mejores manos.

—Eso es una ofensa —replicó Nick furioso—. De no ser por mí habrían dormido en la calle. Qué menos que reconocérmelo.

El coronel le echó una mirada heladora.

—¿Reconocérselo? La impresión que me da es que su intención es aprovecharse de una muchacha indefensa... si no lo ha hecho ya. Y quiero que le quede claro que en el caso de que haya sido así exigiré su compromiso. Un hombre de sus características está obligado a hacerlo.

Zoe intervino. Por nada del mundo aceptaría un compromiso para salvaguardar su virtud mancillada. Oh, no, nada de eso.

—Por favor, Alan —le habló de tú a tú—, no hace falta exigir algo que no ha pasado. Vámonos —le apremió—, siento verdadera curiosidad por saber por qué nuestros padres confiaron tanto en usted.

Nick dio un paso hacia ella.

—Zoe, ¿de verdad piensas irte?

Al coronel no le gustó la manera de referirse a ella.

—Por supuesto —sentenció la joven—, su misión de protegernos ha finalizado, excelencia. Ya no seremos su problema. Zac, vámonos.

—Zoe, por favor... —insistió Nick.

El oficial se interpuso entre los dos, cortándole el paso.

—Ya la ha oído. No son su problema. Venga, muchacho, vayámonos de aquí.

## CAPÍTULO XXI

Liam Mayer, junto a los hombres de Trevor Jones, decidió actuar en consecuencia una vez que perdieron la pista de los escurridizos hermanos. ¿Qué hicieron? Pues tirar del único hilo del que disponían, viajando a Sant-Louis para indagar acerca del paradero del coronel Alan Morrison. Debían de cubrirse las espaldas, y si existía una mínima posibilidad de que los hermanos acudieran en su ayuda, allí estarían, aguardándoles, aunque la jugada no resultó la esperada. El tal coronel no se encontraba en casa. Eso fue lo que le confesó una de sus criadas tras abordarla, de manera que pareciera casual, hasta conseguir ganarse su confianza. Las armas de seducción de Liam eran infalibles y consiguió la ansiada información en un encuentro íntimo. Jugando bien sus cartas mientras se turnaban para hacer guardia a las afueras de la casa del coronel.

La espera, finalmente, tuvo su recompensa en el instante en el que los hermanos se dejaron ver delante de su puerta. Además, reconocieron a la persona que los acompañaba. Uno de los hombres que jugó una partida de naipes con él en la posada.

—Vaya, vaya, esto se pone interesante.

Tal y como supuso no admitieron la entrada de ninguno de los tres y los vio esperar no supo muy bien qué.

La calle concurrida, y que fuera de día, les terminó perjudicando. No podían arriesgarse y, aunque ellos les superaban en número, tendrían que esperar a que la oportunidad de atraparles se le ofreciera en bandeja. Es por eso que de momento se limitaron a seguirles, descubriendo que dejaban los caballos, y se subían a un carruaje cerrado, para después emprender la marcha hacia una casa de campo que a Liam no le dio buena espina. Quien fuera el dueño debía de ser alguien demasiado importante y aquel detalle no gustó a ninguno.

Lo que creyeron un encargo demasiado fácil se iba complicando a cada paso que daban.

Las sorpresas no quedaron ahí y la cara del truhan se transformó en cuanto vio, con sus propios ojos, al hombre que salió poco después en batín. Un hombre que asimismo conocía y que, ahora, se daba cuenta de la relevancia que tenía.

—Un momento, ¿qué hace? —interrumpió sus pensamientos.

La sorpresa dio paso a un amago de sonrisa en cuanto presenció la dantesca escena de cargarla sobre el hombro y meterla a la fuerza en la majestuosa casa.

—¡Vaya! —silbó sorprendido—. Bueno, por lo menos sabemos dónde están. Tendremos que hacer nuevos turnos. En cuanto salgan solos los atraparemos.

A ninguno se le ocurrió protestar.

A la mañana siguiente, en el turno de Liam y el que lo contrató...

—¿Y ahora qué demonios pasa? —se maldijo en voz alta al presenciar otra nueva escena—. ¿A dónde se supone que van? Parece como si estuviésemos jugando al gato y al ratón.

Ambos permanecieron atentos a los acontecimientos, a la vez que veían a un hombre salir, acompañado de los escurridizos hermanos. Una vez en la calle se subieron en el coche de caballos que esperaba, y se alejaron calle abajo.

—Temo equivocarme, pero ese hombre debe ser el coronel Morrison y me preocupa la prisa

que se ha dado en venir a buscarlos. Esto se pone cada vez más feo.

—Entonces tendremos que actuar rápido —se manifestó el otro—. Trevor no querrá ninguna complicación y esta gente es demasiado poderosa. Hay que interceptarles antes de que lleguen a otro lugar y puedan decir por qué salieron huyendo del rancho.

—¿Estás loco? No podemos actuar a la ligera. Es demasiado peligroso y estamos los dos solos.

—Lo sé, aunque esos condenados no pueden hablar. ¿Estás con nosotros o no? Piensa que, si todo sale según lo planeado, te embolsarás una suma importante de dólares.

Liam lo miró y se pronunció.

—Vamos, ¿a qué estamos esperando? No será tan difícil abordar a un viejo, a un crío y a una mujer indefensa.

Mientras tanto, en el interior de la casa del duque...

Nick subió las escaleras, con la cara contraída por la ira, y se adentró en sus aposentos. Ni siquiera necesitó del servicio de Harry y no tardó en bajar con el rostro indignado, fuera de sí, incapaz de olvidarse de lo que acababa de suceder en su casa, delante de sus narices.

Plantarse en casa de aquel patán le apremiaba, Zoe no estaría segura con nadie excepto con él.

No le importaba que hubiese encontrado a la persona que buscaba...

Tampoco si hacía lo correcto o no...

Y ni siquiera que podría aumentar el escándalo que corría de boca en boca...

¡Le daba exactamente igual!

Se dirigió hasta el establo con el tesón reflejado en su cara, montó en su caballo, y emprendió el camino a galope.

Sí o sí, Zoe volvería a estar bajo su techo y su protección. Fin de la historia.

El carruaje cruzaba el puente Eads sobre el río Misisipi. El día amaneció con un aire desapacible y, si a eso le sumábamos, que aquella zona era la menos transitada, no había que ser muy listo para saber que el momento de actuar era ese. Azuzaron los caballos y no tardaron en darles alcance. Un detalle que a los ocupantes del interior les pasó por completo inadvertido. Primero porque las cortinas las tenían echadas, y segundo porque la atención la tenían en examinarse con prudencia.

Llegaron a una conclusión. Una vez que estuvieran en casa alojados, sería la ocasión para entablar una conversación acerca de los motivos que les incitaron a buscarle, por un lado; y él a hablarles de la estrecha relación que les unió a sus difuntos padres, por el otro. Cuando, de repente, el carruaje se paró y escucharon una especie de forcejeo y un golpe seco.

¿Qué ocurría?

El coronel apartó la cortina a un lado y se quedó paralizado. La visión de dos desconocidos acercándose fue la razón. No entendía el extraño proceder de esos hombres.

—Vosotros dos, bajad de inmediato.

La cara de los hermanos palideció. Aunque los rufianes tuvieron la deferencia de taparse parte de la cara, reconocieron la voz inconfundible del capataz de Trevor Jones.

«Pues sí que tenía intención de seguir adelante con su macabro plan, sí».

El primero en reaccionar fue el coronel, se levantó del asiento y se interpuso entre los hermanos en un gesto de protegerles. Aunque mucho se temía que, como su instinto infalible le indicaba, aquellos forajidos bien podrían ser los causantes de que los hijos de sus queridos amigos, precisaran de su ayuda. La anómala situación así lo indicaba, por lo que decidió actuar en consecuencia.

—Señores, esto debe de tratarse de un error. ¿Qué buscan?, ¿dinero?

—¡Cállese, viejo! —exclamó Liam en un arrebato. Cuanto antes terminaran con la misión, mejor—. ¿No habéis oído a mi compañero? Bajaos de una vez.

—Tranquilos, muchachos —volvió a hablar el oficial—. Soy un hombre poderoso y como tal, puedo ofrecerles dinero a cambio de que nos dejéis seguir con nuestro camino. ¿Qué decís?

Liam abrió la puerta del carruaje y, asíéndolo de la pechera, bajó al coronel. Lo recibió con un puñetazo sobre el costado.

—¡He dicho que te calles, viejo! —De seguido apuntó con la pistola a Zac y añadió—: Bueno, ¿bajas o qué? No tengo tiempo que perder y una fabulosa recompensa me espera.

Los dos hermanos no tuvieron otra opción. De sobra sabían lo que podría suceder si no colaboraban. Aquella gente sin escrúpulos no cejaría en su empeño de devolverles al infierno que les estaría esperando en el instante en que regresaran a casa, y sabían que matarían a quien intentase interponerse en medio. Así que bajaron del carruaje a la espera de nuevas órdenes.

—Yo llevaré a este encanto —se jactó Liam agarrando de la mano a Zoe y tirando de ella.

La furia del coronel provocó que reaccionara en el acto, se llevó las manos hasta el revolver, pero ni siquiera le dio tiempo a desenfundar.

—¿Qué haces, viejo? —le increpó—. Pareces empeñado en que te matemos... Aunque quizás debamos hacerlo, ¿no Liam? Lo mejor es no dejar cabos sueltos.

—Hazlo y vámonos —sentenció como si nada.

—Nooooooooo.

El grito inconfundible de Zoe, acompañado de un disparo, llegó a oídos de Nick. Estaba dándoles alcance y supuso que algo andaba mal. Realmente mal. El campo de visión se agrandó y a lo lejos pudo apreciar el carruaje del coronel y a este malherido sobre el suelo. De los hermanos nada. Ni rastro de ellos. Lo que hizo que se alarmara, porque no tenía ninguna pista de dónde ni quién podría tenerlos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó bajando del caballo mientras daba gracias porque estuviera consciente. Con rapidez se quitó la chaqueta y con ella taponó la herida de bala.

—Eran dos —susurró el hombre tirado sobre el suelo.

—¿Dos?

—Sí. Los han cargado en sus caballos. Ve, muchacho —le apremió con urgencia—, ve tras ellos y devuélvemelos sanos y salvos. Te lo suplico.

La súplica en aquella mirada a Nick lo desarmó. Sí que debían de ser importantes para él.

—Los traeré —aseguró sin dudar—. Se lo prometo, coronel.

Nick miró hacia atrás y respiró aliviado. Tyler avanzaba en su dirección y bien sabía Dios que lo necesitaba.

—¿Qué sucede? Estaba en el establo y te vi salir al galope.

—No hay tiempo. Subidlo en el carruaje y llévalo a casa. En cuanto pueda iré —ordenó con precisión a su amigo y al conductor.

Ahora que lo del coronel estaba resuelto la impaciencia por encontrarlos se convirtió en su



prioridad. Según le advirtió llevaba ventaja, ya que cargar con dos cuerpos sobre el mismo caballo les retrasaría, y él pensaba aprovecharla. De modo que se agarró a la crin del animal y volvió a subir, azuzándolo impaciente a la vez que se fijaba un objetivo. La determinación de saber, de una buena vez, quiénes iban tras ellos le urgía terriblemente, dando por sentado que aquel asunto se acababa de convertir en propio. Tanto Zoe como Zac le importaban y como tal actuaría contra los que osaron importunarles.

Galopó contra el viento y no tardó en descubrirles. Para cuando los malhechores se quisieron dar cuenta él ya les pisaba los talones, y la ayuda de Zac, además, fue providencial. En cuanto se percató de la situación, no lo dudó y empujó con fuerza a su captor. Este cayó con tan mala fortuna que se rompió el cuello.

«Uno menos», pensó Nick despreocupándose, mientras se unía al muchacho, cabalgando a la par en busca del truhan que retenía a Zoe.

Liam volvió a mirar hacia atrás y supo que no tenía nada que hacer. ¿Qué hizo entonces? Pues lo único que podía para salvaguardar su pellejo.

—Volveré a por ti, muñeca, otra vez será.

Dicho lo cual, y sin inmutarse, la dejó caer contra el suelo. Después siguió con su huida.

Tal y como creyó no le siguieron. Y no lo hicieron porque la única prioridad era Zoe. Ambos se encontraban enloquecidos de preocupación tras verla caer.

Bajaron de los caballos, a la par, y se acercaron con el miedo dibujado en sus rostros.

—Zoe, Zoe.

La pobre muchacha yacía inconsciente.

—¿Está bien? —quiso saber su hermano con lágrimas en los ojos.

—Sí, Zac. El golpe la ha dejado sin sentido, pero respira —le tranquilizó para hacerse cargo de la situación como ya era costumbre—. La llevaré a casa y allí se recuperará.

Con suavidad la cogió entre los brazos y con la ayuda de Zac la subieron a la grupa. De seguido Nick la acompañó, la abrazó con ternura, y dieron media vuelta.

En el camino de regreso se cruzaron con varios viandantes, los cuales no daban crédito a la escena que presenciaron, y el cotilleo, que seguía de boca en boca, se extendió hasta los confines de la ciudad. Un detalle que, precisamente en ese instante, a Nicholas Hawkins ni le molestó. Desoyendo la orden expresa de su todopoderosa madre dispuesto a asumir las consecuencias.

¡Fueran las que fuesen!

## CAPÍTULO XXII

Abrió los ojos desorientada. Zoe yacía en una cama conocida. Los cuatro postes y el dosel ya los había visto con anterioridad, solo que no supo en qué lugar concreto.

Quiso moverse y desistió, un dolor seco se lo impidió. El costado y el brazo derecho le dolían extremadamente.

¿Por qué?

Miró a su alrededor y de pronto el corazón se le paralizó. Nick yacía espatarrado sobre un sillón, y parecía dormir en una posición incomodísima para un hombre de su porte.

¿Cuánto llevaría allí?

Y prestó atención a su aspecto desaliñado.

Barba incipiente...

Ojeras surcando su cara...

Ropa arrugada...

Descamisado...

Y rostro, ¿enojado?, ¿preocupado? No lo sabía, pero ni siquiera el sueño consiguió relajarlo.

Zoe suspiró intranquila, no le gustaba el aspecto que tenía.

¿A qué sería debido?

La respuesta acudió a su mente y recordó la noche que pasó entre sus brazos, además de la proposición de convertirla en su amante y lo demás. Caída del caballo incluida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y quiso desaparecer. No pudo hacerlo. El dolor la mortificó y no la dejó moverse.

—Zac —pronunció mediante un susurro. Jamás consentiría pronunciar su nombre en busca de ayuda. No la de él.

Nick se sobresaltó y abrió los ojos. Verla despierta consiguió, en parte, destensar la preocupación que llevaba dentro. Aunque no le gustó que llamase a su hermano en primer lugar.

¿Qué se esperaba?

—Zoe. —Incorporándose, se precipitó hacia ella. Cogió su mano entre las suyas y la acarició —. ¿Cómo te encuentras?

Una voz gélida le contestó.

—Eso a usted no le importa —apartó la mano y obvió su debilidad y el frío que la atenazó en cuanto dejó de sentirle.

La cara de Nick se convirtió en pura desolación.

—¿Cómo puedes decir algo así? Me importas demasiado.

—¿Tanto como para convertirme en su amante? —lanzó envenenada.

—Zoe, por favor, yo...

—¡No! —Se tragó las lágrimas. No lloraría delante de él, no le daría el gusto—. ¡No diga nada! Bastante ha dicho ya.

Nick retrocedió confundido. Se llevó las manos a la cabeza y se mantuvo cabizbajo. Dolía verla sufrir y es lo que hacía, no precisamente por las heridas.

Zoe tuvo que ser fuerte, su corazón languidecía de pena y su deber pasaba por recomponerse. El hombre que parecía afligido era el mismo que le arrebató sus sueños de un plumazo, el mismo

que la terminó tratando como a una vulgar dama de compañía, y el mismo que la tenía en el lugar que deseaba.

Su cama. Y bajo ningún concepto lo permitiría.

—Quiero marcharme de su casa —soltó alarmándolo.

Nick se levantó de un salto.

—No puedes, estás convaleciente.

—Lo resistiré.

La decisión en sus palabras le dolió en extremo. Se paseó nervioso por la estancia y volvió a acercarse.

—El coronel Morrison se recupera en esta casa, me he hecho cargo de él y por lo tanto no tienes sitio donde ir.

Ella no se amilanó.

—Entonces será mi hermano el que vele por mí. No le quiero cerca.

En un primer momento Nick palideció. Él solito se lo buscó y no tenía ni la menor idea de cómo actuar.

Sí. Así era. El todopoderoso duque, un hombre inquebrantable y seguro de sí mismo, se veía ante la encrucijada de no saber qué hacer delante de una menuda mujer que con su palabrería y sus cabellos lo tenía desarmado.

«Por Dios, esto no puede ser verdad», pensó atormentado y decidió que, por el momento, le daría el espacio que le pedía. Después ya vería.

—Está bien, Zoe, será como tú quieras.

Un hombre derrotado se dirigió a la puerta, se giró, abrió la boca para añadir algo... y prefirió dejarlo así.

Se marchó dejándola sola, tal y como había solicitado.

Los siguientes días fueron un caos, empezando por otra visita de su madre con un ultimátum, seguida de una nota de Clarice para tomar el té. Además de su hermana April y su empeño en no dejar sola a Zoe, añadido al incesante goteo de cotillas que se atrevían a importunarle sin ser invitados.

Nick se pasaba las horas encerrado en su despacho mientras solventada cada contratiempo, y eran tantos...

A su madre le explicó que aquella muchacha se quedaría bajo su techo hasta que el coronel pudiese regresar a su casa. La duquesa montó en cólera y se impuso. ¿De qué forma lo hizo? Decidió quedarse para que el escándalo se alejara de su querido hijo. No lograba entenderle y bajo ningún concepto aceptaría un nuevo agravio.

La nota de Clarice tuvo su respuesta de inmediato, aceptaba la invitación y tomarían el té, juntos, en el local de moda al que iban los más selectos de la ciudad. Bajo la simple misiva aclaraba su postura. A sus oídos igualmente llegaron los rumores y ella acabaría con los chismes de inmediato, qué mejor que dejarse ver del brazo de su prometido para que no hubiese ninguna duda. La cuenta atrás había comenzado y la boda se vislumbraba como algo cercano.

Aparte de lo que tenía encima, y por si fuera poco, la terca de su hermana se empeñó en visitar día sí, y día también, a Zoe. Su intención era protegerla de habladurías, aunque a él no lo engañaba. Harry fue puesto sobre aviso. Si coincidía con su amigo indio, tendría que ser informado con celeridad.

Y así sorteaba los contratiempos, entre tanto las ojeras se agrandaban en su rostro. Los intentos

de acercar posturas cada vez que quiso verla, le salieron mal. Ella no pretendía recibirle y como tal se lo hizo saber. La amenaza de marcharse sola a casa del coronel, en el caso de que él insistiera, a Nick lo tenía al borde de la locura. Su cara, sus gestos, sus gritos, sus salidas de tono y su desaliño provocaban en el servicio un miedo aterrador. El duque nunca había obrado así y los confundía.

¡Todos culpabilizaron a la muchacha de cabellos raros de la anómala situación!

A finales de semana, después de cinco días interminables, Nick fue informado, a través del mayordomo, de una noticia que no lo dejaría indiferente.

Todo empezó en el salón:

—Excelencia, le traigo el desayuno.

Harry avanzó con la bandeja de plata y dejó el servicio sobre la mesa.

—Gracias, Harry, puedes retirarte.

El mayordomo no lo hizo, en cambio se quedó plantado y, a simple vista, parecía incómodo.

Nick alzó la mirada.

—¿Ocurre algo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Verá, señor... —carraspeó dubitativo—. Creo que debe saber que su huésped se encuentra mejor.

—¿Cómo que se encuentra mejor? —No entendía a lo que se refería.

—Bueno, digamos que bastante mejor.

El duque dejó a un lado el desayuno, enarcó una ceja y soltó el aire despacio, después anunció:

—Suéltalo, Harry.

—Su madre ha salido a hacer una visita —comenzó con la frente perlada en sudor— se ha llevado su carruaje y...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó impaciente—. Ve al grano.

—Su hermana ha creído que el que salía era vos y ha solicitado que le lleven el desayuno a la terraza del jardín.

A Nick le extrañó su respuesta.

—¿Y qué hay de malo en que April quiera desayunar en el jardín? Hoy hace un día soleado.

—Ha solicitado el servicio para dos.

—¿¿Cómo?? —explotó levantándose de un salto—. Te di la orden expresa de que se me informara de inmediato en el caso de que Trueno Veloz y ella coincidieran.

—El desayuno no es con Trueno Veloz, excelencia.

Ahora sí que se perdió, ¿a quién se refería entonces?

—¿Con quién es para que tengas esa cara de agravio? —preguntó más calmado.

—Con su huésped, mi señor.

—¿¿Qué?? —vociferó alterado de nuevo.

La osadía de Zoe de bajar por primera vez, aprovechando que él no estaba, terminó colmando el vaso.

¿O no era la primera vez?

—Harry.

El aludido palideció.

—¿Sí, excelencia?

—¿Ha osado la invitada salir de mi alcoba con anterioridad?

—De hecho, sí —confesó nervioso—. Ayer bajó en compañía de su hermana en cuanto vos se

marchó, creí que se trataba de una simple coincidencia, aunque...

—Está bien, Harry —le cortó con un rictus helado—. Puedes retirarte.

—Sí, excelencia.

El pobre hombre salió disparado, cerró la puerta a su espalda y escuchó un ruido seco de lo que parecía la bandeja contra el suelo.

«Señor bendito, ¿qué le ha hecho esa mujer a mi señor?»

Aceleró el paso y avisó al ama de llaves y a las doncellas. Se avecinaba tormenta y, a menos que solicitaran sus servicios, ellos estarían desaparecidos.

Nick salió del salón como un tropel y avanzó por el pasillo. Parecía un animal enjaulado dispuesto a hacer frente a quien pretendiera importunarle. Algo que por supuesto no sucedió. Atravesó la estancia y a sus oídos le llegaron las risas de las damas que tan bien conocía. Una la de su hermana, y la otra...

La otra la de una arpía que seguía haciendo de las suyas.

¡Se iba a enterar!

Llegó a la cristalera que daba al jardín y se quedó paralizado. La visión que se le ofrecía le enterneció el corazón.

Permanecía sentada, llevaba un vestido de su hermana (el cual le favorecía mucho), y el aspecto relajado y jovial le hicieron olvidarse, por un instante, del enfado monumental que lo catapultó hasta allí. Su aspecto se asemejaba al de una diosa e irradiaba belleza por los cuatros costados.

¡Maldición!

Su cuerpo se manifestó y lo dejó en evidencia.

«¿Acaso no soy capaz de controlar mis instintos más bajos?», se regañó para recobrar el sentido común.

La escena del día anterior, tomando té con Clarice, le devolvió a la cruda realidad consiguiendo que su virilidad se relajara.

Abrió la cristalera y las risas cesaron de inmediato al verse descubiertas.

—Nick, qué sorpresa —se adelantó April un tanto desconcertada—. Pensé que...

—¿Que había salido? —soltó sin apartar la mirada de una Zoe descompuesta—. Pues no, ha sido nuestra madre la que lo ha hecho y ahora, si me disculpas, déjanos a solas. Tengo que hablar con Zoe.

Una April nerviosa quiso evitarlo.

—No.

—¿No? —se pronunció con burla—. ¿Y por qué no, si puede saberse?

—Porque no puedo dejaros a solas, y porque ella no quiere hablar contigo —aclaró con la espalda erguida.

Nick soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que estás en la condición de inmiscuirte en mis asuntos?

Aquello era el colmo.

—Solo me limito a ayudar a una amiga —contraatacó convencida.

Nick no pudo más y estalló:

—He dicho que nos dejes solos.

El tono frío a April la pilló desprevenida. Pocas veces su hermano perdía las formas con ella.

—Pero, Nick...

—¡Ahora! —la cortó tensando la mandíbula.

April desistió o terminaría lamentándolo.

—Lo siento, Zoe —susurró a modo de disculpa.

Se levantó de la silla, tiró de malos modos la servilleta encima de la mesa y se marchó sin molestarse en despedirse.

El silencio que los envolvió resultó demasiado incómodo, aunque Nick no tardó en hacerlo desaparecer.

—¿Me puedes explicar a qué demonios juegas?

La pregunta, a ella la pilló desprevenida, dio un respingo y, aunque no le quería dirigir la palabra, no pudo morderse la lengua.

—Su pregunta me ofende, no estoy jugando a nada.

Ella y su desesperada terquedad, ¿por qué seguía empeñada en tratarlo con formalismos?

Odiaba que lo hiciera.

—Vaya si lo hace —arremetió poniéndose a su altura—. La ilustraré, si no es capaz de darse cuenta.

Zoe lo interrumpió sin miramientos.

—No se moleste, quiero desayunar con tranquilidad y su presencia me quita el apetito.

Nick echó chispas por los ojos y decidió actuar. Se sentó en una de las sillas y se sirvió un café con deliberación.

—Da la casualidad de que no he desayunado, así que, si en verdad mi presencia le quita el apetito, aprovecharé para tomarme el suyo.

Zoe observó cómo cogía una tostada y se la llevaba a la boca.

La parsimonia empleada obró el efecto deseado, provocándole a la otra parte un desconcierto total.

Zoe entonces resopló y decidió cambiar de táctica. Tiró la servilleta con la intención de marcharse y se quedó anclada al escuchar:

—Ni se te ocurra —la avisó desafiándola con unos ojos que asustaban.

Aun así, Zoe peleó como una gata.

—Usted no es nadie para decirme lo que tengo que hacer, ¿no le parece?

Nick sonrió.

—¿Eso crees?

—Por supuesto.

La calma, de pronto, voló por los aires.

—¡Se acabó! ¡Vas a escuchar lo que tengo que decirte sí o sí! Te he dado el espacio que pediste, pero has mermado mi paciencia. No entiendo tu comportamiento y exijo una explicación.

Un sorprendida Zoe tardó en recomponerse, pero una vez que lo hizo, sacó a paseo su lengua viperina.

—¿Una explicación dice? ¡Ja! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Quién se cree que es?

¡¡¿Cómo?!!

El duque se levantó de un salto y puso las manos sobre la mesa. La vena del cuello la tenía dilatada y el rictus de su cara volvía a ser aterrador.

—¿Que quién me creo? —alzó la voz fuera de control, y se puso a enumerar—: Soy el que te ha salvado en más de una ocasión. Soy el que ha velado por tu seguridad. Soy el que te ha permitido adentrarte en la tribu. Soy el que te ha acogido en esta casa a riesgo de las habladorías. Soy el que duerme en una de las alcobas de invitados porque la mía es la que tiene más comodidades... ¿Y te atreves a menospreciarme bajando cuando piensas que no estoy? ¡Vamos,

Zoe! No puedes pretender que me quede de brazos cruzados cuando ardo de preocupación. Ni siquiera has consentido que te visite después de lo que he hecho por ti.

La joven enmudeció. Tenía razón, solo que no lograba apartar a un lado lo que tanto le dolía.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y bajó la mirada en un afán desesperado por recomponerse.

Él no debía advertir su vulnerabilidad o estaría perdida.

—¿Zoe?

El tono furioso fue reemplazado por uno suave y lleno de preocupación.

Al no contestar se acercó y se arrodilló a sus pies.

La desolación se apoderó de él. Las lágrimas caían sobre sus bonitas mejillas y él era el culpable.

Se odió y, aunque ardía en deseo de acunarla contra su pecho, no se atrevió a hacerlo. En ese instante ella era impredecible.

—Zoe —volvió a susurrar atormentado—. ¿Estás bien?

La respuesta de la muchacha afligida no tardó. Se secó las lágrimas y dijo con pesar:

—Lo estaré. —Dejó escapar un suspiro y se enfrentó a él—. Ahora, si me disculpa, me gustaría retirarme a una de las alcobas de invitados. No quiero importunarle y no soy nadie para apartarle de su lecho.

En efecto, no era nadie... aunque él deseara que lo fuera todo en su vida.

—Seguirás en mi cama, Zoe. He discutido con mi madre por alojarte en ella y ni siquiera me importa. Dispondrás de las mejores comodidades hasta tu completa recuperación. La caída del caballo podría haberte matado.

La preocupación hacia ella se evidenciaba en cada gesto, arruga, incluso en la súplica en sus ojos. Pedía una tregua entre ellos, pero Zoe era lista y sabía que, de aceptarla, la volvería a tener donde quería.

En su alcoba, en su cama y, obviamente, con él a su lado.

¡Ni hablar!

—Nicholas —pronunció su nombre con la intención de seguir manteniendo las distancias a pesar de lo mucho que le costaba hacerlo. Y se regañó por la necesidad de acariciar su atractivo rostro—, no quiero ser la causa de ninguna discusión. Sé por April que la duquesa se aloja aquí para acallar rumores, y le prometo que en cuanto Alan pueda irse se acabarán sus problemas.

La ofuscación en Nick no tardó en regresar.

—¡Alan! ¡Alan! —bramó levantándose de su lado—. Acabas de conocerle y osas dirigirte a él por su nombre. ¿Acaso no percibes el daño que me haces? Además, tú puedes ser muchas cosas, pero desde luego no eres ningún problema.

La oportunidad de alejarse de él, antes de que fuese demasiado tarde, la acababa de encontrar. ¿Y qué hizo entonces?

Pues aprovecharla.

—En lo referente a que puedo ser muchas cosas tiene razón, pero no se le olvide, nunca, lo que jamás conseguirá.

—¿De qué hablas?

—De la negación a convertirme en su amante.

Nick, tras la aclaración, cometió el error de dejarse llevar por su mal genio. Aquella condenada no aprendía y seguía afanada en herirle en lo más hondo de su ser.

¡No se lo iba a consentir otra vez!

Volvió sobre sus pasos, la agarró sin delicadeza alguna de los brazos, y la levantó de la silla.

—Pues —gritó en su cara al borde de la locura—, lo quieras o no, ejerces como tal. Duermes en mi lecho, comes mi comida, mañana mismo te llevaré a la modista y te compraré los vestidos que a mí me agraden... Solo falta que calientes mi cama cuando lo precise y, antes o después, volverás a hacerlo. No te quepa la menor duda.

La rabia de Zoe actuó, levantó la mano y le propinó una sonora bofetada.

—Lo odio, odio el día en el que le conocí.

—Ah, ¿sí? —continuó gritando mientras la sacudía con violencia—. ¿Tanto odio me profesas que no consientes agradecerme que te salvara de la violación de varios indeseables?

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —le increpó tuteándole con los ojos anegados en lágrimas.

Solo que Nick acababa de perder la razón.

—¿Qué pasa aquí?

Por fortuna Trueno Veloz hizo acto de presencia en ese instante. Los gritos se escuchaban en toda la planta de abajo.

Al ver la escena el indio abrió los ojos desorbitado.

—¡Trueno Blanco! —exclamó incrédulo—. Suéltala de inmediato.

Fue oír cómo se dirigía a él y conseguir volver en sí. Se apartó y se miró las manos de manera vergonzosa.

«¿Qué es lo que he hecho?»

—Yo... —titubeó arrepentido—. Lo siento.

Zoe no soportó permanecer en la misma estancia que él, se recogió el vestido e intentó echar a correr. Le urgía desaparecer, solo que no pudo hacerlo. Sus piernas temblaban y tuvo que sujetarse para no caer.

—Tranquila, Cabellos Rojizos —intervino el indio para calmar la desazón que la envolvía—. Todavía estás débil y son demasiadas emociones.

Miró a Nick y se compadeció de él.

«Estos dos van a terminar muy mal parados», pensó. A continuación, se acercó a Zoe, la cual seguía inmersa en un ataque de histeria, y cortó de raíz la situación.

—Te llevaré arriba, tranquila.

Ella asintió y dejó que la cogiera en brazos. Se refugió en su pecho y no se dio cuenta de que, con aquel gesto, acababa de romper el corazón de Nicholas.

No tardó en escucharse cómo otra bandeja del desayuno volaba por los aires y se estampaba contra el suelo.

Ese mismo día, avanzada la tarde, el servicial Harry se atrevió a entrar en la biblioteca, el lugar en el que, un Nick completamente borracho, daba cuenta de otro trago de *brandy*.

—Mi señor, he de informarle de algo que acaba de ocurrir.

Este levantó la cabeza y Harry dio un paso atrás.

Su amo tenía los ojos enrojecidos, ¿habría llorado?

—¿Qué es esta vez? —consiguió decir arrastrando las palabras.

—La señorita Zoe y el señorito Zac han abandonado la casa.

El alcohol ingerido, sumado a la noticia, fueron los causantes de que Nick dejara caer la cabeza contra el escritorio. De seguido se quedó dormido.



## CAPÍTULO XXIII

*Varios días después...*

Nick revisaba la correspondencia en su oficina y lo hacía distraído. Llevaba dos semanas en un estado alicaído y la sensación de derrota era abrumadora. Durante esos días se limitó a ser un inconsciente. Se despertaba a la hora de comer, atendía los compromisos que no podía obviar y por las noches desahogaba sus penas en el *club*. Bebía, fumaba y jugaba a las cartas con una temeridad absoluta. Tanto era así que Trueno Veloz y Tyler no lo dejaban solo en ningún momento. La espiral autodestructiva en la que entró lo llevaba a insistir en meterse en peleas o lo que era peor, parecía afanado en retar a duelo a quien estuviera dispuesto a enfrentarse con él...

La situación empezaba a ponerse seria de verdad y sus amigos temieron por su vida.

¿Tanto le afectó que cierta dama rehusara su protección?

De pronto un sobre llamó su atención.

¡Qué extraño!

El nombre del coronel Morrison rezaba en el remite y Nick se olvidó del resto de cartas que esperaban ser abiertas.

Abrió el sobre con decisión y se dispuso a averiguar qué es lo que querría decirle.

Empezó a leer:

*Estimada excelencia.*

*Está invitado a la fiesta que tendrá lugar el sábado en homenaje a mi pupila. Todavía estoy convaleciente, pero me veo obligado a actuar de algún modo. Los rumores en torno a Zoe cada vez son más escabrosos y, tal y como acordamos, haré cuanto sea posible para buscarle un esposo que la haga feliz. Sé que resultará complicado, las malas lenguas han conseguido que la repudien en cualquier evento ya sea público o privado y mucho me temo que será una fiesta a la que apenas acudirá algún invitado. El escándalo que se cierne sobre ella así lo presagia y debido a ello me veo en el compromiso de invitarle. El culpable de esta situación es usted y, por lo tanto, si en verdad es un caballero, aceptará esta invitación. Es la única posibilidad de que Zoe no sea humillada en su propia fiesta, de sobra sabemos cómo funcionan las reglas de la sociedad y nadie se atreverá a asistir si no lo hacen los nobles más importantes que estén aquí. Es ahí donde entra usted, Nicholas. Su presencia augurará un éxito desbordante y nadie se querrá perder la posibilidad de agrandar el rumor acerca de su insolente comportamiento desde que tuvo la osadía de meter en su casa a una joven soltera. Si en verdad la ha apreciado alguna vez, haga el favor de aceptarla. Se lo debe, ¿no cree?*

**Atentamente:**

**Alan Morrison**

El remordimiento lo asoló. Estrujó el papel con saña y lo tiró, mientras recordaba la conversación que tuvieron el día después de que los hermanos desaparecieran de su vida...

—Mi mayordomo me ha informado de que desea verme, no sé si es una buena decisión. Todavía está demasiado débil.

—No importa mi debilidad —habló el coronel con un gran esfuerzo—. Sé lo que sucedió ayer —anunció directo al grano.

—¿Quién se lo dijo?

—Zoe. No sé qué habrá sucedido entre ustedes, pero vino a pedirme permiso para hospedarse en mi casa.

—Hubo un malentendido y...

—No —le interrumpió. No quería que sus fuerzas flaquearan y no perdería el tiempo—. Nicholas, me da igual todo lo que no esté relacionado con ella, simplemente he pedido verle para que sepa que cuidaré de los dos como si se tratase de mis hijos. No soy idiota y sé que Zoe le importa, me lo demostró cuando le pedí que fuera en su busca. Le agradezco su esfuerzo por mantenerla a salvo, también por hacerse cargo de mí. Y ya. Hasta ahí.

—No le entiendo.

El coronel respiró con dificultad y añadió:

—Lo que trato de decirle es que he dispuesto lo necesario para que mañana mismo me trasladen a mi casa, con ellos. Y lo que trato de decirle es que no exigiré ningún tipo de responsabilidad hacia usted.

Nick se irguió incómodo. No le gustaba el cariz que tomaba la conversación.

—¿Responsabilidad? —bramó enojado—. He velado por ellos como si fuesen de mi familia.

—Nicholas —le volvió a cortar increpándole—, sabe muy bien al tipo de responsabilidad a la que me estoy refiriendo. Y que le quede claro, si voy a dejar el asunto tal cual, es porque ella me lo ha pedido así. No me tome por imbécil, excelencia, lo único que le pido es que se aparte de ella y no vuelva a importunarla.

—¿Importunarla? —gritó desorbitado—. Ni se me ocurriría hacerlo, ayer se marchó sin despedirse; y por si no lo recuerda, mi boda se celebrará en Londres en unos meses.

—Bien —asintió conforme—. Sé que es un hombre de palabra y por lo tanto no interferirá a partir de ahora. No se preocupe, será difícil, pero le conseguiré un buen esposo.

«¿Esposo?». La sola idea de verla acompañada de cualquier hombre le removió las entrañas.

Solo que él no era nadie en la nueva vida que le esperaba. Nadie.

—Me parece bien —se escuchó decir en un tono melancólico—, merece ser feliz.

—Todavía no hemos hablado del por qué han venido en busca de protección, y mucho me temo que debe de estar relacionado con lo sucedido el otro día. En ese aspecto igualmente debe de estar tranquilo. En cuanto esté recuperado me haré cargo de todo.

Nick se limitó a asentir. No era nada fácil verse obligado a permanecer ajeno a un asunto

*que tanto le importaba. Si solo pudiera seguir protegiéndola...*

*¡Maldición!*

*Tras esa conversación, ese mismo día, comenzó a comportarse como un verdadero inconsciente.*

Nick volvió en sí, cogió la pluma y se limitó a aceptar la invitación. Todavía no sabía qué le diría a Clarice para convencerla.

De ningún modo agrandaría el escándalo, y presentarse solo, sin duda sería una absoluta temeridad.

Zoe no se lo merecía, además, sería la oportunidad de zanjar lo sucedido entre ellos, a la vista de todos. Las malas lenguas se olvidarían del chisme en el instante en que llegara acompañado de su prometida. Punto final.

Guardó bajo llave los sentimientos, que últimamente le robaban el sueño, y se dispuso a salir.

¡La necesidad de ahogar sus penas en alcohol, lo acuciaba!

Zoe apenas salía de casa. Sus intentos de adaptarse a la ciudad y a la nueva situación, caían en saco roto. Cada vez que salía percibía las miradas indiscretas y los comentarios malintencionados hacia ella. No estaba acostumbrada a ese tipo de maldad. De donde venía las cosas eran tan diferentes...

En la pequeña aldea se conocían, se apoyaban y se respetaban, al menos hasta que entró en juego el odioso Trevor Jones y su maquiavélico plan en cuanto se quedaron desamparados. Y ahora allí estaba, en una de las grandes ciudades americanas en las que el lujo, las reglas de caballerosidad y los chismes, parecían ir de la mano. Venir de una simple granja no le ayudaba, y la sensación de ser engullida por gente que ni conocía, desbordaba sus ánimos. Para colmo de males, y si no parecía suficiente, verse obligada a tomar la decisión de mantener las distancias con el innumerable la tenía en una tristeza absoluta.

«Tengo que ser fuerte, en cuanto Alan esté bien arreglará nuestra situación y volveremos a casa», se decía una y otra vez. Aunque claro, la perspectiva de hacerlo tampoco conseguía levantarle el ánimo.

Para bien o para mal su vida cambió el día en el que Nick se cruzó en su camino. Sus pensamientos siempre se encaminaban en una única dirección. Nick, Trueno Blanco, Nicholas... y su sufrimiento era continuo. Por ese motivo, el día que April la acompañó a la modista en busca del vestido ideal, los sentimientos encontrados se desataron al darle la noticia de que su hermano asistiría a la fiesta de presentación que Alan, con ahínco, le preparaba.

¿Con qué intenciones iría? La pobre muchacha era un manojo de nervios y, por más que lo intentaba, no conseguía olvidarse de cada rato vivido junto a él, atormentándose hasta el delirio ante la evidencia de que su corazón le pertenecía...

¡Estaba perdida! Aunque de sobra era conocedora de que ese amor resultaba imposible.

Y así, entre pensamientos varios, pasaron las semanas y el día de la fiesta llegó.

La homenajeadá lucía una belleza inusual. El vestido verde esmeralda hacía juego con sus bonitos ojos y dejaba a la vista un escote en forma de corazón con ribetes blancos. La seda de la falda le daba un aire majestuoso y el encaje de raso se ajustaba a la perfección. El pelo lo llevaba

recogido en un moño alto y un par de mechones caían como si se tratase de una cascada a ambos lados de la cara. Sin duda brillaba con luz propia, eclipsando a cualquiera de las damas que abarrotaban el salón. No importaba la edad, el color de pelo, los modales exquisitos. Ninguna podría competir de ningún modo con la bonita muchacha que bailaba sin descanso. Una multitud de admiradores esperaba su turno. No se querían perder el favor de una criatura tan hermosa, aunque a las demás damas no les hiciera nada de gracia.

La velada estaba resultando un éxito rotundo a la vista del coronel. No se esperó menos tras ser él mismo el encargado de difundir la noticia de que el duque acudiría en compañía de su prometida. Un “detalle” que no había llegado a los oídos de Zoe, ignorando cualquier rumor malintencionado.

En ese instante su única preocupación pasaba por dejarse llevar por el compañero de baile para no tropezar, o lo que sería peor, darle un pisotón. No estaba acostumbrada ni a ese tipo de fiestas ni, por supuesto, a ser la protagonista entre aquella gente tan refinada e importante, y su instrucción se limitó a esas pocas semanas. Temía hacer el ridículo y dejar en evidencia a su mentor, por ello se esforzaba en complacer a todo aquel que se acercara.

La música cesó en el instante en que la puerta del amplio salón se abrió. Zoe reparó en ese detalle y observó quién entraba con una jovialidad que le resultó encantadora. Una sonrisa iluminó su cara al ver a April seguida de...

La respiración se le cortó en cuanto lo vio.

«Dios, qué hermoso luce», se dijo con el corazón desbocado.

De manera involuntaria dio un paso atrás. Sus piernas parecían no tener las fuerzas suficientes para sostenerla, y creyó que terminaría tendida sobre el suelo. No. No podía alimentar los rumores que se cernían sobre ellos, por lo tanto, se veía en la obligación de apartar cualquier pensamiento inadecuado. La sensatez le decía que siguiese con la fiesta y se olvidase de su presencia, aunque le resultase una verdadera tortura.

—Querida —la llamó Alan apoyado en el bastón que necesitaba para caminar—, acompáñame a saludar a los invitados.

Zoe palideció por dos motivos. Primero en cuanto se dio cuenta de a qué invitados se refería, y después porque acababa de percatarse de la dama que los acompañaba. Esta se había quedado algo rezagada para entregar la capa a una de las doncellas y ahora se agarraba al brazo de Nick con una seguridad que a Zoe le llamó la atención.

¿Quién sería?

Un malestar general se apoderó de ella.

—Excelencia, es un honor recibirle en mi casa —se adelantó Alan agradeciéndole su presencia.

—No me lo agradezca, coronel, es un formalismo que le debía. Por lo que veo ha conseguido lo que buscaba, hacía tiempo que no acudía a un baile tan concurrido en estas tierras.

—Gracias a usted —anunció con una mirada acusadora antes de desviar la atención hacia su acompañante—. *Milady*, es un placer saludarla.

—Lo mismo digo, coronel —contestó mirando con una pose altiva a la muchacha que odiaba sin conocerla—. Vaya, vaya, así que vos sois la persona de la que hablan todos.

Nick carraspeó incómodo.

—Clarice —la advirtió.

—¿Acaso no es cierto, Nick?

April puso los ojos en blanco. Nunca le había caído bien la estirada de Clarice, aunque lo disimulaba. Ahora bien, ella no era ninguna ingenua y supo lo que pretendía. ¡Ridiculizarla!

«Oh, oh», se dijo horrorizada. La cara de Zoe hablaba por sí sola y su amiga entendió lo que sucedía. Se maldijo por ser incapaz de parar el daño que se iba a producir a continuación porque... «No sabe quién es, ¿cómo no se me ha ocurrido hablarle de ella?»

Zoe no pudo pasar por alto el comentario malintencionado, tampoco la forma de dirigirse a él y se quedó paralizada. Todo a su alrededor le daba vueltas y comenzó a indisponerse.

Clarice no se amedrentó, ni siquiera por la advertencia de su prometido, y se dejó llevar por la rabia que crecía en su interior. Nunca consentiría que nadie, y menos una cualquiera, desbaratase sus planes de futuro.

—Querido, ¿haces las presentaciones?

Nick enrojeció de vergüenza. Nunca, en su condenada vida, se sintió tan ruin. La obligación a desenmascarse lo consumía cuando lo único que deseaba era abrazarla y borrar la expresión triste de su rostro a besos.

Lógicamente no podía hacerlo, además, ¿no pretendía justo lo que iba a ocurrir a continuación? Ahí se encontraba el propósito por el que acudió.

—Clarice, te presento a la señorita Evanson.

Se dirigió a ella como si fuese una auténtica desconocida, y Zoe languideció de dolor.

En ese punto, Clarice no tuvo piedad y decidió ponerla en su sitio.

—Soy su prometida. En unos meses se celebrará nuestra boda, y por supuesto está invitada, aunque sea un poco lejos.

Trueno Véloz, que se quedó apartado a un lado a la espera de lo inevitable, dio un par de pasos y se posicionó al lado de una muchacha aturdida y conmocionada y, como él no se regía por ningún tipo de reglas absurdas, se permitió el lujo de posicionarse. La protegería ahora y siempre.

—Cabellos Rojizos, ¿me permites este baile?

Zoe se dejó llevar, ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía, y el indio sintió su temblor al pasarle la mano por la cintura.

—Aguanta —susurró con una orden directa. De un momento a otro rompería a llorar y él haría lo que fuera con tal de ahorrarle una humillación de la que no podría reponerse—. ¿Me has oído? Trágate esas lágrimas, voy a sacarte de aquí.

Entre pasos de baile la condujo hasta una de las puertas que daban a la terraza, la cogió de la mano y la sacó con disimulo. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que no hubiese miradas indiscretas, y la cargó en los brazos alejándose hasta la otra parte del jardín, con el objetivo de que nadie importunara su momento de dolor.

Se refugió detrás de unos setos y se recostó contra un árbol. Cuando pudo prestarle la atención debida, ella lloraba sobre su pecho sin consuelo alguno. En ese instante, de haber tenido a su amigo delante, lo hubiese molido a golpes.

—No lo sabías, ¿verdad?

Zoe negó entre sollozos.

—Está bien, Cabellos Rojizos, llora lo que tengas que llorar. Pero te aviso —le decía acariciando su hombro—, tendrás que reponerte y tendrás que volver a la fiesta, ¿me oyes? Tienes que demostrarle a ese mentecato que tu vida sigue sin él, y ahí dentro tienes la oportunidad de encontrar un buen marido que cuide de ti. ¿Lo entiendes, Zoe?

¿Cómo lo iba a entender? El hombre del que se había enamorado sin remedio, se casaba en unas semanas y ni siquiera tuvo el valor de decírselo. ¿Por quién la tomaba? La usó como un juguete, y dolía tanto...

¿Qué iba a hacer ahora?

Escuchar que dentro podía encontrar un esposo no ayudaba en nada. Prefería mil veces seguir

como la solterona que era, a pasar por un matrimonio que no la haría feliz.

Varios minutos después, al menos dejó de llorar.

—¿Estás mejor?

—No —negó acurrucándose sobre su pecho.

De ser descubierta de aquella guisa, el escándalo sí que la seguiría el resto de su existencia, solo que ella necesitaba la cercanía y el consuelo de aquel hombre que un día creyó un bruto inmundo.

¿Quién lo hubiese dicho cuando llegó a temerle?

De pronto el ruido de unos pasos acercándose los puso en tensión.

—Shhh, no hagas ruido.

No les sirvió de nada. Al parecer alguien se empecinaba en buscar un lugar apartado. ¿Serían una pareja de enamorados?

La cara de Zoe palideció en cuanto descubrió quién osaba buscarlos entre los setos y los matorrales.

¿Qué hizo entonces? Lo ignoró y se refugió en una posición por completo indecorosa. Algo que no gustó a un Nick que presenciaba la escena con el semblante rojo de ira.

—¡Apártate de ella! —rugió acercándose con la idea de arrebatarla de sus brazos.

El consuelo que anhelaba solo él podría dárselo... o es lo que creía.

Trueno Veloz lo fulminó con la mirada.

—¿Que me aparte de ella? —preguntó mostrando la rabia que llevaba dentro—. Tú solo te has bastado para conseguir lo que ves, y te advierto, no consentiré que te acerques, ¿lo oyes?

Nick apretó la mandíbula desquiciado.

—Entonces te la arrebataré a la fuerza —soltó convencido.

Zoe no daba crédito a sus palabras, ¿qué demonios pretendía?

Alarmada por la tensión que desprendía el cuerpo que la sostenía giró el cuello... y abrió la boca sin creerse lo que veía.

¡No puede ser!

Y es que allí, a un palmo de distancia, un Nick enloquecido por los celos se quitaba la chaqueta con una temeridad absoluta. Se preparaba para pelear por lo que consideraba suyo, daba igual contra quién.

## CAPÍTULO XXIV

O intervenía o aquel zopenco se liaría a golpes con el que consideraba su hermano. ¿Tanto le trastornó verla siendo consolada por otros brazos? Además, ¿cómo se atrevía a presentarse con esos aires de posesión? ¡Era el colmo!

—Cabellos Rojizos, voy a bajarte —oyó que le decía.

Zoe pasó de la incredulidad al enfado a una velocidad sorprendente.

—Ni se te ocurra hacerlo, Trueno Veloz, ¿me estás oyendo? —alzó la voz angustiada. Él tampoco atendía a razones y la dejó sobre el suelo. Una ira ciega se apoderó de ellos y ninguno parecía escucharla.

¿Se habían vuelto locos o qué?

«Pues si quieren matarse que lo hagan, no seré yo la que lo impida», se dijo a sí misma, con la intención de dar media vuelta y dejarlos allí.

Se engañó. Bien sabía que no podría hacerlo, ambos le importaban demasiado.

¿Qué se le ocurrió entonces? Interponerse entre los dos sin pararse a pensar en nada.

—¡Basta! —exclamó histérica—. ¿Os estáis viendo?, ¿qué se supone que hacéis?

Por muy incomprensible que pareciera los dos dejaron la hostilidad a un lado y la miraron avergonzados.

—Yo...

—¿Tú qué, Trueno Veloz? Has consentido justo lo que él quería, apartarme de tu consuelo. Y bien sabe Dios que, aparte de mi hermano, eres el único al que se lo permito en este instante.

—Lo siento, Cabellos Rojizos.

Ver a ese imponente indio arrepentido era digno de mencionar.

—No importa —susurró acercándose —, y ahora, por favor, te agradecería que me acompañaras dentro. No quiero agrandar los rumores en torno a mí.

Trueno Veloz le ofreció el brazo y la muchacha se agarró a él, mientras Nick permanecía quieto, estirado como una vara y con el rostro enloquecido a causa de su menosprecio. Lo ignoraba con deliberación y no lo iba a consentir. Alargó la mano y...

La espalda de Zoe se tensó en cuanto la agarró de la cintura para que no se marchara, actuando lo más rápido que pudo, con tal de apartarse de cualquier tipo de contacto con un hombre que carecía de corazón. Bien se lo acababa de mostrar “su prometida”.

Se apartó asqueada y clavó sus fríos ojos en él.

—No te atrevas a tocarme —pronunció con una seguridad pasmosa—. Nunca vuelvas a hacerlo.

La incomodidad de Trueno Veloz saltaba a la vista, era una conversación entre ellos, pero no se movió. Actuaba según las directrices de ella, algo que Nick tuvo que tragarse.

—Zoe, por favor, deja que hable contigo.

—¿Hablar? Yo no tengo nada que conversar con usted “excelencia”. Y ahora, si me disculpa, tengo invitados a los que atender y por supuesto usted no está entre ellos. Si me permite un consejo, dedíquese a acompañar a su futura esposa y olvídense de que existo.

—Zoe, de verdad que...

—No me importan sus palabras, le rogaría que no insistiera. Para mí ha pasado a ser un simple

desconocido.

Dicho esto, dio media vuelta y comenzó a caminar en compañía de un hombre que se dio cuenta de que volvía a temblar.

La seguridad de que nunca se enamoraría de ninguna mujer se agrandó. Gracias a los dioses, tenía claro que las féminas no traían más que problemas. Ahí se hallaba su amigo para corroborarlo, y él podría tener a la que quisiera dentro y fuera del poblado.

La velada continuó después de lo sucedido en el jardín, a la vez que el pésimo humor del duque crecía a pasos agigantados. Tener que presenciar cómo bailaba con un sinfín de hombres diferentes lo enervaba. ¿No se cansaban de esperar su turno? Desde luego que se había convertido en la atracción de la noche, tanto era así que más de uno repetía sin que pareciera importarle los chismes. El solo hecho de saber las intenciones de los que buscaban esposa lo mantenía en un estado enajenado.

¡Maldición! No soportaba la presencia de ninguno de ellos, e incluso le pareció que alguno se arrimaba demasiado. Las ganas de apartarla de la jauría que la rodeaba lo consumían, y ni siquiera la charla distendida del grupo en el que se encontraba conseguía apaciguar los sentimientos encontrados que luchaban entre sí.

Aprovechó que una muchacha del servicio se acercó con una bandeja y cogió una copa de *champagne*. Se la llevó a la boca y bebió el contenido de un trago. Su propósito pasaba por dejar de estar pendiente de quien no debía y, como parecía imposible, terminó recurriendo al alcohol.

—Querido —escuchó a Clarice, la cual acababa de bailar con no sabía quién—, ¿no crees que estás bebiendo demasiado? Esta noche pareces alterado.

La advertencia enmascarada pretendió echarle en cara su falta de atención hacia su persona. Realmente permanecía preocupada puesto que no controlaba la situación y eso nunca sucedió con anterioridad.

¿Acaso “esa descarada” podría ser la causante de que su prometido se comportara así?

Lo que pretendió que fuese un toque de advertencia, se convirtió en justo lo contrario.

—Lo que me faltaba —susurró para que solo ella lo escuchara—. ¿Desde cuándo controlas lo que bebo o dejo de beber?

Clarice se quedó perpleja.

—Nick, por Dios, discúlpate ahora mismo. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

Él la miró arrepentido y actuó como el caballero que era.

—Lo siento, Clarice, no sé qué me ha pasado para hacerlo. Te pido disculpas.

La aludida asintió ocultando la cara de desconcierto debido a su salida de tono. De verdad que no entendía nada y, por primera vez desde que empezaron su noviazgo, se le pasó por la cabeza emplear el consejo de su madre. Si alguna vez debía ejercerlo, sin ninguna duda era esa. Ella podía ser una ingenua en muchos temas, pero no tonta, y la prueba de ello la tuvo en cuanto él alzó sus ojos hacia la pista de baile mostrando un gesto tenso. ¡En fin! Sacaría sus armas y dejaría que la sedujera, al fin y al cabo, se iba a convertir en su esposa, así que era el momento de que Nick diese un paso con respecto a sus necesidades. Bajo ningún concepto dejaría que ninguna fulana se interpusiera entre ella y el futuro prometedor para el que estuvo preparándose desde niña. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Se apoyó sobre el brazo masculino y con un rubor fingido, le acarició la palma de su mano.

—Querido, ¿no te parece que hace mucho calor aquí dentro? —insinuó ante un sorprendido duque—. Podríamos salir a dar un paseo por el jardín, ¿no crees?



Nick alzó una última vez la mirada y se decidió. Zoe seguía bailando entre los brazos de uno de los solteros más codiciados de Londres, y ver la cara de asentimiento del coronel le bastó. No sería de extrañar que, a la mañana siguiente, en esa misma casa, se agolparan una multitud de admiradores presentando sus respetos, y algo más.

—Sí, querida, un paseo es lo que necesito de manera inmediata, por cierto.

Mentía. Lo que en realidad necesitaba eran razones que le convencieran y le hicieran partícipe del paso que daría al contraer matrimonio. De sobra era conocedor de la instrucción a la que fue sometida su prometida. Es más, gracias a ella y a su linaje, se concertó ese noviazgo, pero ¿sería suficiente para él? La libertad que le proporcionaba la tribu, cada vez que los visitaba, lo hizo dudar. Veía la vida de una manera tan distinta... Por eso se hizo esa pregunta. Solos, lo que se dice solos, estuvieron un par de veces, y en ambas ocasiones, se tuvo que conformar con el roce de un casto beso en los labios. Su instrucción fue tan completa que parecía un témpano de hielo, y aquellos pensamientos lo llevaron, por enésima vez, en busca de una mujer de cabellos rojizos, con un carácter demoledor, sin pelos en la lengua, y pasional como ninguna dama a la que había conocido.

Volvió a maldecirse.

—Salgamos, Clarice —apremió con urgencia.

Ni él mismo entendía lo que le sucedía. La rabia dio paso a la impotencia tras darse cuenta de que no soportaba verla en compañía de ningún otro y, a su vez, la impotencia dio paso a la necesidad de borrarla de su cabeza a costa de lo que fuera.

Casi a rastras la condujo hasta el mismo lugar en el que acababa de estar hacía un rato. La empujó contra el árbol y la acorraló. Se encontraba tan fuera de control que no pudo darse cuenta del desconcierto en los ojos de Clarice.

—Nick, Nick, yo... —trató de decir asustada, antes de que él se apoderara de sus labios e intentara hacerse paso con la lengua. Parecía fuera de control.

—Abre la boca, déjame besarte en condiciones.

A Clarice no le gustó, ni su rudeza, ni su manera de dirigirse a ella. Aun así, abrió la boca ante el temor de que no encontrara lo que parecía buscar de manera desesperada.

La nula colaboración de su prometida le confirmó sus sospechas. Unas sospechas que no auguraban nada bueno en la vida que tenía predestinada.

Dudaba que la mujer con la que iba a contraer matrimonio alguna vez dejara de ser un témpano de hielo. Tampoco creía que ella llegase a comprender lo que él necesitaba. Es más, parecía darle igual; ya que simplemente abrió la boca, sin desearlo, limitándose a seguir su orden para quedarse quieta como si estuviese muerta.

La rigidez en ella bajó su deseo de un plumazo y se apartó con estupor.

—¿Ocurre algo, Nick? —preguntó sorprendida.

No sabía bien lo que buscaba, pero de sobra entendía que no lo encontró. La expresión de su cara hablaba por sí sola y ese detalle no parecía nada alentador.

—No. Sí —se contradijo.

—¿He hecho algo mal? —preguntó preocupada.

—Ese es el problema, Clarice —reconoció en voz alta—, no has hecho nada. Ni tan siquiera te has inmutado con mi beso.

—Aprenderé a hacerlo, querido.

—No eres la primera a la que beso, de hecho, he besado a muchas; y no entiendo cómo las demás caen rendidas a mis pies, y en cambio tú...

Clarice no tuvo compasión y lo abofeteó. La acababa de dañar en lo más hondo de su ser.

—Y en cambio yo, ¿qué? No te atrevas a compararme con ninguna de tus fulanas, Nicholas, soy una dama y como tal me debes respeto. ¿Qué te está pasando? Hasta hoy he consentido tus escapadas a la tribu “esa”, además, me he visto obligada a aceptar que cobijaras en tu casa a una desconocida; y a cambio, ¿qué recibo? No has bailado conmigo ni una sola pieza, tampoco te ha importado con quién lo he hecho, en cambio no has hecho otra cosa que prestar atención a quien no deberías. ¿Crees que no me he dado cuenta? Si es tu amante al menos ten el tacto de no dejarme en ridículo.

Nick resopló. O se calmaba o terminaría montando un escándalo.

—Clarice, la señorita Evanson no es mi amante.

—¿Entonces qué es? —preguntó mostrando a una mujer distinta a la que acostumbraba.

—Nada. —Y esta vez no mentía, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas—. Ella no es nada en mi vida.

—No te creo.

—Pues deberías hacerlo —respondió templando los ánimos. Es lo que debía hacer, ¿no?

A Clarice pareció convencerla puesto que se arrimó y se apoyó en su brazo, susurrándole:

—¿Me enseñarás a besar, Nick?

—Te enseñaré.

—¿Y qué te parece si empezamos ahora?

Nick carraspeó incómodo.

—Llevamos mucho tiempo fuera, querida, demasiado diría yo, y creo que es el momento de bailar con mi prometida. Debo brindarte el caso que no te he hecho, y estoy dispuesto a ello.

—Está bien, como desees —asintió con desconcierto.

¿Qué clase de hombre prefería bailar delante de una multitud de gente a enseñar a besar a su prometida en la intimidad?

Aquello pintaba mal, muy, muy mal.

April aprovechó que su hermano no estaba a la vista y se acercó a Trueno Veloz. Este se hallaba apoyado sobre una columna con una copa de *champagne* en la mano.

—Por fin te encuentro solo, no has parado de bailar con unas y con otras.

El indio la observó con una mueca divertida.

—¿Acaso me has estado vigilando?

April asintió con un rubor en sus mejillas.

—¿Y con qué propósito, si puede saberse?

—Con ninguno en especial —mintió antes de susurrar—: Solo pensaba en por qué sacas a bailar a todas menos a mí.

Trueno Veloz se puso en alerta. Miró a su alrededor y comprobó que Nick no estaba por allí. Aquella mocosa le iba a traer algún problema al final.

—Tú eres una niña para mí y yo no bailo con niñas.

April enrojeció de ira.

—¡No soy ninguna niña!

«Vaya que no», pensó advirtiendo el pecho que subía y bajaba a causa del enfado. De inmediato apartó la mirada entre tanto se preguntaba:

«¿Cuándo se ha convertido en una mujer demasiado bonita?».

¡Maldición!

—Para mí lo sigues siendo, pequeña. Anda, ve a divertirte con alguien de tu edad antes de que

tu hermano te vea conmigo.

—¿Acaso le tienes miedo a mi hermano?

¿Cómo?

—No, April, no le tengo miedo a tu hermano.

—Entonces, ¿por qué no me pides que baile contigo?

Un nerviosismo repentino traspasó sus sentidos.

—Ya te lo he dicho —contestó serio. Bajo ningún concepto dejaría que la situación se le escapara de las manos. Era la hermana de Nick y por lo tanto intocable—, no pierdo el tiempo con niñas que se creen mayores.

—Tú te lo pierdes —replicó alejándose de él.

Trueno Veloz negó con la cabeza, bebió el *champagne* de un trago y fue a por otra copa.

Una hora después Nick no pudo seguir soportándolo, ¿qué hizo entonces? Pues abandonar la fiesta. Dejó a Clarice en su casa, a April en la suya y después acudió al *club* en la compañía de Trueno Veloz. En ese orden.

Zoe tampoco tardó en retirarse. Ahora que él se había marchado pudo dejar de fingir. Para nada consiguió disfrutar de la que se suponía una noche inolvidable, y terminó tirada en su cama hecha un mar de lágrimas.

Dolía su ausencia.

Dolía su pretensión por convertirla en su amante.

Y dolía, cómo dolía, que le hubiera ocultado su compromiso.

Algo dentro de ella murió esa noche.

## CAPÍTULO XXV

Nick despachaba asuntos junto a Tyler. Habían pasado varios días desde la fiesta de Zoe y él no estuvo interesado en recibir noticias de las visitas que, con toda seguridad, habría tenido. El convencimiento de olvidarla seguía instalado en su cabeza, aunque echara terriblemente de menos su lengua viperina, su carácter único y, ante todo, tenerla cerca.

La deseaba a cada minuto, a cada segundo, y su endemoniado cuerpo no aceptaba a ninguna otra. Ni siquiera a su prometida, la cual no paraba de insistir en que la enseñara a besar...

Apartó la carta que sostenía entre los dedos, y se levantó en busca de un trago. El único aliado que le servía de ayuda para mitigar el dolor que, cada vez con más insistencia, se adentraba en su corazón.

—Nick, ¿me has escuchado?

—¿Qué? —preguntó distraído.

—Ya veo que no —resopló Tyler girándose en torno a él.

—Disculpa, ¿qué decías?

—Decía que tu barco estará preparado en unos días para partir con el cargamento de cerveza.

—Ah, eso.

Tyler lo examinó incrédulo.

—¿Ah, eso? Nick, regresa de donde quiera que estés y céntrate. Debemos preparar el viaje de regreso a “casa” —pronunció a propósito con énfasis—, y debemos hacerlo ya. ¿Acaso tengo que recordarte la importancia de ello?

Un Nick melancólico se llevó el vaso de *whisky* a la boca y miró hacia la nada.

—No, no hace falta que me lo recuerdes.

—Pues lo haré de igual forma. ¿No recuerdas que Clarice viajará con tu madre y tu hermana para que vaya arreglando lo del vestido de boda? Está muy nerviosa y no puede perder el tiempo aquí.

Nick se sirvió otra generosa ración de alcohol.

—Fue mi madre la que propuso que nos acompañara en el viaje de vuelta para los preparativos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, si tanta prisa tiene, no hace falta que me esperen.

Tyler, en ese instante, incluso necesitó un trago.

—¿Te has vuelto loco? —Se levantó igual que él y vertió el líquido en un vaso—. No puedes estar hablando en serio.

Nick continuó ensimismado en sus pensamientos.

—Nicholas Hawkins, ¿se puede saber qué diantres te pasa? No pareces el mismo.

—Puede que no lo sea —susurró cabizbajo.

La puerta de la biblioteca se abrió y dio paso a Trueno Veloz. Este avanzó desmadejado y se tumbó sobre el sillón sin abrir la boca siquiera.

—¿Qué? ¿Otra noche de juerga? —le preguntó Tyler.

—Así es, aunque esta ha sido entre las sábanas de lady Ofelia.

—¡No es posible! —exclamaron a la par.

—Su esposo te matará si se entera.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Ya se encarga su esposa de tenerlo entretenido cuando a ella le interesa...

—Menudo rufián estás hecho —se carcajeó Nick.

—Sí, aunque mis andanzas entre estas damas terminarán pronto; debo volver al poblado.

—Y nosotros a Londres —informó Tyler, aprovechando la ocasión.

—Lo sé —contestó serio al darse cuenta del estado de su amigo—. Trueno Blanco, ¿estás bien?

Nick alzó la cabeza y se encontró con él. No había nadie que lo conociera mejor que su amigo. Nadie.

—Sabes que no.

«¿Cómo? ¿Qué es lo que me he perdido?», pensó Tyler.

—¿Ha sucedido algo que yo no sepa? —preguntó alarmado.

Entonces, Nick soltó como si nada.

—La noche de la fiesta en casa del coronel, faltó muy poco para liarnos a golpes.

Tyler miró a uno y después al otro.

—No entiendo, ¿contra quién o quiénes? A mis oídos no ha llegado nada.

—Contra nosotros mismos.

—¿Qué?! —soltó con las órbitas de los ojos disparadas—. Estáis de broma, ¿no?

La seriedad en sus rostros habló por ellos.

—Esto es mucho más gordo de lo que pensaba —habló en voz alta paseándose de un lugar a otro hasta que...— A ver si lo adivino, ¿la causa de vuestro enfrentamiento fue Zoe?

Un suspiro en la boca de Nick lo delató.

—¡Diantres! Pues sí que tenemos un problema, y bien grande, además.

—No llegó a pasar nada, Tyler, y entre nosotros está solucionado —trató de suavizar el indio.

—¿Solucionado dices? —alzó la voz irritado—. Pues si tan solucionado está, explícame por qué me acaba de soltar que Clarice puede marcharse sin él a Londres.

—¿Qué se marcha sin ti? —se escuchó la voz de April, la cual acababa de entrar sin que ninguno de los tres la hubiese escuchado.

Trueno Veloz se incorporó de inmediato sobre el sillón.

—Lo que faltaba —manifestó Nick con los ojos en blanco—. ¿A ti no te han enseñado a llamar a la puerta?

—Pensé que te encontrarías solo —le respondió de manera natural. Echó un vistazo por la habitación y decidió sentarse, justo en el mismo sillón que Trueno Veloz.

—¿Qué quieres, April? ¿No ves que estamos reunidos?

—No me iré hasta que me respondas a por qué no quieres acompañar a Clarice.

—En ningún momento he dicho que no quiera acompañarla, querida hermana. —De seguir así iba a estallar, y no tardando mucho.

—April —intercedió Tyler—, no tardaremos en dar por terminada esta reunión, estamos tratando asuntos demasiado importantes y no podremos continuar contigo aquí.

—Si él puede quedarse, entonces yo también —se pronunció señalando al joven que procuraba mantenerse lo más apartado posible.

—April, no te comportes como una niña pequeña —la reprendió su hermano.

Esta advirtió la mueca socarrona en la cara del que, últimamente le quitaba el sueño, y se levantó de un salto.

—No soy ninguna niña —bufó roja de la rabia—. ¿Cuándo vais a dejar de tratarme como tal?

Dicho eso, con los ojos anegados en lágrimas, dio media vuelta con la intención de marcharse.

—Está bien, April —suspiró Nick con pesar—, discúlpame y dime para qué has venido.

—Pues ahora tendrás que esperar, y te puedo asegurar que el tema te iba a interesar bastante.

—Vamos, hermanita, si de verdad quieres que te trate como a una adulta deja de comportarte así.

April apretó los puños y se contuvo.

—Tienes toda la razón, hermanito, mi conversación acerca de lo que le pasa a Zoe puede esperar, en cambio esta reunión no. Estaré fuera todo el día, así que esta noche, si puedes, hablaré contigo.

Nick se quedó desarmado.

—¿Qué le pasa a Zoe?

—¡Ah, no! No pretendas que te diga nada cuando bien me has recalado la importancia de que me vaya. Señores, buenos días.

Tyler controló su risa, y Trueno Veloz admiró el coraje y la inteligencia de una niña que había dejado de serlo.

¡Maldición!

A la altura de la escalera, Nick consiguió darle alcance y la agarró del brazo. Había salido tras ella dispuesto a que le dijera qué le pasaba a Zoe. Lo demás le daba igual y quedó en segundo lugar.

—¿Quién se comporta como un crío en estos momentos? —se burló April sin compasión.

Su hermano la miró con un enfado evidente.

—Deja de jugar conmigo y dime lo que esté relacionado con ella.

April apreció el tormento en su rostro y sonrió.

—Sabía que no podía ser una más. Lo sabía.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertado.

—De sobra lo sabes. Me refiero a que Zoe no podía ser, simplemente, una de tus amantes.

Nick enrojeció.

—Una dama de tu alcurnia no habla de estos temas —la reprendió.

—Déjate de bobadas, Nick —le respondió de manera arrogante—. La que habla contigo es tu hermana, no esa dama aburrida en la que estáis empecinados en convertirme.

A Nick no le quedó ninguna duda de los quebraderos de cabeza que le iba a proporcionar en el futuro. Quedaban pocos meses para su presentación en la sociedad londinense y, si no quería problemas, ya podía ser rápido en encontrarle un esposo.

—¿Y bien? —preguntó con el corazón encogido.

—Sabes que entre nosotras hay una relación de amistad sincera, y hasta donde yo sé, no se encuentra muy bien.

—Especifica eso de que no se encuentra muy bien, ¿está enferma?

—No.

—¿Entonces?

—No sé con exactitud qué pasó entre vosotros el día en el que se marchó a casa del coronel, solo sé que desde ese día no ha vuelto a ser la misma.

—¿En qué sentido?

—Está triste, alicaída y no siente el menor deseo de salir a la calle.

La cara de preocupación de Nick aumentó.

—Lo peor de todo es que, desde la fiesta de su presentación, esto se ha agravado. No quiere hablar con nadie... ni siquiera conmigo, y estoy muy preocupada.

La derrota en los ojos de un hombre casi al límite, se agudizó.

—Concertaré una visita con ella, averiguaré qué le sucede.

—No va a recibirte.

La rotundidad le dolió.

—No me importa.

—No recibe a nadie.

—No me importa —volvió a repetir.

—Solo lo hace con los caballeros que están interesados en presentarle sus respetos. Son muchos, y lo hace únicamente por el coronel.

Aquella información no le gustó ni un ápice.

—Entonces, tendrás que ayudarme.

—No va a ser fácil, si hay un hombre al que no quiere ver, ese eres tú.

—¡April! ¿Vas a ayudarme o no?

La aludida mostró una encantadora sonrisa.

—Por supuesto que voy a ayudarte, ¿lo dudabas?

Nicholas esperaba ansioso en el interior de su carruaje.

¿Cuánto tiempo llevaba esperando? Demasiado.

El nerviosismo y las ganas de verla, evidenciaban su ánimo y, ahora que se hallaba allí, no se marcharía sin conseguir su objetivo, fuera de la manera que fuese.

Ojalá no tuviese que recurrir a presentarse delante de su puerta. Tanto el coronel como ella montarían en cólera, aunque la decisión de que le informase acerca de qué le ocurría, lo llevara a cometer un disparate. La temeridad de su comportamiento desde que Zoe entró en su vida, tenía a los de su alrededor ojipláticos y él, en vez de encargarse de actuar tal y como debía, ¿qué hacía?

Simple, muy simple. El detalle de esperar en su carruaje, a plena luz del día, frente a la casa en la que habitaba la mujer de la que hablaba todo Sant-Louis, lo decía todo. Sobraban los detalles.

Le daba igual que lo vieran.

Le daba igual si llegaba a oídos de Clarice, o peor, de su todopoderoso padre.

Le daba igual que su madre pusiese el grito en el cielo, en el caso de que lo descubrieran.

Y le daba igual si tenía que echar la puerta del coronel abajo. Su empeño y tesón ahí estarían hasta que lograra su cometido.

Así estaban las cosas. Ni más ni menos.

La puerta principal se abrió y pudo ver a su hermana acompañada de Zoe. La cara de Nick resplandeció y de su boca se escapó un suspiro de alivio.

¿Cómo la habría convencido?

Lo que él no sabía, todavía, era que Zoe ni se imaginaba quién era la persona que se encontraba en el interior del carruaje. Solo accedió a dar un paseo con su amiga, ante la insistencia de ella.

Es por eso que se quedó estupefacta cuando el cochero abrió la puerta para que entrara. El color en su cara se desvaneció y dio un paso atrás sin contemplaciones.

—¿Qué broma es esta, April? —exigió una explicación mientras la otra parte reparaba en su lastimera imagen.

Su hermana no le había mentado. Su aspecto hablaba por sí solo.

Las ojeras en sus ojos delataban la falta de sueño. La mirada triste y melancólica le hicieron

partícipe de su estado, y la delgadez en su cuerpo provocó en Nick, una preocupación devastadora.

—Lo siento, Zoe. Ha insistido encarecidamente en visitarte y no he podido negarme.

Zoe apretó el rictus de su cara, maldijo por lo bajo, y se dispuso a dar media vuelta.

—Ya debería saber que me molesta el simple hecho de verle. Buenos días —sentenció cogiendo el bajo de su vestido.

Nick ni se inmutó. Sabía lo que tenía que hacer.

—Pues, lamento decirte, que tendrás que hacerlo.

—¿Qué...?

No pudo añadir nada más, antes de darse cuenta se vio obligada a acompañarle, puesto que él la agarró de los brazos y tiró sin contemplaciones.

—Lo siento, April, tendrás que volver a pie, debo arreglar un asunto importante con ella.

Sin más, cerró e indicó al cochero que emprendiera la marcha.

Zoe mantenía su espalda erguida y el mentón en alto. La ira e indignación, ante el atrevimiento de raptarla sin ningún tipo de escrúpulo, crecía por momentos dentro de su cuerpo. Además, no entendía la traición de April, ¿cómo se prestó a ayudarle cuando bien sabía la animadversión que le tenía?

Por supuesto no se dejaría embaucar por un hombre con una vileza extrema. ¿No se daba cuenta de lo lejos que lo quería de su persona? Solo así podría encauzar, algo, su nueva vida. Una tarea bastante difícil cuando los sentimientos se decantaban en una única dirección. La que no le convenía.

En cambio, el gesto de Nick era de auténtica tortura. No sabía cómo actuar ante ella, menos después de que la preocupación se acrecentara en el instante en el que, también, se dio cuenta de la pena infinita que transmitía su mirada al verse en la encerrona.

—Zoe, por favor, mírame —suplicó compungido.

—Quiero regresar a casa del coronel —se limitó a decir, empeñada en no obedecerle. Ella tan solo quería irse de allí. No soportaba estar en el mismo lugar que aquel hombre que se encargó de destruir su vida al completo, y de hacer añicos su pobre corazón.

Nick expulsó el aire con pesar y lo volvió a intentar.

—Está bien, te llevaré al lugar que pides si antes me dices qué es lo que te ocurre. April dice que no sales y que no quieres ni que te visite, y estoy muy preocupado por ti.

Zoe apretó los puños ante la necesidad de canalizar su malestar, y soltó:

—A un hombre de su posición no debe preocuparle alguien tan insignificante como yo, así que, por favor —terminó rogando lo más dignamente que pudo—, lléveme a donde le he indicado y compórtese como el duque que es. No le pido más.

Nick, en un arrebato de impotencia, se acercó a ella y su reacción fue inmediata.

—No le quiero cerca, ¿qué parte es la que no entiende? —estalló en cuanto lo sintió.

Aun a riesgo de caer, se levantó y se posicionó en el lado contrario. Lo más apartada que le permitía el estrecho carruaje.

—Zoe, te lo suplico. Háblame, grítame..., pero por lo que más quieras, no me ignores. La culpa no me deja vivir.

—¿La culpa? —Esta vez sí le miró, y lo hizo con unos ojos que escupían fuego delatando sus sentimientos hacia él—. ¿Qué culpa? ¿La de satisfacer sus deseos más bajos, la de aprovecharse de una muchacha indefensa, la de omitir su compromiso, o quizás la de ofrecerme ser su amante?



—¡Por Dios, Zoe! No digas eso. Tú nunca has sido una más.

La muchacha bajó el mentón ante la posibilidad de que se diese cuenta de sus ojos vidriosos. Nunca le mostraría su debilidad hacia él. Nunca. Y con un nerviosismo absoluto, trató de controlar esas lágrimas que pugnaban por salir.

Nick no se atrevió a acercarse, de verdad que la situación lo tenía superado. No sabía qué hacer o qué decir para, al menos, aliviar algo del dolor de Zoe, que era justo lo que transmitía su cuerpo entero.

Volvió a odiarse por infligir ese sufrimiento, a la persona que menos se lo merecía.

—Zoe, ¿estás bien? Háblame. Te juro que me esforzaré cuanto sea necesario para que vuelvas a ser la misma que conocí en la tribu.

En cuanto mencionó la tribu, unas lágrimas traicioneras, que no pudo detener, cayeron con impunidad a través de su lindo rostro y se vino abajo. Se llevó las manos a la cara y se tapó como pudo, entre tanto los sollozos sacudían su cuerpo.

El duque casi enloqueció con aquella visión conmovedora.

—Pequeña... —susurró molido por los remordimientos.

No pensó en lo que ella querría o no, y se limitó a actuar según las directrices que le enviaba su corazón alentado por los sollozos de una mujer que había pasado a ser importantísima en su vida, aunque no debiera admitirlo en voz alta. Se acercó, le pasó el brazo por la espalda, con el único fin de reconfortarla, y tuvo la necesidad de acomodarla sobre sus piernas con el fin de infundirle la calma que necesitaba... Solo que, por supuesto, no pudo llevarlo a cabo. Zoe, en cuanto notó su mano alzó la cara, anegada en lágrimas, y le dio una sonora bofetada.

—¡No me toque! —chilló histérica—. No se atreva a hacerlo nunca más.

—Zoe, déjame calmarte. Te lo suplico —susurró hablándole con una mirada llena de sentimientos.

Culpa. Pena. Temor... De seguir así enloquecería ante la negativa a dejar que la calmara en su regazo, y únicamente pedía eso.

No era tanto, ¿verdad?

Por supuesto aquella petición no se cumplió.

Zoe, a pesar de la histeria, fue capaz de recomponerse y se protegió con un escudo invisible. De nada le servían sus palabras, aunque la hiciesen vibrar de emoción, ni sus miradas, que transmitían lo mucho que se preocupaba por su bienestar. Sus formas en general la obnubilaban y no debía, ni podía, engañarse a sí misma. No, de ninguna de las maneras. Sus pretensiones hacia ella quedaron claras, por lo tanto, nunca podría haber un acercamiento entre ellos. Nunca. Daba igual que su corazón sangrara sin parar. La importancia de actuar con dignidad apremiaba y supo dar la estocada final con tal de conseguir su propósito.

Que se olvidara de ella.

—¿Calmarme? —Se esforzó en parecer convincente—. Le vuelvo a repetir que usted no es nadie para mí. Además, he pasado a ser una mujer comprometida, por lo tanto, me debe sus respetos.

Nick abrió los ojos como platos. De todo, lo que menos se esperaba era esa contestación, precisamente.

—¿¿Qué??

Zoe se alegró ante el poder de desestabilizarlo. Se limpió las lágrimas y se armó de valor ante el arduo trabajo que tenía por delante. Algo que le resultó fácil tras verle la cara de conmoción.

—¿Acaso pensó que una mujer como yo no tendría pretendientes? No entiendo su asombro. — A medida que hablaba, la tristeza de hacía un instante se fue transformando, con una velocidad

sorprendente, en un odio visceral hacia él—. El día de la fiesta fui solicitada por una variedad extensa de hombres y, tanto el coronel como yo, hemos decidido quién será mi esposo —mintió sobre la marcha—. Y ahora, si le queda algo de dignidad, lléveme al que es mi hogar hasta que contraiga matrimonio. ¿O es que quiere agrandar otro escándalo para que llegue a oídos de mi prometido?

Nick despertó de la pesadilla en la que estaba inmerso, y no tuvo compasión. Se negaba a que lo despachara así.

—Zoe, me estás mintiendo, eres una mujer valiente que no se casaría a la ligera con cualquiera. Lo poco que sé de ti me basta para saber que nunca contraerías matrimonio a la ligera.

—Que yo sepa no es de su incumbencia, “excelencia” —pronunció con burla—. De ahora en adelante me debo a mi prometido, es lo único que me importa en estos momentos.

La hombría del duque se posicionó al verse dañada.

—Sigo sin creerte —aseveró con pasión cogiendo su delicada mano entre las suyas—. Dime que no sientes nada por mí, dímelo y te dejaré en paz.

—¿Cómo te atreves? —le tuteó, roja de indignación, apartando la mano de aquella caricia que le provocaba fuego en su cuerpo—. Eres un grosero maleducado. ¿Cómo tienes el atrevimiento de pedirme algo así después de lo que pasó en el poblado y en la biblioteca de tu casa?

A Nick no le importó verse rechazado, de nuevo, tras escuchar sus palabras.

—Sin tú quererlo acabas de contestarme —susurró con una sonrisa que a Zoe le robó el corazón—, y para tu información quiero que sepas que no consentiré que nadie te despose.

«Oh, por Dios, que obstinado es, ¿qué tengo que hacer para que me crea? Piensa Zoe, piensa».

—¿Y qué harás? ¿Convertirme en tu amante a la fuerza? —contraatacó negando lo que su corazón se empeñaba en solicitar.

¡Maldición!

—No sé lo que haré, Zoe, pero no puedo apartarme de ti. ¡No puedo! —habló con la voz desgarrada, la cual evidenciaba que decía la verdad, sin que le importara el lío en el que se había metido él solito.

Y, una vez más, volvió a recordar que no le importaba el abolengo de la familia de su prometida, tampoco su madre y el ducado que tenía a cargo y, menos aún, los negocios que se podrían ver afectados... Fue entonces, cuando una pregunta asoló su mente, y surgió sin más:

¿Cómo diantres se permitió llegar a esa situación? Realmente lo tenía complicado y él, únicamente, podía actuar de una manera.

Seguir con su vida como hasta ahora, aunque ello le supusiera la peor de sus condenas, era la respuesta.

—Si no puedes apartarte de mí es tu problema, no el mío. Mi vida seguirá su camino marcado y no hay cabida para ti. Es así de simple.

—Zoe, yo...

Peligrosa si seguía en su compañía, ella bien lo sabía y habló con toda la voluntad de la que pudo disponer:

—Lo harás. No te queda otra alternativa; y deberás dejarme tranquila. Si de verdad sientes algo por mí, te suplico que me olvides. No quiero volver a verte. Hablaré con el coronel para que concierte una boda rápida, mi prometido es un buen hombre y sabrá hacerme feliz. Solo quiero eso.

Cada palabra, a Nick le desgarraba el corazón, también el alma...

—Sigues mintiendo, tus ojos me lo dicen.

Zoe no pudo sostenerle la mirada y bajó el mentón, la vulnerabilidad la consumía y no era

capaz de armarse de valor para zanjar, de una maldita vez, el asunto que no le convenía bajo ningún concepto. Debía de obrar con rapidez y era el momento de hacerlo.

—No quise, no quiero y no querré, lo que me ofreciste. Cásate con Clarice, sé feliz; y, si no lo consigues, búscate a mujeres que estén dispuestas a satisfacer al duque sin corazón que eres. No tengo nada más que conversar con usted. Y ahora, si en verdad es el caballero que dice ser, lléveme de regreso. No le diré ni una sola palabra más. Es una promesa, y puede estar seguro de que la llevaré a cabo. No soy una mujer a la que le guste mentir.

A Nick no le quedó otra alternativa que rendirse ante palabras tan duras. Unas palabras que llegaron, en forma de puñaladas, hasta su maltrecho corazón.

## CAPÍTULO XXVI

### *A los pocos minutos de su llegada a casa, tras la fatídica conversación con Zoe...*

—Nicholas Hawkins, ¡¿dónde estás?! —Se escucharon unos gritos de alguien que entraba a la fuerza seguido de un Harry atónito, y perplejo, que en los últimos tiempos no ganaba para sustos con aquellos hermanos—. ¡Nick! ¡Nick! ¡No te escondas y da la cara si eres un hombre!

Al aludido únicamente le dio tiempo a levantarse del sillón, con la cara impregnada de auténtica sorpresa, cuando la puerta de la biblioteca se abrió de par en par, de un sonoro portazo, y pudo ver a la persona que se atrevía a gritarle en su propia casa, dejándolo en evidencia delante del servicio.

Se extrañó tanto al verle, que enmudeció.

¿Qué habría pasado para que se presentase con esas formas en sus dominios? Desde luego que algo grave, seguro.

«¿Le habrá sucedido algo a Zoe?», no tardó en preguntarse con el ceño fruncido de preocupación.

—Excelencia —se disculpó Harry apurado—, no he podido evitar...

No pudo añadir nada más. La situación lo dejó sin palabras, y casi se desvanece, al ver a Zac acercarse como un tropel hasta su señor, y sin añadir palabra alguna, propinarle un puñetazo en toda la mandíbula, que lo sentó de vuelta al sillón.

—¡Me las pagarás! —gritaba fuera de sí un pobre muchacho desbordado—. ¿Qué le has hecho a mi hermana?

Nick seguía despatarrado, sin entender nada de lo que sucedía, cuando Zac, con los ojos llenos de lágrimas a causa de la rabia que lo envolvía, le volvió a golpear con todas sus fuerzas.

Si por él fuera sería capaz de matarlo con sus propias manos, bien se lo merecía después de su comportamiento mezquino y manipulador hacia su hermana.

—¿Qué pasa aquí? —se escuchó de fondo a Trueno Veloz, que entraba con gran rapidez en la estancia debido a los gritos del joven que consiguieron alertar a la casa entera.

Al descubrir la escena no dio crédito. No se lo podía creer.

¿Qué habría hecho Nick para que ese pobre muchacho actuara así? Nada bueno, eso seguro...

Sin tiempo que perder, puesto que el chico seguía empeñado en darle una verdadera paliza, fue a por él antes de que consiguiera golpear de nuevo a su amigo, el cual parecía no estar interesado en defenderse. Como si se mereciera ese castigo.

¡Vaya! La situación era de locos.

—¡Basta!

—Suéltame, voy a matar a este malnacido —escupía por su boquita, pataleando contra el cuerpo del indio para que lo soltara. Le urgía hacerlo para seguir con su empeño de darle su merecido—. Te odio, Nick, ¿me oyes? Te odio y me arrepiento de haberte conocido.

El duque se levantó, llevó la mano hasta el bolsillo del pantalón y sacó su pañuelo de seda para pasarlo por su boca. Sangraba.

—Harry —fue lo primero que dijo tras la conmoción inicial—, puedes retirarte.

El mayordomo lo hizo con auténtica premura.

Una vez solos continuó:

—Zac, ¿se puede saber qué es lo que te sucede?

—¿A mí me lo preguntas? —gritó a causa de la impotencia que lo sacudía. De depender de él, acabaría con aquel duque de poca monta en un tiempo considerablemente corto—. Le has destrozado la vida, eso es lo que pasa.

Nick se puso en estado de alerta y se acercó preocupado.

—No te entiendo, ¿por qué dices que le he destrozado la vida? Ha sido ella la que me ha pedido que la olvide. No quiere verme nunca más y se casará en breve. Esas fueron sus palabras.

—No mientas y ten la hombría suficiente de decirme la verdad a la cara, ¿o es que no tienes palabra de hombre?

A Nick se le escapaba de las manos aquel asunto, ¿qué insinuaba?

—No sé a qué te refieres, te lo aseguro —le quiso convencer, aunque por su estado sería tarea complicada.

No se equivocaba.

—¡Mientes! ¡Eres un embustero! —gritó como loco, entre tanto seguía con su lucha contra Trueno Veloz para que lo soltase.

—Zac, muchacho, te juro que no sé de lo que hablas —volvió a insistir con paciencia. Fuera lo que fuese lo que lo catapultó hasta allí en aquellas condiciones, debía de ser realmente importante y él ardía en deseos de saber.

—¿Ahora vas a negar que reniegas de ellos?

Trueno Veloz y Nick se miraron con incredulidad, definitivamente tenían un gran problema.

¿Acaso había perdido la cabeza? Ninguno entendía su posición.

—¿Renegar de quiénes? —preguntó perdiendo la paciencia.

¿Qué es lo que insinuaba?

Zac, a continuación, abrió la boca y soltó una información que los dejó con la boca abierta, completamente anonadados, además de perplejos a los dos.

¿Cooooóóóóómo?

Y, en ese instante, la historia dio un giro completamente diferente...

### *Minutos antes, residencia del coronel...*

Zoe entró descompuesta tras el paseo forzoso. Su respiración y sus movimientos iban acompañados por una alteración evidente. Los nervios no la dejaban pensar con la claridad que debería, aunque comprendía que la hora de dar el paso definitivo era ese. No podía demorar por más tiempo una realidad que pronto, muy pronto, no se podría ocultar. Fue por ello que la decisión que le costaba una barbaridad, apareció como único salvoconducto para aliviar la gran carga que llevaba consigo.

Lo primero que hizo fue ir en busca del coronel. La única persona sabedora del asunto urgente, y de suma delicadeza, que la envolvía tanto a ella como a él, al convertirse en su benefactor.

Lo encontró en el jardín tomando una taza de té.

—Alan —le llamó alterada—, tenemos que conversar.

El coronel la miró y se asustó ante su tez pálida. Mucho más de lo acostumbrado.

—¿Qué te pasa, querida? —Se levantó de inmediato y fue a su encuentro—. ¿Estás indispuesta? No se te ve buena cara.

—Estoy bien.

—No. No lo estás. Ven, siéntate conmigo. —De sobra sabía que le estaba mintiendo. No había más que verla. Dispuso de la tetera y le sirvió un té—. ¿Qué te preocupa?

Zoe obedeció, se sentó y decidió no perder el tiempo.

—Tiene razón, Alan, mi delicada situación me preocupa demasiado y ni siquiera puedo descansar —soltó de sopetón—. Es por ello que he tomado una decisión y me gustaría compartirla con usted.

—Sabes lo que pienso al respecto, Zoe —la tranquilizó tendiéndole la taza.

Zoe dio un sorbo y la dejó encima de la mesa.

—Lo sé. Tal y como hablamos lo más sensato es concertar un matrimonio lo antes posible, no podemos demorarlo más, pero quisiera asegurarme de algo.

—Dime —cogió sus manos temblorosas y trató de apaciguar el nerviosismo que tenía.

—¿Está seguro de que el señor Dicks está dispuesto a aceptar mi situación?

—Sí. Lo estoy. —Y apretó sus manos en un gesto de infundirle el ánimo del que carecía—. Está enterado de tu posición y será bondadoso contigo.

—Bien —pronunció al borde del llanto con el corazón contraído por la pena—, entonces, adelante.

Tan aturdida se encontraba que no se dio cuenta de que su hermano, en ese instante, bajaba la escalera y entraba en el jardín. Lo que ocasionó que se percatara de una conversación que Zoe, jamás, hubiese deseado que escuchara... de esa manera.

Aunque ya era tarde para eso, demasiado tarde.

—Concierte una cita con él y elijan una fecha para la boda. Lo que sea que decidan me parecerá bien.

La cara de Zac no tardó en pasar de la sorpresa al enfado, y se paró en seco.

¿De qué demonios hablaban?

Y a pesar de que no estaba bien escuchar a hurtadillas, fue exactamente lo que hizo. Su sentido común le alertaba de la importancia de la conversación entre su hermana y el que se había convertido en el protector de ambos, mientras un palpito le adelantó que no le iba a gustar lo que iba a escuchar a continuación.

—¿Estás segura? Sé que la situación es difícil, aunque no pretendo que te precipites. Para mí es importante que también decidas. Si mis amigos, a los que tanto amé, quisieron ponerlos en mis manos si algo les ocurría, me veo con el deber de buscarte la felicidad ansiada en el matrimonio. Nunca me atrevería a concertar un matrimonio a la fuerza, querida. No te lo mereces.

—Lo sé, Alan, y se lo agradezco, solo que no disponemos de tiempo. Si esperamos corremos el riesgo de que no quiera hacerse cargo de nosotros una vez que empiece a notarse mi estado de buena esperanza.

¿¿Qué??

¿¿Qué es lo que había dicho??

¡No! ¡Se negaba a creerlo!

La revelación que se acababa de producir en la estancia, a Zac lo dejó consternado, y claro, por supuesto, no se quedó callado ni un segundo más. Imposible hacerlo.

—¿Cómo? ¿A qué estado te refieres, Zoe? —preguntó atónito terminando de entrar en el jardín.

Su hermana, al darse cuenta de la información que había facilitado en su presencia, bajó la mirada angustiada, con las mejillas enrojecidas, incapaz de enfrentarlo.

—¿Alan? —preguntó entonces sin dejar de acercarse a ella—. ¿De qué hablan? Exijo una explicación.

El coronel miró a Zoe, después miró a Zac, y contestó siendo sincero:

—Zac, tu hermana debe casarse cuanto antes o su embarazo acarreará un problema que difícilmente podremos solventar.

Así, sin paños calientes. El muchacho no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Zoe? —preguntó con perplejidad—. ¿Estás realmente embarazada?

Su hermana no le pudo mentir, a él no, así que se limitó a asentir, con la mirada todavía puesta en el suelo.

A Zac no le hizo falta preguntar quién era el padre de la criatura. Lo supo en cuanto empezó a atar cabos.

Concertar una boda, así de rápido, solo podía significar que el hombre que admiraba hasta la extenuación, no se haría cargo de un bastardo (que es lo que sería para él), y dejaría a su hermana a merced de cualquier tipo que quisiera cargar con la criatura.

La pregunta que le pasó en esos instantes por la cabeza, fue auténticamente demoledora para él. ¿De qué les sirvió huir del rancho si al final su hermana terminaría exactamente igual? Contrayendo matrimonio con alguien a quien no amaba.

No. No podía ser. Se negaba en rotundo a consentirlo.

Y fue en ese punto exacto, cuando Zac solo pudo hacer algo. Perder la razón.

¿Qué hizo entonces? Sencillo, dio media vuelta, con la decisión dibujada en su cara, y echó a correr sin hacer caso a las súplicas de su hermana.

—Por lo que más quieras, Zac —gritaba con verdadera desesperación para hacerse oír—, vuelve de inmediato, ¿me oyes? No vayas en su busca. ¡Zac! ¡Zac!

Pero Zac no escuchaba nada, él solo exigía venganza para salvar el honor de su amada hermana.

No había marcha atrás.

—Renegar de tu bastardo. Porque, eso es para ti, ¿verdad? —soltó con toda la rabia que llevaba dentro.

—¿¿¿Qué???

La cara de Nick se desencajó de la impresión.

¿Podría ser que Zoe llevase un hijo suyo en su vientre? Y de ser así, ¿por qué no se lo había dicho esa misma mañana?

Se levantó como un escopetazo, con la cabeza a punto de explotar, al tiempo que se paseaba por la estancia pasando la mano una y otra vez por el pelo fuera de sí. Necesitaba respuestas y necesitaba, por encima de todo, enfrentarse a Zoe por tratar de ocultarle una información que le involucraba directamente a él.

«¡Por Dios santo!», pensó en un estado casi enajenado. «Pretende casarse con otro y ocultarme a mi hijo. Ni siquiera ha consentido ser sincera con un tema tan grave, ¿cómo se atreve siquiera? Esto es el colmo y pagaré por ello, ¡vaya si lo hará!».

Volvió sobre sus pasos y mantuvo una posición erguida. Su cara hablaba por él y les hizo partícipes de la furia que atravesaba cada poro de su piel.

Por mucho que intentara ponerse en su lugar no la entendía, era imposible.

Zac se sorprendió tras el cambio brutal en su actitud. ¿Existía la posibilidad de que en realidad no lo supiera? Su cara y su pose así lo indicaba y él, en esos instantes, no sabía a qué atenerse.

¿A quién creer?, ¿a su hermana o al hombre que les salvó la vida sin importarle los riesgos?

Se avergonzó de su comportamiento tan poco comedido. ¿Y si se equivocó en sus cavilaciones?

Bueno, esperarí algunas respuestas para cerciorarse de lo que en realidad sucedía entre ellos. Sí, no le quedaba otra opción.

Mientras Zac daba vueltas a sus pensamientos, Nick se acercó y ordenó a su amigo:

—Suéltalo.

—¿Estás seguro? —logró preguntar después de la revelación que lo dejó igual de impresionado que al futuro padre.

—Vamos, hazlo.

Zac quedó liberado y se olvidó de las intenciones con las que llegó. En esos momentos, la rabia daba paso a la incertidumbre a marchas forzadas, y reconoció que le estaría bien empleado que lo echara de su casa a patadas tras su comportamiento violento.

Por si acaso se le ocurría, se apresuró en dar su siguiente paso, era de vital importancia. C cogió aire, se infundió de fuerzas, y le hizo una pregunta que le quemaba por dentro:

—¿No reniegas de ellos? —lanzó mediante un susurro debido a la carga emocional que conllevaba.

Nick contestó con sinceridad.

—Ni siquiera sabía que estaba embarazada —admitió tensando la mandíbula sin importarle que le doliera—. ¿Me crees?

—Te creo, Nick, y lo siento —pronunció arrepentido y un tanto cabizbajo—. Me he equivocado, yo...

—Tranquilo, esa no es la cuestión que me preocupa. Sabes el aprecio que te tengo y has actuado con el único fin de pedir explicaciones acerca de lo que es más importante para ti. Eso te engrandece, Zac, no me pidas disculpas por ello.

La tensión se disolvió con gran rapidez.

—Nick.

—¿Sí?

Zac carraspeó nervioso.

—Ahora que lo sabes... ¿Estás dispuesto a hacerte responsable de tus actos?

Trueno Veloz contuvo la respiración, giró la cabeza y prestó atención a la posible respuesta de su amigo.

Se podía liar una bien grande.

Nick no respondió de inmediato. Les dio la espalda y se dirigió con paso tranquilo al lado opuesto con el propósito de servirse una copa. Lo hizo, degustó el fuerte sabor y se sentó con parsimonia mientras los otros dos lo estudiaban a la espera de lo que fuese a decir.

Y como no decía nada, Trueno Veloz se pronunció.

—Nick, ¿estás bien?

El aludido alzó la mirada y sonrió.

—Mejor que nunca.

«¿Qué respuesta es esa?», se preguntó su amigo confundido.

Sabía por boca de él la difícil tesitura que llevaba sobre sus hombros a consecuencia de su título nobiliario. A él se debía y, por lo tanto, la libertad de actuar como le viniese en gana, quedaba relegada a un segundo término. Además, ser un hombre comprometido con la hija de un influyente hombre de negocios en la ciudad en la que estaban, no ayudaba, sino justo lo contrario... Entonces, ¿por qué decía encontrarse mejor que nunca?

Las tornas cambiaron y ambos creyeron, por un momento, que la locura se había apoderado de él tras la conmoción de la paternidad.

—¿Qué quieres decir con que estás mejor que nunca? No me gustaría estar en tu pellejo, amigo.



Nick se llevó el vaso a la boca, bebió el contenido de un trago y soltó un grito de euforia. De seguido se levantó y se dirigió a Zac, el cual lo miraba de manera incrédula, ante la perspectiva de que debería sentir de todo, menos esa alegría que de pronto les mostraba sin ningún tipo de contención.

—Zac, gracias.

—¿Por qué?

—Por facilitarme la vida. Al fin sé lo que tengo que hacer y la excusa me la acababas de proporcionar tú.

Zac cambió el semblante.

—¿Excusa? ¿Eso es mi hermana para ti?

—No, aunque me aprovecharé de ello.

Abrió la puerta de la biblioteca y, antes de salir silbando, comentó:

—Luego os veré, tengo unos asuntos urgentes que resolver.

Sin más se marchó, dejando a los presentes con la boca abierta.

¿Qué estaría tramando?

La primera visita fue a Clarice. Paró el carruaje frente a la casa y bajó sin ningún tipo de duda. La decisión de hacer las cosas como Dios manda le daba fuerzas para que todo saliese según lo planeado. Había mucho en juego, por ejemplo, su felicidad.

La visita fue corta y desagradable, no podía ser menos tras enterarse de su propósito. Romper el compromiso.

Clarice lloró, pataleó, lo insultó y gritó como una loca sin que le sirviera de nada.

La segunda visita fue al despacho de su socio. El padre de su exprometida. Ahí también tuvo que escuchar barbaridades, a las que hizo frente como el caballero que era, antes de verse liberado.

Cuando salió a la calle lo hizo con una sonrisa bobalicona en la cara. Por fin su vida empezaba a encauzarse hacia el lado que deseaba...

Ahora quedaba el paso más importante e inquietante, puesto que con ella nunca se sabía lo que podría pasar.

¿Qué quién era ella? Pues la mujer de su vida, así, sin más.

Subió al carruaje e indicó al cochero que le llevara al domicilio del coronel Morrison. Su última parada de la mañana.

## CAPÍTULO XXVII

—Discúlpeme, excelencia. Tanto el coronel como la señorita Evanson están ocupados, y por lo tanto no pueden atenderle.

Nick permaneció en el sitio, derecho como una vela, convencido como nunca de sus propósitos. La decisión en sus ojos reflejaba su estado de ánimo y se limitó a mantener la postura erguida, incomodando con deliberación a un hombre que se limitaba a cumplir con su trabajo.

—Así que esas tenemos, ¿no? Muy bien —habló con una calma esclarecedora que no gustó al que permanecía obstaculizando el paso.

«Si por un instante han barajado la posibilidad de que me iría sin más, es que ninguno de los dos me conoce lo suficiente».

A continuación apartó al hombre, entró a la fuerza, y se dirigió directamente al salón. Abrió la puerta y se presentó él mismo.

En todo momento fue seguido por un apurado sirviente.

—Buenos días, coronel —saludó advirtiéndolo su desconcierto—. Buenos días a usted también, señorita Evanson.

Zoe estaba sentada frente a la chimenea y no pudo evitar que se le cayera, de la impresión, la costura sobre el suelo. Se levantó apurada y ni se molestó en recogerla. Tenía asuntos urgentes que tratar, por ejemplo, escabullirse de allí.

—Nicholas Hawkins —rugió el coronel sin presentarle sus respetos—. No ha sido invitado a entrar en mi casa, por lo que le ruego que la abandone de inmediato. Esto es intolerable y...

—No se moleste, coronel. El motivo de mi visita es demasiado importante para que no me reciba y por lo tanto no me iré. Ahora bien, ¿desea que le diga el motivo de mi inesperada presencia delante del servicio? No tengo ningún inconveniente en hacerlo —le amenazó con parsimonia.

Alan maldijo por lo bajo, ¿cómo osaba atreverse a dejarle en evidencia con aquellas formas?

Quiso retarle con la mirada y no le gustó lo que vio. Aquel hombre debía de estar mal de la cabeza si en efecto hablaba delante de quien no debía. El asunto a tratar requería de la privacidad suficiente, si no querían que el secreto en el que estaban envueltos viese la luz y, lo que estaba claro, era que no le vendría bien a ninguno de los tres.

¿Por qué entonces se comportaba como si en realidad le diese igual? Su porte y pose así lo indicaban para desconcierto del hombre.

—Puedes retirarte —ordenó al sirviente.

Las puertas se cerraron de inmediato y Alan no tardó en increparle:

—Por el amor de Dios, ¿acaso ha perdido la razón? Es de suma importancia que hablemos en la más estricta intimidad.

—A eso mismo he venido, ¿he de recordarle que no quería recibirme?

—Está loco, Nicholas. ¿Qué pretende?

El aludido desvió la atención hacia Zoe y susurró:

—Hablar con ella.

—Está bien, hablemos —consintió Alan con un gesto de derrota.

—A solas.

—¿¿Qué?? —preguntaron a la par.

Zoe retrocedió, alarmada, y se situó en la parte más alejada, detrás del sillón, como si le fuese a servir de algo...

Alan, en cambio, dio un paso al frente enrojecido de ira.

—No consentiré dejarles a solas, excelencia. ¿Acaso pretende burlarse de mí ante semejante petición?

Nick tensó la mandíbula y frunció el ceño.

—No, coronel. Únicamente pretendo conversar con la mujer que me ha ocultado con deliberación que espera un hijo mío. ¿Le es suficiente mi petición ahora?

Zoe seguía apartada y por lo tanto no escuchaba bien lo que se decían.

—Por supuesto que no lo es —sentenció alzando la voz—. No digo que haya obrado bien ocultándose, aunque la entiendo y lo único que pretendemos es convenir un matrimonio adecuado a su posición.

Los ojos de Nick se oscurecieron a consecuencia de aquella respuesta.

—No lo entiende, ¿verdad?

—No, el que no lo entiende es usted —le increpó el coronel haciendo oídos sordos a sus palabras—. Zoe está en el derecho de enmendar su error y casarse. Se merece ser feliz y yo puedo ayudarla.

—¿De verdad lo cree? —preguntó el duque bajando la voz—. Sabe tan bien como yo que nunca lo será con un hombre conocedor de que espera un hijo de otro. Esa es la verdad.

Alan se quedó sin argumentos y no le contestó.

—Alan —pronunció en tono conciliador—, déjeme a solas con ella. Como muy bien sabe su virtud ya no pelagra, y lo único que quiero es hacerme cargo de la mujer que lleva dentro de su vientre a mi sucesor el día de mañana.

El coronel abrió los ojos como platos. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Podría ser una realidad?

—No le he entendido bien, ¿se refiere a...?

Una vez más no le dejó terminar.

—Por supuesto que me refiero a mi primogénito, Alan. Reconozco que no he actuado bien con ella, pero eso pertenece al pasado —admitió asumiendo su parte de culpa antes de tener un gesto de honestidad con la persona que únicamente quería el bienestar de Zoe—. Para su tranquilidad, le informaré de que vengo de romper el compromiso con Clarice, creo que ese detalle me da derecho a mantener una conversación en privado con ella.

«¡Vaya!», pensó complacido. Ni en sus mejores sueños hubiese optado por ese final tan fructífero para su protegida y él mismo.

Y de repente se posicionó al lado del hombre que ostentaba el título nobiliario acorde a su condición de caballero.

—Alan, ¿me da su beneplácito entonces?

—Por supuesto que lo tienes, muchacho. Te lo acabas de ganar, y estoy muy orgulloso del paso que vas a dar. Eres muy valiente.

—Tan solo me limito a reparar un daño que me incumbe directamente. No voy a consentir que la hagan una infeliz.

El coronel sonrió.

—¿Solo por eso?

Y Nick también lo hizo.

—Sabes que no.

Alan se dirigió a la puerta de salida y se limitó a decir:

—Zoe, estaré en el jardín por si me necesitas.

La cara de la muchacha palideció.

—¿Qué? ¡Alan!, no puede hacerme esto. No quiero hablar con él.

—Lo harás, hay algo que debes escuchar por su boca, querida. ¡Ah! Cuando termines —se dirigió a Nick—, pasa por mi despacho. Quiero comentarte mis pasos para acabar con el culpable de que ellos se viesen en la obligación de huir de su rancho. Envié a varios hombres y he sido informado de las andanzas de ese tal Trevor. Sus días, junto a sus secuaces, al margen de la ley, están contados.

Sin más se marchó y los dejó a solas, lo que Zoe aprovechó para correr hacia la chimenea y coger el atizador.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —preguntó Nick con burla en sus ojos.

—Ni se le ocurra acercarse. No sé qué le habrá dicho a Alan para conseguir que se marche, aunque le aviso, como ya le dije no quiero saber nada de usted.

—Ah, ¿no?

—No.

—Todo ha cambiado, Zoe —la informó con convicción—. Tu hermano lo ha hecho posible.

—Le avisé de que no fuera a visitarlo y me da igual la información que le haya dado. Sigo en la misma posición.

Nick enarcó una ceja y dio un paso.

—¿Cómo se te ocurrió ocultarme algo así? Debería estar enfadado contigo y darte tu merecido.

—¿Mi merecido?

—Exacto.

Otro paso más.

—No se acerque —le increpó con el atizador en alto.

—Lo siento. Nada ni nadie puede impedírmelo, Cabellos Rojizos.

A Zoe se le escapó un suspiro lastimero al escucharle llamarla así.

«Maldición, ¿qué quiere de mí?».

—Excelencia, le pido que...

—No.

—¿No? Ni siquiera sabe qué le voy a pedir.

—Pero lo intuyo.

Otro paso, otro y otro, acortaron la distancia entre ellos, y Zoe estaba perdida en unos sentimientos que no le hacían ningún bien. ¿Cómo pararle los pies antes de que fuese demasiado tarde para su maltrecho ánimo?

—Mi prometido vendrá de un momento a otro —terminó diciendo con la voz temblorosa. Soltó lo primero que le vino a la mente, aunque fuese mentira, si con eso conseguía que se marchara.

—Perfecto, así le diremos de quién es el hijo que llevas en tu interior.

Aquello le afectó como si le hubiese caído un jarrón de agua fría.

—¿Sería capaz de hacerlo con tal de desbaratar mis planes? ¿Cuándo va a aceptar que nunca consentiré su propuesta? ¿Cuándo?

Las lágrimas en sus ojos empezaron a caer, solo que, ni con esas, Nick se quedó en su sitio.

Dio otro par de pasos y le quitó el atizador, después cogió su mano y la acarició con suavidad.

—Esa maldita proposición nunca debió salir de mi boca, Zoe. Y para tu tranquilidad debes saber que vengo con una propuesta mucho más importante que la primera.

Zoe quiso alejarse de su torturadora cercanía y del contacto que aliviaba su alma entera.

Nick no se lo permitió y estrechó un poco el cerco, pasándole la mano por su cintura.

—Por favor, yo...

—¡Shhh! No digas nada hasta que hayas escuchado lo que he venido a decirte, bella mía.

Zoe alzó la mirada y suspiró en cuanto le pasó las yemas de los dedos por las mejillas en busca de borrarle aquellas lágrimas. La debilidad empezaba a manifestarse y ella debía de ser fuerte si no quería terminar muy mal parada.

—No. No le escucharé —se negaba luchando consigo misma—. Déjeme ir y continuar con mi vida.

—No puedo. Tu vida va unida a la mía desde el instante en el que mi fruto crece dentro de ti.

Zoe pegó un respingo en cuanto sintió que posaba la mano sobre su vientre. Aquel gesto era enterecedor y demasiado íntimo como para permitirlo.

—Se lo suplico, váyase y no me importune más.

—Deberás acostumbrarte a ello porque no pienso alejarme de ti nunca más.

¿¿¿Cómo???

—Esta criatura es responsabilidad mía —añadió acariciándola con un amor infinito—, al igual que tú.

La muchacha se agarró a su pecho al percatarse del temblor en sus rodillas, odiándose por tener que recurrir a él en busca de ayuda.

—Por favor... —suplicó sin fuerzas.

Nick no tuvo compasión. Bajó la cabeza y besó la comisura de sus labios despacio, recreándose en la tentación que le suponía estar al lado de su amada sin que ella se apartara.

—Cabellos Rojizos, ni te imaginas el dolor que he pasado por mi poca cabeza. Te he añorado en cada agónico día. No sé, ni puedo, vivir sin ti, y es justo que lo sepas.

—No, no —negaba luchando contra él con insistencia—. Déjame, vive tu vida y olvídate de mí, por favor.

—¿No me has oído? No puedo ni quiero.

Zoe golpeó su pecho, angustiada, rota de dolor.

—¿Y qué pasa conmigo? Nunca seré tu amante y no me importará que me dejes en evidencia. Si no puedo contraer matrimonio criaré sola a mi hijo. No te necesito en mi vida.

Nick depositó sus dedos en la barbilla de ella y la alzó. La ternura se apoderó de su ser y no pudo contenerse. Bajó poco a poco y besó cada lágrima hasta que no quedó ninguna.

—Jamás consentiría que fueras mi amante, Cabellos Rojizos, eres demasiado importante para mí.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Lo que has oído —aclaró dejando un reguero de besos en su cara. Su amada parecía haberse dado por vencida y ya no luchaba—. Desde el primer día en que te vi, en aquella posada, fuiste especial para mí y te instalaste poco a poco en mi corazón.

—Pero...

—¡Shhh! Déjame terminar, amada mía.

Zoe no daba crédito a sus palabras, ¿habría bebido?

—Nicholas, ¿te encuentras bien?

—Mejor que nunca —se pronunció con voz ronca e introdujo los dedos en su suave melena. Parecía ensimismado—. Este hijo ha conseguido que deje de ser un cobarde, y me ha dado la valentía para luchar por lo que realmente quiero en mi vida.

Zoe cerró los ojos ante las atenciones de él. Probablemente se arrepentiría, solo que no tenía fuerzas para seguir luchando contra un hombre al que amaba con todo su ser. Ya no.

—El escándalo va a ser mayúsculo.

Zoe se apartó con temor.

—¿El escándalo? Ya te he dicho...

Nick la cayó con un beso en los labios.

—¿Todavía no entiendes lo que trato de decirte, Cabellos Rojizos?

Por supuesto que no lo entendía, bastante tenía con respirar, tras el beso apasionado que le dio y al cual respondió con pasión. Su cabeza parecía no ir acorde con su cuerpo.

—Te lo explicaré para que no haya dudas. —Un nuevo beso la dejó sin aliento—. Quiero que seas lo primero que vea cada vez que me despierte. Quiero escuchar esa lengua viperina que me trae loco y, sobre todo, quiero que mi hijo crezca junto a su padre.

Zoe alzó el mentón y volvió a llorar.

—¿Es verdad lo que dices? No te creo y...

La volvió a callar con otro beso, más profundo, que alteró las respiraciones de ambos.

—Zoe, acabo de romper mi compromiso con Clarice, ¿sabes por qué lo he hecho?

Ella se limitó a negar con el corazón acelerado.

—Porque con la única mujer con la que me casaría en el mundo eres tú y no permitiré que nadie te aleje de mí. Por eso digo que será un escándalo cuando empiece a correr el rumor de lo que en verdad han cambiado las cosas.

Nick tuvo que sujetarla ante la conmoción que le supuso escuchar, al fin, aquellas palabras que se resistieron en más de una ocasión. Saber que eran ciertas suponía un cambio radical en sus temores, en sus nervios y en su corazón.

Decir que amaba a ese hombre más que a su vida se quedaba corto.

—Nick.

—¿Hmmm? —murmuró afanado en darle los besos que le fueron negados y que no pudo dar hasta ahora.

Y eran tantos...

—¿De verdad dejarías todo... por mí?

—Ahí te equivocas, cariño, no dejo nada, mi vida sigue tal cual, pero con la diferencia de que tendré a una gran mujer a mi lado. Siempre que aceptes mi proposición, claro.

Zoe sonrió con timidez y confirmó.

—Por supuesto que me casaré contigo, Trueno Blanco. Te amo desde ese primer beso que me diste a la fuerza, ¿te acuerdas?

—Como para no hacerlo —rió divertido rememorando aquel momento en el que la conoció—. Desde el principio supe que eras especial y serás la duquesa perfecta. Mi duquesa.

Sellaron su amor con un beso de enamorados. Tenían que recuperar el tiempo y es lo que harían...

## EPÍLOGO

Los recién comprometidos subieron al barco acompañados de la familia del duque, Zac y Tyler. Había llegado el momento de regresar a Londres y acelerar los preparativos de la boda. La intención de Nick pasó por casarse en Sant-Louis, aunque su madre puso el grito en el cielo y no lo consintió. Le dio igual saber el estado de buena esperanza de Zoe. La boda de su hijo se celebraría en el lugar en el que debía. No había discusión alguna al respecto. Faltaría más. Bastante consintió tras verse obligada a aceptar ese noviazgo con escándalo incluido.

Aquella insignificante muchacha no estaba, ni estaría nunca, preparada para ejercer el papel que le correspondía una vez se uniera en matrimonio a su hijo. Y mira que trató de hacérselo ver a ese cabezota, pero nada. En aquel asunto se puso tan tajante o más que cuando tuvieron que abordar el tema de la tribu aquella.

Al final tuvo que callar y otorgar, algo que a su hija April no le parecía tan descabellado, y menos después del lío en el que se había metido ella solita...

—April, ¿te encuentras bien?

—¿Qué? —preguntó distraída.

—Estás pálida, ¿qué te sucede? —se interesó Zoe preocupada.

—Nada, serán los nervios del viaje —trató de aclarar sin convicción alguna.

Sin más se alejó y se fue a su camarote. No quería ni imaginarse la que se podría armar cuando él despertara...

Trueno Veloz abrió los ojos y se llevó las manos a la cabeza. El dolor que tenía era terrible y por ello no fue capaz de analizar lo que le rodeaba.

¡¡Un momento!!

¿Por qué le daba la sensación de que las paredes y el suelo se movían?

Con dificultad apartó el malestar y consiguió levantarse. Avanzó hasta el lugar en el que se veía un poco de luz y se asomó.

¿Dónde estaba? Además, ¿por qué tenía ese dolor de cabeza y el estómago revuelto? Que él supiera no era a consecuencia de ninguna resaca...

—¡Por todos los demonios!

Trueno Veloz abrió la boca, conmocionado, y dio un golpe a la pared de madera que reventó sus nudillos.

No. No podía ser. ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? Y es que, lo único que se veía era agua y más agua, de ahí que todo se moviera. Estaba subido a un maldito barco.

Y de repente una imagen le vino a la mente, recordando con quién estuvo antes de que la negrura se apoderara de él.

—Me las pagará —gritó a punto de volverse loco—. Juro que me vengaré.

La imagen de April, en la casa de su amigo, ofreciéndole un vaso de limonada, fue lo que le bastó para corroborar la encerrona en la que estaba inmerso.

FIN



## NOTA DE LA AUTORA

Bueno, llegados hasta aquí debo haceros un par de confesiones. En primer lugar, deciros que esta novela es la última historia que tenía guardada en el cajón. No me acuerdo de en qué año la empecé, ni siquiera estaba terminada, y quizás por ello me ha dado varios quebraderos de cabeza. Pero, gracias a Laura Duque Jaenes, hoy otro pedacito de mí puede llegar hasta vosotr@s. Espero que os guste.

En segundo lugar, siempre he dicho que no sabía qué ocurriría cuando tuviese publicadas todas las novelas guardadas. Me daba miedo el solo hecho de pensarlo. Pues bien, ese temido día ha llegado y, ¿sabéis qué? He conseguido dar otro paso hacia adelante. En mi cabeza siguen formándose historias, y eso me hace tan feliz... La primera empezó cuando me di cuenta de que tanto April como Trueno Veloz son merecedores de su propia historia, en ello estoy y trabajaré con ahínco para que no sea la última. Mi vida no sería la misma sin este apasionante mundo de las letras. Un mundo que amo con todo mi corazón y que me da tanto...

Y, ahora, sí, empiezo con los agradecimientos, es, junto a la sinopsis y el título lo que más me cuesta. Allá voy.

Gracias a mis lectoras cero. Tanto Laura Duque como Nani Mesa son las artífices de que mis escritos sean mejores. Son infalibles y ni se imaginan lo muchísimo que me ayudan. No cambiéis nunca. Con gente como vosotras la vida es más fácil y soy muy afortunada por teneros en ella.

Gracias a los que seguís confiando en lo que escribo con, y desde el corazón. Vuestro apoyo incondicional, desde el primer día, todavía me abruma. Nunca llegué a imaginar que estaría tan bien arropada, nunca, y eso os hace muy grandes. No hay palabras suficientes para agradecer tantísimo, aunque sí abrazos. Mientras sigáis ahí, sosteniéndome, lucharé por no defraudaros. Sabéis que OS QUIERO EN MI VIDA AYER, HOY Y SIEMPRE.

Gracias a tod@s l@s amig@s que me seguís en las redes sociales, un mundo totalmente desconocido hasta que publiqué mi primera novela y, ¡vaya sorpresa! He conocido a gente maravillosa que siempre está cuando los necesitas. El detalle de dar un me gusta, compartir una publicación o hablarte por Messenger es una auténtica pasada. Vuestra ayuda me da un poco más de visibilidad y os estaré eternamente agradecida. A algún@s he tenido la suerte de conoceros en persona, ha sido fascinante y espero seguir haciéndolo.

Gracias a Rachel RP por la maravillosa portada que ha creado.

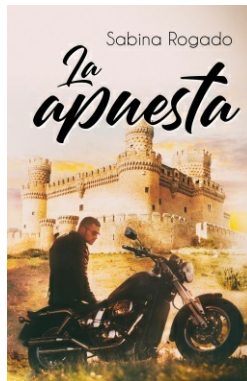
Gracias a Kaera Nox por facilitarme todo.

Gracias a ti, por leer hasta el final.

Gracias, gracias y graciasssssssss.

Si os ha gustado HUIDA DESESPERADA y queréis, os animo a que pongáis un comentario en Amazon. Con ello conseguiréis hacerme un poquito más visible.

## *OTROS TÍTULOS*



Érika, vive recluida en su apartamento de Dublín, a causa de una agresión que la ha convertido en una joven sin ganas de vivir y con un miedo atroz.

Hugo, un rompecorazones cuyo lema en la vida es: su moto y no esperar por ninguna mujer más de cinco minutos. Vive en la sierra de Madrid.

Una oferta de trabajo, inesperada, que llevará a Érika a reencontrarse consigo misma, pero también con lo que quiere olvidar...

Y una apuesta, que empezó como un juego, y que será la artífice de que todo pueda cambiar...  
¿O no?

Sumérgete entre las líneas de esta apasionante historia y déjate llevar a un mundo lleno de sensaciones en las que, la ternura, el enfado, la intriga, la pasión, y sobre todo el amor, te llegarán al corazón.

**¿Te atreves con LA APUESTA?**



Lady Catherine cuenta la historia entre una dama, que es obligada a contraer matrimonio, y Jasón, un criador de caballos que no es lo que parece ser.

Un secuestro entre medias...

Un amor inesperado...

Y un gran secreto que envolverá a los protagonistas en una historia llena de pasión, intriga y amor.

**¡¡ATRÉVETE A LEERLA!!**



**¿Qué sucede cuando decides ROMPER CON LA RUTINA de siete años y coges un camino diferente para llegar a tu puesto de trabajo?**

**Así empieza la historia de Patrick, un hombre metódico y organizado que verá cómo su vida se vuelve del revés.**

**Un atropello...**

**Una casualidad entre un millón...**

**La idea descabellada de actuar como un buen samaritano...**

**Y la persecución, a contrarreloj, con una mujer que esconde un sorprendente enigma...**

**Acción, pasión, intriga, sorpresas y amor te están esperando.**

**¿Te atreves a ROMPER CON LA RUTINA?**

## *Bilogías*



En la búsqueda de una vida, mejor, Jenny se embarca en un viaje que la llevará a pocas millas de Kansas. El lugar en el que termina trabajando en una cantina y en el que conoce al hombre de sus sueños. Un hombre atento, amable y atractivo, pero también un hombre inalcanzable. ¿El motivo? Está casado. Es por ello que cuando su esposa muere, en circunstancias extrañas, el carácter afable del cowboy se torna diferente convirtiéndose en un hombre huraño, tosco y frío, a causa de un secreto que le persigue, aunque a Jenny no parece importarle el día que Jim se presenta para proponerle matrimonio, convencida de que será feliz, y cometiendo el error de olvidarse de las condiciones que su futuro marido impone. Unas condiciones que se manifiestan, desde la noche de bodas, y que consiguen romper las ilusiones, de una muchacha, que no tarda en hacerse a la idea de que él está dispuesto a mantenerse firme, en su decisión, sin que le importe alejarse, irremediabilmente, el uno del otro...

¿Podrá Jenny derribar las barreras que su esposo se empeña en agrandar entre ellos y rescatar al antiguo Jimmy? ¿Cuál es ese misterioso secreto que planea sobre sus vidas? Y lo que es más importante, ¿qué sucederá cuando Jenny sepa la espantosa realidad que le ha ocultado?

Si quieres saber las respuestas, búscalas en el interior de esta apasionante historia ambientada en el oeste americano. ROMANCE, MISTERIO Y PASIÓN.



Cuando Alexia (una chica tímida e introvertida) descubre al único chico que ha pasado por su vida, liado con otro, su mundo se viene abajo y, si por un instante cree que ahí se acaban los contratiempos, está muy equivocada porque todo parece complicarse hasta que, de repente, una invitación completamente casual, hace que su vida de un giro inesperado en el momento en que termina en una discoteca donde tiene el privilegio de conocer al actor de moda y del que el mundo entero habla. El guapísimo Robert Brownn (un hombre atormentado que acaba de grabar su primera película de género erótico), provocando que todo cambie a partir de conocerse y es que: por una parte, Alexia, no dejará que la hagan más daño, y por la otra, un Robert desubicado por la reacción desmesurada de ella, al conocerle, hace que sienta, irremediamente, una enorme curiosidad hacia una chica dispuesta a pasar desapercibida ante todo y todos. Incluido él. Algo que le va a costar bastante después de aparecer en la portada de una revista entre los brazos del atractivo y guapo actor...